

«Se vamo' a la de dios». Migración y trabajo en la reproducción social de familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle del Río Negro	Titulo
Ciarallo, Ana María - Autor/a;	Autor(es)
Córdoba	Lugar
Centro de Estudios Avanzados	Editorial/Editor
2014	Fecha
Colección Tesis	Colección
Reproducción social; Trabajo; Migración; Migración laboral; Mercado de trabajo; Bolivia;	Temas
Libro	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/cea-unc/20161114014503/pdf_1177.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



«SE VAMO' A LA DE DIOS».

**MIGRACIÓN Y TRABAJO EN LA REPRODUCCIÓN
SOCIAL DE FAMILIAS BOLIVIANAS HORTÍCOLAS
EN EL ALTO VALLE DEL RÍO NEGRO**

Ana María Ciarallo



Editorial CEA ► Colección Tesis



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

CEA

Centro de
Estudios
Avanzados

«Se vamo' a la de dios».
Migración y trabajo en la reproducción
social de familias bolivianas hortícolas
en el Alto Valle del Río Negro



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

CEA

Centro de
Estudios
Avanzados

Colección Tesis

«Se vamo' a la de dios».

**Migración y trabajo en la reproducción
social de familias bolivianas hortícolas
en el Alto Valle del Río Negro**

Ana María Ciarallo

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba,
Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina.

Directora: Alicia Servetto

Responsables Editoriales: Eva Da Porta / María E. Rustán

Secretaria Técnica: Evelin Pineda

Comité Académico de la Editorial

María Cristina Mata

Pampa Arán

Marcelo Casarín

Javier Moyano

Facundo Ortega

María Teresa Piñero

Coordinador de edición: Matías Keismajer

Corrección de los textos: Mariú Biain

Diagramación de colección: Lorena Díaz

Diagramación de este libro: Fernando Félix Ferreyra

Responsable de contenido web: Víctor Guzmán

© Centro de Estudios Avanzados, 2014

Ciarallo, Ana María

«Se vamo' a la de dios». Migración y trabajo en la reproducción social de familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle del Río Negro. - 1a ed. - Córdoba : Centro de Estudios Avanzados, 2014.

E-Book.

ISBN 978-987-1751-22-8

1. Migración. 2. Estudios Sociales. I. Título
CDD 304.8

Índice

Introducción	11
1. La construcción del objeto de estudio	17
2. Reflexiones en torno al concepto de estrategias de reproducción social.....	25
3. Organización de la investigación.....	31

Capítulo 1

Migraciones laborales internacionales y mercados de trabajo	35
1. Arqueología de un espacio agrario: inmigración, trabajo y producción	35
2. Las migraciones en perspectiva teórica	39
3. Espacio social transnacional, espacio geográfico, territorio.....	45
4. Migración, mercados de trabajo y economía étnica.....	54

Capítulo 2

La construcción social del Alto Valle del Río Negro: del desierto al vergel frutícola y hortícola.....	63
1. La emergencia de la categoría de «productor» en el espacio local	63
2. Genealogía de la construcción del Alto Valle del Río Negro como un espacio social y productivo	65
3. La horticultura valletana. ¿Cultivo de transición, cultivo de crisis o producción alternativa?	79

4. Familias bolivianas en la reconfiguración del territorio hortícola	92
5. La estructura productiva hortícola del Alto Valle del Río Negro en la actualidad	94

Capítulo 3

Articulación entre propietarios de chacras y horticultores sin tierra. Reproducción social de los agentes sociales	103
1. Reconfiguración de las relaciones sociales en el agro	103
2. Caracterización de los propietarios que se vinculan con horticultores bolivianos	108
2.1. La cesión de la tierra en la estrategia de innovación productiva	111
2.2. La cesión de la tierra como una forma de persistencia	115
2.3. La cesión de la tierra en la estrategia de sobrevivencia y las nuevas funciones del espacio rural	119
3. Horticultores bolivianos en el Alto Valle. Nuevos sujetos productivos en el espacio social	124
3.1. La acumulación de capitales en la estrategia de acceso a la tierra para la horticultura	126
3.2. La mediería y la producción sin mecanización propia como estrategias de reproducción en situaciones de pobreza	132

Capítulo 4

Itinerarios migratorios y trayectorias laborales	139
1. Las redes sociales y la segregación étnica en la conformación de un territorio hortícola	139
2. El proceso de asentamiento de familias bolivianas en el Alto Valle	140
3. Continuidades y rupturas en los itinerarios migratorios y laborales.....	143
4. «Se vamo' a la de dios». Las huellas de la experiencia migratoria.....	147

5. «Ya sería el destino...». La decisión de migrar	149
6. «Acá son todos 'familia'». Las redes de relaciones sociales en la estructuración del mercado de trabajo de la horticultura	163
7. «Entonces la verdura es cosa de inmigrantes, ¿no?». Cuando la segregación étnica estructura el mercado de trabajo	168

Capítulo 5

Organizaciones de migrantes. De la invisibilización a ser sujetos de agenda pública.....

1. Capital social y redes sociales	177
2. Reconstruyendo el proceso organizativo de los migrantes	181
3. Los saberes, los discursos y las prácticas	185
4. «Nos sorprendió que quisieran agruparse». La institucionalización de la red informal.....	191
5. «¿No será hora que nos conozcan?». La Asociación de Horticultores de General Roca	196
6. Los medios de comunicación y la imagen pública.....	202

Capítulo 6

Redes jerarquizadas y enclave étnico

1. Flexibilidad laboral en circuitos transnacionales.....	211
2. «El supermercado buscaba tierra para traer un boliviano...» ...	216
3. La empresa. «Con la verdura estamos unos escalones más abajo»	220
4. Sucre, Trelew, Huergo. Una red transnacional.....	225
5. «Se enteró otro que uno se fue y ya empieza la cadena con Bolivia...»	234

Conclusiones

Bibliografía.....

Introducción

Esta investigación trata sobre familias bolivianas migrantes que practican horticultura diversificada en localidades del Alto Valle del Río Negro. Los actores sociales que se estudian en esta investigación, desde hace dos décadas están protagonizando un proceso de uso de tierras rurales con fines y modalidades diferenciados a la producción frutícola dominante en la región, en un movimiento de expansión sin precedentes en la región.

Un aviso clasificado en un periódico local publicita la búsqueda de «persona para siembra y cosecha de hortalizas, preferentemente de nacionalidad boliviana para una chacra de Cervantes. Ofrezco vivienda, herramientas y tierra».¹ Estas escasas líneas configuran un indicio de las profundas transformaciones que se han producido en el espacio productivo valletano en los últimos años. En una sociedad que se pretende «blanca» y «europea» construida en el relato de la figura emblemática del chacarero gringo como detentor del lugar de productor agrícola, la ocupación creciente del espacio rural y productivo por parte de sujetos portadores de atributos indígenas y orígenes campesinos, provenientes de un país limítrofe, pone en cuestionamiento el ideario civilizatorio que dio impulso a este valle a principios del siglo XX.

Se estima que en la Argentina viven más de 1.500.000 bolivianos, y de este total 180.000 se encuentran en la Patagonia. Para el año 2009, el cónsul de Bolivia en la Patagonia calcula que en Neuquén y Río Negro habitan unos 50.000 migrantes de origen boliviano, constituyéndose en una de las poblaciones extranjeras más numerosas junto con la chilena. El diplomático afirma que «la región del Alto Valle se convirtió en los últimos tiempos en un imán para el ingreso de

bolivianos después del desencanto de oportunidades que tuvieron en el Gran Buenos Aires». La población boliviana en el norte de la Patagonia ha ido creciendo en forma progresiva con la llegada de familias del norte del país y desde Buenos Aires. El cónsul atribuye este fenómeno al hecho de que en la Patagonia «existen mayores accesos al trabajo por el petróleo, las chacras o la construcción y más al sur por las pesqueras. Mis hermanos se enteran por amigos y familiares de que la situación está mucho mejor que en Buenos Aires y por eso ya se están yendo desde allí».²

En la actualidad, la producción hortícola regional está hegemonizada por familias migrantes bolivianas, considerando que todas las fuentes calificadas estiman en un 80% el total de productores pertenecientes a ese origen nacional. Hasta hace pocos años, la posibilidad de que el control de la producción, distribución y comercialización de la mayor parte de la producción hortícola local estuviera en manos de familias bolivianas pertenecía al terreno de lo inimaginable.

La población boliviana en este territorio lleva la marca de ser parte de procesos migratorios no programados por el Estado, es decir, lo que se conoce como «migraciones desde abajo» (Guarnizo y Smith, 1998), en las que no intervino una promoción estatal que alentara su radicación en el espacio patagónico; por el contrario, su aparición y consolidación está sostenida en complejos entramados sociales basados en relaciones familiares y de compadrazgo.

Diferente fue la proyección migratoria de los inmigrantes europeos radicados en la zona desde principios del siglo XX, quienes contaron con el respaldo de políticas para su llegada y para el acceso a la propiedad de predios productivos. La apropiación y uso productivo de un recurso como la tierra quedó restringida a ciertos grupos migratorios en pos de consolidar la figura de «familia chacarera» desde la cual se expandió la fruticultura. La colonización europea iniciada a fines del siglo XIX en el norte de la Patagonia argentina, actuó sobre un espacio significado como desierto y vacío después de la campaña militar organizada para incorporar los territorios al sur del río Colorado al Estado nacional, y en el cual era necesario instaurar el ideario civilizatorio.

Muy por el contrario, la inserción de trabajadores bolivianos se resolvió sin acceso a la propiedad de la tierra, quedando ubicados en

nichos laborales calificados de poco prestigio como es la producción hortícola. Esta corriente migratoria cobra relieve para el análisis en tanto se construyó como transnacionalizada y etnificada, atributos desde los cuales la pertenencia nacional se constituye en un recurso positivo para reclutarse, socializarse y permanecer en la región. Este aspecto pone de relieve la capacidad de este grupo migratorio de construir territorios, aún sin contar con el acceso a la propiedad de la tierra. Esos espacios los identifica y les posibilita reproducirse diferenciados del sector dominante de la producción frutícola con el que continúan vinculándose como arrendatarios y aparceros de los predios que, en la mayoría de los casos, dejaron de trabajar los chacareros.

La consolidación de la fruticultura para la exportación como producción que vertebra la dinámica socioeconómica delineó un territorio desde principios del siglo XX.³ El productor familiar descendiente de europeos fue, en los inicios de esta economía regional, baluarte de la producción familiar de peras y manzanas. Como parte de los procesos de transformación de los grupos partícipes de la dinámica productiva regional, en las últimas décadas los llamados «chacareros» comenzaron a ser calificados como «productores», especialmente desde el Estado y por los organismos de control de calidad y sanidad internacional. Paradójicamente, la etapa en que es denominado «productor» coincide, para un porcentaje importante, con su empobrecimiento irreversible frente a las «empresas», representadas por agroexportadoras de origen nacional o capital transnacional que pasaron a controlar la producción primaria y los eslabones de empaque, frío y comercialización de fruta hacia el exterior. Así como el capital inglés organizó el territorio a principios del siglo pasado, en la actualidad como parte de la reestructuración productiva, nuevamente el capital internacional redefine territorios y relaciones de control y poder en la producción y en los mercados. Al ver disminuidas las posibilidades de incorporarse competitivamente al proceso de expansión capitalista, y en situación de crisis permanente, los productores primarios fueron sorteando los obstáculos coyunturalmente, a través de distintas estrategias que incluyen cada vez más el arriendo de tierras tanto para la fruticultura como para la horticultura (Ciarallo y Trpin, 2010).

La horticultura constituye una actividad subordinada en el Alto Valle del Río Negro dada la preeminencia económica del complejo

frutícola. El Car2005⁴ relevó una superficie total de aproximadamente 600 hectáreas destinadas a cultivos hortícolas para todo el Alto Valle,⁵ que sólo abarca el 1,25% de la superficie bajo riego sistematizado. Esta condición de escasa magnitud de la horticultura en el contexto de la producción agropecuaria provincial conlleva consecuencias operativas para el trabajo de esta investigación, que se evidencian en la ausencia de censos específicos y de registros en los organismos oficiales, tanto nacionales como provinciales. Las estadísticas se orientan a conocer qué y cuánto se produce, pero poco o nada dicen en relación a quiénes producen y las relaciones sociales que se generan en el proceso de producción.

En este escenario hacen su aparición las familias bolivianas, a través de itinerarios migratorios a lo largo de los cuales van desplegando prácticas y acumulando experiencias en el saber migrar y en el saber hacerse horticultores. Este proceso se hace posible a partir de la disponibilidad de tierras aptas para el cultivo en el área bajo riego cuyos titulares no las trabajan ya sea por falta de capital circulante, por pérdida de sus capacidades productivas o por tratarse de herederos con una identidad más urbana que rural. Bajo la forma de diversas modalidades contractuales que incluyen la mediería, aparcería y arrendamiento, se establece una vinculación entre dos agentes sociales portadores de diferentes historias, lógicas productivas, posiciones en un determinado espacio social.

El Alto Valle desde sus inicios estuvo atravesado por la tensión global/local ya que en él, desde su etapa fundacional, se han desarrollado flujos no sólo de capital y mercancías sino también de mano de obra (Radonich, 2010). El estudio de lo global no se limita a aquellos fenómenos que se dan de manera explícita en escala global. También es necesario un análisis de las prácticas y de las condiciones locales que se articulan con la dinámica global, en tanto los microambientes se conectan con otros ubicados en un territorio lejano, con lo cual pone en cuestionamiento la noción de «contexto», generalmente ligado a la proximidad física. Por lo cual es necesario detectar aquellas instancias que se representan y perciben como «simplemente locales» cuando en realidad contienen múltiples escalas.

Por otra parte, lo global trasciende el marco exclusivo del Estado nación y al mismo tiempo «habita parcialmente los territorios y las

instituciones nacionales» (Sassen, 2007: 210). En consecuencia, si lo global reside en parte en el interior de lo nacional, la globalización compromete algunos supuestos clave de las ciencias sociales como la concepción del Estado nación como contenedor de los procesos sociales, así como la correspondencia implícita entre el territorio nacional y lo nacional como característica. Por otro lado, encontramos procesos que no pertenecen necesariamente a la escala global y que sin embargo forman parte de la globalización porque incorporan redes o entidades transfronterizas que conectan múltiples procesos y actores locales.

Castles y Miller (2004) refieren a este momento histórico como la «era de la migración». Los movimientos migratorios internacionales constituyen una dinámica central de la globalización cuya característica fundamental es el crecimiento de los flujos entre diversas fronteras—flujos de inversiones, de comercio, de productos culturales, de personas—y por la proliferación de redes transnacionales con nodos de control en múltiples localidades.

Desde una sociología de la globalización, Saskia Sassen (2007) propone concebir la inmigración como resultado de la globalización y al respecto se pregunta de qué modo se insertan los movimientos migratorios internacionales en la globalización actual y hasta qué punto los diferentes tipos de migración están o no moldeados por ella. La inmigración y la etnicidad se constituyen como alteridad en tanto que

muchos de los fenómenos que aún se narran con el lenguaje de la inmigración y la etnicidad en realidad son una serie de procesos relacionados por un lado con la globalización de identidades y la actividad económica y cultural, y por otro lado, con la racialización cada vez más pronunciada de la segmentación laboral. (Sassen, 2007: 146)

Rara vez se asocian los procesos globales con la informalización, que reintroduce las categorías de comunidad y de hogar como espacios económicos importantes. La informalización es un equivalente de bajo costo para la desregulación en el estrato superior del sistema, al otorgar flexibilidad, reducción de cargas de la regulación y disminución de costos, en especial los laborales (Sassen, 2007: 153). Los migrantes, al absorber los costos de la informalización forman parte de un circuito

de producción y distribución de bienes y servicios con mayor flexibilidad y a menores costos, lo que a su vez devalúa aún más este tipo de actividades.

En este sentido, en el mundo rural estamos observando movimientos propios de un nuevo contexto global. Blanca Cordero Díaz (2004) reflexiona en el sentido que desde hace algunas décadas, las discusiones en las ciencias sociales están atravesadas por la presunción de que el mundo y la vida social están cambiando. Si bien hay consensos sobre la dirección en el desarrollo de la economía política mundial, aún es escaso el conocimiento sobre nuevas formas en que los pobladores rurales se organizan y luchan diariamente a partir de los cambios estructurales. En una nueva economía política global marcada por la acumulación flexible de capital y que apela a la flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y los consumos, la primacía del mercado y la desregulación estatal han contribuido a configurar nuevas formas de acumulación de capital y forman parte del nuevo contexto global en que se insertan los pobladores rurales. El carácter de los cambios en las prácticas de reproducción

son resultado de una conjunción entre fuerzas estructurales de carácter global que modifican la posición de las localidades en la geografía del capitalismo y de los pobladores rurales dentro de un campo social jerárquico y multidimensional, que es al mismo tiempo local y global, y las acciones de la gente que con sus recursos e imaginación moldean esas fuerzas y dotan de historicidad a los procesos. (Cordero Díaz, 2004: 46)

El calificativo de transnacional para explicar estos procesos obedece a la creación de nuevos modos de vida por parte de personas involucradas en un tipo de migración recurrente y continua. La cualidad más distintiva del transnacionalismo es la intensidad en los flujos migratorios, difuminando y subsumiendo las fronteras nacionales. Pero también se reconoce como un proceso económico, político y cultural del capitalismo tardío en que los Estados nación y la integración de la economía global afectan radicalmente los modos de reproducción social.

Las prácticas transnacionales de sobrevivencia están moldeadas y conducidas por procesos en los que se aúnan lo global y lo local, la estructura y la acción, y en los cuales se produce una reconfiguración de los mercados de trabajo en el contexto de una nueva división del trabajo asociado al capitalismo flexible (Cordero Díaz, 2004: 56).

1. La construcción del objeto de estudio

La premisa epistemológica crítica que guía esta investigación parte del supuesto de que la realidad social es conflictiva y caracterizada por la desigualdad social. La existencia de tensiones permanentes entre diversos componentes sociales es lo que define al orden social, y son las verdaderas fuerzas que operan socialmente. «El orden, el consenso, la estabilidad y la integración sociales son esencialmente conflictivos, producto de tensiones y contradicciones que constituyen el sustrato de la vida social» (Lista, 2000: 153). En tanto el mantenimiento del orden social depende de la existencia de un sistema de dominación, los conflictos se dan fundamentalmente con referencia a la distribución de recursos escasos –materiales o simbólicos– tales como son la riqueza, el poder, el prestigio.

Las rutas que conectan las localidades del Alto Valle atraviesan las unidades productivas denominadas «chacras», conformando un paisaje en el que no hay una distinción marcada entre espacio urbano y espacio rural. En el continuo transcurrir por caminos asfaltados, o de ripio, a inicios de la década del 2000 empezó a llamar mi atención la presencia de parcelas, casi escondidas detrás de las alamedas, muy prolijamente trabajadas con cultivos hortícolas en sectores de chacras pequeñas que en épocas anteriores habían sido explotaciones frutícolas. Estas imágenes constituían parte de un paisaje novedoso para alguien que transita habitualmente el espacio rural del Alto Valle, más aún para una investigadora en cuestiones rurales. Pero además, quienes trabajaban esas tierras también contenían un elemento de novedad. Hombres, niños y mujeres de rasgos indígenas; estas últimas con amplias polleras y aguayos de colores albergando en su interior a sus hijos pequeños. La disposición de los cuerpos doblados sobre los surcos y munidos con herramientas de mano marcaban también una diferencia

en relación con los implementos usuales de la fruticultura: las escaleras, las tijeras y las maquinarias.

Las primeras aproximaciones al campo empezaban a dar cuenta de manifestaciones de otra forma de ruralidad muy diferente de aquella construida por y para la actividad frutícola. Sin embargo, los momentos iniciales de la indagación estuvieron signados por el ostracismo y el intento de invisibilización de estas nuevas figuras sociales de la agricultura por parte de los chacareros; a la vez que los migrantes bolivianos mostraban desconfianza y cautela ante una investigadora interesada en conocer sus modos de producción, de movilidad, de inserción en este espacio.

Inicié la búsqueda de información sobre estos agentes productivos en organismos oficiales vinculados al sistema de extensión rural. Ingenieros y técnicos me hablaron de cultivares, de cantidad de hectáreas sembradas con especies hortícolas, pero nada pudieron aportar sobre los sujetos que lo estaban protagonizando. También me contacté con chacareros, dirigentes de cámaras de productores. Ineludiblemente las respuestas se iniciaban con un extenso parlamento sobre la crisis de la fruticultura y la «irrupción» de los bolivianos aparecía significada como una fatalidad, un hecho inevitable en el actual contexto, acompañando su malestar con expresiones del tenor: «si seguimos así, se van a quedar con todo», «nos están invadiendo», «son los únicos que pueden aguantar».

Mirar el territorio y el espacio, la cultura y la identidad como un proceso permanente de construcción de la diferencia, permite planear, finalmente, el mirar cómo los territorios locales, o los lugares, se construyen en un proceso de diferenciación y de identificación (Torres y Herrera, 2009: 206).

En este trabajo me propongo describir y analizar las estrategias de reproducción social que las familias migrantes bolivianas dedicadas a la horticultura despliegan en el espacio social del Alto Valle del Río Negro, y que les ha permitido (re) construir un territorio hortícola desde una posición subordinada por su condición de migrantes transfronterizos y etnificados. Por lo tanto, las preguntas que guían la investigación se orientan a conocer ¿cuáles son las condiciones del contexto local que posibilitan la inserción de estas familias en el espacio social con márgenes de maniobra y eficacia?, ¿qué recursos materiales y simbólicos ponen en juego para garantizar su reproducción social?

La investigación parte de los siguientes supuestos:

- Las familias migrantes bolivianas hortícolas despliegan un complejo entramado de recursos económicos, culturales, sociales y de organización del trabajo combinando elementos tradicionales y no tradicionales para reproducirse en el espacio social local.
- La construcción y consolidación de las redes de relaciones sociales ocupan un lugar central en las estrategias de movilidad espacial y laboral de las familias migrantes.
- Las condiciones locales del territorio productivo, caracterizadas por la reestructuración del modelo originario de la fruticultura regional y la consiguiente disponibilidad de tierras, confieren características específicas a la construcción de los espacios sociales transnacionales protagonizada por las familias bolivianas hortícolas.

Coincidimos con Guber (2008) al sostener que los sujetos desarrollan sus actividades en el seno de una realidad de acuerdo con propósitos, fines, intenciones y motivos, sin que esta intencionalidad de acciones implique una premeditación de los hechos históricos generados por la acción colectiva. Desde esta mirada, el sujeto es concebido como individualidad sociohistórica y, por lo tanto, actuante en y bajo las determinaciones de las formas de existencia histórica de las relaciones sociales de producción y reproducción, y no como sustancia autónoma. Por lo tanto, en esta investigación se busca conocer lo singular en su universalidad y lo universal en su singularidad, en tanto que en la singularidad el mundo social cobra sentido para sus actores concretos (García, citado por Guber, 2008: 59).

Esta tesis se construyó a partir de diversos trabajos. Abordar un objeto complejo como el que plantea este estudio, caracterizado por los bordes difusos, por la informalidad y la eventualidad, implicó un desafío en el armado metodológico. Por lo cual fue necesario realizar la indagación a partir de sucesivos acercamientos al problema.

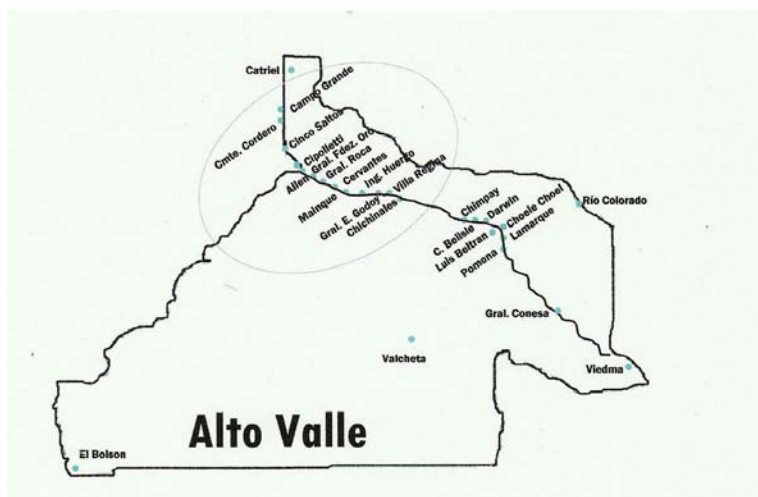
La ausencia de censos hortícolas en la región, así como de antecedentes sobre la migración boliviana en el espacio productivo local orientó la investigación en principio a dimensionar este nuevo flujo

migratorio. En función de estas inquietudes, consideré la necesidad de articular los procesos sociales a nivel macrosocial y microsocioal. Este propósito fue trabajado en la tesis de Maestría en Sociología de la Agricultura Latinoamericana,⁶ en la cual el interés estuvo centrado en conocer dónde y de qué manera se estaban practicando los cultivos hortícolas en la región; y fundamentalmente el foco estaba puesto en quiénes eran los protagonistas de una reconfiguración del territorio hortícola. En el proceso de investigación fui constatando que la mayor parte de la producción de hortalizas para el consumo interno se realizaba bajo diversas modalidades de arrendamientos y aparcerías en relaciones contractuales con chacareros descapitalizados. Tomando en consideración estos hallazgos profundicé la indagación en las formas de articulación entre los propietarios de chacras y los horticultores sin tierra, universo este último conformado casi en su totalidad por migrantes bolivianos.

A partir de esos antecedentes, el propósito en esta investigación está puesto en conocer las condiciones que les permiten a estas familias migrantes bolivianas dedicadas a la horticultura, reproducirse en el espacio local. La reconstrucción de sus itinerarios migratorios y de sus trayectorias laborales, así como el lugar que ocupan las redes de relaciones sociales hacia el interior del grupo como con agentes externos, constituyen cuestiones centrales para lograr abordar el objetivo planteado.

En esta indagación la unidad de estudio incluye cuatro municipios ubicados en la zona centroeste del Alto Valle del Río Negro. Además de la localidad de General Roca —que constituyó el territorio de estudio de la tesis de maestría— incluí los ejidos municipales de Cervantes, Mainqué e Ingeniero Huergo ubicados hacia el extremo este del canal principal de riego del Alto Valle a efectos de poder captar la complejidad de las redes familiares, de paisanaje y organizacionales. Por ser dispositivos complejos y de características rizomáticas, no pueden ser circunscriptos a los límites administrativos de la delimitación catastral.

Mapa 1. Ubicación del Alto Valle del Río Negro en la provincia de Río Negro



Fuente: Car2005. Secretaría de Fruticultura. Gobierno de Río Negro.

Este recorte empírico también responde a la lógica de la administración de los consorcios de riego, cuya organización es previa a la delimitación de los ejidos municipales. Ante la falta de información censal sobre las unidades productivas hortícolas, los consorcios de administración del sistema de riego se constituyeron en elementos clave para poder organizar y demarcar el universo y las unidades de observación, lo cual posibilitó la planificación del trabajo de campo.

En tanto, la unidad de análisis o «unidad de observación» está constituida por las familias migrantes bolivianas que practican horticultura. Además, los propietarios de chacras que se vinculan con los horticultores en relaciones de arrendamientos y aparcerías, los agentes públicos y privados de asistencia técnica en aspectos agronómicos y sociales, funcionarios de oficinas de migraciones, empleados de los consorcios de riego, gerentes de empresas.

Las estrategias que los migrantes despliegan son claves para comprender cómo van construyendo dispositivos productivos y organiza-

cionales novedosos en sus trayectorias laborales y migratorias. Estas características del objeto a estudiar orientaron la opción por una metodología de tipo cualitativo. La propuesta metodológica desde el análisis cualitativo, se basa en el método comparativo que va enfrentando casos similares entre sí pero que se diferencian en algunas características cruciales, tratando de formular interpretaciones que incluyen conceptos teóricos (Gallart, 1992: 109). Mediante la información relevada, intento captar la definición de la situación que efectúa el propio actor social y el significado que éste da a su conducta, tal como sintetiza Pedreño (1999),

la investigación cualitativa constituye una valiosa herramienta que interrelaciona los diferentes elementos del objeto de estudio hasta formar la red social que lo define, para posteriormente captar a través de la investigación de campo los procesos constituyentes de los «nudos de la red». (p. 38)

Me interesó describir y analizar el proceso social en su diversidad rescatando la lógica de la producción material y simbólica de los sujetos sociales estudiados. Es en el entramado signifiante de la vida social donde los sujetos tornan inteligible el mundo en que viven a partir de un saber compartido que incluye experiencias, necesidades, posición social, modelos de acción e interpretación, valores, normas (Geertz, citado por Guber, 2008: 74).

Dado que la investigación busca reconstruir un sector de la red de relaciones sociales que se anudan en el sistema productivo, el trabajo de campo está fundamentado en técnicas intensivas. Utilicé las fuentes estadísticas del Censo Agrícola Rionegrino 1993 y del Censo Provincial de Agricultura bajo Riego 2005 en forma complementaria, dadas las importantes limitaciones que las mismas tienen para acercarse a un objeto como el que intento abordar en esta investigación. La eventualidad, los contratos informales, la movilidad continua de los horticultores como condiciones constantes hacen improbable el abordaje desde fuentes estadísticas convencionales.

La recolección de información no se basa en criterios de representatividad estadística, sino que se llevó a cabo en unidades de análisis seleccionadas en función de su relevancia teórica. Los datos que respaldan este estudio fueron contruidos a partir de distintas fuentes:

en forma directa realicé entrevistas en profundidad a familias horticultoras, funcionarios, técnicos; y observación etnográfica en las unidades productivas, reuniones de horticultores, celebraciones religiosas y culturales. También consulté resultados de investigaciones anteriores, registros oficiales, recortes periodísticos.

Por lo tanto, para conocer el fenómeno a estudiar, tomé la decisión de circunscribirlo a un área que permitiera dimensionarlo. Elegí cuatro municipios ubicados en el centroeste del Alto Valle, considerando que la complejidad que presentan en su estructura productiva, organizacional y social es representativa de las transformaciones productivas que se están registrando en la región del Alto Valle y en los cuales se expresan los fenómenos que se buscan conocer.

El trabajo de campo lo desarrollé en varias etapas. Durante la realización de la tesis de maestría, durante los años 2004 y 2005, construí un dispositivo metodológico para poder localizar e identificar las unidades productivas en las que se practica horticultura comercial en el área de cobertura del Consorcio de Riego de General Roca, y a partir de allí conocer las características de los productores. Los «tomeiros» son empleados de los consorcios de riego y ellos se encargan de controlar las compuertas de las acequias para distribuir los turnos de administración del agua entre los consorcistas. Estos trabajadores realizan un recorrido casi cotidiano en la zona bajo su control, lo cual los vincula, no sólo laboralmente sino también socialmente con los sujetos de la producción y con los pobladores de la zona rural de influencia. Sobre los planos catastrales y luego en recorridas por los caminos rurales, entre estos trabajadores y yo fuimos ubicando las explotaciones hortícolas en el espacio.

Esta herramienta metodológica se mostró eficaz también para desarrollar esta investigación, razón por la cual en el año 2009 actualicé los datos correspondientes a General Roca y construí el «mapa hortícola» para el área de cobertura de los Consorcios de Riego de Cerrantes y de Ingeniero Huergo. Este trabajo permitió dimensionar en términos cuantitativos la presencia de unidades agrícolas en las que se hace horticultura, y además contar con alguna información sobre la estructura productiva de dichas unidades, por ejemplo el tamaño de las explotaciones, la forma de tenencia de la tierra y el origen nacional de los productores.

Realicé una búsqueda de información en organismos públicos vinculados con el sistema de asistencia técnica agronómica, en particular a través de entrevistas con técnicos pertenecientes a diversos programas del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, y también del Ministerio de la Producción de la provincia de Río Negro. De significativa importancia resultó el contacto con la asistente social responsable del Programa de Microemprendimientos del Municipio de General Roca, ya que brindó la posibilidad de reconstruir el proceso de institucionalización de las redes informales de los horticultores locales.

Retomé el contacto con algunas familias bolivianas que había conocido en mi primera investigación a partir de los nuevos interrogantes planteados para esta tesis. Estos hombres y mujeres fueron la puerta de entrada para conocer a otras familias migrantes asentadas en los distintos municipios elegidos para el trabajo. También fueron los que habilitaron mi ingreso a algunas festividades y a las reuniones de productores que se desarrollaron entre finales de los años 2008 y 2010. Sin embargo, y para no imprimir un sesgo a la investigación a partir de lo «ya conocido», incorporé informantes pertenecientes a otras redes, considerando regiones de origen, trayectorias migratorias y pertenencia a las organizaciones de productores.

En el devenir de un estudio de tipo intensivo como el presente, la inmersión en el trabajo de campo expone a quien lleva adelante la investigación ante novedades, situaciones imprevistas que provocan a realizar nuevas búsquedas y a diseñar estrategias para captar lo que allí se presenta. En este estudio, el conocimiento sobre la existencia de un tipo de redes de relaciones sociales que vinculaba a familias bolivianas con una importante cadena supermercadista regional agregó riqueza empírica y teórica al fenómeno de movilidad que se está estudiando, y motivó que durante el año 2010 se desplegaran nuevas preguntas, construcción de categorías conceptuales e implementación de una serie de actividades en terreno, tanto con los trabajadores como con los empresarios.

Lo real se compone de fenómenos observables y de la significación que los actores le asignan a su entorno y a la trama de acciones que los involucran, y que incluye sus prácticas, conductas y representaciones. Por eso, el conocimiento de lo real está mediatizado por la

reflexividad del sujeto cognoscente y de los sujetos a conocer en la situación de encuentro en el campo. Si caracterizamos al conocimiento como un proceso llevado a cabo desde un sujeto y en relación con otros sujetos cuyo mundo social se intenta explicar, la reflexividad en el trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente y la de los actores sujetos/objetos de la investigación (Guber, 2008: 87).

2. Reflexiones en torno al concepto de estrategias de reproducción social

El concepto de estrategias en las ciencias sociales es objeto de controversias en torno a la dimensión de cálculo racional presente en el proceso de elección o del margen de elección de los actores (Schiavoni, 1998: 147). Pretender una comprensión de las acciones sociales desde una perspectiva sociológica significa rescatar al agente social que produce las prácticas y a su proceso de producción, no en cuanto individuo sino como agente socializado, o sea, aprehenderlo a través de aquellos elementos objetivos que son producto de lo social. Ni los sujetos son simples partículas de materias ejecutoras de reglas impuestas por las estructuras, ni «mónadas guiadas por motivos internos» portadoras de comportamientos siempre conscientes, capaces del cálculo racional y libres de los condicionamientos históricos, económicos y sociales (Bourdieu, 2007a).

Al establecer una relación entre estructura y prácticas, este enfoque plantea la necesidad de construir el espacio de posiciones para insertar allí las estrategias con el objeto de relacionar determinado tipo de prácticas con posiciones diferenciales en el espacio social. En ese espacio los agentes se definen por sus posiciones relativas, según el volumen y la estructura de los capitales que poseen, tanto económicos como culturales, sociales y simbólicos. Además de construir el sistema de relaciones objetivas en el que se inserta la práctica, es necesario considerar cómo la posición que el agente ocupa en el campo, estructura un conjunto de disposiciones durables que lo inclinan a actuar, percibir, pensar y sentir de una determinada manera más que de otra, disposiciones que reciben la denominación de *habitus* y que expresan

la singularidad de la trayectoria social dentro de los límites y posibilidades brindadas por las condiciones concretas de existencia.

Desde una concepción relacional de lo social, el sistema de estrategias de reproducción social se explica en un doble sentido: en el contexto de la familia o de un conjunto familiar, y en el marco más amplio del espacio social global –entendido como un espacio pluridimensional de posiciones– donde se relacionan con las prácticas de otros, y así articulan modos de reproducción diferenciales (Gutiérrez, 2007: 23).

En el mismo sentido, De Oliveira y Salles (2003: 619) consideran la práctica social como una actividad humana concreta desplegada en lo cotidiano que se da en un marco relacional e implica un proceso de intervención del sujeto sobre un objeto o situación en condiciones espaciales y temporales definidas; supone la existencia de estructuras de opciones históricamente determinadas y alude al concepto de estrategias entendidas como opciones y no como acciones racionales guiadas por normas y valores interiorizados. Para estas autoras, los procesos de reproducción incluyen elementos biológicos y sociales y estos últimos incluyen elementos materiales y simbólicos. El proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, además de cubrir el desgaste físico y psicológico del trabajador en cuanto individuo, abarca también su reposición generacional. Las características que asumen los procesos de trabajo y de producción son relevantes para entender la manera en que se reproduce la fuerza de trabajo con características específicas en términos de calificación, docilidad, adaptabilidad, rotatividad y eventualidad (De Oliveira y Salles, 2003: 629). En lo que refiere a la reproducción de los trabajadores y sus familiares, hay que destacar la diferencia entre la renovación diaria de la capacidad del trabajador, y su reposición que refiere a su sustitución al retirarse de la actividad laboral. Para reponerse generacionalmente el trabajador requiere de los medios necesarios para criar a sus hijos y satisfacer sus necesidades materiales.

Dentro de las estrategias de inversión económicas orientadas a la perpetuación o aumento del capital económico, nos interesa considerar las estrategias de inversión social orientadas hacia la instauración y/o mantenimiento de relaciones sociales utilizables y movilizables, a corto o a largo plazo, hacia su transformación en obligaciones dura-

bles, subjetivamente sentidas, tales como reconocimiento y respeto, y por lo tanto en capital social y simbólico.

En tanto perspectiva relacional, nos preguntamos para el caso de esta investigación: ¿qué otros agentes articulan sus propias prácticas de reproducción en el espacio social con las prácticas de reproducción de estos migrantes? La creciente descapitalización y vulnerabilidad de los pequeños y medianos productores frutícolas debido al acelerado proceso de transformación del modelo productivo, hacen factible la articulación con familias bolivianas a través de mecanismos de arriendo de tierras y de variadas relaciones de aparcería. Por lo cual estos agentes, en algún punto, articulan sus propias prácticas de reproducción con las prácticas de reproducción de los migrantes bolivianos. En la medida en que han cambiado las reglas de juego en el sistema frutícola, podemos considerar que se está produciendo un cambio en el estado de los instrumentos de reproducción de los chacareros que los induce a desplegar estrategias novedosas. ¿Cómo pueden comprenderse las prácticas sociales en un espacio social en un contexto histórico determinado? ¿Cómo explicar las diferencias en las prácticas desarrolladas por agentes sociales que ocupan posiciones similares dentro de un mismo espacio social?

La perspectiva analítica de la «economía de las prácticas» propone incursionar en la cuestión de la heterogeneidad y de las estrategias de reproducción social. En este enfoque, las herramientas que orientan la indagación derivan de los conceptos que involucra la misma definición de «estrategias de reproducción social» como el conjunto de prácticas fenomenalmente diferentes por medio de las cuales los individuos y las familias tienden consciente o inconscientemente a conservar o a aumentar su patrimonio y correlativamente a mantener o mejorar su posición en la estructura (Bourdieu, 2007a). Esta aproximación orienta en la investigación empírica del «ser social», identificado en los agentes constituidos en el devenir de posiciones sociales que son construidas mediante el conjunto de desplazamientos económicos, sociales, geográficos, ocupacionales, culturales, políticos. Se trata de identificar en estos desplazamientos el patrimonio económico, las redes sociales y los bienes culturales y simbólicos que los individuos y grupos movilizan como recursos, cuya inversión y acumulación sostienen el proceso de construcción de su propia existencia y que funcio-

nan en calidad de capitales (económico, social, cultural y simbólico), poniendo especial énfasis en los sistemas clasificatorios vigentes en las familias, grupos e instituciones de adscripción, como puertas de acceso empírico a los *habitus* que operan como un principio organizador de la experiencia social.

La estrategia no es la prosecución intencional ni planificada de fines calculados, sino el desarrollo activo de líneas objetivamente orientadas que obedecen a regularidades y forman configuraciones coherentes y socialmente inteligibles, es decir, comprensibles y explicables, habida cuenta de las condiciones sociales externas e incorporadas por quienes producen las prácticas (Gutiérrez, 1997: 28).

Las estrategias de reproducción desplegadas por los agentes dependen del volumen y de la estructura del capital que hay que reproducir, esto es, en primer lugar, del volumen actual y potencial económico, cultural y social que el grupo posee y de su peso relativo en la estructura patrimonial y, en segundo lugar, del estado del sistema de los instrumentos de reproducción, es decir de las distintas opciones objetivas que los grupos tienen para implementar estrategias, que se traduce en el rendimiento diferencial que los distintos instrumentos de reproducción pueden ofrecer a las inversiones en el grupo, y también de los *habitus* incorporados que definen los límites entre lo posible y lo no posible. Estas estrategias dependen de la relación que se establece entre el patrimonio de los diferentes grupos y los instrumentos de reproducción que definen la transmisibilidad del patrimonio. Debido a que es un sistema, todo cambio en el volumen como en el estado de los instrumentos de reproducción lleva consigo una reestructuración del sistema de las estrategias de reproducción.

En la indagación de ese proceso, el concepto de reconversión social resulta esclarecedor porque identifica esas modalidades de reproducción que implican cambios en los volúmenes, contenidos y significaciones de los capitales puestos en juego por cada grupo en diferentes momentos de su historia. En determinadas situaciones, los agentes no pueden mantener su posición en la estructura social ni las propiedades inherentes a la misma, más que al precio de una traslación asociada a un cambio de condición. En el tránsito por condiciones propicias y adversas, hay tramos donde se estructura el imperativo de algún tipo de reconversión y hay un momento en que la vulnerabilidad de la

posibilidad de permanencia y consolidación en una posición se hace presente.

A propósito de las estrategias, rescatamos estudios que han focalizado el concepto en los casos de familias en general y de productores agropecuarios familiares en particular. Entre los primeros, la socióloga Susana Torrado (1997) parte de la premisa de que la inserción en el sistema de producción económica es un atributo definitorio de la posición social. Concibe a las «estrategias familiares de vida» como los comportamientos de los agentes sociales en una sociedad dada que –estando condicionados por su posición social– se relacionan con la constitución y mantenimiento de unidades familiares en el seno de las cuales pueden asegurar su reproducción biológica, preservar la vida y desarrollar todas aquellas prácticas económicas indispensables para la optimización de las condiciones materiales y no materiales de existencia de la unidad. En el proceso de toma de decisiones dentro de las unidades familiares, la autora considera que están presentes los siguientes factores:

- a) La posición social constituye la principal variable explicativa de los comportamientos inherentes a la estrategia de vida, sin embargo la conducta de los actores tiene una autonomía relativa respecto de la influencia de factores macrosociales.
- b) Las unidades familiares se movilizan y organizan sus recursos y acciones para el logro de sus proyectos y objetivos, pero las decisiones relativas a cada conducta se adoptan sobre la base de alternativas concretas de acción y no sobre la base de cálculos abstractos, por ejemplo de costo/beneficio.
- c) Las estrategias familiares constituyen un proceso que se desarrolla a lo largo de un ciclo de vida de una familia, proceso en el que las decisiones pasadas influyen sobre las presentes y estas anticipan las futuras (Torrado, 1997: 22).

Por último, nos interesa destacar el estudio realizado por Forni, Benencia y Neiman (1991) centrado en el rol de la familia como variable mediadora entre la estructura socioeconómica y los comportamientos demográficos en hogares rurales campesinos de la provincia de Santiago del Estero. Los autores toman como concepto central la noción de

«estrategia de vida y de reproducción», que definen como los marcos de referencia persistentes pero a la vez dinámicos que se refieren a la continuidad y reproducción de los grupos humanos, considerando que la conducta cotidiana de los grupos familiares se organiza en un balance de obtención y consumo de recursos que se pueden resumir en el presupuesto familiar. Señalan estos investigadores que en situaciones particularmente críticas causadas por coyunturas económicas generales o por una situación particular de las propias familias, esos arreglos básicos pueden sufrir alteraciones para hacer factible la continuidad y cohesión del grupo y la supervivencia de sus miembros. En esas circunstancias emergen decisiones drásticas de emigración, incorporación o partida de miembros, etc. que significan circunstancias de reordenamiento (Forni, Benencia y Neiman, 1991: 78). En consecuencia, ante situaciones de cambio, los grupos domésticos, al elegir entre distintas alternativas⁷ entran en un proceso de diferenciación que permite discernir umbrales que se manifiestan en la posibilidad de acumular e invertir versus la pobreza crónica (Forni, Benencia y Neiman, 1991: 132).

Como producto de su investigación, los autores identifican tres tipos de estrategias en las explotaciones familiares estudiadas:

- a) De reproducción: conjunto dominante de acciones cuyo objetivo es alcanzar al menos la reposición de los gastos de la explotación para recomenzar anualmente el ciclo productivo bajo similares condiciones sociolaborales, técnicas y productivas.
- b) De capitalización: estrategia de crecimiento vertical que no se apoya necesariamente en la concentración de la tierra, por la que el grupo familiar continúa siendo la principal fuente de mano de obra pero donde se logra una expansión en el volumen de actividad de las unidades por un uso más intensivo de los recursos tierra, trabajo familiar y tecnología.
- c) De acumulación: que implican un cambio cuali-cuantitativo respecto a los anteriores a través de ocupación de nuevas tierras, una creciente mecanización de las tareas de la explotación y una modificación del compromiso del trabajo familiar en la unidad tanto en magnitud como en distribución de tareas.

En síntesis, en esta investigación se utilizará el concepto «estrategia» como la propensión a actuar que se construye en la relación entre un campo y un sistema de disposiciones ajustadas a dicho campo, las cuales implican una inclinación y una aptitud para participar en el juego, que están social e históricamente constituidas. Planteado en términos relacionales, designa las líneas de acción objetivamente orientadas que los agentes construyen en la práctica y que se definen en el encuentro entre el *habitus* y una coyuntura particular del campo (Bourdieu y Wacquant, 1995).

3. Organización de la investigación

Este trabajo de investigación se organiza en seis capítulos y conclusiones.

En el Capítulo 1 presento una plataforma conceptual que sostiene la investigación. En primer lugar, realizo algunas aproximaciones al estudio de las migraciones laborales internacionales, poniendo especial atención al enfoque transnacionalista de los flujos migratorios. Las características de los movimientos migratorios contemporáneos ponen en tensión la relación entre lo global y lo local, lo cual implica redefinir los anudamientos entre espacio y territorio. En segundo lugar, desarrollo la vinculación entre la migración y los mercados de trabajo a través del análisis de las instituciones sociales que intervienen en los procesos de estructuración de los mercados de trabajo, en particular aquellos afines con las economías étnicas.

El Capítulo 2 está dedicado a presentar una reconstrucción del proceso histórico de conformación del territorio del Alto Valle del Río Negro, y mostrar las condiciones que incidieron en su temprana definición como un espacio monoproduktivo frutícola orientado a la exportación. La reestructuración del modelo productivo originario evidenciado en las últimas décadas del siglo pasado como consecuencia de la hegemonización por parte de los capitales transnacionales, provocó la descapitalización de los chacareros y la desaparición de una significativa cantidad de productores familiares, situación que obligó al despliegue de variadas estrategias de reproducción social de estos agentes. Además realizo una caracterización histórica de la producción

hortícola, a la cual defino como actividad subordinada a la actividad frutícola. En este escenario hacen su aparición nuevos agentes sociales –los migrantes bolivianos– quienes empiezan a asentarse y a conformar un territorio hortícola, que en los últimos años está recuperando dinamismo.

Desde una perspectiva relacional, el Capítulo 3 se centra en realizar un análisis de los tipos de articulaciones que se establecen entre los propietarios de las chacras y los horticultores migrantes que necesitan tierra para realizar sus cultivos hortícolas. Interesa destacar en este capítulo que la vinculación de un chacarero con un horticultor boliviano no siempre refiere a situaciones de empobrecimiento y decadencia, sino que también forma parte de activas estrategias para posibilitar la modernización de los montes frutales. A partir de este análisis, se construyen algunas categorías emergentes en relación con el papel que juegan estas relaciones en las estrategias de vida y de reproducción de los agentes participantes.

El Capítulo 4 permite situarnos en el proceso de asentamiento de las familias bolivianas llegadas en la década del 90 al Alto Valle. Desde un enfoque etnográfico, reconstruyo los itinerarios migratorios y laborales desde el relato de sus protagonistas; así como los capitales tanto económicos, culturales, sociales y simbólicos requeridos para hacerse horticultores en este espacio social particular.

El Capítulo 5 aborda el proceso de institucionalización de las redes sociales informales, que dan lugar a la conformación de la Asociación de Horticultores. Analizo cómo estos migrantes van logrando visibilidad a partir de su vinculación con los sistemas de asistencia técnica y con referentes políticos. Desde la perspectiva de los migrantes y desde la mirada de los profesionales con los que se relacionan, presento las experiencias surgidas «desde arriba», así como aquellas estrategias que los horticultores construyen «desde abajo» para posicionarse en el campo y lograr controlar recursos materiales y simbólicos valiosos para su reproducción en el espacio local y regional.

En el Capítulo 6 presento el caso de un enclave económico étnico, en el cual queda demostrado cómo las empresas formales utilizan los mercados laborales segregados por etnia o nacionalidad como modalidad tendiente a reducir riesgos y flexibilizar las relaciones de trabajo. En la localidad de Ingeniero Huergo, una cadena supermerca-

disto de capitales nacionales con influencia territorial en toda la Patagonia establece complejas articulaciones con una red de familias bolivianas altamente jerarquizada. Estos nuevos trabajadores, dada su disponibilidad y vulnerabilidad, favorecen el mantenimiento de la economía sumergida con fuertes elementos de segregación.

Por último, en las Conclusiones recupero los principales contenidos desarrollados a lo largo del estudio y propongo repensar los interrogantes que guiaron esta investigación.

No ta s:

¹ Periódico *La Comuna*, 4 de agosto de 2010.

² Diario *La Mañana de Neuquén*, 2 de marzo de 2009.

³ Desde los aportes de la geografía crítica, un territorio constituye un conjunto organizado de actores y recursos que interactúan dialécticamente; una realidad construida a partir de procesos complejos, que involucran interacciones sociales, dimensiones institucionales y culturales, y relaciones de poder (Radonich, 2010).

⁴ Censo de Agricultura bajo Riego, realizado por el Ministerio de la Producción de la Provincia de Río Negro en 2005.

⁵ Para 2010 las estimaciones elevan esa superficie a más de 700 hectáreas.

⁶ Tesis de Maestría en Sociología de la Agricultura Latinoamericana: *Arrendamientos y aparcerías hortícolas. Estrategias de reproducción social de propietarios y tomadores de tierra en la zona de General Roca – Río Negro* (2006). Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue.

⁷ Para estos autores, la consideración del acuerdo de referencia en que se inscribe la conducta concreta o decisión se diferencia de la racionalidad ahistórica y universal de fines y medios o costo/beneficio característica en la teoría económica de la escuela del *home economics*.

Capítulo 1

Migraciones laborales internacionales y mercados de trabajo

1. Arqueología de un espacio agrario: inmigración, trabajo y producción

La Ruta Nacional N° 22 es la columna vertebral del Alto Valle del Río Negro. Su trazado atraviesa el valle de este a oeste, en sentido paralelo a las vías del ferrocarril entre el río Negro y las bardas norte. Asimismo, ésta es la orientación del canal principal de riego, desde donde parten los canales secundarios y terciarios que, a modo de arterias y vasos capilares, irrigan el suelo del valle. A lo largo de la ruta, los carteles indican la presencia de ciudades y pueblos en una sucesión continua, que no supera los 15 kilómetros de distancia entre uno y otro. Desde la cinta asfáltica, a derecha e izquierda se divisa un paisaje de plantaciones de árboles frutales —manzanos y perales— disciplinados por la mano humana; también el horizonte se recorta por las alamedas alineadas y organizadas como perímetros para proteger a la producción frutícola de los vientos patagónicos. Todo lo que alcanza nuestra mirada testimonia el encuentro de la naturaleza con el trabajo y la tecnología. Para los pobladores locales, es un paisaje naturalizado. Es del orden de lo impensable imaginar este espacio con sus originales montes de jarillas, piquillines y alpatacos, especies que siguen prevaleciendo en la meseta, sólo a escasos kilómetros del oasis valletano.

Marx ha demostrado en diversas ocasiones que cuando las propiedades o las consecuencias de un sistema social son atribuidas a «la naturaleza» es porque se olvida su génesis y sus funciones históricas, es decir todos aquellos elementos que lo constituyen como un sistema de

relaciones (Gutiérrez, 2003a). La familiaridad con el universo social deviene un obstáculo al pretender explicar las acciones sociales por la sola descripción de las condiciones objetivas. En este esfuerzo es imprescindible también rescatar al sujeto que produce las prácticas y a su proceso de producción, no en cuanto individuo sino como agente socializado, es decir, de aprehenderlo a través de aquellos elementos objetivos que son producto de lo social (Bourdieu *et al.*, 1975).

Desde el lugar de investigadora también transito esos paisajes del valle con las «marcas» de mis propias experiencias, de mis preguntas y de mis preconceptos. En setiembre de 2009 retomé el trabajo de campo en la zona de Stefanelli, o «Pueblo Viejo», ubicado al este de la ciudad de General Roca.¹ Volver a andar por los lugares que recorrí hace unos años tiene mucho de familiaridad, pero también de novedad. En una de las salidas al terreno acordé una entrevista con Rogelio y Zaida, una pareja de horticultores bolivianos a quienes hace tres años que no visito. Desde la ruta, a falta de carteles indicadores, un altar de la Difunta Correa funciona como signo de referencia para tomar la calle de ripio que me conducirá a la chacra, hacia las bardas del norte. Ese altar está sobre un costado de la ruta, construido de ladrillos prolijamente pintados, su frente vidriado protege y a la vez deja ver la imagen de esta santa popular rodeada de botellas con agua que viajeros y lugareños dejan a modo de ofrenda. Pocos metros antes de dejar el asfalto me encuentro con algo nuevo: un improvisado retablo debajo de un sauce apenas permite vislumbrar la imagen del Gauchito Gil cubierta de polvo, resguardada por unas chapas en forma de capilla ornamentadas con cintas rojas. La figura de este santo popular nómada y errante gana espacio en campos, pueblos y ciudades de la Argentina, quizás como símbolo del hombre actual que como el «gauchito» no tiene un destino final que marque de antemano su itinerario ni un lugar privilegiado al cual llegar (Giarracca, 2005: 10).

Las características de las migraciones que están aconteciendo en el Alto Valle guardan similitudes con la figura del «gauchito». Así como el histórico sujeto «hacedor del valle» es tributario de la estabilidad, de las jerarquías territoriales y políticas nacionales, el migrante boliviano de estos tiempos improvisa —a partir de sus experiencias de movi­lidades— identidades mestizas en un constante proceso entre universos lejanos y cercanos (Tarrius, 2000).

El diagrama original de organización y distribución de la tierra en grandes cuadros de 100 hectáreas confieren al trazado valletano una forma de damero con múltiples divisiones al interior de cada cuadro, como forma de materialización de un modelo productivo que a principios del siglo XX fue delineando explotaciones con superficies entre las diez y las 20 hectáreas, extensiones posibles de ser trabajadas por un grupo familiar. Si bien es probable que el punto de partida de los inmigrantes europeos haya sido uniforme, la heterogeneidad es el signo destacable en los inicios del nuevo milenio. Junto a chacras «reconvertidas» con plantaciones de variedades actualizadas de manzanas y peras, y sistemas de conducción modernizados, conviven explotaciones en estado de cuasi abandono, caracterizadas por árboles añosos cuyas ramas están sostenidas por puntales de álamos, muestras inoculables de un atraso tecnológico ya difícil de superar para estos propietarios, pertenecientes al segmento de pequeños productores.

Mientras sigo el recorrido por calles de tierra, varios carteles del gobierno municipal informan que estoy ingresando a un circuito turístico. Se trata de algunas construcciones de la centenaria Colonia Rusa² que recientemente se han puesto en valor simbólico como testimonio de una de las corrientes inmigratorias que se instaló en la región en su etapa fundacional. La sinagoga, la escuela, la bodega, los implementos de trabajo son una marca de la comunidad judía en el espacio local. La alusión al sacrificio de los pioneros y su contribución al progreso de estas tierras arduas están presentes en el itinerario. A pesar de la evidente decadencia de plantaciones, maquinarias y galpones, las representaciones acerca de la identidad «chacarera» permanecen inmutables. Giralda Seyferth (1992) en su estudio de las colonias del estado de Santa Catarina en Brasil, analiza el concepto de «colono» como categoría monolítica e idealizada. El término sirve para identificar descendientes de inmigrantes cuya familia tradicionalmente se dedica a la agricultura, y es sinónimo de pequeño propietario rural regido por valores específicos: la dedicación al trabajo, la naturaleza de la producción y el pasado común de los colonizadores. Trabajo duro y apego a la tierra identifican al buen y verdadero colono, cuya mayor virtud es ser un productor de alimentos.

Los soportes fundamentales de la identidad de los chacareros valletanos se vinculan con el pionerismo de los antepasados, la propie-

dad privada de la tierra y el trabajo familiar. Son comunes los relatos sobre la vida sacrificada de abuelos y bisabuelos que dejaron su patria —europea— en busca de mejores condiciones de vida y acabaron aislados de la civilización, sin apoyo gubernamental. El reconocimiento de un conjunto de categorías diferenciales y representaciones de un universo heterogéneo y mutable no disminuye la importancia de esa identidad construida por oposición a otras categorías de trabajadores. En el caso de la fruticultura del Alto Valle del Río Negro, la categoría de «trabajador» históricamente se relacionó de manera casi exclusiva con los migrantes chilenos que ocuparon y siguen ocupando diferentes posiciones laborales como asalariados: peones, tractoristas o capataces, pero nunca dueños de la tierra.

Entre los álamos, conviviendo con la producción frutícola, se vislumbra otro paisaje en las chacras. Las notas distintivas están dadas por grandes hornos de barro a los costados de las casas, largas hileras de ropas multicolores colgadas en los alambres que separan los cuadros y, adosadas a los galpones, tiras de chalas trezadas forman paredes precarias para proteger las verduras cosechadas del sol de la tarde. Son los indicios particulares de la presencia de familias bolivianas que desde hace escasas dos décadas se están instalando en la región para realizar cultivos hortícolas. Las explotaciones hortícolas aparecen como manchas que rompen con la homogeneidad de los árboles, se asemejan a pequeños mosaicos interrumpiendo las plantaciones de frutales.

Pregunto al encargado de una chacra por una familia boliviana que había entrevistado en esa explotación años atrás. Me contesta que el jefe de familia, la esposa y los hijos menores se trasladaron a Neuquén porque allá «el gobierno les ayuda con semillas», en tanto uno de los hijos mayores alquila una chacra a 5 kilómetros de distancia. El trabajador frutícola me dice con inconfundible acento chileno: «estos bolivianos hoy están acá y mañana ya no los encuentra más».

La estabilidad, la tierra en propiedad, la planificación de las inversiones son características centrales de la fruticultura, atributos fundamentados en el carácter perenne del tipo de cultivo de peras y manzanas. En tanto la fluidez, la eventualidad, la movilidad constituyen particularidades de estos «nuevos agricultores» que hacen su aparición en el Alto Valle reproduciendo elementos de culturas campesinas. Superpuestas en el espacio, se evidencian dos lógicas de estructura social y de acumulación de capital agrario. Si tal como señala Andrés

Pedreño «lo que el lugar geográfico aproxima, el tiempo histórico distancia» (1999: 29), nos surgen los siguientes interrogantes: ¿cómo comprender las marcas de poblaciones y cultivos que llegaron y se instalaron en momentos diferentes de la historia en este espacio? ¿Qué está enunciando esta diversidad? ¿Desde dónde leer estos nuevos procesos migratorios relacionados con el trabajo rural en este particular espacio social?

En sintonía con el relato del trabajador chileno, una ingeniera agrónoma especializada en horticultura expresaba que «los europeos quemaron las naves, en cambio los bolivianos son aves de paso, hoy están acá y mañana se vuelven a su país». En estas metáforas sintetizaba su percepción sobre las características de diferentes formas de migrar, de relacionarse con los lugares de origen y de destino. En la primera, la migración es vista como un evento que se presenta una vez en el tiempo, con un punto de partida y un punto de llegada claramente ubicables. En tanto que la segunda no permite delimitar con claridad los momentos de inicio y de finalización de las migraciones, resaltando su condición de oscilantes y recurrentes.

Comprender el presente implica un esfuerzo por recorrer las explicaciones teóricas que se han construido para aprehender los procesos sociales. Guiados por esta premisa, creemos necesario realizar una revisión crítica de las principales teorías sobre las migraciones. La construcción de teorías acerca de la movilidad de las poblaciones es reciente si consideramos que los primeros aportes datan de mediados del siglo XX. En las últimas décadas, la intensificación de los procesos de globalización y la creciente importancia que imprime el capital a los procesos de configuración de mercados laborales son fenómenos que pusieron en cuestionamiento los modelos teóricos y metodológicos vigentes para estudiar los flujos poblacionales, dando lugar a la emergencia de nuevas miradas para comprender las características de las migraciones actuales.

2. Las migraciones en perspectiva teórica

La primera teoría sobre migraciones y sin dudas la más influyente en la aplicación de políticas migratorias, es la explicación neoclásica, domi-

nante de los años 1960 y 1970. No se trata de una teoría *ad hoc* de las migraciones sino de una aplicación a este terreno del paradigma neoclásico en tanto refleja los modelos de equilibrio dominantes en ese período en economía con su correlato en la visión funcionalista en sociología. Esta propuesta combina la perspectiva micro de la adopción de decisiones por parte de los individuos, con la perspectiva macro de los determinantes estructurales. Para este marco analítico, las migraciones serían el resultado de la desigual distribución espacial del capital y del trabajo; por lo tanto, la raíz de las migraciones debe buscarse en el hecho de que en algunos países el factor trabajo es escaso en relación con el capital y por consiguiente el nivel de los salarios es elevado, mientras en otros ocurre lo contrario. Las migraciones son, por lo tanto, consecuencias de decisiones racionales, basadas en actos individuales, espontáneos y voluntarios de los sujetos en la comparación entre su situación actual y la ganancia neta esperada que se deriva del desplazamiento; en síntesis, el resultado de un cálculo costo-beneficio (Arango, 2003). Para el caso que nos ocupa en esta investigación, posicionados en esta mirada explicativa resulta difícil comprender por qué se siguen asentando familias bolivianas en el valle –y en otras regiones de la Argentina– aún después de la caída de las políticas de convertibilidad peso/dólar, situación que ha hecho perder competitividad a la actividad hortícola y, en consecuencia, reducir el valor de las remesas. Desde este punto de vista nuestros actores estarían demostrando comportamientos irracionales.

Una versión enriquecida dentro del marco analítico del equilibrio en los mercados de trabajo se encuentra en el modelo denominado Desarrollo Económico con Oferta Ilimitada de Trabajo propuesto por el economista Arthur Lewis. Es un modelo que explica el desarrollo en el contexto de las economías duales, en el cual las migraciones ocupan un lugar primordial (De la Garza, citado por Lara Flores y de Grammont, 2000). Según esta perspectiva, en las economías duales hay un sector moderno conectado con el mundo exterior, coexistiendo con un sector tradicional que depende de la economía de subsistencia para sobrevivir, y cuando el sector moderno se expande, atrae mano de obra del sector tradicional. Dentro de este esquema, las migraciones constituyen un mecanismo de desarrollo crucial para las sociedades que permiten explotar el potencial inherente a las disparidades econó-

micas y que benefician tanto a los sectores modernos como a los tradicionales.

La teoría neoclásica y todas las variantes de los modelos *push-pull* basadas en una concepción de mercado perfecto e ideal en el cual no existirían restricciones para la movilidad de las personas, se muestran insuficientes para dar cuenta de la complejidad de los procesos migratorios en virtud de su foco unidimensional sólo centrado en factores económicos, y por lo tanto descartando variables políticas, culturales o de oportunidad, que tienen un peso central en la decisión de migrar. Este tipo de enfoque puede haber resultado medianamente satisfactorio para explicar las migraciones transoceánicas como las que acontecieron entre Europa y América en las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, en el último cuarto del siglo pasado las migraciones internacionales han experimentado cambios profundos, conformando flujos heterogéneos en cuanto a orígenes y destinos, como a las características de quienes se movilizan, los modos de migrar y la relación con la sociedad receptora. Los cambios acontecidos en las formas que adquieren los movimientos poblacionales generan nuevas formas de pensar sobre las migraciones que han dado lugar a enfoques conceptuales y teóricos novedosos aunque, como señala Massey (citado por Arango, 2003), más que un nuevo paradigma, estas aportaciones constituyen un rico y variado mosaico.

Un aporte novedoso dentro de esta perspectiva es la teoría de la Nueva Economía de las Migraciones Laborales, cuyo marco explicativo se basa en que la migración es una estrategia familiar más que individual, orientada tanto a maximizar ingresos como a diversificar sus fuentes con el propósito de reducir riesgos. Sostiene –al igual que la teoría neoclásica– que cuanto más desigual sea la distribución de ingresos en una comunidad determinada, mayores serán los incentivos para la emigración. Sus enunciados se pueden vincular con la teoría de los Mercados de Trabajo Duales desarrollada por Michael Piore, según la cual las migraciones internacionales obedecen a una demanda permanente de mano de obra de las sociedades industriales avanzadas, que tiene su origen en ciertas características intrínsecas de éstas, produciendo en consecuencia una segmentación de sus mercados de trabajo. Para esta propuesta, las economías muy desarrolladas necesitan trabajadores extranjeros para ocupar trabajos inestables y de mala cali-

dad que son rechazados por los trabajadores autóctonos. Por lo tanto, las migraciones no se generan por los factores de expulsión en los países emisores, sino por los factores de atracción en los receptores, que tienen «necesidad crónica e inevitable» (Malgesini y Giménez, 2000) de trabajadores de origen extranjero; en consecuencia, el potencial emigratorio en oferta efectiva de trabajo dependería de las condiciones del mercado de trabajo del lado de la demanda, en la cual el segmento de la economía sumergida tiene un papel significativo. Retomaremos esta perspectiva más adelante para vincularla con el análisis de los mercados laborales.

En tercer lugar, recuperamos la Teoría del Sistema Mundial sustentada por Immanuel Wallerstein (2006), perspectiva según la cual la explicación de las migraciones internacionales no reside tanto en la demanda de mano de obra de las sociedades avanzadas, sino más bien en los desequilibrios generados por la penetración del capitalismo en los países menos desarrollados, por lo tanto, considera a las migraciones internacionales como parte de la dependencia de los países periféricos en relación con los países centrales. Se apoya en la noción de un moderno sistema mundial compuesto por tres esferas: centro, periferia y semi-periferia; el núcleo central de la explicación de las migraciones transfronterizas habría que buscarlo en la extensión del modo de producción capitalista de los países del centro a los de la periferia, con la consiguiente incorporación de nuevas regiones a una economía mundial cada vez más unificada.

Las teorías presentadas hasta este punto explican desde diversas ópticas por qué la gente migra, pero no pueden explicar por qué una persona determinada puede convertirse en un emigrante o por qué dentro de un conjunto de personas que se encuentran en situaciones similares se produce la migración de algunos solamente. Estos interrogantes, sostiene Malgesini (1998) se contestan conectando las condiciones macro con las circunstancias personales, familiares y de entorno de los potenciales migrantes, y estas conexiones se producen a través de redes de diverso tipo. Douglas Massey (citado por Herrera Lima, 2000) identifica a las redes migratorias como el principal mecanismo por el cual la migración es un fenómeno que se sostiene a sí mismo, más allá de las causas que llevaron al desplazamiento inicial; por lo tanto este enfoque constituye el nivel relacional intermedio entre el

plano micro de la adopción de decisiones individuales y el plano macro de los determinantes estructurales.

Las redes migratorias pueden definirse como conjuntos de relaciones interpersonales que vinculan a los inmigrantes, a los emigrantes retornados o a candidatos a la emigración, con parientes, amigos o compatriotas ya sea en el país de origen o en el de destino (Massey *et al.*, citado por Arango, 2003). La centralidad de las redes sociales en este enfoque teórico se expresa en las propiedades que se les atribuyen, y que Douglas Massey sintetiza de la siguiente manera:

- a) Las migraciones internacionales tienden a expandirse en el tiempo hasta que las redes de conexiones se difunden en una región de manera tal que todo el que quiera emigrar lo puede hacer sin dificultad, entonces se produce la desaceleración.
- b) Los flujos migratorios entre dos países no están fuertemente relacionados con diferenciales salariales o tasas de desempleo, ya que el peso de estos factores se ve reducido por la disminución de riesgos como consecuencia de las redes.
- c) A medida que las redes se fortalecen, se vuelven progresivamente independientes de los factores que provocaron las migraciones en su inicio.
- d) Los gobiernos tienen dificultad en intervenir sobre los flujos porque el proceso de formación de redes escapa a su control (Massey, *Arango et al.*, citado por Malgesini, 1998: 26).

En el último cuarto del siglo XX se evidenciaron cambios profundos en la realidad de la migración internacional. En la era de la globalización y de la difusión de nuevas tecnologías de comunicación y de transporte, estos cambios están estrechamente entrelazados en la relación de los espacios sociales y los espacios geográficos. Para comprender la complejidad de los fenómenos migratorios en la actualidad, las autoras Basch, Schiller y Blanc-Szanton (1992) acuñaron el concepto de «migración transnacional», para dar cuenta del proceso por el cual los migrantes, a través de su actividad cotidiana, forjan y sostienen relaciones sociales, económicas y políticas multilíneas que vinculan sus sociedades de origen con las de asentamiento, a través de las cuales crean campos transnacionales que atraviesan fronteras nacionales.

Superando visiones dicotómicas, esta perspectiva sostiene que los migrantes se encuentran situados en campos sociales en múltiples grados y lugares, que abarcan a quienes se trasladan y a los que se quedan, y estos campos son concebidos como un conjunto de redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian –de manera desigual– se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos; son multidimensionales y engloban interacciones estructuradas de diferentes formas, profundidades y alcances (Levitt y Glick Schiller, 2007).

El tipo de flujo migratorio que está cobrando importancia creciente escapa a la representación de los Estados nacionales como contenedores. Al respecto, resulta pertinente rescatar las formulaciones de Ludger Pries quien sostiene que los flujos se presentan como un constante ir y venir de personas entre algún punto de su tierra de origen u otro/s de destino, creando de esta manera una nueva forma de espacio social que posee al menos dos asentamientos territoriales, ubicado cada uno de ellos en cada uno de los dos países involucrados. Pero entre ambas localizaciones territoriales se teje, expande y densifica una extensa red de relaciones sociales que sirve como sustento para el desarrollo de una base material infraestructural, de un conjunto de instituciones sociales relacionadas con la economía, con la política, con la cultura y también, de un conjunto de procesos intersubjetivos –culturales, identitarios– que traspasan y trasvasan las fronteras nacionales y mantienen en permanente vinculación a las diversas localizaciones territoriales en las que se asientan los migrantes (Pries, citado por Herrera Lima, 2005a).

En este punto es oportuno destacar que no todos los procesos migratorios presentes se inscriben en la categoría de transnacionales, si bien se está convirtiendo en una modalidad dominante en la actualidad. Las dimensiones fundamentales para definir el carácter transnacional de un movimiento migratorio refieren a su carácter oscilatorio y recurrente, a la existencia y consolidación de sólidas redes sociales, al mantenimiento de vínculos materiales y simbólicos con los lugares de origen y la sociedad huésped y, por último, al desarrollo de infraestructuras, instituciones y formas culturales propias en el marco de regulaciones administrativo-legales cambiantes de los estados involucrados (Herrera Lima, 2006: 576). Otro elemento central de este tipo de

migración es su condición de ser un movimiento «desde abajo» (Guarino y Smith, 1998), constituyendo así desplazamientos de población no planificados desde el Estado, sino desde las economías familiares de los hogares pobres.

¿Es posible vincular la conformación de espacios sociales transnacionales con territorios específicos sin caer en una delimitación física que tienda a reproducir la convergencia entre territorio y sociedad? Por otra parte, en esta imbricación de elementos materiales y simbólicos, ¿cómo pensar la relación entre el proceso de globalización y el territorio en relación con el fenómeno de las migraciones actuales?

Entre otras cuestiones, plantear el estudio de las migraciones desde la perspectiva transnacional conlleva problematizar los conceptos de sociedad y de nación, lo cual también induce a repensar la relación entre espacio geográfico y espacio social. Las relaciones sociales en las migraciones transnacionales se desarrollan en más de una localización geográfica, por lo cual son más que la mera extensión de sus comunidades de origen, constituyendo un *continuum* social generado en el proceso migratorio, que puede ser comprendido como el espacio social en el que se realizan las prácticas transnacionales y donde se desarrollan los dispositivos y las formas de vida de carácter transnacional.

3. Espacio social transnacional, espacio geográfico, territorio

En la práctica actual de la horticultura en el Alto Valle se visualiza una característica central de la globalización: la reestructuración de la relación entre espacio social y espacio geográfico. El dinámico desarrollo de la horticultura por parte de migrantes bolivianos en el Alto Valle del Río Negro es consecuencia de una combinación de diversos elementos tales como la apropiación de un espacio físico, el desarrollo de una actividad productiva en la cual despliegan una capacidad diferencial respecto de otros actores locales y, además, el uso que los migrantes le dan a ese territorio en un momento histórico determinado. Así, el territorio hortícola va adquiriendo una identidad específica que permite ser reconocible por quienes transitan o residen en las zonas rura-

les. La configuración de este espacio social sólo fue posible en la medida en que se fueron desarrollando una serie de prácticas productivas, laborales e identitarias que les ha permitido a los migrantes fronterizos mantener un vínculo entre ambos lugares —el de origen y el de destino— pero que además producen relaciones nuevas que se incorporan como base de futuras prácticas.

Sin ubicarse en posturas desterritorializadas, Ludger Pries subraya que se están multiplicando lugares geográficos en y entre los cuales se desarrolla la vida y el espacio social de crecientes grupos humanos. Propone el concepto de espacios sociales plurilocalizados para explicar que:

en el contexto de la migración internacional, cuando las interacciones de la totalidad o de una parte de los migrantes de dos países (intercambio de información, personas, bienes, símbolos, etcétera) alcanzan cierta densidad y durabilidad, estas interacciones no son solo formas de moverse entre dos espacios sociales diferentes sino que se convierten en un espacio social propio cuya extensión geográfica es plurilocal y se tiende entre lugares físicos diferentes. (Pries, 2002: 588)

Así, la transmigración sirve como perspectiva para pensar el caso estudiado, en tanto se caracteriza por una nueva relación entre espacios sociales y espacios geográficos. El autor presenta una visión histórica para intentar comprender esta relación. Al respecto subraya que el cambio de lugar de residencia «es un fenómeno tan viejo como los seres humanos», pero es a partir del establecimiento definitivo de los pueblos en un lugar específico que la migración pasó a convertirse en un evento excepcional en vidas más o menos sedentarias. Con el surgimiento de los Estados nación, entendidos como «contenedores», la migración internacional pasó a ser conceptualizada como emigración e inmigración. De esta manera, ha primado una visión de exclusividad entre espacio geográfico y espacio social, es decir, la idea de que a un espacio geográfico le corresponde un espacio societal. Este posicionamiento es tributario de un punto de vista absolutista del espacio por el cual los Estados son vistos como contenedores en los que se encuentran insertas las sociedades nacionales, de tal forma que los espacios sociales se anclan en el territorio geográfico y por lo tanto a cada socie-

dad nacional corresponde un territorio demarcado por las fronteras de los Estados nacionales.

Por el contrario, una visión relativista define al espacio como la configuración de posiciones relacionales entre elementos, es decir que las relaciones sociales no están contenidas en un determinado espacio sino que ellas mismas constituyen el espacio. En este sentido, el espacio societal de un barrio o de un asentamiento rural no es un lugar vacío demarcado geográficamente en el que ocurren las prácticas de sus habitantes, sino que el espacio societal es el que permite la emergencia de configuraciones particulares de prácticas sociales, sistemas de símbolos y bienes que se relacionan desde las posiciones que ocupan dentro del espacio social (Pries, citado por Stefoni, 2008).

El estudio de lo global no se limita a aquellos fenómenos que se dan de manera explícita a escala global, sino que es necesario considerar un análisis de las prácticas y de las condiciones locales que se articulan con la dinámica global (Sassen, 2007). Por lo tanto, el lugar geográfico desempeña un papel importante en el desarrollo del espacio social transnacional puesto que es allí donde se originan una serie de prácticas y relaciones cotidianas que dan origen a ese espacio. Herrera Lima (2005a: 54) ofrece una interesante síntesis al considerar a los espacios sociales transnacionales como configuraciones de prácticas sociales, artefactos y sistemas simbólicos que se extienden sobre diferentes espacios geográficos de al menos dos Estados nación, sin constituir un nuevo Estado nación desterritorializado o la prolongación de uno de los Estados nación involucrados. Esta mirada permite poner la atención en diversos anclajes territoriales en los que se desarrolla la vida de las personas involucradas en procesos migratorios así como en las formas en que se desarrollan y mantienen los contactos e intercambios a través de los cuales permanecen unidos de manera densa, continua y prolongada. También posibilita ver el proceso desde una imagen dinámica de la sociedad en la que el espacio es visto como algo creado por la disposición interrelacionada de las cosas y no como algo externo a ellas, que las contiene y limita.

En el contexto de la migración de familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle, focalizaré en un evento cultural y religioso al cual asistí en carácter de observadora en agosto de 2008 para intentar mos-

trar la formación de un espacio social transnacional, las relaciones que se configuran en él, así como las prácticas emergentes.

Agosto es un mes de intensa actividad para la comunidad de horticultores valletanos, es el momento en que el agua empieza a circular por los canales de riego, preanunciando el inicio de una nueva temporada agrícola. En Ingeniero Huergo, una localidad de 6.000 habitantes ubicada en el extremo este del Alto Valle, se condensa una nutrida colectividad boliviana, que fuentes informales calculan en un décimo de la población total.³ El comienzo de esta temporada tiene características particulares ya que —a instancias de algunas mujeres de la comunidad— se realizará la entronización de la Virgen Mamita de la Misericordia, representada por una imagen encontrada «en el campo, encerrada en la capillita de un pueblo de Tupiza donde ya no queda casi gente». Las familias que organizan esta celebración pertenecen a los grupos de más antiguo asentamiento en la región, las cuales, luego de haber transitado por diversas regiones del país, han acumulado suficiente capital económico, social y simbólico para erigirse como productoras autónomas. La ceremonia se desarrolla en dos momentos: el primero ocurre en la parroquia católica del pueblo, lugar en el cual se expresan las marcas de la diferenciación social durante la misa, al quedar separados por una línea invisible los feligreses «blancos y europeos» de los bolivianos «cobrizos e indígenas». Posteriormente, la imagen de la virgen es trasladada en procesión al predio de la colectividad, donde las mujeres han levantado un altar. Sin duda, esta marcha a lo largo de 20 cuadras constituye para los vecinos que se asoman de sus casas un tipo de fenómeno y de comportamientos novedosos, al mostrar a estos nuevos extranjeros en las calles, visibilizando aquello que habitualmente permanece oculto en medio de las chacras.

Una vez arribados al territorio construido por estos migrantes, el clima emocional se transforma. La imagen de la virgen queda situada en un pequeño altar dentro del predio de la colectividad, rodeada de velas encendidas, mientras el ambiente se inunda de humo de incienso y las mujeres mayores entonan cantos en idioma quichua.

En la parte exterior del predio los jóvenes juegan al fútbol, indiferentes a la solemnidad del ritual; visten camisetas de los equipos argentinos más populares, aunque todos pertenecen a la colectividad. Grupos de hombres de varias localidades cercanas conversan sobre el

valor del alquiler de la tierra para esta temporada, e intercambian información relacionada con la conveniencia de sembrar cebolla o priorizar el tomate durante la inminente temporada. Mientras tanto, las mujeres van acomodando ollas y fuentes con comidas especiales para la ocasión: sopa de maní, chicharrones, locro boliviano. «Ya va a ver cómo se va a vender todo», me advierte Delmira, a la par que acarrea botellas de cerveza y de gaseosas hacia el salón. La fiesta materializa el rito de reunificación de familiares dispersos en otras regiones del país, y que —habiendo dejado temporariamente su trabajo en la construcción, en la elaboración de ladrillos o en el comercio— permanecerán durante algunos días para ayudar en la preparación de la tierra y en la dura tarea del trasplante de plantines, «porque si tenemos que contratar gente, no nos da». Regresarán en enero o febrero, cuando a través de una llamada al teléfono celular se los requiera para la cosecha. También hay otros grupos, más alejados del ruido. Son primos, tíos, vecinos que llegan por primera vez de la zona rural de Tupiza «a trabajar como *centajeros* con un paisano, a probar suerte, en una de esas no' quedamo', o no' regresamo'».

En este intento por dar cuenta de las contribuciones provenientes de diferentes disciplinas para analizar la modificación de un espacio desde la llegada y la inserción de una migración novedosa en el Alto Valle, no puede desconocerse a la geografía desde una perspectiva crítica. Milton Santos aporta en pensar al espacio —no como un objeto— sino como una configuración y una relación posicional de elementos. Destacamos su definición de espacio como

formado por un conjunto indisociable, solidario y también contradictorio de sistema de acciones, no consideradas aisladamente, mas como el cuadro único en el cual la historia se da, (...) el espacio resulta un conjunto de formas representativas de relaciones sociales del pasado y del presente y por una estructura representada por relaciones sociales que están aconteciendo delante de nuestros ojos y que se manifiestan a través de procesos y funciones. El espacio es, entonces un verdadero campo de fuerzas cuya aceleración es desigual. (Santos, citado por Radonich, 2010)

En tanto, desde la sociología comprensiva, Bourdieu (2006) señala que se puede representar el mundo social bajo la forma de un espacio con varias dimensiones, construido sobre la base de principios de diferenciación o de distribución fundados por el conjunto de las propiedades actuantes en el universo social considerado.⁴ Dichas propiedades actuantes son las que otorgan fuerza o poder a quienes las detentan en el campo del que se trate, en tanto

los agentes y grupos de agentes son definidos por sus posiciones en ese espacio, (...) se lo puede describir también como un campo de fuerzas: esto es, como un conjunto de relaciones de fuerza objetivas que se imponen a todos los que ingresan a ese campo, y que son irreductibles a las intenciones de los agentes individuales o incluso a las interacciones directas de los agentes. (Gutiérrez, 2003b: 257)

Tanto la noción de espacio social como el de campo social en el pensamiento de Bourdieu aluden a redes de relaciones, y también a relaciones entre posiciones, así como a las maneras en que las relaciones sociales se estructuran por el poder. Las fronteras en un campo son fluidas y el campo mismo es creado por los participantes que se unen en una lucha por la posición social. Desde esta perspectiva epistemológica, y específicamente en los estudios de las migraciones internacionales, Levitt y Glick Schiller (2007) proponen una conceptualización del fenómeno migratorio como estructuración para replantear la dinámica entre estructura y agencia. La clave de la propuesta es que los migrantes están situados dentro de diversos campos sociales en múltiples grados y lugares, lo que permite incorporar tanto a los que migran como a los que se quedan en el lugar de origen.

El concepto de campo social también pone en tela de juicio las divisiones tajantes del vínculo entre lo local, lo nacional, lo transnacional y lo global. En cierto sentido, todos esos nexos son locales pues las conexiones cercanas y distantes penetran las vidas cotidianas de los individuos que las viven dentro de una localidad. Pero, al interior de ésta, una persona puede participar en redes personales, o recibir ideas e información que la conecten con otras en un Estado-nación a través de las fronte-

ras de un Estado-nación o globalmente, sin haber migrado jamás. (Levitt y Glick Schiller, 2007: 199)

Estos enfoques ponen en revisión el concepto de sociedad e invitan a cuestionar el nacionalismo metodológico, según el cual el Estado nación aparece como un elemento dado en el análisis social. Stefoni (citando a Wimmer y Glick Schiller, 2008) señala que el nacionalismo metodológico es la presunción de que el Estado nación es la forma natural de organización política de los Estados modernos y asume la existencia de una unidad cultural coincidente con los límites territoriales del Estado.⁵ Desde una concepción de sociedad basada en la idea de campo social, Basch, Glick Schiller y Szanton Blank (citado por Stefoni, 2008) definen al campo social como un conjunto de múltiples redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian de manera desigual, se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos. Así, los campos sociales transnacionales conectan a los actores a través de relaciones directas e indirectas, vía las fronteras.

La herramienta conceptual de campos sociales se presenta como un instrumento eficaz para explicar y comprender la variedad potencial de relaciones que vinculan a los que se trasladan y a los que se quedan, al trascender el vínculo directo del fenómeno migratorio hacia ámbitos de interacción en los que los sujetos que permanecen mantienen relaciones sociales por encima de las fronteras mediante diversas formas de comunicación. En consecuencia, las redes dentro del campo consisten en vínculos fuertes o débiles que contactan a las personas que tienen relaciones transnacionales con las que no las poseen pero que reciben influencias indirectas de los flujos de ideas, objetos y remesas dentro de su campo de relaciones sociales. Al conceptualizar a los campos sociales transnacionales como algo que va más allá de las fronteras del Estado nación también es posible notar que los individuos dentro de estos campos están influidos a través de sus actividades y relaciones cotidianas por múltiples conjuntos de leyes e instituciones.

Desde una concepción relacional de lo social, podemos decir que en el marco del espacio social global las prácticas que ponen en juego las familias para reproducirse socialmente se relacionan con las

prácticas que son constitutivas de los otros, articulando modos de reproducción social diferenciales (Bourdieu, 1996: 140).

La imposición de principios de división del espacio ocurre a través de la incorporación de una estructura de diferencias objetivas.⁶ Éstas son expresadas geográficamente, por ejemplo, por la posesión o el dominio de fuentes de reproducción social como la tierra, o a través de la correlación entre los valores autoatribuidos a un grupo social y a la reproducción de un ambiente local. Este fenómeno suscita, por oposición, la construcción de identidades territoriales de resistencia. Este tipo de identidades es movilizad por grupos que, conscientes de la situación de exclusión a la cual están sometidos, pasan a hacer referencia al territorio como fuente de significado. El migrante hace uso con frecuencia de un arsenal de múltiples identidades para hacer valer sus intereses, aún de sus identidades territoriales (Haesbaert y Santa Bárbara, 2001: 50).

Partiendo de estas premisas consideramos importante recuperar la categoría de «territorio» para aprehender la complejidad y la diversidad en los procesos transnacionales. En el decurso de esta investigación en particular orientaremos el análisis teórico para intentar dar respuesta al interrogante sobre ¿qué condiciones de posibilidad en el espacio social hacen viable la emergencia de un actor social de características tan diferentes a las del tradicional chacarero y le permiten construir un territorio productivo específico? Desde una visión de construcción social, Haesbaert (2004: 94) sostiene que el territorio puede ser concebido a partir de la imbricación de múltiples relaciones de poder: del poder más material de las relaciones económico-políticas al poder más simbólico de las relaciones de orden más estrictamente cultural. Una visión relacional del territorio lo entiende como un territorio construido inserto dentro de relaciones sociales históricas, de relaciones de poder. Por ser relacional, el territorio es también fluidez, interconexión, temporalidad, historicidad. El territorio comprende siempre, al mismo tiempo: una dimensión simbólica, cultural, a través de una identidad territorial atribuida por los grupos sociales, como forma de control simbólico sobre el espacio donde viven, siendo por lo tanto una forma de apropiación; y también una dimensión más concreta, de carácter político-económico, esto es, la apropiación y ordenamiento del espacio como forma de dominio y disciplinamiento de los individuos.

Reconocer a los territorios «aconteciendo» significa pensarlos a modo de un espacio construido *por* el tiempo y *en* el tiempo. Esta propuesta refleja la preocupación por comprender los territorios a manera de objetos que no pueden analizarse aislados en el tiempo y en el espacio; posibilita conocer y analizar cómo los procesos económicos, políticos y sociales que los caracterizan se traducen en formas particulares de apropiación y organización de los espacios (Radonich, 2010).

Los procesos de territorialización son el fruto de la interacción entre relaciones sociales y control del espacio, relaciones de poder en sentido amplio, al mismo tiempo de forma concreta –dominación– y también simbólica, derivando en un tipo de apropiación. Por lo tanto, territorialización es el proceso de dominio político-económico y/o de apropiación simbólica-cultural del espacio por los grupos humanos. Significa crear mediaciones espaciales que proporcionan efectivo poder sobre la reproducción como grupos sociales, poder que es siempre multiescalar y multidimensional, material e inmaterial, de dominación y apropiación al mismo tiempo.

Así como la modernidad está marcada por el sedentarismo y el nómade era una figura amenazadora que rompía con un modelo de vida previsible, estos sujetos migrantes construyen su territorialidad en la propia movilidad espacial. En consecuencia, la territorialización engloba al mismo tiempo aquello que es fijo –enraizamiento– y aquello que es movilidad; en otras palabras, incluye tanto los itinerarios como los lugares. Controlar el espacio indispensable para la reproducción social no significa sólo controlar áreas o definir fronteras sino, sobre todo, vivir en redes, donde las propias identificaciones y referencias espaciales y simbólicas están hechas no sólo en el enraizamiento y en la siempre relativa estabilidad, sino en la propia movilidad. Así, territorializarse significa también hoy construir y/o controlar flujos o redes y crear referenciales simbólicos en un espacio en movimiento (Haesbaert, 2004: 280). La multiterritorialidad es consecuencia directa del capitalismo de acumulación flexible, de relaciones sociales construidas a través de territorios-red, sobrepuestos y discontinuos, de connotaciones más rizomáticas⁷ o menos centralizadas, y no más de territorios-zona que marcaron aquello que podemos denominar modernidad clásica territorial estatal.

Resulta importante en este punto del análisis recuperar la categoría de «lugar» en tanto permite observar la multiplicidad de economías y culturas de trabajo donde se inserta el sistema económico global, así como también recuperar los procesos concretos y localizados que materializan los procesos globales (Sassen, 2007: 127). Desde esta perspectiva, consideramos al lugar como marca de experiencias en los territorios, desde las miradas de los sujetos sociales, desde el proceso de historización y a través de las prácticas constructivas de los sujetos. El lugar es un concepto mediador que puede ubicarse entre el territorio y los sujetos, más precisamente en los mundos de vida de los sujetos (Giarracca, 2003). Por eso, como sostienen Guarnizo y Smith (1998), la construcción social del lugar sigue siendo un proceso de creación de significado local, especificidad territorial, control jurídico y desarrollo económico. La localidad provee el contexto de oportunidades y restricciones en las cuales se insertan los migrantes. Este contexto incluye las condiciones del mercado de trabajo, las percepciones hacia el grupo de migrantes, la presencia o ausencia de otros connacionales.

Aun considerando la heterogeneidad de situaciones presentes en los migrantes bolivianos que se asientan en el Alto Valle, partimos de la hipótesis de que el persistente proceso de reestructuración productiva de la fruticultura local, que derivó en el debilitamiento y, en muchos casos, en la desaparición de productores familiares como sujetos productivos, fenómeno asociado con la disponibilidad de un «nicho vacío» en la producción hortícola para el mercado interno, constituyen parte del contexto de oportunidades para la (re)construcción de un territorio hortícola de características transnacionales.

4. Migración, mercados de trabajo y economía étnica

Al revisar la producción reciente en el campo de las migraciones en América Latina, Herrera Lima y Pries (2006: 353) sostienen que el mundo del trabajo en sus distintas dimensiones resulta ser uno de los temas menos tratados, pese a la evidencia de que las migraciones latinoamericanas «tienen un fuertísimo contenido laboral».⁸

Articular la cuestión del trabajo y, específicamente, de los mercados de trabajo con la migración, y además vincularlo con el ámbito

de la agricultura es sumamente complejo. Respecto de la segunda variable, Sara Lara Flores (2006: 335) fundamenta esta dificultad en que el proceso de trabajo en la agricultura se encuentra condicionado por un bien natural como es la tierra y por las diferencias debidas a los factores que intervienen en los procesos de trabajo tales como el clima, el agua, la cercanía a los mercados, el carácter perecedero de los productos. Además destaca las diferentes escalas de producción que permiten múltiples combinaciones entre las unidades productivas del sector y que remiten necesariamente a la relación entre la empresa capitalista y el campesinado. Las investigaciones recientes en América Latina se orientan a comprender el sentido que adopta en la región el proceso de reestructuración de la agricultura, fenómeno que responde a la globalización y a la creación de nichos de mercado en los que los países tratan de insertar sus producciones.

Las distintas aproximaciones al estudio del mercado de trabajo son relativamente recientes. En términos generales, las diferentes perspectivas han ido incorporando actores, instituciones sociales, tiempo, espacio y territorio. Además, han pasado de una visión estática a otra de tipo dinámico que pone su atención en los cortes longitudinales, sin perder de vista las dimensiones que intervienen en los procesos (Herrera Lima, 2005a: 63).

A continuación presentamos una síntesis de los distintos enfoques involucrados en las discusiones recientes sobre los mercados de trabajo.

Ludger Pries (2000) realiza un interesante aporte desde la Teoría Sociológica del Mercado de Trabajo, en su revisión de las diversas posiciones teóricas desarrolladas en la última mitad del siglo XX. Sostiene el autor que en los estudios realizados sobre los mercados de trabajo antes de la década del 80 ha prevalecido un sesgo economicista, lo cual imprime limitaciones para captar la riqueza y complejidad de los procesos de trabajo. En primer lugar refiere al enfoque neoclásico, en tanto perspectiva que parte del supuesto de un mercado ideal en el que los actores cuentan con información completa y en el que existe la posibilidad de equilibrio entre oferta y demanda. Según este posicionamiento teórico las personas, en función de su capital humano, tienen posibilidades de acceder a mejores puestos de trabajo de acuerdo a lo que han invertido en su propia formación, pero no toma en consideración aspectos tales como género, etnia, edad.

En segundo término, introduce las perspectivas institucionalistas, cuya manifestación principal es que las formas y normas de capacitación, de reclutamiento, de asignación y de remuneración no se rigen por la simple lógica de competencia y de mercado (Ludger Pries, 2000: 514). En cambio, existirían ciertos mecanismos institucionales internos que regulan el mercado de trabajo. Dentro de esta visión, Piore (en Pries, 2000) desarrolló la Teoría del Mercado Dual sostenida en el argumento de que el mercado laboral se divide en dos segmentos: el sector primario que ofrece empleos mejor pagados y más estables, y el sector secundario con empleos más inestables y de peor calidad que son asignados a los grupos en desventaja.

Por último, en los nuevos enfoques que se están desarrollando dentro de los estudios de los mercados de trabajo, la preocupación se desplaza a la imbricación de aspectos sociológicos y económicos. Apelando a la categoría de *embeddedness* propuesta por Polanyi, esta perspectiva sostiene que toda acción económica está contenida o entramada en interacciones sociales (Pries, 2000; De la Garza Toledo, 2003). De este modo, el énfasis está puesto en los procesos de trabajo, por lo tanto focaliza en las trayectorias laborales y en los proyectos biográfico-laborales. Ubica al sujeto dentro de un campo de interacciones múltiples y recurrentes, que suponen no sólo el conocimiento cercano de los individuos con quienes realiza los intercambios, sino también el conocimiento de las reglas sociales de funcionamiento de los espacios sociales acotados en los que se desenvuelve. El actor, en esta perspectiva, es entendido como individuo y como colectivo, en tanto que quienes intervienen en los mercados de trabajo son sujetos inmersos en redes múltiples de relaciones sociales (Herrera Lima, 2005a: 70).

Desde esta mirada analítica se abren diversos aportes que consideramos de particular relevancia para el presente trabajo. Estas líneas refieren a la centralidad de las redes sociales en el desempeño de las personas en el mundo del trabajo, las instituciones estructurantes de la dinámica del trabajo y la perspectiva segregacionista.

a) La centralidad de las redes sociales. Granovetter (1985) argumenta que es necesario reconocer que en el mercado de trabajo la demanda y la oferta entran en contacto en el interior de una trama de relaciones a través de las cuales la información sobre el trabajo disponible es adqui-

rida por los individuos. Desde esta perspectiva, se toma en cuenta el problema de la información como un bien que no está disponible para todos en la misma medida, debido a que los individuos tienen una información limitada, dependiente de sus redes de relaciones. Así, la fuerza de un vínculo –ya sea fuerte o débil– es una combinación de tiempo, intensidad emocional, confianza mutua y servicios recíprocos; cada uno de estos aspectos es independiente del otro, aunque el conjunto esté interrelacionado. En situaciones de migración, los vínculos fuertes –parientes, compadres, coterráneos– son decisivos en las primeras etapas para asegurar cierta estabilidad, en tanto que los vínculos débiles permiten la movilidad social y/o el crecimiento del grupo original ya que actúan como puentes que permiten establecer conexiones con otras redes densas, con el Estado, con ONG, etcétera.

El enfoque de red permite profundizar, por un lado, en el carácter no indiferenciado de los flujos migratorios y, por otro, en las oportunidades a las cuales los migrantes tienen acceso. Este enfoque ha dado sustento al estudio de las «cadenas migratorias» (Devoto, 2004). Este tipo de análisis sostiene que la transmisión de información recurre a la existencia de vínculos personales fuertes, y la fuerza de una relación social está dada por el reconocimiento de relaciones recíprocas y no tanto por la proximidad geográfica. Las redes de relaciones son las que estructuran las oportunidades, por lo tanto éstas están socialmente condicionadas. El concepto de red introduce la dimensión de la estructura social –entendida como red de relaciones– en tanto factor condicionante de los recorridos sociales. Desde este enfoque de «racionalidad relativa», el concepto de red se revela como un instrumento valioso para estudiar la acción social, de tal manera que la red de relaciones de un individuo es vista tanto en términos de condicionamiento sobre su comportamiento, como en términos del uso instrumental que cada actor realiza para conseguir sus fines.

Las redes sociales pasan de ser meros elementos facilitadores de nuevas migraciones a constituirse en verdaderos entramados sociales que de manera permanente posibilitan prácticas que dan cohesión a espacios sociales transnacionales. Portes y Borokz (citado por Herrera Lima, 2000) proponen que más que como un movimiento de un lugar a otro, la migración laboral debe ser conceptualizada como un proceso de construcción progresiva de redes. Las principales funciones que

cumplen las redes sociales se orientan a proporcionar información acerca de oportunidades de trabajo, modalidades de traslado, formas de sobrevivencia e información sobre el propio funcionamiento de la red; también ayudan a hacer tolerable subjetivamente el choque cultural en un contexto habitualmente hostil; así como también colaboran en la definición y adecuación de los proyectos biográfico-laborales de las personas y ayudan a mantener constantes lazos de vinculación simbólicos y materiales entre los lugares de origen y los de destino.

b) Las instituciones estructurantes del mercado de trabajo. Desde una perspectiva dinámica y longitudinal del mercado de trabajo, interesa explicar y entender los mecanismos, normas y prácticas respecto de la calificación, reclutamiento, movilidad horizontal y vertical, y modalidades de remuneración de la mano de obra. Por lo tanto el objetivo núcleo en esta perspectiva está ubicado en los procesos, los movimientos de las personas por posiciones en sus trayectorias laborales. En consecuencia, las unidades de análisis no lo constituyen las empresas o las personas aisladas, sino los cursos de vida y de trabajo de los sujetos como secuencia de posiciones ocupacionales-laborales en el tiempo.

Además de la existencia del mercado, la organización o el profesionalismo como mecanismos de regulación social en el trabajo, Pries introduce la institución del «clan», entendido como

una red de relaciones sociales de la vida cotidiana basada en nexos y compromisos de lealtades, cuidado y procuración mutuos a mediano y largo plazo que normalmente está centrada en la familia ampliada y basada en normas de acción comunicadas directamente. (Pries, 2000: 523)

En el clan, la formación se realiza por socialización en el empleo a través de redes sociales, y destaca a la lealtad como dimensión central en la calificación. Tanto el reclutamiento como la búsqueda de trabajo y de trabajadores se producen por medio de las redes sociales; en tanto que la remuneración no es sólo salarial sino social y las asignaciones de puestos de trabajo son comunicadas directa o personalmente. Por lo tanto, la institución del clan o de la red social-personal de los actores en el mercado de trabajo se expresa en el hecho de que tanto las formas

de lograr empleos como los mecanismos de movilidad horizontal y vertical y las razones para cambiarse de trabajo están forjados por razones y razonamientos del grupo, muchas veces de familiares y amigos.

c) **La perspectiva segregacionista.** Pries (1999) focaliza el análisis de la segregación en los mercados de trabajo en un sentido estricto focalizado en la dimensión del género, tanto en lo referido a la discriminación salarial que sufren las mujeres, como a las dificultades para acceder a posiciones ocupacionales de jerarquía aunque detenten calificaciones similares a las de los hombres.

Desde los mismos supuestos teóricos, Herrera Lima (2005a) amplía su análisis haciendo hincapié en la existencia de múltiples estructuras de segregación que generan situaciones claramente diferenciales para distintos grupos sociales en función no sólo de género sino también de nacionalidad, etnia, preferencia sexual, religión e incluso edad. Introduce la variable geográfica o territorial como elemento de análisis de la segregación, puntualizando que en los espacios sociales concretos es donde se producen, reproducen y transforman los estereotipos culturales relativos al género, la etnia, la religión o la edad conformadores de discriminación o de exclusión social.

Resulta interesante destacar que esta perspectiva también tiene en cuenta la segregación dentro de las redes de relaciones sociales, especialmente las de tipo familiar para reconocerlas como ámbitos de interacción social abiertos al conflicto y a la jerarquización y que suelen funcionar como instituciones que también colaboran en reproducir formas de dominación dentro de contextos sociales.

La articulación entre la perspectiva segregacionista y los procesos migratorios laborales transnacionalizados da lugar al análisis de los nuevos escenarios en los que se estructuran las trayectorias laborales y migratorias de los trabajadores. En la Argentina, los migrantes limítrofes han tenido una inserción marginal en el mercado de trabajo, modalidad que ha persistido y que fue consolidando un patrón de inserción segmentada que permitió su refugio en determinados sectores (Maguid, citado por Benencia y Quaranta, 2006).

La combinación de características étnicas atribuidas y autoatribuidas, y el proceso de conformación de un mercado de oferta y de-

manda de mano de obra flexible e informal, contribuyen a conformar lo que se denomina «economías étnicas» y también «enclaves étnicos» (Portes, 2005; Arjona y Checa Olmos, 2006). Estas nociones abarcan la complejidad de los fenómenos actuales de las migraciones laborales y muestran que ha persistido y se fue consolidando, a lo largo del tiempo, un patrón de inserción segmentada que permitió el resguardo de los migrantes en determinados sectores de la economía al proporcionarles un nicho protegido de oportunidades para hacer una carrera laboral con movilidad. En el área del enclave se moviliza una solidaridad étnica, a la vez que se produce una revitalización identitaria y un resurgir del grupo étnico que se va a beneficiar de la expansión económica de los emprendedores, aunque esto suponga la aceptación de condiciones de trabajo degradadas para los eslabones más débiles de la red.

El mercado de trabajo en la horticultura tal como lo organizan los migrantes –y en este particular contexto– constituye un campo social, en el que cobran valor determinados capitales. Los migrantes bolivianos encontraron un nicho vacío en el Alto Valle en lo concerniente a la producción hortícola para el mercado local, situación que posibilitó la emergencia de una economía étnica. En la actualidad, la actividad hortícola se asocia indefectiblemente con «ser boliviano». Por eso, lo definimos como economía étnica por constituir un mercado laboral segmentado y segregado por nacionalidad. En un contexto sociocultural adverso, el enclave es el contexto facilitador que posibilita la emergencia y expansión de este fenómeno de trabajadores migrantes en situaciones de gran vulnerabilidad. A lo largo de una década, estas redes de migrantes han logrado institucionalizar un proceso de movilidad social dentro de esa economía étnica que ya es autosustentable. Sin embargo, esta capacidad no sería eficaz sin la construcción de lazos estratégicos con otros actores que se encuentran por fuera de la red étnica, conformados por los propietarios de la tierra, organismos del Estado, agentes comercializadores, proveedores de insumos.

Hasta aquí, hemos presentado una plataforma conceptual que nos permite identificar y sustentar las categorías analíticas de esta investigación. Estas miradas se convierten en un desafío para comprender las nuevas formas que asume la migración en estos tiempos de globalización caracterizadas por un «estar aquí y allá al mismo tiem-

po». A continuación realizaremos una caracterización del espacio del Alto Valle desde una mirada de construcción social del territorio tendiente a justificar cómo el lugar es el espacio en el cual lo global se imbrica en lo local, donde cobra significado.

Notas:

¹ Realicé trabajo de campo en esa área entre los años 2003 y 2005 con motivo de la investigación referida precedentemente para la tesis de Maestría en Sociología de la Agricultura Latinoamericana (GESA-UNCo).

² Hace 100 años una suma de razones –las persecuciones étnicas y religiosas, la situación económica, la proximidad de una guerra– hicieron que un grupo de judíos rusos decidiera emigrar en busca de nuevos horizontes, estableciéndose en la zona de General Roca. Esta colonia se caracterizó por el mantenimiento de sus tradiciones y por los proyectos productivos asociativistas y cooperativos.

³ Estas estimaciones incluyen tanto a migrantes como a sus hijos nacidos en la Argentina.

⁴ El espacio social en Bourdieu se construye a partir de tres principios: el volumen del capital, la estructura del capital y la evolución histórica o trayectoria de ambas propiedades. Es un modo de pensamiento relacional con la incorporación de la dimensión histórica.

⁵ Uno de los éxitos del nacionalismo metodológico ha sido lograr encuadrar y reducir una serie de procesos sociales a un marco delimitado por las fronteras de los Estados nación.

⁶ Las estructuras objetivas organizan el mundo social, pero también deben tenerse en cuenta las percepciones, las representaciones y las visiones que tienen los agentes de ese mundo, y por las cuales también luchan. De alguna manera, los sistemas simbólicos contribuyen a construir el mundo, a dotarlo de sentido para quienes viven en él (Gutiérrez, 2007: 21).

⁷ En Deleuze y Guattari (1977) las redes son concebidas como relaciones organizadas, que en el devenir se van conformando, desarmando, reconfigurando. La figura del rizoma remite a formas diversas, que desde su extensión superficial ramifica en todos los sentidos, sin jerarquías prefijadas.

⁸ La motivación laboral es central en la migración limítrofe a la Argentina. Entre dos tercios y tres cuartos de los varones que inmigraron a la Argentina provenientes de Bolivia, Paraguay, Uruguay y Chile declararon que se fueron de sus países por falta o problemas de trabajo. Entre las mujeres, si bien las motivaciones para emigrar son más variadas, la búsqueda de alternativas laborales es también la razón predominante. Así, por ejemplo, más de la mitad de las migrantes paraguayas (56,8%) y casi la mitad de las migrantes bolivianas (48,3%) adujeron dicho motivo (Cerrutti, 2009: 44).

Capítulo 2

La construcción social del Alto Valle del Río Negro: del desierto al vergel frutícola y hortícola

1. La emergencia de la categoría de «productor» en el espacio local

Durante el mes de febrero del año 2010 participé, junto con un grupo de profesionales, de un relevamiento de hogares rurales en la provincia de Río Negro. Una tarde,¹ enredados entre mapas, segmentos censales y planillas, llegamos a un sector del corazón del Alto Valle donde debíamos entrevistar al menos a un productor, que además de tal atributo, tuviera la condición de residir en la unidad productiva. Divisamos a un trabajador rural ocupado en transportar un *bins*² de peras al tinguado y le preguntamos si nos podía indicar en qué chacras –dentro de esa cuadrícula de 100 hectáreas– podíamos encontrar algún productor agropecuario. Con total convicción nos dijo que ahí no residía ningún productor, que eran «puros» trabajadores ya que se trataba de predios pertenecientes a empresas grandes o, en el caso de chacras chicas, sus dueños vivían en el pueblo. Previamente a llegar al terreno, algunos informantes clave nos habían advertido sobre la presencia de horticultores bolivianos en esa área, quienes, además, residían en la explotación. Al referirle a nuestro interlocutor acerca de la posible existencia de productores hortícolas de origen boliviano, la reacción de este trabajador fue de sorpresa: «ah, los bolitas sí, están acá a la vuelta, pero como ustedes dijeron que buscaban productores... yo pensé en chacareros». En esta situación quedaba claramente expresada la naturalización de las categorías que son producto de la construcción social. En

este caso, lo reconocido y lo invisibilizado acerca de «quién es un productor» en el Alto Valle.

¿Cuál es el sustrato histórico desde el que se fueron construyendo las categorías acerca de quiénes son productores en el espacio social del Alto Valle de Río Negro? ¿Cuáles fueron las condiciones de posibilidad que permitieron la emergencia de una figura como la del chacarero frutícola? En una etapa de declinación y erosión del lugar del pequeño productor propietario, ¿cómo se insertan los migrantes hortícolas bolivianos «sin tierra» en este contexto? Además, considerando la situación desventajosa de estos migrantes en virtud del estigma que portan por su condición étnica y nacional, ¿cuáles son los saberes y los capitales que deben poner en juego para enfrentar una realidad adversa y lograr construir un territorio productivo?

Los procesos productivos no ocurren en el vacío, sino que se generan en un determinado ámbito espacial y además son emergentes de procesos históricos, de luchas y negociaciones por los capitales que están en juego en ese campo, y que dan lugar al surgimiento, esplendor y ocaso de actores sociales. En este segmento de la investigación, la intención se orienta a historizar el proceso de construcción del Alto Valle como espacio productivo —tempranamente definido hacia el monocultivo de manzanas y peras— a efectos de poder comprender de qué manera lo local genera las condiciones para brindar oportunidades y restricciones a la conformación de territorios hortícolas protagonizados por migrantes de origen boliviano, ya que

la construcción social de lugar sigue siendo un proceso de creación de significado local, especificidad territorial, control jurídico y desarrollo económico sin importar cuán complejamente articuladas estén estas localidades en los flujos económicos, políticos y culturales transnacionales. Así, podemos afirmar que es lo local lo que termina acotando lo transnacional. (Benencia, 2006: 163)

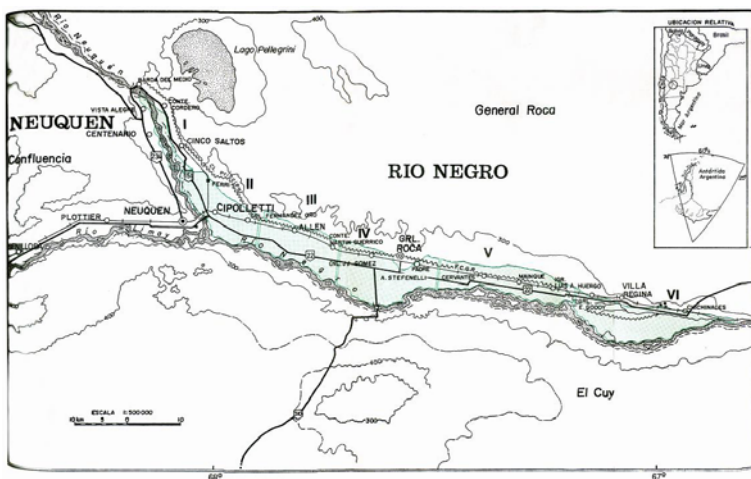
En esta propuesta resulta imprescindible reseñar y analizar los elementos constitutivos que formaron parte del escenario en la creación de las condiciones de posibilidad del desarrollo de la fruticultura, una economía regional altamente competitiva y orientada al mercado externo; y cómo se fue gestando el sujeto social y agente económico preponde-

rante de la fruticultura: el productor primario o chacarero. En este recorrido, de apenas una centuria, intentaremos exponer cómo, en la actualidad, las tensiones de la globalización –agudizadas en las últimas décadas– están provocando una reestructuración productiva de características tales que estarían indicando «el inicio de un cambio histórico cualitativo en el desarrollo de las actividades valletanas y la modificación de las estrategias de acumulación con la redefinición consiguiente de las posiciones productivas de los actores sociales» (Bendini y Tsakoumagkos, 2003a: 55).

2. Genealogía de la construcción del Alto Valle del Río Negro como un espacio social y productivo

El Alto Valle del Río Negro está localizado en la norpatagonia argentina, en los 39° de latitud sur y en su punto medio a 67° de longitud oeste. Desde la confluencia de los ríos Limay y Neuquén, que dan lugar al nacimiento del río Negro y hasta la localidad de Chichinales, tiene una extensión de 120 kilómetros, abarcando una superficie de aproximadamente 60.000 hectáreas en el territorio de la provincia de Río Negro, de las cuales el 75% cuenta con riego (De Jong *et al.*, 1994).

Mapa 2. Alto Valle del Río Negro. Sistema de riego



Fuente: De Jong y otros (1994).

«El minifundio en el Alto Valle del Río Negro. Estrategias de adaptación».
FACA/FAHU. Universidad Nacional del Comahue.

Se trata de una región económico-productiva en la que se practica agricultura intensiva bajo regadío, considerando que las precipitaciones pluviales inferiores a los 300 milímetros anuales harían inviable cualquier otra forma de cultivo en estas latitudes. La actividad frutícola representa la principal producción y los cultivos más importantes son los de manzanas y peras. Para la temporada 2010, el volumen de manzanas comercializado fue de 802.340 toneladas, en tanto el de peras ascendió a 683.728 toneladas (FUNBAPA, 2010). Alrededor del 70% de la producción de manzanas y el 80% de la producción de peras se destinan a la exportación en forma de fruta para el consumo en fresco y como productos industrializados (Bendini y Tsakoumaggos, 2003a: 43).

La importancia del área radica en la vinculación de esta economía al circuito internacional desde sus inicios, dando lugar al desarrollo de un complejo agroindustrial de alto dinamismo. Este sistema frutícola no sólo genera un importante flujo de capitales sino que, además, por las características intensivas de la producción frutícola

impulsa una demanda sostenida de fuerza de trabajo tanto para el segmento agrícola como para el empaque y la industria.

El punto de partida de la economía regional se remonta a la apropiación originaria de la tierra que se efectivizó después de la denominada Campaña al Desierto organizada y liderada por el general Julio A. Roca en 1879. La premisa de esta expedición político-militar era «terminar con el problema de los indios» e integrar las extensas tierras ubicadas al sur del río Colorado al territorio nacional. Los beneficiarios del reparto inicial del territorio fueron los militares que participaron en la campaña, a quienes se les aseguraba una extensión de tierras variable según su grado, pero que como mínimo incluía 100 hectáreas. Aunque muchos militares ocuparon tierras en los primeros años, pocos se convirtieron en agricultores y la mayor parte de ellos las vendió a civiles que ejercían el comercio o brindaban servicios. Estos compradores, que pueden inscribirse bajo la figura de terratenientes, adoptaron una actitud especulativa a la espera de obras fundamentales que les agregaran valor.

Las primeras colonizaciones privadas se iniciaron en 1881 en la Colonia General Roca, terminando en rotundos fracasos por la escasez de agua para riego y debido a la ausencia de verdaderos agricultores entre los colonos (Vapñarsky, 1983: 126). Esta colonia, con una extensión de 42.000 hectáreas de tierra sobre la margen norte del río Negro, fue inicialmente dividida en 442 lotes también llamados «chacras», unidades puramente catastrales que podían o no coincidir con chacras en el sentido de unidades productivas. Los lotes eran cuadrados de 100 hectáreas separados por arterias de 25 metros de ancho, formando así un damero de calles orientadas aproximadamente de este a oeste y de norte a sur. Durante los primeros diez años en toda la colonia solo una pequeña zona de los alrededores del pueblo que no superaba las 1.300 hectáreas fue puesta bajo cultivo.

La construcción del primer canal de riego se inició en 1882. Partía de las cercanías de la confluencia de los ríos Neuquén y Negro, y para hacer posible esa obra se utilizó mano de obra de militares y presos de los cuarteles de las tropas acantonadas en el pueblo de General Roca. El canal, de escaso caudal, respondía a la necesidad de contar con una dotación estable de agua que permitiera la producción agrícola sostenida. Pero desde un comienzo era claro que el Valle Superior

requería obras de ingeniería hidráulica para la irrigación como factor clave para el desarrollo ya que debido a la escasez e inadecuada distribución anual de las lluvias, cualquier producción agrícola no auxiliada por el riego artificial estaba destinada a convertirse en una experiencia malograda.

En el año 1899 una gran inundación obligó a cambiar el emplazamiento del antiguo pueblo de General Roca y fue precisamente ese mismo año que el ingeniero César Cipolletti presentó un informe al gobierno nacional acerca de la forma de regularizar el régimen del río Negro y así «evitar inundaciones catastróficas, garantizar el riego y asegurar la navegación», informe que dio lugar a las grandes obras de infraestructura construidas en el Alto Valle durante las primeras décadas del siglo XX. Una crónica de la Guía del Ferrocarril afirmaba que «como medida previa para encarrilar las industrias del campo, reclamadas por la tierra generosa y feraz, se imponía la disciplina del agua...». Ese mismo año se inauguró la línea ferroviaria al Alto Valle cuya construcción estuvo a cargo de la compañía inglesa Ferrocarriles del Sud. Estas dos obras fundamentales significaron la posibilidad de poner en producción el área agrícola y cambiar la orientación económica de toda la región.

Durante el período que comenzó con las primeras colonizaciones y que se extendió hasta la década de 1930, todo el Alto Valle se caracterizó por una estructura productiva básicamente ganadera, complementada por una agricultura incipiente. Al principio, entre los cultivos predominaban los cereales, destinados al consumo local. De a poco fueron adquiriendo importancia los forrajes, sobre todo la alfalfa y luego los viñedos. Ambos constituyeron la base de una futura economía de exportación, en especial desde la puesta en funcionamiento del ferrocarril hacia el puerto de Buenos Aires.

Los antecedentes de organización de la administración y distribución del agua para riego se encuentran en la creación de la Cooperativa de Irrigación Colonia General Roca al amparo de un decreto del presidente Figueroa Alcorta en 1907, a través del cual se disminuyó el precio de las tierras fiscales, pero como contraparte obligaba a invertir en obras de riego y en su mantenimiento (Vapñarsky, 1983: 146). Los asociados a la cooperativa eran grandes propietarios que contrataban mano de obra asalariada para poner a trabajar la tierra o las cedían en

arrendamiento para la producción de alfalfa, modalidad que fue desapareciendo a medida que se fue consolidando un tipo de producción de cultivos perennes. Así se dio lugar a un nuevo proceso de subdivisión sistemática de la tierra que siguió un patrón común y que fue perfilando su puesta en valor potencial.

La etapa agrícola propiamente dicha comenzó en el Alto Valle hacia 1920 y fue consecuencia de las grandes obras hidráulicas y ferroviarias emprendidas por el Estado nacional y por el capital de origen inglés. El tercer elemento fundamental que completó esta ecuación fueron los inmigrantes provenientes predominantemente de la Europa meridional, quienes fueron constituyéndose en pequeños chacareros propietarios. Este tipo de inmigrante fue el sujeto social y agente económico emblemático del esquema productivo que se consolidó en la región en las décadas siguientes.

Hasta los primeros años del siglo XX, este espacio estaba significado como lugar vacío, toda referencia a las tierras situadas al sur del río Colorado quedaba inscripta bajo la denominación de «desierto». Lo existente estaba representado por grandes extensiones, fuertes vientos, clima inhóspito. Hacer la chacra, para los inmigrantes italianos, españoles, judíos o alemanes fue sinónimo de un proceso de ocupación lenta y paulatina, un proceso de humanización, ecuación de lugar habitado, de tierra domesticada y transformada por el trabajo. La producción económica funcionaba en base a la creencia en el valor de los productos pero, sobre todo, en la creencia de la actividad de la producción misma, con las condiciones del trabajo bien hecho. En los relatos de los descendientes de pioneros son persistentes las narraciones referidas a la llegada a una tierra salvaje, vasta pero prometedora para quien tuviera la suficiente templanza y la fuerza para trabajar de sol a sol (Paponi *et al.*, 1998).

En los momentos iniciales de asentamiento, los colonos se vieron en la necesidad de obtener recursos rápidos de la tierra para garantizar su reproducción y para reinvertir en su explotación. La elección primigenia fue la alfalfa, un cultivo de ciclo anual que era demandado tanto para el consumo interno como para la exportación a Estados Unidos y Europa. Por lo tanto, hasta fines de la década del 20 se convirtió en el principal producto de la región. En este mismo sentido, los cultivos hortícolas tanto para la comercialización como para el auto-

consumo, ocuparon un lugar destacado en los predios de los chacareros. En la etapa fundacional de la economía valletana, la horticultura ocupó un lugar de producción transicional debido a la rapidez de retorno de la inversión, factor que facilitó el financiamiento de los montes frutales cuya implantación demandaba la inmovilización de capital si tenemos en cuenta que en las primeras décadas del siglo XX, una planta de pera requería entre 10 y 12 años para entrar en plena producción.

Los colonos contaban con limitados montos de capital disponible, por lo tanto era imperioso obtener un retorno lo más rápido posible para recuperar las inversiones realizadas. Luego de haber obtenido la tierra en propiedad debían emprender las tareas de desmonte, nivelación y alambrado. Por esa razón, los cultivos iniciales que se realizaban eran, en primer lugar, la alfalfa, que además aportaba nutrientes al suelo. Otros cultivos comerciales que se practicaron en las primeras etapas fueron maíz, papas, porotos, lentejas. En la medida en que los agricultores fueron conociendo las condiciones de clima y suelo y además pudieron obtener algún financiamiento, comenzaron a plantar cada vez más viñas para vinificar. Lentamente, a partir de los cultivos mixtos alfalfa-hortícolas-vid-frutales, comenzaba a perfilarse el monocultivo hacia la fruticultura.

Dentro de un esquema de producción comercial y de autoconsumo, muchos colonos plantaron pequeños huertos con diversos frutales —manzanos, perales, higueras, olivos, durazneros, damascos— cerca de sus casas para proveerse de frutas para sus familias. Los criterios para la elección de las especies y variedades de cada uno de estos cultivos estuvieron sesgados por el conocimiento previo que tenían de las plantaciones en sus lugares de origen en Europa, o fueron seleccionadas al azar de algún catálogo de invernaderos de Buenos Aires. En general no eran las variedades más adecuadas para la comercialización o no tenían capacidad de prosperar bajo las rigurosas condiciones climáticas del norte de la Patagonia. La excepción en este diagnóstico fue el cultivo de algunas variedades de manzanos y de la pera Williams que, según los registros de la época, era reconocida y propagada por casi todos los agricultores que plantaron árboles frutales. Si bien estos huertos no tenían intención de ser considerados como cultivos de características comerciales, empezaron a demostrar que la manzana y la

pera podían ser producidas con mucho éxito. Estas experiencias constituyeron la base de un sistema productivo que definió y sigue definiendo a la región.

La orientación casi exclusiva de la región a los cultivos perennes de frutales y de viñas fue relativamente temprana y orientada por la empresa inglesa de ferrocarriles. El proceso de la fruticultura comercial no fue espontáneo, sino que contó con la conducción planificada por el capital inglés ligado al ferrocarril. La compañía Ferrocarril Sud, desde que inauguró su línea mostró interés en crear una base productiva destinada a la exportación que le asegurara un flujo permanente de ingresos bajo la forma de fletes y también de comisiones por venta de la producción. La promoción de la fruticultura fue el instrumento que encontró la empresa para lograr sus propósitos, para lo cual instaló todo un sistema articulado de investigación y asesoramiento técnico, empaque, transporte, comercialización y exportación cuidadosamente organizado. Ya en 1918 esta firma de capital inglés dio los primeros pasos decisivos hacia una fruticultura moderna y sistematizada con el emplazamiento de una estación agronómica en la ciudad de Cinco Saltos, siendo uno de los principales objetivos la reducción al mínimo de las variedades de peras y manzanas adecuadas a las particulares condiciones de suelo, clima y plagas que pudieran afectarlas. En consonancia con estos hallazgos, instauró un complejo dispositivo de extensión rural al servicio de disciplinar a los productores familiares hacia formas uniformes de producción. El accionar de esta estación abarcaba también la provisión de plantas, equipos mecánicos, insecticidas y fertilizantes a los productores, insumos que descontaban a los chacareros de las liquidaciones anuales resultantes de la venta de su producción al final de cada temporada.

Entre los años 1921 y 1923, variedades seleccionadas de manzanos fueron implantados en Cinco Saltos, y la Chacra Experimental del Gran Ferrocarril del Sud comenzó a importar y producir plantas en sus propios invernaderos para distribuir entre los colonos. El objetivo de la Chacra Experimental era orientar la producción frutícola, la que «debía ser como una avanzada civilizadora en los nuevos campos que se incorporaban a la economía agraria nacional» (Miatello, citado por Yappert, 2000). En 1928 —cuando gran parte de las hectáreas implantadas entraron en plena producción— se formó una organización

subsidiaria del ferrocarril con el nombre de Argentine Fruit Distributors (AFD), empresa que ejerció un virtual monopolio en el empaque y la comercialización. Su *modus operandi* consistía en tomar la fruta de los agricultores, empaclarla, enviarla a un destino y venderla, pagando a los chacareros un precio de venta con los descuentos de gastos y comisiones. Con ese propósito se levantaron varios galpones de empaque con maquinaria y personal provistos por la empresa. En 1930, la Estación Experimental y el Laboratorio se pusieron bajo la administración de la AFD, para atender las necesidades y guiar los pasos de los agricultores desde el momento que compraban la tierra hasta que su fruta llegaba a los mercados; en otras palabras, se trataba de adaptar la oferta local a los requisitos de la demanda externa. La estandarización de la producción y su relación con el mercado mundial instaurados desde los inicios quedan plasmados en documentos del momento:³ «la industria productora de fruta en Río Negro ha progresado rápido desde un estilo azaroso hasta hoy, pudiendo decir que estas chacras son tan modernas como en cualquier lugar del mundo» (McDonald, 1933: 30).

Se estaba conformando una clase de productor competitivo capaz de concentrarse en un solo tipo de cultivo. En este sentido, resultan ilustrativas las reflexiones de James McDonald, gerente de la empresa de ferrocarriles inglesa a cargo de la Chacra Experimental al afirmar que:

(...) a pesar que muchos agricultores todavía siguen viejas tradiciones o esperan que la luz de la naturaleza se les revele, y aunque hay que aprender mucho sobre los efectos del clima, del suelo y de otros factores sobre los cultivos, el cultivo moderno de fruta realmente se puede inscribir en esos años (1921). Aunque anteriormente las chacras eran relativamente pequeñas y casi siempre subsidiarias del principal negocio de la alfalfa, el maíz, o en algunos casos de la viña, las nuevas chacras se plantaron totalmente con árboles frutales. En la medida que se lo permitieron sus reservas, el propietario empezó a tener poco interés en otros cultivos que no fueran los frutícolas. (McDonald, 1933: 32)

La clase de agricultura que «debía» hacerse en Río Negro, obviamente eran los cultivos de fruta y las viñas. En una zona irrigada donde el

precio de la tierra es relativamente alto, se tornaba necesario lograr un mayor margen de beneficios sobre los costos. Alfalfa, maíz, cebollas y papas podían ser cultivadas para ayudar a los productores de frutas y vides en los primeros años, y en algunos casos estos cultivos quedaban relegados a chacareros con escasas ambiciones en su nivel de ingresos. Por otra parte, la mayoría de los productos arriba mencionados podían ser cultivados en mejores condiciones agroecológicas y de manera menos costosa en otras zonas más cercanas a los centros de consumo.⁴ Mediante el cultivo inicial de alfalfa y especies anuales, y en algunos casos con trabajo extra predial, el productor pudo lograr el financiamiento de la reconversión productiva con un destino exclusivamente frutícola. Empezó así a participar en un proceso de acumulación que reinvertió en la incorporación de tecnología y en la definición varietal del monte frutal (Bandieri y Blanco, 1994: 21).

De diversas maneras, el sistema organizado por las empresas inglesas transmitía un espíritu de rigurosidad científica a los productores primarios. Las explicaciones sobre el modo correcto de podar, de regar, de hacer las curas eran inflexibles y exhaustivas. Estaban impuestas al servicio de optimizar la productividad de la tierra y lograr la mejor calidad del producto, en definitiva, de garantizar el éxito de la empresa, en la cual se hallaban implicados los chacareros como último eslabón dentro de una lógica piramidal de organización.

Un documento del INTA⁵ hace referencia a las particularidades de la fruticultura en relación con otro tipo de cultivos. Afirma que

a diferencia de la generalidad de los agricultores, el fruticultor no planta en la primavera para obtener su cosecha durante el otoño. El monte frutal es mucho más parecido a una fábrica, ya que requiere un cuidadoso planeamiento previo y su entrada en producción requiere varios años. (INTA, 1973: 149)

En el mismo sentido, Vapñarsky (1983) agrega que la siembra de alfalfa se realizó casi de un modo espontáneo, llegando a ser el principal cultivo de la región hasta fines de la década de 1920. Sin embargo se requirió de un considerable esfuerzo para lograr buenos rendimientos y calidad en los cultivos de fruta en el Alto Valle. Uno de los factores que intervinieron en este sentido es el largo lapso de inversión inmovi-

lizada, período durante el cual también había que incurrir en continuas inversiones: curas, podas, desmalezamiento.

Podemos afirmar, entonces, que el punto de partida de la fruticultura moderna en el Alto Valle se ubica en los años 1929 o 1930, coincidente con el comienzo de una década en la Argentina caracterizada por las políticas proteccionistas de estímulo a la sustitución de importaciones, no sólo de productos industriales sino de producciones agrícolas relacionadas con economías regionales tales como el azúcar en Tucumán, la yerba mate en Misiones, el vino en Mendoza y el tabaco en las provincias del noroeste.

Esta dinámica monopólica se modificó sustancialmente a partir de 1947, año de nacionalización de los ferrocarriles. Con esta decisión del primer gobierno peronista desaparece la AFD y podemos afirmar que este hecho marca un hito en el modelo frutícola. Sin embargo, a lo largo de la década de 1940 ya habían surgido a lo largo del valle numerosas plantas de empaque de capitales nacionales con diferentes grados de capacidad y eficiencia técnica. El ferrocarril fue perdiendo centralidad como vía de salida de la producción, en parte por la obsolescencia tecnológica pero también por la dificultad de brindar un servicio eficiente como consecuencia de la creciente demanda del servicio concentrada en pocos meses debido al incremento de la producción. La pavimentación de la Ruta Nacional N° 22 —que significó el reemplazo del tren por el camión— conjuntamente con el desarrollo de las tecnologías de refrigeración que permitían la conservación de la fruta, fueron elementos fundamentales en el establecimiento de un cambio de modelo comercializador y exportador que preanunciaba la apertura de otro ciclo en la fruticultura regional: el agroindustrial.

Entre finales de la década del 50 y principios de la década del 60 comenzó un proceso de profundos cambios tecnológicos que dio inicio a la etapa propiamente agroindustrial de la fruticultura valletana (Bendini y Tsakoumagkos, 2002). Estos cambios suelen adoptar la forma de paquetes tecnológicos, o sea un conjunto de técnicas mecánicas, biológicas, gerenciales, comerciales, con un alto grado de interdependencia al interior del complejo como un todo. Los investigadores y las investigadoras del Grupo de Estudios Sociales Agrarios de la Universidad Nacional del Comahue (GESA) han elaborado interesantes producciones que utilizaremos como orientación para esta parte

del estudio. Este grupo identifica tres fases dentro de esta etapa, a las que denominan: inicial, intermedia y reciente.

La fase inicial de innovaciones técnicas que se produjeron en la década del 60 y principios de la década del 70 o fase de la conformación agroindustrial, se caracteriza por la mecanización en chacras y empaques fundamentalmente. Los cambios más destacados en la etapa productiva son: la incorporación del tractor, la utilización de fertilizantes e insecticidas orgánicos de alto espectro y poder residual. En esta fase se fue delineando un grado más avanzado de integración de la actividad que condujo a un creciente proceso de diferenciación en el capital y en la calidad de la fruta producida. El poder de control que los empresarios ejercían sobre el conjunto de los actores intervinientes en el circuito estaba centrado en la relación entre las posibilidades de exportar el producto y la distribución de excedentes, proceso en el cual influían variables tales como la entrada en producción de una gran cantidad de hectáreas incorporadas al sistema y la aparición de competidores externos de la fruta del valle.

La segunda fase –década del 70 y principios de la década del 80– o fase de la diferenciación agroindustrial está caracterizada por importantes innovaciones mecánicas y químicas en chacras entre las que se destacan: la pulverizadora a turbina adosada a tractor, el control integrado de plagas, el raleo químico, la introducción de nuevos sistemas de conducción de los cultivos, la utilización de riego por aspersión para control de heladas.

Es en este momento en que el proceso intenso de creación y auge de un modelo productivo de singular dinamismo empieza a mostrar signos de declinación. Como señala Vapñarsky en su clásico estudio,

todo indica que, como a principios de la década del 60, pero cargada de consecuencias y amenazas mucho más serias, se asiste a principios de la década de 1980 a una crisis de organización de la fruticultura valletana que anuncia algún cambio profundo. (Vapñarsky, 1983: 235)

Varios investigadores argentinos (Rofman y Manzanal, 1989; Scaletta, 2006) identifican a este momento como el comienzo de una crisis estructural en el sistema frutícola regional y la explican de la siguiente

manera. Hasta mediados de la década del 70, la producción local y la demanda internacional experimentaron una fase de expansión. Sin embargo, surgieron algunos factores que modificaron la dinámica, algunos de orden interno y otros de carácter externo. Dentro de los primeros destacan que la economía nacional cambió su patrón de acumulación hacia la valorización financiera acompañado de un aumento del ritmo inflacionario y altas tasas de interés. Entre los externos cobra importancia la aparición de competidores externos –Chile y Sudáfrica– produciendo en el mismo hemisferio. Por lo tanto, al proceso de inflación interna se agregó una disminución de la demanda externa, lo que provocó un deterioro en los niveles de ganancia en todos los componentes del sector, pero con efectos más considerables en el segmento de los productores familiares, quienes ante la pérdida de rentabilidad que se fue operando entraron en un sostenido proceso de deterioro de las tareas culturales en las chacras y en desinversión en tecnología, con la consecuente descapitalización y disminución de calidad en la fruta producida. Los empacadores-comercializadores respondieron a la falta de calidad de la fruta de los chacareros con la integración vertical hacia abajo, es decir que empezaron a producir su propia fruta.

Rofman y Manzanal (1989: 126) señalan que la tendencia regional al monocultivo y la dependencia de la producción respecto del mercado externo evidencian la vulnerabilidad del sector ante la demanda internacional, los precios de exportación y las políticas gubernamentales de comercio externo. En la producción primaria los agentes intervinientes se diferencian según el tamaño de la explotación que a su vez se relaciona con el sistema de conducción del monte frutal, su composición varietal, la inversión tecnológica, el esquema de manejo y la integración, tanto horizontal como vertical.

El comienzo de la tercera fase o fase de concentración y transnacionalización puede ubicarse a principios de la década del 90. En el plano tecnológico, se caracteriza por cambios varietales y la recomposición por especies, inducida por la demanda internacional. Se observa una profundización de las tecnologías agronómicas en la etapa de producción y la incorporación de tecnologías electrónicas y de gestión empresarial en las etapas de empaque y frío. Se va delineando una reestructuración productiva a favor de nuevas variedades de manzanas y peras, incorporación de técnicas agronómicas modernas tales como

análisis foliares y de suelos, utilización de hormonas reguladoras del crecimiento, uso más eficiente del riego.

En un análisis a escala global, Lara Flores (2001) sostiene que a nivel mundial se verifica el crecimiento de las exportaciones agrícolas con valor agregado cada vez más diversificadas y sofisticadas. En el ámbito de la producción frutícola, estas tendencias implicaron la diversificación de las variedades ofrecidas y también un tratamiento poscosecha más cuidadoso en cuanto a acondicionamiento y packaging. En la fruticultura regional, estas demandas tecnológicas se presentaron en un momento de inestabilidad macroeconómica y de un sesgo antiexportador por parte de la orientación económica vigente. Durante la década de los 90, caracterizada por un tipo de cambio fijo, los productores estuvieron sometidos a balances negativos. La heterogénea adopción de tecnología por parte de los productores pequeños y medianos fue ampliando la brecha tecnológica entre los que fueron reconvirtiendo las chacras y los que quedaron rezagados, con la consiguiente diferenciación en la capacidad de ingresos.

En esta etapa del capitalismo se ha ido consolidando un sistema agroalimentario mundial dominado por las grandes corporaciones agroindustriales que ocupan un lugar estratégico frente a los productores agropecuarios y a los consumidores, al acrecentar su participación por medio de la concentración y centralización horizontal del capital en ramas definidas (Teubal *et al.*, 2005). Asimismo los autores sostienen que

el proceso de liberalización, apertura y desregulación les brindó a las grandes empresas el marco propicio para expandir su control sobre distintas áreas del sistema agroalimentario, obteniendo una posición dominante en lo referido al almacenaje, procesamiento, comercialización así como en la producción de insumos para la actividad agrícola. (pp. 45-46)

Junto con la alta subdivisión de los predios de tamaño mediano y pequeño como consecuencia de la transmisión hereditaria, se observa –en las últimas décadas– una tendencia a la concentración de la propiedad de la tierra por compra de explotaciones por parte de las grandes empresas. La evolución de la distribución por tamaño de la superficie cultivada con peras y manzanas en el Alto Valle permite mostrar

cómo se reconfiguró la estructura de agentes productivos a favor de un reducido grupo de agentes económicos propietarios de grandes superficies (Landriscini y Preis, 2007: 44).

En este sentido, los datos del último censo provincial –Car 2005–⁶ son elocuentes al demostrar que el 4% de las unidades económicas en la provincia controla el 44% de la superficie plantada con frutales, mientras que el 90% de las unidades con superficie de hasta 25 hectáreas manejan el 41% de la tierra para la producción frutícola.

Cuadro 1: Alto Valle del Río Negro. Cantidad de UOP⁷
por localidad según rango de tamaño

Localidad	0-19,9 ha	20-49,9 ha	50-99,9 ha	>100 ha	Total
Campo Grande	151	36	8	4	199
Contralmte. Cordero	48	12	3	1	64
Cinco Saltos	158	26	6	3	193
Cipolletti	482	68	14	3	567
Gral. Fernández Oro	91	17	4	3	115
Allen	275	74	37	19	405
Gral. Roca	398	92	24	11	525
Cervantes	211	63	22	7	303
Mainqué	128	53	22	7	204
Ing. Huergo	143	54	7	3	207
Gral. Godoy	62	20	8	4	94
V. Regina	255	82	14	14	365
Chichinales	57	23	4	4	88

Fuente: Zunino *et al.*, 2007.

Haciendo alusión a las relaciones de los agentes económicos de la fruticultura valletana, Rofman (2006) sostiene que dentro de la dinámica expresada en los diferentes procesos comercializadores se van conformando dos variantes destacadas. Por un lado, el circuito de empresas integradas, agentes comerciales y productores independientes que han salido de la convertibilidad con potencial de acumulación: empresas integradas —principalmente de capitales extranjeros—, *tradings* y grupos de productores con estructuras reconvertidas. Por otro lado, el circuito de quienes han quedado fuera del sistema con ineficiencias productivas y con escaso poder de negociación en la comercialización conformado fundamentalmente por productores independientes sin estructuras productivas reconvertidas. En síntesis, sólo podrán mantenerse en el sistema quienes hayan podido hacer la reconversión productiva y estén integrados de alguna manera al circuito.

Para concluir este apartado, nos parece significativo recuperar un párrafo del economista Scaletta en el cual queda claramente expresado cómo los procesos de circulación e intercambio no se limitan a un espacio geográfico determinado, sino que la configuración que adquieren los procesos en una región dependen en gran parte de decisiones tomadas fuera de ella.

La adaptación del subsistema frutícola del Alto Valle a los nuevos determinantes del capitalismo global condujo a la «integración vertical internacional» de la cadena agroindustrial local (...) Este proceso agudizó los procesos de concentración productiva y de centralización con la consiguiente expulsión de algunos de sus actores más débiles. (Scaletta, 2006)

3. La horticultura valletana. ¿Cultivo de transición, cultivo de crisis o producción alternativa?

En la genealogía de la mayoría de las economías regionales de la Argentina se reiteran dos elementos: por un lado la importancia de las migraciones internacionales en la etapa fundacional y también el papel desempeñado por la horticultura en la «acumulación originaria» de los recién llegados (García, 2009; Scaletta, 2006). El Alto Valle del

Río Negro no fue la excepción en este sentido. Como ya hemos descrito en este capítulo, el cultivo de especies hortícolas se practicó desde inicios de la colonización. En los relatos de los pobladores más antiguos se encuentran vestigios de una secuencia histórica. Así doña Luisa, propietaria de una chacra ubicada en el extremo este del ejido de General Roca, rememora sus imágenes de los primeros años de la década del 30: «me acuerdo, me acuerdo de todo, esta plantación de perales eran unas varitas chiquitas y en el medio tenían sembrado lentejas, garbanzos, porotos...».⁸ Otro pionero inmigrante español expresa,

empecé en una propiedad de mi tío entre Cervantes y Mainqué, nadie sabe lo que he luchado en esa chacra, la hicimos toda. Había que trabajar a puro caballo y eran 31 hectáreas que les arrendamos a mis tíos. Plantamos tomate, mejoré la viña y cuando compré la propiedad planté peras, manzanas y duraznos. (Diario *Río Negro*, Suplemento Rural, 2 de setiembre de 2006)

Sin embargo, desde que empezó a definirse el carácter frutícola exportador de la región, la siembra de hortalizas ocupó un lugar subordinado a la fruticultura, habitualmente considerado como un cultivo de transición, hasta que las plantas frutales o el viñedo entraran en plena producción. Esta condición de la horticultura regional tiene su correlato directo en el sistema científico y de divulgación en los organismos oficiales locales. La Estación Experimental Alto Valle, del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, enclavada en Guerrico —el punto neurálgico de la producción agrícola regional— está orientada a la fruticultura tanto en la investigación y la extensión como en la capacitación de los ingenieros agrónomos y productores locales. En el área hortícola cuenta con un departamento dedicado fundamentalmente al ensayo de variedades, al comportamiento de las diferentes especies, enfermedades y plagas. Pero es prácticamente inexistente el conocimiento acerca de quiénes son los sujetos productores y, en consecuencia, también son casi nulas las políticas de capacitación y de orientación productiva.⁹

Por lo tanto, nos planteamos realizar una reconstrucción de las particularidades de la horticultura en la región de la norpatagonia a

partir de la búsqueda en documentos técnicos, recortes periodísticos y entrevistas a los protagonistas, en un intento por dar respuesta a interrogantes surgidos en el proceso de la investigación tales como ¿cuáles son las condiciones en las que se practica horticultura en el Alto Valle en la actualidad? ¿Qué tendencias se evidencian en la horticultura regional? ¿Quiénes son los agentes sociales que se identifican con la producción hortícola?

Suele utilizarse la calificación de «marginal» para referirse a la zona de la Patagonia norte como área hortícola (INTA, 1986). Las condiciones climáticas de la región se convierten en una limitante de importancia. El clima es continental –templado/frío– con temperaturas que caen hasta 10° por debajo de la línea de congelación en invierno y que pueden llegar a los 40° en el mes de enero y con muy baja humedad ambiente. El período libre de heladas, dependiendo de las zonas, se ubica entre 120 y 200 días al año, lo que obliga a utilizar cultivos de ciclo corto. La presencia de vientos frecuentes y fuertes en otoño y primavera también es un factor limitante para la agricultura. Por otra parte, el sistema de riego está organizado en función de la fruticultura, por lo tanto desde principios de mayo y hasta mediados del mes de agosto no hay agua en los canales porque en ese período las plantas frutales no tienen requerimientos hídricos; sólo los horticultores que cuentan con equipos de perforaciones y bombas pueden disponer de capacidad de riego en los períodos de corte del servicio por parte de la administración a cargo de los consorcios.¹⁰

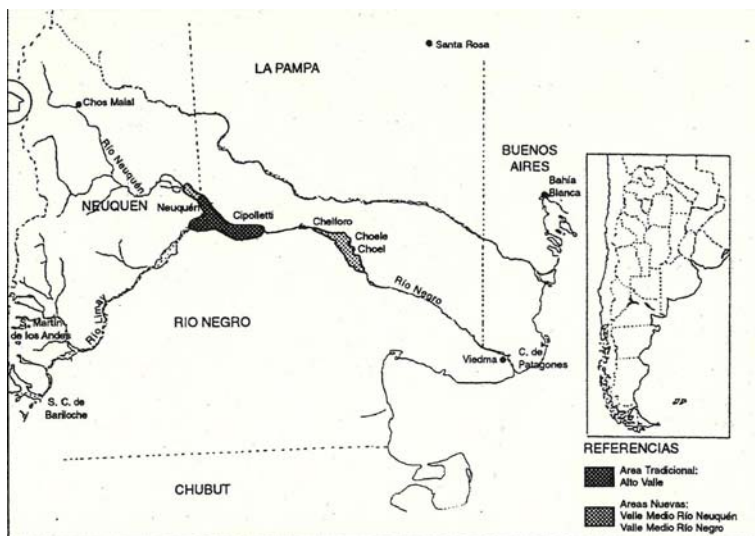


Almácigo de cebollas en túneles, listo para el trasplante.
Gentileza M. Miranda.

La horticultura de la región se encuentra diferenciada por diversos niveles de desarrollo y de especialización. Por un lado se distingue una producción especializada, concentrada en las zonas del Valle Medio y Valle Inferior del río Negro, y con menor incidencia en algunas áreas hortícolas de los valles de Conesa, Río Colorado y en segmentos del Alto Valle del Río Negro. Los principales cultivos –en cuanto a superficie y volumen de producción– son aquellos destinados a la exportación tales como la cebolla y el zapallo, o los relacionados con la industria procesadora: tomate y papa. Por otro lado, existe un conjunto de producciones diversificadas que se distribuye en todos los valles mencionados. En el caso particular del Alto Valle del Río Negro la horticultura que se practica es de característica intensiva y altamente diversificada. Las razones de mayor peso que se conjugan en esta modalidad de producción refieren por un lado, a la presencia de un importante mercado consumidor en el área de influencia y, además, a la escasez de

grandes extensiones de tierra disponible para realizar cultivos de tipo extensivo (Iglesias, *et al.*, 2005).

Mapa 3. Cuenca del Río Negro



Fuente: GESA – UNCo.

Veremos a continuación cuáles son los principales cultivos, tanto por la superficie que ocupan como por el volumen de producción.

- **Tomate.** El tomate con destino a la industria constituyó, históricamente, el principal cultivo hortícola y su desarrollo se mantuvo en estrecha relación con la capacidad de elaboración de las plantas procesadoras. En los comienzos de la actividad en la década de 1930, las plantas procesadoras eran abastecidas por los productores primarios que realizaban este cultivo en los interfilados de los montes frutales en crecimiento. A través del tiempo sólo muy pocos de estos productores se mantuvieron en la actividad, considerando que se trataba de un cultivo de transición mientras se desarrollaba el viñedo o el monte frutal. Por lo tanto, a medida que las plantaciones perennes comenzaban a entrar en producción, cada vez quedaba más reducida la superfi-

cie de la chacra «en blanco» que eventualmente dedicaban al tomate. Ante la exigencia de suelos por la necesidad de rotación que demanda este cultivo, surgieron los tomateros arrendatarios. Este requerimiento favoreció el impulso del Valle Medio, situado a 200 kilómetros del Alto Valle, como zona dedicada al cultivo del tomate debido a la disponibilidad de tierras en blanco y con riego sistematizado¹¹ (INTA, 1986). El tomate producido en la provincia representa el 10% de la superficie nacional implantada con esa especie. Se destina en su mayoría a la industrialización, como concentrado, triturado y jugos, proceso que está en manos de pocas firmas industriales y comerciales.

- **Cebolla.** El cultivo de cebolla empezó a realizarse a fines de la década del 70, y a partir de entonces mostró un incremento sostenido debido a las excelentes condiciones agroecológicas, la infraestructura de riego, la época de cosecha, las posibilidades de conservación y la disponibilidad de mano de obra. La principal área productiva es la correspondiente a la porción bonaerense del Valle Inferior del río Colorado –zona incluida dentro de la barrera fitozoosanitaria patagónica– y, dentro de la provincia de Río Negro, el Valle Medio y el Valle Inferior del río Negro. La cebolla es la hortaliza que más se exporta a nivel nacional, y alrededor del 87% de toda la producción se cultiva y se empaqueta en el norte de la Patagonia. El procesamiento se realiza en plantas de empaque habilitadas por SENASA,¹² con certificación de origen (FUNBAPA, 2011). Se destaca este cultivo como elemento dinamizador de las economías regionales por ser altamente demandante de mano de obra.

- **Papa.** El emprendimiento más importante y reciente es el de la firma canadiense McCain, que a mediados de los 90 adquirió 22.000 hectáreas en una localidad del Valle Medio fuera del área del sistema de riego por canales. La empresa realizó costosas inversiones en infraestructura para cultivar en la zona de meseta y, mediante un sofisticado sistema de equipos de riego por aspersión, produce variedades de papa para cadenas de comidas rápidas. La cosecha es transportada a la provincia de Buenos Aires para su procesamiento agroindustrial.

- **Zapallo.** Presenta la ventaja de tener menores costos de producción que los otros cultivos. Las propicias condiciones agroecológicas locales favorecen la aplicación de técnicas de bajo nivel de inversión y escasos

controles sanitarios. Estos factores hacen posible la certificación del producto como orgánico y su exportación a mercados europeos.

Datos de la Comisión Hortícola integrada por productores de Viedma, Río Colorado y Valle Medio informan que en la temporada 2009/10 se implantaron 2.676 hectáreas con cebollas, 1.895 hectáreas con tomates, 1.121 hectáreas con zapallo y 500 hectáreas con papas. Estos cultivos superan ampliamente a otras especies y están destinados a exportación o industrialización.

Cuadro 2. Provincia de Río Negro. Superficie cultivada con especies hortícolas en la temporada 2009/10. En hectáreas y porcentajes

Especie	Hectáreas	Porcentaje
Cebolla	2.676	33,45%
Tomate	1.895	23,68%
Zapallo	1.121	14,01%
Papas	500	6,25%
Otras especies	1.835	22,61%
Total	8.027	100,00%

Fuente: Elaboración propia en base a datos de Comisión Hortícola Río Negro.

Esta comisión se propone incentivar el desarrollo sustentable de la actividad hortícola en la provincia mediante la implementación de programas de interés para el sector, que integren los esfuerzos de distintas instituciones que actualmente se encuentran trabajando en la provincia (INTA, entes locales, oficinas de desarrollo, municipios, etc.). Desde el año 2003 se lleva adelante el Programa de Vigilancia Fitosanitaria en Cultivos Hortícolas orientado a promover la exportación de los productos.

Cuadro 3. Provincia de Río Negro.
Principales cultivos hortícolas extensivos por localización.
En hectáreas

Especie	Localización	Cantidad de hectáreas
Cebolla	Valle Inferior	1.052
	Conesa	860
	Valle Medio	571
	Río Colorado	193
Tomate	Valle Medio	1.818
	Valle Inferior	39
	Conesa	29
	Río Colorado	13
Zapallo	Valle Medio	583
	Valle Inferior	455
	Conesa	44
	Río Colorado	39
Papa	Valle Medio	500

Fuente: Programa Nacional de Vigilancia y Monitoreo
(publicado en diario *Río Negro* el 3 de febrero de 2010).

Como ya hemos mencionado en párrafos precedentes, a diferencia de las otras áreas bajo riego de la provincia, el Alto Valle se identifica con una horticultura de tipo diversificada e intensiva. La producción hortícola de esta zona se destina en su mayor parte a cubrir la creciente demanda local, de aproximadamente 500.000 consumidores que abarca la ciudad de Neuquén y poblados aledaños, y los centros urbanos valletanos comprendidos en la provincia de Río Negro. La producción local alcanza a cubrir aproximadamente el 30% de la demanda regional. Las necesidades no satisfechas por la oferta local se abastecen con producción proveniente en su mayor parte de Mendoza, Rosario, Córdoba y Mar del Plata. Los condicionantes de clima y de provisión de riego generan una marcada estacionalidad de la producción circunscripta a los meses comprendidos entre noviembre y abril, período durante el cual se registra la existencia de una oferta local saturada.

En el documento Análisis del Mercado Regional de Productos Hortícolas elaborado por la Estación Experimental del Alto Valle del INTA (2009) se grafica con claridad el lento pero sostenido aumento de la producción regional de especies hortícolas, a partir de las modificaciones que se registran en la procedencia de los productos hortícolas consumidos en la región de Río Negro y Neuquén. Es necesario advertir que los ingresos de hortalizas al Mercado Concentrador de Neuquén incluyen sólo parte de lo que se consume en la región, el resto no está registrado. De todas maneras, el siguiente cuadro indica una clara tendencia creciente hacia la producción local:

Cuadro 4. Evolución de la procedencia de productos hortícolas ingresados al Mercado Concentrador de Neuquén. En porcentajes

Procedencia	2004	2005	2006	2007
Mendoza	67%	61%	55%	53%
Neuquén	12%	12%	17%	20%
Río Negro	15%	16%	18%	21%
Otras	6%	11%	9%	7%

Fuente: INTA – EEAV en base a datos del Mercado Concentrador de Neuquén.

Dentro de las limitaciones agroclimáticas señaladas, en la zona se produce una amplia diversidad de cultivos a campo, entre los que se destacan las hortalizas de hoja, crucíferas, zanahoria, pimientos, berenjenas, tomates, etc. También existe una importante superficie de cultivos de menor requerimiento de inversión y tecnología tales como el zapallo o el maíz dulce, que generan una alta tasa de retorno en corto tiempo, lo cual presenta ventajas comparativas respecto de iniciativas más comprometidas en cuanto a inversión como lo es la producción en invernáculo.

Los cultivos bajo cubierta se empiezan a presentar como una alternativa dentro de un esquema diversificado de producción. Sin embargo, la producción de hortalizas bajo sistemas forzados en la región enfrenta dos problemas. Por un lado, la necesidad de adopción de sistemas de calefacción para mantener las temperaturas dentro de rangos óptimos para los cultivos y, por otro, el requerimiento de estructu-

ras que puedan soportar los fuertes vientos patagónicos. La zona del Alto Valle es la que registra la mayor parte de la producción en invernáculos de la provincia. Se relaciona a la producción bajo cubierta con un tipo de productor joven, propietario de la tierra y con utilización de mano de obra asalariada altamente capacitada.



Almácigo de zapallo bajo cubierta. Gentileza M. Miranda.

En cuanto a las modalidades de comercialización, según datos del Centro INTI¹³ de Neuquén, las diferentes formas de comercialización de productos hortícolas que se observan en la región pueden resumirse en:

- a) Mayorista: venta del producto a los introductores localizados en el Mercado Concentrador de Neuquén, único mercado de estas características en el norte de la Patagonia.
- b) Súper e hipermercados: cada firma tiene su metodología de abastecimiento y forma de relacionarse con los productores. En tem-

porada de producción algunas de estas empresas se abastecen en la zona, en tanto que las firmas de capitales extranjeros poseen plataformas de concentración y distribución en Buenos Aires y Mendoza.

- c) Minoristas: venta directa a comercios. El productor puede hacer frente a los requerimientos de los comercios, que se adecuan a las explotaciones de nivel familiar. En los últimos años se verifica la instalación de verdulerías por parte de los mismos productores.
- d) Venta directa al consumidor: está ligada a la oferta a la vera de las rutas y, en menor medida, en ferias en los centros urbanos. También es habitual la visita de pobladores locales a los establecimientos.

Desde los últimos diez años, la horticultura viene registrando una lenta y constante evolución en cuanto a superficie sembrada en los valles de la provincia de Río Negro. Si bien este crecimiento es más importante en el Valle Medio y en el Valle Inferior, el aumento de hectáreas dedicadas a la horticultura ha sido sostenido en todas las regiones de la provincia. El Censo Provincial de Agricultura bajo Riego (CAR 2005) reconocía un total de 8.027 hectáreas dedicadas a la horticultura en el conjunto de los valles rionegrinos. Las evaluaciones realizadas por técnicos del INTA estiman que para la temporada 2009/10 la superficie hortícola total en la provincia sigue una tendencia ascendente.

Los datos son de relativa fiabilidad debido fundamentalmente a la debilidad de las políticas públicas orientadas tanto a la fiscalización como a la promoción de la producción hortícola en la región.¹⁴ A las razones expuestas debe sumarse el carácter informal de la actividad y la constante movilidad geográfica de los agentes que practican horticultura. La información que merece mayor confiabilidad es la que refiere al ingreso y egreso de productos registrados tanto por la barrera de FUNBAPA y por el CIPPA¹⁵ en el ingreso a la provincia del Neuquén.

En referencia a la estructura productiva, para todo el territorio de Río Negro el CAR2005, último censo agrícola realizado en la provincia,¹⁶ arroja la información sobre la estratificación de las explotaciones por superficie dedicada a la horticultura:

- El 64% de los productores cultiva en superficies inferiores a las 5 hectáreas, y representan el 16% de la superficie total cultivada con especies hortícolas, concentrándose mayoritariamente en el Alto Valle, donde se han registrado 239 explotaciones dedicadas a la actividad.
- El 22% de los productores maneja superficies de entre 5 y 15 hectáreas, ocupan el 25% de la superficie total cultivada, concentrándose mayoritariamente en el Valle Inferior, Conesa y Valle Medio, con predominio de las explotaciones de 10 hectáreas, y en general dedicados al cultivo de una sola especie.
- El 14% cultiva en superficies mayores a las 15 hectáreas, representando el 59% de la tierra cultivada. El 95% de estos productores se encuentra en Valle Medio, Conesa y Valle Inferior.

Cuadro 5. Distribución de superficie hortícola neta cultivada y cantidad de productores, según rango de superficie y subregión.
En porcentaje

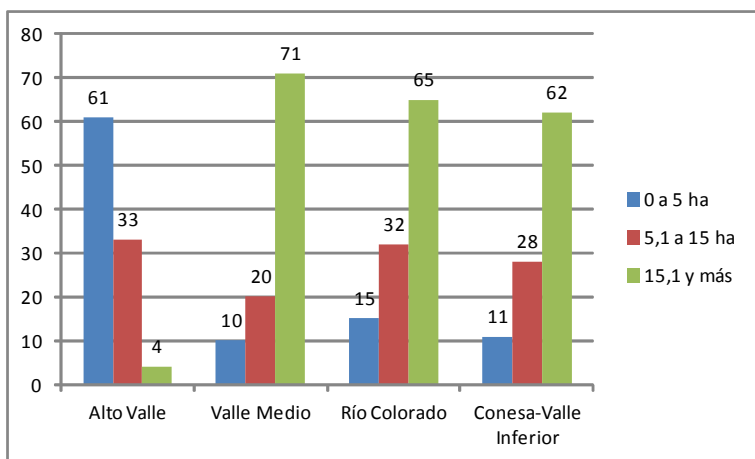
Subregión	Rango de superficie	Superficie neta cultivada (en porcentaje)	Cantidad de productores (en porcentaje)
Alto Valle	0,1 a 5 ha	61%	88%
	5,1 a 15 ha	34%	11%
	15,1 y más ha	4%	1%
Valle Medio	0,1 a 5 ha	9%	51%
	5,1 a 15 ha	20%	27%
	15,1 y más ha	71%	22%
Río Colorado	0,1 a 5 ha	14%	58%
	5,1 a 15 ha	32%	31%
	15,1 y más ha	55%	11%
Conesa-Valle Inferior	0,1 a 5 ha	11%	49%
	5,1 a 15 ha	27%	30%
	15,1 y más ha	62%	21%

Fuente: Santagni, 2009. INTA EEA Alto Valle en base a datos del CAR2005.

El cuadro muestra claramente el perfil de los productores hortícolas en el Alto Valle orientados a una horticultura de tipo diversificado, practicada en pequeñas superficies y orientada al mercado interno. En contraste con esta situación, en las demás regiones se observa el predominio de grandes superficies para el desarrollo de cultivos de carácter extensivo orientados a la exportación y a la industria.

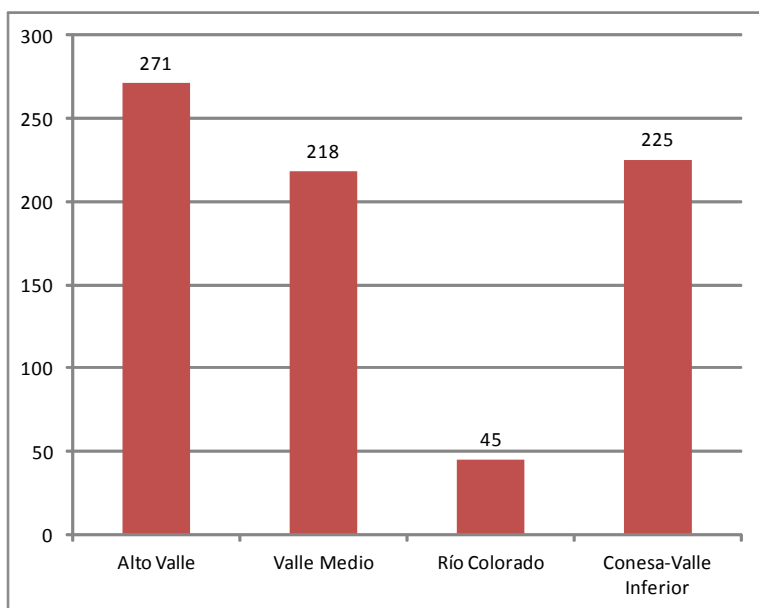
El 88% de los horticultores ubicados entre las localidades de Campo Grande hacia el oeste y Chichinales al este del Alto Valle producen en predios con superficies de hasta 5 hectáreas, ocupando el 61% de la superficie neta hortícola. Por el contrario, observamos que en el Valle Medio, caracterizado por una horticultura especializada en tomate para industria, el 51% de los productores cultiva en superficies de hasta 5 hectáreas, pero ocupan sólo el 9% de la superficie hortícola.

Gráfico 1. Valles del Río Negro.
Superficie cultivada con especies hortícolas.
En porcentaje



Fuente: Santagni, 2009. INTA EEA Alto Valle en base a datos del CAR2005.

Gráfico 2. Valles del Río Negro.
Cantidad de productores hortícolas



Fuente: Santagni, 2009. INTA EEA Alto Valle en base a datos del CAR2005.

4. Familias bolivianas en la reconfiguración del territorio hortícola

Diversas fuentes provenientes de organismos públicos y privados, en coincidencia con los resultados del trabajo de campo realizado a propósito de esta investigación, confirman que desde inicios de la década del 90 se ha acrecentado la participación de población de origen boliviano en la actividad hortícola en la región valletana, llegando en la actualidad a representar el 80% de la totalidad de los productores locales. Así lo expresa el presidente de la Asociación de Horticultores de General Roca en una entrevista publicada en el diario regional: «A los argentinos no les gusta este trabajo: es demasiado sacrificado. Prefieren las manzanas y las peras, sobre todo si son patrones».¹⁷

Las familias bolivianas hegemonizan el mercado hortícola regional a partir de las ventajas que les proporcionan sus peculiaridades étnicas, la adopción del clan como institución estructurante del mercado de trabajo, su condición de transmigrantes y el uso de las redes sociales fuertes (Benencia, 2005). Estos nuevos sujetos productivos expanden su presencia en el valle con características particulares que pueden resumirse en:

1. Especialización en la producción hortícola de tipo extensiva y/o intensiva.
2. Articulación con los actores locales propietarios de la tierra con los cuales establecen relaciones de vinculación a través de las modalidades de mediería y otras formas de aparcería o arrendamiento. Los horticultores bolivianos que han accedido a la tierra en propiedad no superan el 5% del total.
3. Desarrollo de una particular modalidad de organización del trabajo basada en la maximización del uso de la fuerza de trabajo del productor y de su grupo familiar, y en formas propias de las culturas campesinas andinas de trabajo colectivo.
4. Capitalización de la unidad productiva doméstica en lo relativo a capital de trabajo (maquinarias y equipamiento) tendiente a lograr la autonomía productiva e incrementar la capacidad de producción.
5. Comercialización –en general– en circuitos informales y bajo diversas modalidades que van desde la instalación de puestos de venta en la propia chacra hasta provisión a supermercados y a mercados concentradores extraprovinciales.

Desde los inicios de la conformación del Alto Valle como espacio productivo, la horticultura se desarrollaba en establecimientos de carácter familiar, a cargo de productores inmigrantes de ultramar. Como ya lo señalamos anteriormente, esta actividad ocupó, en general, el carácter de un cultivo de transición, ya que junto con la alfalfa, constituyeron la base generadora de ingresos anuales para facilitar la compra de la tierra, garantizar la reproducción de las familias y –cuando era posible– para la reinversión en la explotación hacia una orientación frutí-

cola. A medida que se fue definiendo el perfil monoprodutivo hacia la fruticultura de exportación, la horticultura fue perdiendo importancia relativa. Otro factor limitante en su evolución lo constituyó la competencia de mano de obra por la superposición entre las cosechas de las peras y manzanas, con la recolección del principal cultivo hortícola, como era el tomate. La expansión de la oferta de hortalizas en otras regiones productivas del país –que podían ofrecer mejores condiciones de calidad y precios– combinada con el mejoramiento en los sistemas de acondicionamiento de los productos y con los medios de transporte, seguramente también incidió en el progresivo abandono de esta actividad orientada al mercado interno.

En otro nivel de análisis, desde el plano simbólico, «ser verdulero» imprime una calificación de escaso prestigio en comparación con «ser un chacarero que produce fruta para los mercados externos». A pesar de la denostación del oficio y del olvido involuntario en la narrativa regional, puede asegurarse que el cultivo y comercialización de especies hortícolas en los momentos fundacionales, fue la base de sustentación de la fruticultura para la mayoría de los pequeños y medianos productores familiares.

5. La estructura productiva hortícola del Alto Valle del Río Negro en la actualidad

A diferencia de otras regiones de la Argentina donde se practica horticultura, la organización espacial de la horticultura en el valle no tiene la forma de un «cinturón», en la medida en que la mayoría de los productores cultivan donde encuentran disponibilidad de tierra liberada definitiva o transitoriamente de la producción frutícola, tal como será descripto y analizado en el Capítulo 3.

Las imágenes se asemejan más a «manchas» o «islas» de producción hortícola entre las plantaciones frutícolas.¹⁸ A propósito de la figura de «islas», rescatamos el concepto de «archipiélago hortícola» desarrollado por Matías García (2009) para describir las reestructuraciones en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Para un territorio productivo de características muy diferentes en términos históricos, agroecológicos y de volumen de producción que las estudiadas en esta

investigación, el autor señala que las dinámicas de los últimos 20 años provocaron una tendencia de redistribución, concentración y especialización de la actividad en ciertas zonas, que dificulta y hasta impide las representaciones tanto de «cinturón hortícola» como de «islas hortícolas». En este sentido, los recientes procesos que se observan en la región del Alto Valle en cuanto a construcción de institucionalidad, intercambio de productos y de lugares de comercialización, pueden estar indicando tendencias hacia la incipiente conformación de archipiélagos hortícolas.

En los cuatro municipios que son objeto de estudio en esta investigación se han relevado un total de 726 hectáreas hortícolas para la campaña 2010, organizadas en un número cercano a las 100 unidades productivas administradas en general por familias migrantes bolivianas. Como se puede observar en el Cuadro N° 6, la mayor parte de las unidades productivas se ubica entre las 5 y las 15 hectáreas.¹⁹

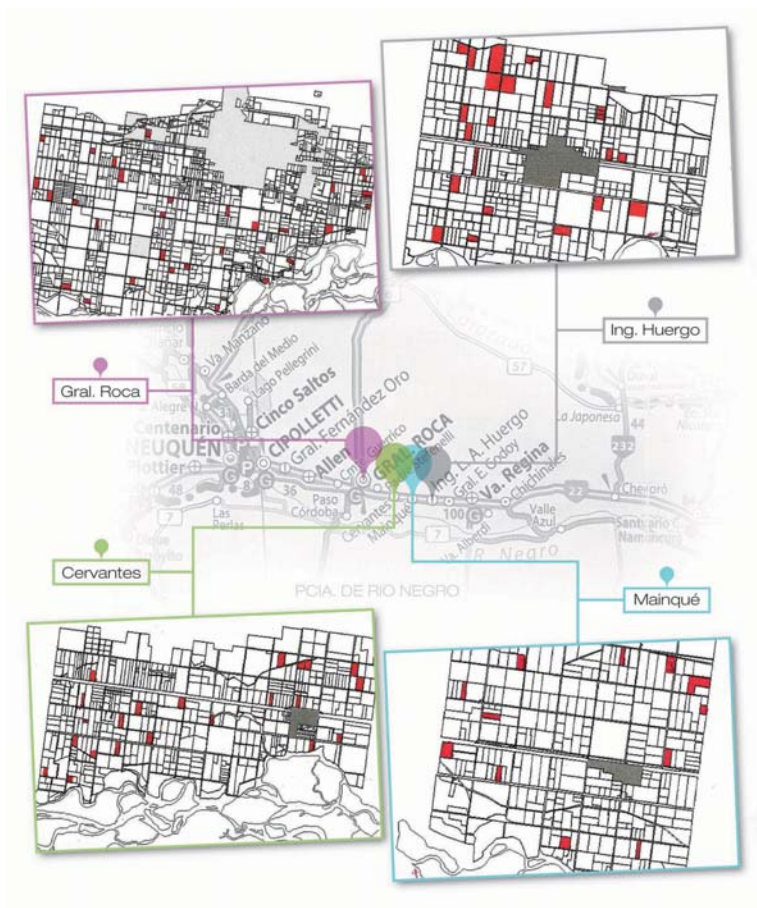
Cuadro 6: Distribución de explotaciones hortícolas administradas por familias bolivianas en municipios de Roca, Cervantes, Mainqué y Huergo. Por rango de superficie

Rango de superficie	Cantidad de explotaciones	Cantidad de hectáreas
0-4,9 has	20	40,5
5-9,9 has	31	197,5
10-14,9 has	25	277,0
15-19,9 has	5	85,0
20 y más has	4	126,0
	85	726,0

Fuente: Elaboración propia en base a información aportada por informantes clave.

El Mapa 4 permite apreciar la dispersión geográfica de las explotaciones hortícolas, y la distribución de las mismas en el espacio entre las chacras frutícolas. El tipo de diseño que se obtiene muestra cómo la producción hortícola ocupa los lugares abandonados en forma definitiva o temporaria por la actividad frutícola.

Mapa 4. General Roca, Cervantes, Mainqué, Ingeniero Huergo.
Ubicación de las explotaciones hortícolas (marcadas en rojo)



Fuente: Elaboración propia en base a relevamiento en terreno.

Nota: Los planos de cada ejido municipal están realizados en escalas diferentes.

La región muestra una conformación heterogénea de productores hortícolas, en la que se destaca la existencia de un grupo con importante nivel de capitalización, traducido en la propiedad de maquinarias e

implementos mecánicos para la producción, en la disponibilidad de mano de obra a través del uso de las redes sociales fuertes y, además, en la facilidad de acceso a la tierra en condiciones favorables en virtud del capital social acumulado. Este tipo de horticultores ha logrado una completa autonomía productiva, ejerce control sobre sus productos y en esta etapa de la horticultura regional su estrategia se orienta a fortalecer la intervención en el eslabón de la comercialización.

En el otro extremo identificamos al grupo más vulnerable de trabajadores bolivianos, representado por los peones informales –denominados «tanteros»– que se ocupan como mano de obra precaria en las quintas de productores bolivianos, en tanto que su remuneración –monetaria o en especies– está relacionada con la productividad de su trabajo y el de su grupo familiar. La contratación de bolivianos por patrones bolivianos (Benencia, 2005), adopta la forma de un mercado de trabajo segmentado por nacionalidad cuya institución estructurante primordial es la red de relaciones sociales o clan.

Otra posición socioocupacional –que puede ubicarse en un lugar intermedio entre las descritas previamente– refiere a los medieros. La mediería en la horticultura es una forma laboral que resulta sumamente funcional a los patrones hortícolas, ya que contratar a un mediero en la explotación es introducir a otro productor familiar en la explotación y asegurarse los beneficios del trabajo intenso y cuidadoso que desarrollaría el patrón, sin la necesidad de controlar el cumplimiento de las tareas (Benencia, 1997: 92). Actualmente esta modalidad asocia a dos agentes bolivianos casi con exclusividad en la región.

Podemos asegurar que el paulatino dinamismo que está adquiriendo la horticultura a partir de la década del 90 es un fenómeno en el que se amalgaman dos elementos que derivan de las condiciones que impone la etapa actual del capitalismo global: el proceso de descapitalización del segmento de productores frutícolas familiares y el creciente proceso de asentamiento de familias bolivianas en los valles del río Negro.

Un cronista del diario regional realiza esta reflexión a partir de la entrevista que mantiene con el presidente de la Asociación de Horticultores de General Roca: «(el horticultor boliviano) trabaja justo allí donde terminan las buenas prácticas agrícolas que exigen los consumidores de Munich, Madrid o Montreal y empieza el mundo de pocos

controles y escasos reclamos de los consumidores argentinos».²⁰ Así queda definida en la región una cartografía social en la que se demuestra la posición subordinada que ocupan no sólo los sujetos que se dedican a la horticultura sino también la misma producción hortícola diversificada.

Las expresiones referidas en el párrafo precedente nos inducen a reflexionar que la agricultura se inserta en un nuevo orden mundial caracterizado por la polarización económica y social que da como resultado una importante segmentación del mercado de productos entre la producción masiva y la de lujo (Lara Flores, 1998). Por un lado, presenta una oferta de productos masivos para consumos populares y materias primas que no se plantean exigencias de calidad importantes mientras que a la vez, se busca competitividad internacional con productos «de nicho», respetando las normas de calidad que rigen en los mercados actuales (Lara Flores, 1998: 20).

En toda situación de crisis en el sector de la agricultura se combinan fenómenos de carácter global con fenómenos particulares desprendidos de una situación local. Cavalcanti (1999) plantea que esas nuevas condiciones de los mercados se imponen sobre las comunidades locales y sus poblaciones fundamentalmente a través de cambios en las condiciones de producción y de los procesos de trabajo. Sin embargo, la autora observa una tendencia a la sobreestimación del papel transformador de la globalización más que a la comprensión de la dinámica de juego de fuerzas que tienen lugar en las distintas situaciones. Esta tendencia hace perder de vista las tramas de relaciones sociales que posibilitan estos cambios y la diversidad que se presenta en los distintos contextos, que contribuyen a delinear diferentes respuestas a los supuestos movimientos uniformes de los mercados.

En el caso particular del Alto Valle, el sistema hortícola se ha transformado en los últimos años en un proceso relacionado con los reposicionamientos a los que están impelidos los productores primarios del sistema frutícola. En este contexto productivo y social, los actores sociales ubicados en los sectores más débiles de la cadena agroindustrial construyen múltiples estrategias de reproducción de sus condiciones de vida que conforman un amplio abanico de alternativas: desde el abandono de su condición de agricultores a través de la venta o el arriendo de la tierra, hasta la implementación de proyectos de

reconversión de sus unidades productivas de acuerdo al modelo productivo en vigencia para adecuarse a las imposiciones del mercado internacional. Éste es el escenario en el que emerge una nueva corriente migratoria, constituida por familias bolivianas que en su mayoría llegan a los valles del norte de la Patagonia después de una trayectoria migratoria a lo largo del país y a través de la cual van transitando por diferentes categorías laborales.

Podemos asegurar que, en consonancia con otras regiones del país –y parafraseando a Benencia (2006)– también en el Alto Valle estamos presenciando un proceso de «bolivianización de la horticultura». Sin embargo, a diferencia de los llamados «cinturones hortícolas», las familias bolivianas que producen en esta región del norte de la Patagonia han encontrado un lugar vacío en la producción hortícola, situación que les ha posibilitado construir estrategias productivas muy adaptadas a estas circunstancias, que se evidencian en la capacidad de lograr autonomía productiva en períodos muy cortos de tiempo. Por otra parte, también encuentran ventajas comparativas al insertarse en un mercado hortícola poco expandido en el que predominan la atomización, la informalidad y la escasez de controles por parte del Estado. En consecuencia, los migrantes bolivianos empiezan a ocupar un espacio productivo y un mercado laboral que estaba prácticamente vacante.

Por otra parte, es interesante destacar que las familias bolivianas que toman tierra bajo formas de arriendo o aparcería en el Alto Valle se vinculan en general con propietarios de chacras identificados con la actividad frutícola –muchas veces como parte de la herencia mítica–, identificación que les imprime una relación de indiferencia hacia la horticultura, a la que consideran de escaso prestigio y valor simbólico. Esta relación de homología entre lo que se considera una producción «mayor» –la fruticultura– y una producción «menor» –la horticultura– encuentra su correlato con los sujetos que las protagonizan. Este carácter subordinado de la horticultura a la fruticultura ofrece las condiciones de posibilidad para que los migrantes puedan ir construyendo un territorio hortícola boliviano.

A lo largo del trabajo de campo, en las entrevistas con chacareiros empobrecidos por la pérdida de rentabilidad y de deterioro de sus capacidades productivas, ante la pregunta por las razones de la presen-

cia creciente de familias bolivianas, se sucedían respuestas del tenor: «el suelo está muy bajo, que se agachen ellos (los bolivianos)», o «los únicos que aguantan esas condiciones de barro, frío, son los bolivianos por su raza». Contenidos discursivos que hacen referencia a la naturalización de su resistencia al trabajo en condiciones climáticas rigurosas, al ascetismo en el consumo, al sentido moral de su conducta o la baja conflictividad se repiten en los diálogos con antiguos chacareros. Estas calificaciones hacen que la condición de ser «familias bolivianas» represente una carta de presentación positiva para ser aceptadas como arrendatarias o aparceras en sus propiedades (Ciarallo y Tripin, 2010).

En el siguiente capítulo presentaremos las modalidades que asume la relación entre propietarios de chacras y horticultores sin tierra, así como la complejidad de prácticas sociales que se ponen en juego en esos vínculos. El conocimiento de estas formas de articulación cobra significación en tanto sólo el 5% de los horticultores bolivianos es propietario de la tierra en la que produce. También analizaremos el papel que desempeñan estas novedosas prácticas en las estrategias de reproducción social de ambos agentes.

Notas

¹ Notas de campo, 15 de febrero de 2010.

² Cajón de madera o plástico con capacidad para entre 350 y 400 kilos de manzanas o peras.

³ El documento citado está escrito en idioma inglés y, no obstante la rigurosidad de la información técnica presentada, el tono es coloquial porque estaba orientado a convocar inmigrantes para que invirtieran en la región.

⁴ La población del pueblo de General Roca en 1919 era de 1.200 habitantes y en 1920 había ascendido a 3.350 habitantes. Allen tenía alrededor de 700 pobladores en 1913 y para 1920 había duplicado su población (Vapñarsky y Pantelides, 1987).

⁵ Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

⁶ Censo de Agricultura bajo Riego. Ministerio de la Producción de la Provincia de Río Negro.

⁷ La UOP es la Unidad de Organización de la Producción, y constituye la unidad estadística del CAR 05. Debe reunir las siguientes condiciones: estar ubicada dentro de los límites de la provincia de Río Negro; tener una superficie no menor a los 500 metros cuadrados; estar conformada por una o más parcelas productivas (PP); producir bienes agrícolas (frutas, hortalizas, etc.), pecuarios (bovinos, ovinos, porcinos, etc.) o forestales, destinados al mercado (se excluyen establecimientos que producen bienes

sólo para autoconsumo y no los venden ni intercambian en el mercado); tener una dirección que asuma los riesgos de la actividad productiva, que está representada por la figura del productor ya sea como persona física o jurídica; utilizar en todas las parcelas que la constituyen la mayoría de los medios de producción de uso durable (maquinarias, herramientas, vehículos, construcciones, mejoras, etc.) y parte de la mano de obra permanente (tractoristas, encargados, etc.).

⁸ Entrevista registrada en 1998.

⁹ En el ámbito académico el panorama es similar. Por lo tanto, este estudio tiene un carácter exploratorio y también constituye un esfuerzo de recopilación y sistematización de la información producida por agentes públicos y privados.

¹⁰ Los Consorcios de Riego son organizaciones administradas por los propios regantes que tienen a su cargo la administración, mantenimiento, conservación y reparación del sistema de riego en el Alto Valle.

¹¹ Han sido muy frecuentes los conflictos entre los productores y los industriales por el precio y la forma de pago. Este hecho, sumado a que en oportunidades las plantas procesadoras no llegaban a recibir la calidad ni la cantidad de tomate que necesitaban, indujo a varias empresas a encarar el cultivo en plantaciones propias o a producirlo bajo forma de arrendamiento con asesoramiento brindado por las empresas bajo modalidades de vinculación asociadas a la agricultura de contrato. En esto influyó también el disponer de la nueva tecnología que hace factible el cultivo mecanizado en grandes superficies.

¹² Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria.

¹³ Instituto Nacional de Tecnología Industrial.

¹⁴ En este aspecto hay evidentes diferencias entre la provincia de Río Negro y la de Neuquén. En esta última, en los últimos años se ha diseñado un Plan Hortícola Provincial que incluye capacitación, gestión y ayuda crediticia.

¹⁵ Control de Ingreso Provincial de Productos Alimenticios.

¹⁶ El Censo Provincial de Agricultura bajo Riego constituye una herramienta fundamental en términos de diagnóstico de la situación agropecuaria de la Provincia de Río Negro. Sin embargo, se considera necesaria la implementación de un censo hortícola específico.

¹⁷ Diario *Río Negro*, 30 de abril de 2010.

¹⁸ La imagen de una «piel de jaguar» que utiliza Rómulo Gandolfo (citado por Perrén, 2008) resulta muy ajustada para caracterizar la distribución de los predios hortícolas en el Alto Valle.

¹⁹ Referentes de la Asociación de Horticultores de General Roca calculan un total de 200 explotaciones hortícolas a cargo de población de origen boliviano, a lo largo del Alto Valle en el territorio rionegrino, entre las localidades de Villa Regina y Campo Grande. Notas de campo de junio de 2010.

²⁰ Diario *Río Negro*, 30 de abril de 2010.

Capítulo 3

Articulación entre propietarios de chacras y horticultores sin tierra. Reproducción social de los agentes sociales

1. Reconfiguración de las relaciones sociales en el agro

La forma de tenencia predominante en el valle es la propiedad de la tierra, afincada en razones históricas vinculadas a la producción de cultivos perennes que no admiten formas precarias (Soverna, 1990). No obstante, en el contexto de las crisis recurrentes en el sector de los productores familiares y el proceso de subdivisión de las chacras, se evidencia el aumento de formas de cesión de la tierra. Esta modalidad, que adquiere una variedad importante de acuerdos, es resultado de negociaciones entre las partes según las cuotas de capital aportadas por los sujetos que intervienen en el proceso productivo. «Dar en alquiler la chacra» plantada con frutales a una empresa nacional o transnacional es una práctica cada vez más habitual en el caso de chacareros desfinanciados o que ya han superado la edad económicamente activa. En tanto que para las empresas esta modalidad se vincula con formas flexibles de producción que les permite incrementar, o por el contrario disminuir, el volumen de producción manteniendo el control pero sin inmovilizar grandes sumas de capital. La principal restricción de la región es la oferta inelástica de la tierra, considerando que el límite de la frontera agrícola está fijado por el alcance de la red de riego regional.¹

El Alto Valle, al estar caracterizado como el área productiva de más «antigua» colonización y de mayor fraccionamiento de la

propiedad, su frontera agraria está «cerrada». El avance de las UOPs con más 25 hectáreas se ha consolidado no a partir de la puesta en producción de nuevas tierras bajo riego artificial, sino desde la compra o el alquiler de los predios de los pequeños propietarios. (Tripin, 2007)

Además de estas formas descriptas –que se desarrollan dentro del campo de la fruticultura– se evidencian novedosas formas de «alquileres» de tierra. Se trata de las articulaciones entre un propietario de una chacra –en producción o no– y un horticultor boliviano sin tierra y su grupo familiar. Estas manifestaciones dan cuenta de la emergencia de nuevos procesos sociales vinculados con manifestaciones de otras formas de organización de la producción y de relaciones de trabajo en interacción con el territorio. El espacio del Alto Valle, identificado como «blanco y europeo» por quienes portan la condición de productores, aparece ocupado por agentes sociales que se inscriben en lógicas productivas, laborales y de movilidad en el espacio que resultan extrañas a las habituales. ¿Qué razones inciden para que el propietario de una chacra se vincule con un horticultor boliviano? ¿Qué capitales ponen en juego los migrantes para posicionarse como productores en este particular territorio? ¿Qué papel juega esta articulación en la estrategia de reproducción social de ambos agentes?

Al expandirse el nuevo modelo productivo, se generan intensos procesos de diferenciación social que traen como consecuencia fundamental la creciente subordinación diferencial de los productores primarios a los eslabones industrial y comercial de la cadena agroindustrial (Bendini y Tsakoumagkos, 2003b). A pesar del imperativo discurso del paradigma neoliberal en el sentido de establecer una nueva dualidad en el agro expresado en términos de viables/no viables, la realidad muestra un alto grado de heterogeneidad en el escenario local. Como sostiene Long (1990)

Aunque sea verdad que ciertos cambios estructurales son producidos por el impacto de fuerzas externas, estos cambios entran en la existencia de individuos y grupos afectados, y de esa forma son mediados y transformados por esos actores y estructuras. (p. 4)

En estas nuevas configuraciones se evidencia una diversidad de actores sociales involucrados en procesos de crisis, intentos de supervivencia o de expansión (Murmis, 1994) dentro de la fruticultura. También se constata la desaparición de productores primarios, así como el mantenimiento de la propiedad en su condición de lugar de refugio como consecuencia de la pérdida de las capacidades productivas de sus titulares.

Esta parte del estudio centra el interés en describir y analizar las diversas formas que asume la vinculación entre propietarios y horticultores sin tierra;² no porque estas prácticas constituyan una tendencia en la región, sino porque conforman modalidades que dan cuenta de activos y novedosos procesos de persistencia y resistencia de los productores tradicionales, atravesados por dinámicas formas de negociación entre los agentes involucrados.

En el marco del proceso de reestructuración productiva, parto del presupuesto de que la dinámica de articulación entre propietarios y horticultores comprende una pluralidad de estrategias de reproducción social de tradicionales y nuevos agentes sociales en la producción agraria, las cuales pueden comprender la ampliación, conservación o subsistencia. Por otra parte, estos arreglos no remiten linealmente a un proceso de deterioro o descomposición de los agentes involucrados sino que expresan una pluralidad de sentidos.

Las profundas y vertiginosas transformaciones que se evidencian en el agro se traducen en la implementación de formas flexibles de producción y de reorganización de los procesos de trabajo, creándose nuevas modalidades y recreándose viejas figuras de relaciones sociales. Diversos trabajos centrados en casos de horticultura para el mercado interno en la Argentina indagan sobre la combinación de modos de acceso a la tierra y el surgimiento de nuevas formas de organización del trabajo, que estarían dando cuenta de la heterogeneidad de situaciones aconteciendo en el sector agropecuario en una etapa de reestructuración.

En diversos estudios, Roberto Benencia junto con otros investigadores (1997, 1999, 2006, 2009) destacan el fenómeno del surgimiento de nuevas formas de trabajo en la horticultura en el cordón hortícola de Buenos Aires. Describen y analizan la figura del mediero, asociada fundamentalmente al migrante boliviano, vinculando la apa-

rición de este actor social con aspectos tales como la dificultad de los productores hortícolas para conseguir mano de obra, el carácter de funcionalidad de esta relación al reducir o compartir riesgos considerando las restricciones financieras de los quinteros tradicionales. Además, señalan que un número creciente de medieros bolivianos se están transformando en arrendatarios o propietarios, contratando a su vez a medianeros o tanteros bolivianos para que trabajen en sus explotaciones. Por lo tanto, sostienen que la condición de medianero es asumida por estos trabajadores como una etapa de transición para obtener los medios necesarios para poder concretar su meta.

En el caso del cinturón hortícola que rodea a la ciudad de La Plata, Roberto Ringuelet y Adriana Archenti (2000) indican que hasta mediados del siglo pasado las quintas estaban a cargo de inmigrantes italianos y portugueses. Acompañando el movimiento migratorio estacional comienzan a afluir a las quintas locales trabajadores provenientes de las provincias del noroeste y noreste del país, que en principio serán jornaleros o tanteros con retribución por producción, y posteriormente las tareas de embalaje aparecen asociadas a los bolivianos. La afluencia sistemática de trabajadores de origen boliviano al trabajo hortícola en la zona data de los años 70 asociada con los aumentos de productividad a partir del uso generalizado de semillas híbridas y agroquímicos y a la incorporación de nuevas tierras al proceso productivo, lo que supera la capacidad de mano de obra existente. La lógica del sistema de mediería hace que muchos trabajadores bolivianos decidan migrar con sus familias completas con el objeto de utilizar a pleno sus propios recursos de mano de obra. También se registra la posibilidad de trascender la situación de medieros y alquilar o comprar tierra en aquellos que han trabajado en la zona por más de 15 años. Estos «nuevos empresarios» encaran su emprendimiento con una lógica de inversión y producción familiar ya que «el joven mediero requiere a sus padres y/o suegros que vivirán también en la quinta arrendada o adquirida aportando capital y mano de obra» (Ringuelet, 2000: 58). Destacan los autores que la mediería —para el sector de trabajadores bolivianos— es foco de expectativas de movilidad hacia la autonomía productiva. Más allá de las restricciones a la acumulación que se fueron acrecentando, la producción hortícola conserva comparativamente condiciones de accesibilidad relativamente sencillas en cuanto al control del ciclo económico y a la capacitación.

En su estudio del cinturón hortícola de Rosario, Rosana Albanese y Patricia Propersi (2000) manifiestan que alrededor de la ciudad se ha desarrollado una franja de establecimientos hortícolas originada a mediados del siglo XIX y cuya producción ha estado siempre vinculada al abastecimiento del mercado interno. En esta área el trabajo es llevado a cabo fundamentalmente por unidades laborales de base familiar, conformadas tanto por el productor propietario como por el mediero. Se evidencia una considerable disminución en el aporte efectivo de mano de obra familiar por parte de la organización del productor en lo que respecta al número de miembros de la familia que aportan trabajo físico en la unidad, priorizando su presencia en la organización y administración, o en la esfera de la comercialización. Si bien el trabajo familiar se combina con diferentes maneras de trabajo asalariado permanente o temporario, la forma más común de reclutamiento de trabajo es la mediería, mayoritariamente realizada por trabajadores bolivianos y sus familias.

Relacionado a procesos recientes de expansión de la actividad hortícola en áreas no tradicionales y vinculados con movimientos migratorios transfronterizos, se puede mencionar el caso de Río Cuarto en la provincia de Córdoba (Benencia, Geymonat, 2003) donde a partir de fines de la década del 80 se empieza a evidenciar el desarrollo de un área productiva hortícola por parte de familias bolivianas que incorporan tecnología, experticia en el manejo de mano de obra y de la producción. A diferencia de su inserción en un contexto altamente competitivo —como los cinturones verdes de Buenos Aires, Rosario o ciudad de Córdoba— en esta nueva área logran dar un impulso y desarrollo a una actividad novedosa. Por último, las investigadoras Hughes y Owen (2002) describen un proceso de transformación del paisaje rural en el Valle Inferior del río Chubut como consecuencia del cambio en el perfil productivo de la región a partir del incremento de parcelas dedicadas a la horticultura. El citado valle, originalmente trabajado por descendientes de galeses y europeos meridionales, experimentó una fuerte crisis desde la década de 1970 originada en la decadencia de la estructura socioproductiva tradicional. En un escenario de abandono y decadencia económica, se inician nuevas prácticas hortícolas implementadas por familias migrantes bolivianas que llegan a la región luego de una trayectoria a lo largo del territorio nacional, a través de la cual fueron acumulando experiencia y capital económico.

También destacan que se está produciendo un repoblamiento rural del valle y se evidencia una transformación en las modalidades de comercialización de las hortalizas.

2. Caracterización de los propietarios que se vinculan con horticultores bolivianos

Pretender una comprensión de las prácticas sociales desde una perspectiva sociológica significa rescatar al agente social que las produce. Ni los sujetos son simples ejecutores de reglas impuestas por las estructuras sociales, ni portadores de comportamientos siempre conscientes, capaces del cálculo racional y libres de condicionamientos históricos, sociales o económicos (Bourdieu y Wacquant, 1995). Un primer paso explicativo consiste en construir el espacio social en el que se insertan las prácticas, lo cual implica pensar en términos de campo como una red o configuración de relaciones –que pueden ser de homología, dominación o subordinación– entre posiciones en ese espacio, las cuales están definidas por la situación actual y potencial de distribución de diferentes especies de capital, tanto materiales como no materiales.

La distribución desigual de capital específico da origen a posiciones relativas –posiciones que poseen propiedades independientes de los agentes que las ocupan– y también a relaciones entre posiciones. Además de construir el sistema de relaciones objetivas en el que se inserta la práctica, es necesario considerar cómo la posición que el agente ocupa en el campo estructura un conjunto de disposiciones a actuar, percibir, pensar y sentir de una determinada manera más que de otra, disposiciones que –en la perspectiva teórico-metodológica de Bourdieu– reciben la denominación de *habitus* y que expresan la singularidad de la trayectoria social dentro de los límites y posibilidades brindadas por las condiciones concretas de existencia.

A efectos de caracterizar a los agentes titulares de chacras que se vinculan con horticultores bolivianos en relaciones de arrendamientos y aparcerías, se construyeron tipos sociales de acuerdo a algunos criterios. Una primera clasificación distingue entre quienes son propietarios y realizan alguna actividad agropecuaria, de aquellos propietarios que no se dedican a la producción agropecuaria.

Los propietarios identificados como productores tienen a la fruticultura de pepita (manzanas y peras) como actividad principal o secundaria. Los parámetros considerados para la tipificación de este grupo refieren a su vinculación con el cambio técnico. Este componente es fundamental en todo tipo de actividad agrícola perenne, que está basada en la acumulación de capacidades tecnológicas con altos requerimientos de capital. Los cambios tecnológicos referidos a las innovaciones de conducción y biológicas que aumenten el número de plantas por unidad de superficie y la calidad de la fruta, son los que inciden en mayor medida en el resultado económico de la explotación frutícola. En consecuencia, las variables que se tomaron en consideración son: a) el sistema de conducción de las plantas frutales y b) la edad de las plantaciones.

a) **El sistema de conducción de las plantas frutales.** Los cultivos frutales perennes requieren de sistemas de conducción, entendidos como el tipo de estructura que se utiliza para dirigir el crecimiento y formación de los árboles. El sistema más antiguo es el de conducción libre, denominado «monte tradicional». Los árboles disponen de varios planos de apuntalamiento para que puedan soportar el peso de la fruta, por lo tanto, las plantas alcanzan gran volumen y altura, encareciendo los costos en mano de obra. Las distancias entre las plantas originan montes de baja densidad, lo cual disminuye la productividad por hectárea. Desde fines de los 60 se introdujo el sistema «de espalderas» que consiste en dirigir las ramas en un plano vertical y apoyarlas en hileras de alambres tendidos sobre postes de madera. Este sistema reduce los requerimientos de mano de obra en tareas de poda, curas y cosecha. Permite la implantación de mayor número de plantas por hectárea y se asocia a una producción de mayor rendimiento por hectárea.³

b) **La edad de las plantaciones.** Además de las variables cuantitativas, la producción frutícola tiene que ofrecer productos que reúnan los requisitos de la demanda de los mercados, lo cual impone la renovación de variedades. Las tasas de reemplazo de montes con nuevas variedades fueron muy lentas, dando por resultado una estructura de producción desactualizada. Desde inicios de la década del 90 se empezó a implementar un intenso proceso de reconversión en las unidades

productivas centrada principalmente en la renovación de plantaciones, buscando la adecuación a las demandas de los mercados externos. Las tendencias del cambio se orientaron a privilegiar las plantaciones de peras por sobre las de manzanos, promover los sistemas que aumenten la precocidad de las plantas y el manejo de un paquete tecnológico que combine genética y tareas culturales innovadoras.

La posibilidad de reconvertir una unidad productiva tiene directa relación con la dotación de recursos económicos, capacidad de manejo tecnológico y proyección del agente productor en el circuito. En este sentido, Omar Miranda puntualiza que

la tecnología biológica en la fruticultura perenne tiene implícito un alto componente de riesgo que se manifiesta en la aleatoriedad de su resultado económico. El tiempo transcurrido entre el momento en que se decide renovar parte de la plantación y aquel en que comienza a producir algún ingreso, es mayor que el de otras inversiones. (Miranda, 1995: 30)

En base a las variables descriptas y los casos encontrados en terreno, encontramos tres tipos de propietarios que ceden tierra a horticultores bolivianos:

1. Productores frutícolas de unidades productivas con plantas de edad promedio menor a 20 años, con conducción en espaldera en más del 50% de la superficie plantada.
2. Productores frutícolas de unidades productivas con plantas de edad promedio mayor a 20 años, con conducción tradicional en más del 50% de la superficie plantada.
3. Propietarios no productores.

Para cada una de estas categorías de titulares de chacras y en función de los propósitos de este estudio, se toman en consideración algunas dimensiones a efectos de caracterizar a los sujetos. Éstas son: a) dotación de capital económico, b) ocupación y fuentes de ingresos, c) trayectoria en la actividad, d) modalidades de cesión de la tierra a horticultores de origen boliviano.

2.1. La cesión de la tierra en la estrategia de innovación productiva

Dentro de este grupo resulta relevante el carácter innovador de los titulares, considerando que la totalidad de ellos está desarrollando procesos de reconversión biológica y de manejo cultural en sus chacras. La variable referida al tamaño de las explotaciones se considera en el análisis de los casos estudiados, a fin de ponderar las variaciones que se presentan en esta categoría en relación al control de las magnitudes del capital económico, y a las modalidades y velocidades diferenciales que le imprime en la planificación y ejecución de la modernización de las unidades.⁴

a) **Dotación de capital económico.** Estos productores están en algún punto del proceso de reconversión de los montes frutales, iniciado a mediados de la década del 90 y sin haber solicitado financiamiento bancario. El crédito es, entre otros, un instrumento particularmente estratégico para inducir el proceso de reconversión siempre que existan ciertas garantías de rentabilidad. En el caso particular de los pequeños y medianos productores frutícolas se combinan dos situaciones por las que desestimaron la asistencia crediticia en la última década. Por un lado, muchos de ellos no reunían las condiciones para ser considerados sujetos de crédito por las entidades bancarias, y por otro no existían líneas crediticias en el mercado financiero que consideraran plazos de devolución adecuados a las características de los cultivos perennes. En palabras de un chacarero: «la reconversión la hago por mi cuenta, voy despacito, paso a paso, en la medida que puedo hacer los cambios seguros, los hago; hay que reconvertir con lo de uno, hay que autofinanciarse».

Cuentan con dotación completa de maquinarias e implementos que requiere la actividad frutícola: tractor, rastra, arado, curadora a turbina, tractoelevador. Las posibilidades de inversión en renovación de equipamiento han estado muy limitadas, ya que no se registra adquisición de maquinarias en los últimos diez años. Es elocuente que privilegiar las inversiones en plantaciones por sobre las de maquinarias estaría indicando una búsqueda de adaptación a los requerimientos del mercado: nuevas variedades, mayores rendimientos, que redundan

ría en un incremento de la producción y como consecuencia de la rentabilidad (Soverna, 1990: 27).

Como parte de un sistema productivo orientado a la exportación, los productores de este grupo desarrollan prácticas de manejo actualizadas y estandarizadas. La fertilización foliar, el control integrado de plagas, el raleo químico complementado con el manual, la adopción de nuevos procedimientos de poda forman parte de un nuevo paquete tecnológico inscriptas bajo la denominación de Buenas Prácticas Agrícolas.⁵

La contratación de trabajadores asalariados es el aspecto que adquiere mayor grado de variación. La mayoría tiene al menos un trabajador asalariado permanente y además todos contratan personal temporario para realizar tareas de poda, raleo manual y, fundamentalmente, en cosecha. Hay una correlación directa entre la residencia rural del grupo familiar y la ausencia de trabajadores permanentes.

b) Ocupación y fuentes de ingresos. En cuanto a la dimensión laboral y las fuentes de ingreso, interesa distinguir si se vinculan con la actividad agraria o con actividades extraagrarias. Murmis y Cucullu (2003) distinguen los conceptos de pluriocupación y pluriinserción. Por pluriactivos entiende a quienes desarrollan otra actividad además de la agropecuaria; en tanto el concepto de pluriinserción permite captar el grado de centralidad de la actividad agraria en la reproducción y acumulación de la explotación a partir de considerar el origen de los ingresos del grupo familiar. En este grupo encontramos multiplicidad de situaciones que varían desde sujetos agrarios exclusivos hasta originales combinaciones de «trueque» por ejemplo, de servicios técnicos en un frigorífico a cambio de utilización de capacidad de frío para la fruta producida. En todos los casos analizados hay ingresos extraagrarios, aportados por algún miembro del hogar, o por el productor.

c) Trayectoria en la actividad. Los componentes de este grupo tienen una fuerte identificación con la actividad frutícola. La explotación familiar significa no sólo el lugar donde se realiza la producción sino que conlleva una fuerte carga simbólica inscripta en la transmisión de la tierra:

... y, la tierra es sagrada. Acá se hizo todo con arado tirado a caballo, mis padres dejaron la vida acá. Por lo menos hay que mantener, que no digan que lo que los padres dejaron, los hijos lo tiraron por la borda. (Propietario, Roca, octubre 2005)

pensamos vender, pero... esta chacra la heredamos. Aparte yo acá nací, me crié y... no, me costaría un montón dejarla. (Propietaria, Roca, noviembre 2005)

d) Cesión de la tierra a horticultores bolivianos. La cesión habitualmente se realiza bajo la firma de algún instrumento legal formal. Dentro de este tipo de chacareros, se observa que se vinculan con horticultores que tienen autonomía productiva, por lo que puede considerarse que dos productores independientes producen dentro de una misma chacra. Además, en muchas ocasiones los cultivos frutícolas y los hortícolas se realizan dentro del mismo espacio, haciendo un uso intensivo del suelo. Esta estrategia productiva –que fue habitual en la etapa fundacional de la fruticultura– consiste en la práctica de la horticultura en el interfilado de las plantas frutales recién implantadas hasta que tienen una edad de tres o cuatro años. Así es explicado por dos chacareros:

ellos trabajan en los montes nuevos mientras el follaje no les quita luz a las verduras, y yo cuando la planta la necesito para fruta no me interesa que ellos le saquen nutrientes con la verdura, ahí es cuando los paso a otro cuadro. (Propietario, Roca, agosto 2005)

este año puse plantas nuevas; para que empiecen a producir necesitan movimiento de tierra y ahí es donde les doy tierra a los bolivianos. (Propietario, Roca, setiembre 2005)

Desde el discurso técnico de los ingenieros agrónomos, estas modalidades de producción aparecen como «irracionales» en tanto se pone en riesgo una inversión muy costosa y con consecuencias negativas a futuro si se tiene en cuenta que el cuidado de un árbol frutal desde su implantación incidirá en la productividad.

Un titular, quien se desempeña como profesional independiente y con dedicación parcial a la actividad frutícola, explica que en su

chacra de 12 hectáreas ya ha reconvertido más de la mitad de la superficie. Además de la inversión en material biológico, el recambio implica costos de desmonte, limpieza y emparejado de los cuadros en los que se va a implantar nuevas especies. De esta manera explica el contrato que estableció con los horticultores:

el acuerdo es así: ellos desmontan, se llevan la leña y dejan la tierra preparada para la plantación nueva. A cambio utilizan 4 hectáreas, ocupan la casa y una pieza. A mí me conviene el trato con ellos porque yo no tengo tiempo para contratar gente para hacer ese trabajo. Lo hice unos años atrás con horneros (hornos de ladrillos) y fue un desastre, dejaron todo a medias. Esta gente (los bolivianos) como necesitan la tierra para producir verdura, la dejan en buenas condiciones. (Propietario, Roca, setiembre 2005)

No se han constatado situaciones de arrendamiento puro, sino una combinación de situaciones que varían desde la retribución por el uso de la tierra a través del pago del canon de riego, el desmonte de los cuadros o un porcentaje de la venta de lo producido. En general el interés de los propietarios no está puesto en la renta por el uso del suelo, sino por la función que cumple el aparcero o arrendatario en el proyecto de reconversión de la explotación. Se han manifestado relaciones que guardan características de una asalarización encubierta, por ejemplo cuando los titulares aseguran que

además con esta gente tenemos seguridad. Son buena gente, están ahí (viviendo), son cuidadores... gratuitos. Ellos están ahí, contratar un seguro es carísimo. (Propietario, Roca, octubre 2005)

Mabel Manzanal (1996), en su estudio en los valles calchaquies, identifica la figura del «arrendero», productor independiente que cambia su trabajo por la posibilidad de utilizar pequeñas parcelas de tierra, así el patrón se asegura el personal en forma permanente sin pagar salarios, estableciéndose modalidades de abonar la renta por el uso del suelo.

En esta categoría de propietarios, la cesión de la tierra a familias hortícolas se vincula con la necesidad de financiar los costos que insu-
me la reconversión de los montes frutales para estar en condiciones de
competir en un mercado que tiende hacia la calidad y la especializa-
ción. En el despliegue de esta estrategia, los chacareros ahorran en la
contratación de mano de obra para realizar tareas como la erradica-
ción de montes frutales viejos, desmalezamiento, e indirectamente en
el cuidado de sus bienes en los casos de propietarios con residencia
urbana. Estos titulares se identifican plenamente con la actividad fru-
tícola y su apuesta productiva está centrada en mejorar su posición en
el campo, aún bajo fuertes restricciones en el acceso a recursos finan-
cieros. En el caso de herederos de tercera y cuarta generación, el apren-
dizaje del oficio por tradición familiar opera en la disposición para
percibir a la producción frutícola como la mejor alternativa dentro de
las posibles, en tanto para los que llegan a la fruticultura vía la heren-
cia de las cónyuges, la falta de experiencia se compensa con capacita-
ción y asesoramiento.

2.2. La cesión de la tierra como una forma de persistencia

Un recurso cada vez más presente en la relación entre los eslabones que controlan el sistema frutícola y los productores es el requisito de la calidad. Los propietarios de chacras que no logran acceder a estos estándares y que se encuentran en un proceso de descomposición hacia abajo (Murmis, 1992; Murmis y Cucullu, 2003) ensayan combinaciones defensivas destinadas a mantener sus parcelas. Entre ellas, en los últimos años se registra en forma creciente la cesión de la tierra a un horticultor boliviano. Señalaremos algunas de las características de estos titulares:

a) **Dotación de capital económico.** Las plantaciones frutales en estas unidades agrarias superan los 30 años de antigüedad, y están conducidas en la modalidad de monte libre con predominio de manzanos de variedades de escaso valor económico en el mercado. La falta de renovación biológica sumada a la restricción en la realización de tratamientos culturales y fitosanitarios adecuados –poda, raleo, defensa por he-

ladas— se traduce en bajos niveles de productividad y fruta de calidad deficiente cuyo destino habitual es la industria juguera.

Manifiestan desaliento a iniciar o a continuar la renovación de los montes frutales por las limitaciones financieras, muchas veces combinadas con la dificultad para cobrar la venta de la producción de la temporada previa. Como lo expresa un productor

entregué la fruta a la empresa M. y recién me pagaron dos cuotas, con eso no puedo ni empezar los trabajos de poda. Si no me adelantan algo en estos días se me va a complicar. Imagínese si voy a estar pensando en plantar, no dan ganas. (Pro-pietario, Roca, agosto 2005)

Los esquemas de tratamientos sanitarios que aplican son estrictamente los necesarios. En general están incluidos dentro de los programas de mitigación de riesgos fitosanitarios implementados desde organismos nacionales como SENASA,⁶ en articulación con FUNBAPA para controlar y tender a la erradicación de la carpocapsa, que es la plaga más extendida y perjudicial para la economía regional.

Dentro de este grupo se encuentran algunos productores que empiezan a desarrollar alternativas de diversificación de cultivos, como la horticultura y las pasturas. Estas alternativas pasan de ocupar un lugar complementario de la fruticultura a perfilarse como actividad principal para estos titulares. Las razones que orientan a este cambio se encuentran en la menor disponibilidad de capital circulante que requieren este tipo de cultivos y, además, en la posibilidad de asociarse con trabajadores medieros —en el caso de la actividad hortícola— para compartir riesgos, costos de insumos y mano de obra.

La contratación de trabajadores asalariados para los requerimientos de la fruticultura la efectúan sólo bajo la modalidad de temporarios, para la realización de tareas de desmalezado, poda y cosecha.

b) Ocupación del titular y fuentes de ingreso del hogar. Este grupo registra la mayor cantidad de propietarios en edad económicamente no activa, que perciben jubilaciones de actividades laborales de carácter urbano. Algunos de estos sujetos se dedican a la comercialización de verduras, que en parte son producidas en sus chacras y también adquiridas a comercios mayoristas.

Los principales ingresos de los hogares provienen de fuentes extraagrarias, vía jubilaciones de los titulares o sus cónyuges. En las estrategias de reproducción de estos grupos familiares, la unidad productiva no aparece como una fuente de ingreso sino como un patrimonio «que hay que mantener».

c) **Trayectoria en la actividad frutícola.** Son titulares que no se identifican con la fruticultura, a la que perciben como una actividad que les exige unas capacidades e inversiones que no están en condiciones de aportar. No cuentan con las disposiciones específicas que demanda la actividad en esta etapa y probablemente estas limitaciones operen como motivos para diversificar o complementar con otros cultivos. Un escaso número de ellos apuesta a la horticultura, que les insume menores montos de capital, mayor flexibilidad en la producción y retornos de capital más rápidos.

d) **Cesión de la tierra a horticultores.** En este tipo de titulares se evidencia una diversidad en las características de vinculación o de cesión de la tierra a horticultores.

Los propietarios que se desempeñan como comercializadores de productos hortícolas mantienen una relación de mediería con los bolivianos. Los arreglos varían de acuerdo al aporte que realiza cada agente. En general las familias medieras aportan el trabajo, y los propietarios participan con la totalidad de los insumos y la maquinaria. La comercialización la realizan los propietarios, actividad con la que se identifican.

El resto de los titulares mantiene una relación bajo la figura de arrendamiento, con un monto fijo por hectárea mediado por contratos de tipo formal o informal,

al principio empezó bajito el alquiler porque no me interesaba el alquiler como tal, sino que haya gente en la chacra para que no me roben. (Propietario, Roca, noviembre 2005)

Mediante la estrategia de la cesión de la tierra a terceros, los titulares de este tipo persiguen la posibilidad de conservar la propiedad de la chacra, o de buscar alternativas de diversificación hacia la horticultura

o la implantación de pasturas. Debido al escaso volumen de capital económico y cultural incorporado en lo referido a la actividad frutícola, se evidencia en estos titulares un deterioro en el estado de los instrumentos de reproducción –falta de inversión biológica, desinterés por la capacitación, escasa participación en organizaciones gremiales, discontinuidad en la transmisión hereditaria–. La cesión de la tierra a terceros representa la posibilidad de solventar los costos de mantenimiento de la propiedad, fundamentalmente cubrir los pagos de impuestos y canon de riego, así como –eventualmente– posibilitar el desplazamiento en la orientación de sus unidades hacia actividades que implican menores requerimientos financieros como pueden ser la horticultura y las pasturas.

En este grupo se encuentran productores con una débil identificación con la fruticultura y con la definición de «chacarero». Considerando que en varios casos estudiados la explotación forma parte de la transmisión hereditaria por parte de la esposa, la continuidad al frente de la explotación se relaciona más con una valorización de la propiedad como bien simbólico que como medio de producción.

la quise mantener para mantenerla, porque es una cosa afectiva, mucho de chacra no entiendo, por eso la trato de mantener. (Propietario, Roca, octubre 2005)

La actividad frutícola no aparece ni en el discurso ni en la práctica como un ámbito que genere interés para invertir. A una dotación escasa de capital económico –tanto en maquinarias como en capital circulante– se añade la indiferencia en la capacitación o en la actualización. La pertenencia a redes sociales vinculadas con la producción son casi inexistentes y, en los casos de integración a organizaciones de productores, éstas se inscriben en la posibilidad de acceder a subsidios para hacer frente a los mínimos tratamientos sanitarios de los montes. La cultura urbana de estos titulares sumada a la descapitalización que han experimentado, operan de manera negativa en su posibilidad de promover acciones hacia el cambio productivo.

La vinculación con los arrendatarios horticultores se pone al servicio de preservar el patrimonio y no para invertir en la reproducción ampliada del capital,

yo con lo que saco (con el arrendamiento) me alcanza para pagar el agua. Económicamente no me da pero por lo menos hay alguien en la chacra. Había otras formas, a porcentaje de la producción por ejemplo, pero a mí no me conviene porque hay que estar, ese contrato es para otra gente. (Propietario, Roca, octubre 2005)

En aquellas situaciones en que los titulares se relacionan con la horticultura, se advierte que se trata de sujetos con escasa trayectoria en la actividad frutícola. Su disposición se inclina a apostar a una actividad –la horticultura– en la cual visualizan retornos más rápidos del capital invertido que con la fruticultura, y que constituyen prácticas asociadas a las condiciones de posibilidad para explotaciones chicas como son las que ellos administran. Son productores que «están saliendo» de la fruticultura hacia la diversificación tanto con horticultura como con pasturas. La mediería en estas situaciones es una modalidad sumamente funcional para estos titulares, considerando que comparten los costos y los riesgos de la producción y pueden dedicarse a la comercialización.

2.3. La cesión de la tierra en la estrategia de sobrevivencia y las nuevas funciones del espacio rural

Esta categoría de titulares que cede tierra con destino hortícola presenta características particulares en relación a las descriptas precedentemente. Se trata de propietarios que no desarrollan actividades de tipo productivo en sus chacras, ya sea porque han abandonado la actividad productiva, o bien porque nunca se ha dedicado a la misma.

a) **Dotación de capital económico.** La propiedad de la parcela constituye el capital económico casi excluyente a considerar dentro de este tipo de titulares, aunque debe considerarse que como bien económico, la propiedad inmobiliaria ocupa una relevancia y una significación muy diferente en cada situación. En algunos casos corresponde a titulares que se han descapitalizado y que han perdido sus capacidades productivas. A lo largo del proceso de empobrecimiento fueron erradicando los montes frutales abandonados y también sufrieron un pro-

ceso de pérdida de sus maquinarias e implementos de trabajo. Un ejemplo de ello es el siguiente relato:

mi papá plantó la chacra con vid en el 48, después la uva no valía nada y plantamos manzanos. Yo no podía trabajarlos porque me enfermé, así que arrancamos todo y vendí el tractor.
(Propietario, Roca, setiembre 2005)

En otros casos, nos encontramos ante propietarios sin trayectoria en el campo. Se trata de chacras compradas por profesionales e inversionistas; en estas situaciones es probable que la adquisición de la tierra guarde relación con una futura especulación inmobiliaria, teniendo en consideración la proliferación de barrios privados y de proyectos de loteos residenciales en zona productiva que se vienen sucediendo en los últimos años.

b) Ocupación de los titulares y fuentes de ingreso. En relación con la actividad laboral que desarrollan estos titulares, se trata en general de ocupaciones de carácter urbano, como asalariados o como trabajadores autónomos. En otras situaciones, encontramos propietarios que no desarrollan actividad laboral por edad avanzada o por discapacidad, constituyendo la jubilación y la ayuda de los hijos las fuentes de ingresos más importantes.

Si bien los ingresos de este grupo corresponden fundamentalmente a fuentes extraagrarias, en los hogares más empobrecidos los ingresos monetarios o no monetarios provenientes del alquiler de la tierra adquieren relevancia para la subsistencia de los grupos familiares.

En este grupo se registra la mayor cantidad de titulares con residencia en la chacra. Algunos se identifican con la vida rural por tradición: «siempre vivimos en la chacra y no podríamos vivir en el pueblo». La situación de estos propietarios podría encuadrarse dentro de la definición de «pobladores» sustentada por las organizaciones de productores primarios⁷ para referirse al subsector de titulares que han visto debilitadas o han perdido las posibilidades económicas y culturales para dedicarse a la producción agraria. Son considerados como «no viables» y permanecen residiendo en sus chacras, las que adquieren así

el carácter de «lugar refugio» por ser la única alternativa posible que tienen estos agentes para asegurar su reproducción social.

En tanto, también encontramos en este grupo a «nuevos pobladores rurales», grupos familiares que eligen instalar su residencia permanente en la zona rural fundamentada en la calidad de vida que encuentra fuera de la ciudad en la que ejerce sus ocupaciones laborales. La relación urbano/rural asume en este caso un carácter de complementariedad, acorde con las nuevas funciones que empieza a ocupar el espacio rural en el estilo de vida de los sectores medios urbanos.

c) Trayectoria en la actividad agraria. Sólo en los casos de titulares de mayor edad se registra una trayectoria de vida vinculada con la actividad frutícola. A lo largo de una vida viviendo y trabajando en la zona rural han acumulado la experiencia de plantar la chacra, dedicarse exclusivamente a la producción frutícola, experimentar la descapitalización paulatina hasta decidir la erradicación total de los montes frutales. A pesar de los fracasos anteriores, sus *habitus* moldeados en el campo frutícola los orientan a considerar la reinversión del capital económico extraagrario para reiniciar un proyecto productivo en la unidad.

También manifiestan interés en iniciar un proyecto productivo las familias más jóvenes en proceso de fisión, aunque están desprovistas de capacidades financieras y de experiencia específica en la producción agraria. En sus relatos, la chacra es representada como un lugar «abandonado, con árboles secos que hubo que arrancar para que no se convirtieran en un foco de propagación de plagas». La fruticultura no se presenta como una alternativa productiva sino que en el futuro vislumbran un proyecto diversificado que incluya horticultura orgánica y granja con orientación hacia el agroturismo.

d) Forma de cesión de la tierra a horticultores de origen boliviano. Este grupo es el que presenta la mayor cantidad de tierra cedida a terceros en relación a la superficie total de la unidad, en algunos casos con alto grado de informalidad en la relación. Generalmente es el horticultor quien decide cuánta superficie trabajará durante la temporada de acuerdo a los cultivos que realizará o a la disponibilidad de mano de obra familiar.

También es el grupo en el que se puede observar una variedad de formas de «arreglos» que incluyen desde arrendamientos puros hasta relaciones de tipo paternalista en las que no se precisan montos por el pago del alquiler, pero que se pueden asociar a modalidades asalariadas encubiertas. En un caso, por ejemplo, la presencia de la familia de horticultores viviendo en la explotación ha operado como elemento determinante para que la titular —quien enviudó pocos años atrás— haya optado por mantener la residencia rural «porque me siento acompañada al haber otra familia viviendo en la chacra». Un propietario discapacitado y con serias restricciones económicas arregló con el horticultor boliviano la cesión de cantidad de hectáreas que quiera trabajar esa temporada a cambio del pago de impuestos, canon de riego y mejoras en la explotación que redundan en la calidad de vida del titular (por ejemplo la instalación de la red de gas natural). En su proyecto de vida, este poblador expresa no querer vender la chacra porque «esto es poco pero vivimos, la estamos manteniendo».

La estrategia de cesión de la tierra por parte de los titulares de este grupo, a diferencia de los tipos precedentes, está marcada por el carácter no productivo de sus unidades. A excepción de la disponibilidad de la tierra, no poseen otros medios en términos de equipamiento, capacidad financiera o laboral para desarrollar actividades agrarias. La cesión de tierra en este grupo está orientada —en algunos casos— a generar ingresos monetarios o en especies que les permitan conservar la propiedad de las chacras. Las razones por las que estos titulares adoptan esta modalidad se encuentran estrechamente relacionadas con su trayectoria en el espacio social. Por un lado, para aquellos que están fuertemente identificados con la vida en el medio rural y han perdido sus capacidades productivas por descapitalización o por la etapa del ciclo familiar que están transitando, los ingresos provenientes de la renta de la tierra ocupan un lugar central en la reproducción doméstica, así como representa la posibilidad de mantener la residencia en la chacra.

Por otro lado, se encuentran los titulares sin tradición en el campo, cuya situación se vincula con las nuevas funciones que está cumpliendo el espacio rural tales como la recreación y la fijación de la residencia permanente. En estos casos, la articulación con los horticultores, además de la generación de una renta, implica una situación de asalariamiento encubierto teniendo en cuenta la función complemen-

taria de vigilancia que cubren las familias de horticultores en las chacras. Estos casos aparecen asociados a tendencias evidenciadas en los últimos años en la región en relación a la utilización del espacio rural, no relacionado con la producción agraria sino con actividades recreativas y de residencia permanente o de fin de semana.

Cuando estas articulaciones se materializan con propietarios que han abandonado la actividad productiva, nos encontramos ante situaciones en las que este punto de llegada es producto de un proceso de descapitalización paulatino. Los titulares que mantienen residencia rural en el mismo predio se identifican como pobladores rurales tradicionales y mantienen una red social de vecinos con los que establecen relaciones de intercambio y sociabilidad. En estos casos la función que cumple la renta de la tierra está asociada con una estrategia de supervivencia, ya que complementa los ingresos para la reproducción doméstica del grupo familiar, sin posibilidades de acumular.

La residencia rural en estas familias tiene un fundamento en la historia familiar, pero también es probable que la chacra funcione como un «lugar refugio» porque constituye el único patrimonio económico del que disponen y por esa razón lo mantienen, a fuerza de desplegar esta particular estrategia de entregar la tierra bajo diferentes modalidades de cesión. Por otra parte, a nivel simbólico, abandonar la chacra es percibido como un signo de retroceso social, por lo tanto, en la estrategia de estos propietarios se percibe la preferencia de incorporar a un tercero para trabajarla antes que romper con la tierra.

En aquellos propietarios en los que la salida de la producción ha sido reciente y hay un *habitus* vinculado con la actividad agraria y posibilidades de continuidad generacional, se evidencian intenciones de sostener el proyecto productivo, aunque sea como expectativa. Desde esta perspectiva, la articulación con el horticultor funciona como un «mientras tanto» los ingresos extraagrarios permitan financiar el regreso a la actividad. Una propietaria viuda, cuyo hijo desarrolla una actividad extraagraria, así lo expresa:

mi hijo se compró un tractor usado, ahora lo está arreglando y estamos pensando en replantar especies que tengan alto valor en el mercado, no sé... puede ser pera o nogales. Por ahora los J. nos ayudan a mantenernos. (Propietaria, Roca, setiembre 2005)

3. Horticultores bolivianos en el Alto Valle.

Nuevos sujetos productivos en el espacio social

En concordancia con tendencias investigativas en el país que dan testimonio de que «las familias bolivianas han acompañado el proceso de reestructuración de la horticultura desde mediados de los 70 y hasta fines de los 90 y podría decirse que constituyeron una pieza clave de la estrategia productiva necesaria para sostener el proceso de acumulación capitalista» (Benencia, 2004: 104), en el Alto Valle también comienzan a constituirse como sujetos emergentes en el entramado productivo; sin embargo, como las condiciones locales marcan las posibilidades y los límites de los procesos más generales, hemos construido categorías específicas para comprender y explicar las inserciones y los comportamientos de estos migrantes en el espacio regional.

Consideramos necesario, en primer término, puntualizar algunas precisiones conceptuales con el propósito de delimitar y analizar las situaciones encontradas en el campo, aunque es conveniente tener en cuenta que por la complejidad de las interacciones, la informalidad de las relaciones y los límites difusos entre los subconjuntos, las categorías construidas no constituyen conceptos teóricos sino un intento de caracterizar las relaciones de producción a partir de algunas variables fundamentales e incorporando dimensiones básicas de la variación (Murmis, 1992).

Con las salvedades precitadas, se entenderá como arrendamiento el uso de la tierra con destino a la explotación agropecuaria mediante el pago de una determinada cantidad de dinero, pudiendo mediar contrato escrito o verbal (Brebba, 1997).

En tanto, se establece una relación de aparcería cuando el propietario entrega al tomador de tierra un predio rural, o un sector del predio, para la explotación agropecuaria y a cambio recibe un porcentaje de la cosecha en dinero o en producto. Es un contrato de colaboración y de tipo asociativo en el cual ambas partes aportan en la empresa pero la dirección y administración de la producción corresponde al tomador, teniendo el dador derecho al control sobre el resultado de la explotación para verificar el cumplimiento de las obligaciones a cargo del aparcero (CNA, 2002).

La mediería puede ser definida como una especie de aparcería en la cual se asocia un trabajador con el poseedor de la tierra y el capital en la realización de varios cultivos, desligándose aquel de la contratación de mano de obra asalariada ya que la misma es aportada por el mediero, quien puede trabajar con su familia y/o contratar personal para determinadas labores. La retribución se pacta sobre el porcentaje de lo cosechado (Benencia, 1997).

Una característica de la noción de aparcería es la gran diversidad de situaciones que abarca esta definición, variedad que tiene relación con el tipo de producción y los niveles tecnológicos. Puede considerarse a la aparcería como un fenómeno cuya flexibilidad le permite aparecer en distintas circunstancias y momentos históricos y adaptarse a las diferentes funciones en cada caso (Quaranta, 1999). En algunos casos la aparcería y la mediería pueden estar más próximas a una relación de tenencia de la tierra y en otras se trata fundamentalmente de una relación de trabajo a partir de la cual el dueño de la tierra y del capital incorpora trabajo retribuido a través de una remuneración en base al rendimiento obtenido en la producción.

A efectos de identificar las distintas figuras presentes en las situaciones de este estudio, se considerarán las siguientes variables para su categorización: a) forma jurídica de acceso a la tierra, b) aporte de capital fijo para la producción, c) comercialización de la producción.

Los que proceden como productores independientes con control sobre la comercialización de sus productos se denominan para este estudio: a) arrendatarios puros, b) arrendatarios-aparceros, y c) aparceros-productores. En tanto, los que no proceden como productores independientes y no dominan el proceso comercializador, reciben la denominación de d) aparceros medieros.

Presentaremos algunos elementos distintivos entre cada grupo. En el caso de los arrendatarios puros, se trata de horticultores que han accedido a la propiedad del equipamiento necesario para desarrollar la actividad hortícola en forma autónoma y aportan la totalidad de los insumos a lo largo del proceso productivo. Habitualmente producen en una sola chacra, o en parte de una chacra, en superficies reducidas de entre 1,5 a 5 hectáreas.

Por su parte, los arrendatarios aparceros se vinculan con dos o más propietarios de chacras a través de una diversidad de combinacio-

nes de arreglos por el uso de la tierra, mecanismo que les permite flexibilizar los procesos productivos y laborales. Disponen de mayor dotación de recursos económicos y despliegan un considerable capital relacional que les permite acceder a tierras disponibles bajo condiciones convenientes, esto es, sin erogación monetaria.

Dentro de los que tienen autonomía para la comercialización de sus productos identificamos al aparcero-productor, categoría que engloba situaciones que oscilan entre la independencia productiva y otras que pueden asemejarse a formas ocultas de dependencia laboral.

Por último, los denominados aparceros-medieros —o *centajeros*— no disponen de los medios de producción en maquinarias, no aportan insumos o lo hacen en una mínima proporción y, fundamentalmente, no tienen control sobre lo producido ni acceso a los mercados. En este segmento de la investigación, debido a que el foco está centrado en la articulación con los propietarios de la tierra, podemos asegurar que los horticultores inscriptos en este grupo se vinculan con titulares que combinan una fruticultura de baja calidad con la horticultura. En trabajos de campo realizados durante el año 2009 hemos podido verificar que este tipo de vinculaciones está desapareciendo. En cambio es notorio el avance que registra este tipo de relaciones entre agentes de la misma nacionalidad, es decir, entre bolivianos. Las modalidades particulares que está adquiriendo la articulación entre un agente de nacionalidad boliviana con características empresariales dentro de la actividad hortícola y familias bolivianas *centajeras* corresponde a fenómenos recientes y novedosos. Desarrollaremos estos procesos en detalle en el Capítulo 6.

A efectos de caracterizar a estos horticultores dentro de cada tipo, se construyeron las siguientes variables: a) dotación de equipamiento para la actividad hortícola y disponibilidad de capital circulante, b) organización del trabajo, c) organización del proceso de trabajo, d) trayectoria productiva, e) tipo de acuerdo con los titulares de tierra.

3.1. La acumulación de capitales en la estrategia de acceso a la tierra para la horticultura

Se incluye en esta estrategia a los agentes identificados como arrenda-

tarios y arrendatarios aparceros, horticultores que han alcanzado un nivel de capitalización en maquinarias e implementos y, además, capacidad para financiar los insumos requeridos para la producción hortícola, situación que los posiciona en la posibilidad de trabajar como productores con autonomía. Además cuentan con disponibilidad de mano de obra por el aporte de la familia nuclear como de integrantes de la familia ampliada, complementada con diversas modalidades de intercambio recíproco entre familias bolivianas para responder a los momentos productivos demandantes de mayor intensidad de trabajo como son el trasplante y la cosecha.

A lo largo de itinerarios migratorios y de su trayectoria en el ámbito de la horticultura, estos agentes han ido acumulando los saberes expertos necesarios para desempeñarse como productores independientes. Han ido transformando sus inscripciones laborales desde las posiciones iniciales en la horticultura, como son las de tantero y mediero, hasta ocupar lugares de autonomía en la producción hortícola. Resulta fundamental en este proceso de construcción de la «escalera hortícola» (Benencia, 1999) la centralidad que juegan la conformación, conservación y transformación de las redes sociales, tanto las de reciprocidad al interior del grupo de horticultores, como las que se establecen con los propietarios de la tierra, con funcionarios públicos y con otros agentes estratégicos en el campo específico de la horticultura.

La totalidad de los horticultores de este grupo cuenta con equipamiento completo que incluye al menos un tractor, rastra de disco y arado, además de los implementos utilizados en la horticultura como aporadora y pulverizadora de mochila. También poseen camioneta o camión para trasladar la producción a los mercados.

Aportan todos los insumos necesarios para la producción hortícola: semillas mejoradas, fertilizantes, agroquímicos para el desmalezamiento y combate de plagas, cajones para embalaje. Habitualmente adquieren estos insumos en comercios locales, que funcionan a la vez como asesores respecto del uso de plaguicidas y de semillas. Se registran casos que viajan a la provincia de Mendoza para la compra de semillas, donde encuentran variedades actualizadas y precios más convenientes.

Estos productores hacen una horticultura diversificada para la comercialización en fresco para el mercado interno. Cultivan entre ocho y diez especies entre las que incluyen: cebolla, tomate, pimiento, lechuga, acelga, berenjena, pepino, maíz, chaucha, achicoria. Las condiciones agroclimáticas y las restricciones del riego operan como limitantes en los proyectos productivos, en tanto que las posibilidades de cultivar bajo sistemas forzados –túneles, invernáculos– no son opciones posibles debido a la precariedad y eventualidad de los contratos de alquiler de la tierra.⁸

Comercializan por cuenta propia bajo diversas modalidades, que se combinan unas con otras: venta al Mercado Concentrador de Neuquén, venta a comercios minoristas de la localidad, vinculación con compradores mayoristas que retiran la producción en las chacras, bocas de expendio directo en las chacras. En los últimos dos años se constata un aumento de locales de venta de verduras en las ciudades del Alto Valle instaladas por familias bolivianas, y en su mayoría atendidos por mujeres.

En relación con el acceso a la tierra, la estrategia de estos agentes tiende a lograr la optimización en la utilización de sus recursos a través de la vinculación con titulares que se encuentran en proceso de reconversión productiva, así como aquellos que están en proceso de descapitalización, pero que tengan la condición de desinterés en la producción hortícola. Esta condición es la que permite desarrollar su estrategia productiva con un alto grado de autonomía y de uso flexible de la tierra.

A medida que el proceso de acumulación se acrecienta, la tendencia se orienta a asociarse con un mayor número de propietarios bajo diferentes modalidades de «arreglos», esto es, diferentes formas de retribución por el uso de la tierra con el propósito de tener mayor elasticidad en la planificación de los cultivos de acuerdo a las cambiantes condiciones del mercado y a las disponibilidades financieras y de organización del trabajo familiar.

En términos relacionales, los arrendatarios puros disponen de menor volumen de capital económico, dimensionado en capital circulante y mano de obra familiar que los arrendatarios aparceros, razón por la que manejan una escala productiva más reducida y localizada sólo en una o dos unidades productivas.

En los siguientes párrafos se presentarán las características distintivas de los subgrupos dentro de esta categoría de horticultores con alto grado de autonomía productiva.

a) Arrendatarios puros. Los montos acordados entre el propietario y el horticultor se establecen anualmente y se fijan por el valor del uso de la hectárea de tierra. Los valores son muy fluctuantes, dependiendo de la zona donde se encuentra la chacra y de las capacidades negociadoras de ambos agentes intervinientes en la relación. Es común que el precio estipulado por hectárea se incremente en la segunda temporada respecto de la primera. Un propietario lo explica de esta manera:

primero fijamos un precio para la primera temporada, y si todo va bien, la aumentamos para la segunda porque ya van a estar más afianzados. (Propietario, Roca, octubre 2005)

Si se trata de una chacra en reconversión, en el acuerdo inicial suele incluirse el trabajo de erradicación del monte frutal viejo, práctica que demanda elevados costos en maquinaria y mano de obra para los titulares que van a iniciar una nueva plantación. Los costos se incluyen en el valor puesto al uso de la tierra,

el año pasado pagamos \$ 500 por la temporada, lo de la arrancada estaba dentro del arreglo, hubo mucho trabajo de tractor y de pala. Este año arreglamos por \$ 1.000 el año completo.⁹ (Arrendatario, Roca, octubre 2005)

b) Arrendatarios-aparceros. Se incluye bajo esta categorización a familias horticultoras que trabajan en más de una unidad productiva y establecen con los titulares diferentes modalidades contractuales. En algunos casos la forma de vinculación es claramente a través de arrendamiento y en otras adquiere una diversidad de combinaciones de formas de pago y de cálculo del valor por el uso de la tierra. En todos los casos se trata de horticultores que han acumulado lo suficiente para adquirir el equipamiento completo para realizar horticultura de tipo intensivo y extensivo y tienen bajo su control la comercialización de lo producido.

La lógica que parece dirigir las decisiones de este grupo se orienta a: 1) flexibilizar el acceso a la tierra de acuerdo al proyecto productivo previsto para cada temporada, 2) combinar las superficies de tierra en blanco para realizar horticultura extensiva y también cultivo en interfilado, 3) regular el pago de sumas fijas por el uso de la tierra con modalidades vinculadas con los resultados obtenidos en la producción. Tenemos el caso de un horticultor que trabaja un total de 40 hectáreas repartidas en tres unidades productivas. En una de ellas –que está en estado de abandono– la forma de acceso a la tierra es como arrendatario en una superficie de 30 hectáreas que utiliza para el cultivo de tomate para procesamiento industrial. En esta chacra produce desde hace tres años y todas las temporadas negocia con el propietario la cantidad de hectáreas que utilizará en función de las condiciones del mercado de la industria tomatera. Con la empresa procesadora trabajan por contrato, mediante el cual ésta les provee los insumos necesarios para realizar una producción estandarizada, que son descontados al momento de la cosecha, además de brindarle asesoramiento técnico específico: «el año pasado trabajamos 45 hectáreas, pero este año vamos a sembrar menos porque no sabemos cómo van a andar los precios». En otra explotación trabaja 5 hectáreas bajo arrendamiento en las cuales produce un surtido de verduras para el mercado interno. En este predio se encuentra la residencia del grupo familiar y además utilizan las instalaciones para resguardar las maquinarias y los implementos de trabajo. Con la propietaria de esta chacra establecieron un contrato de alquiler con montos diferenciales entre la primera y la segunda temporada. Mientras que en la tercera chacra ocupan 5 hectáreas en las que durante la última temporada cultivaron zapallo entre las filas de frutales. El acuerdo con el titular de la chacra consiste en que éste cede una determinada cantidad de hectáreas, las cuales van rotando cada temporada, a cambio de la preparación del monte para realizar las nuevas plantaciones –desmonte, retiro de leña y emparejamiento– además del pago del canon de riego por la tierra cedida. Éste es el último año que trabajarán en la unidad productiva, porque el propietario ya completó la nueva plantación de frutales, por lo tanto ambas actividades –fruticultura y horticultura– empiezan a competir entre sí, y de este modo la superposición en el uso de la tierra las hace incompatibles. Debido a que en esta chacra se había establecido la residencia

del grupo familiar, la elección de la última unidad productiva a la que accedieron estuvo muy relacionada con la posibilidad de ocupar la vivienda.

En la segunda situación, este horticultor realiza sus cultivos en cuatro unidades productivas. Maneja un total de 15 hectáreas, repartidas en 5 hectáreas, 4 hectáreas, 4 hectáreas y 2 hectáreas. Dos de esas relaciones se regulan por contrato de arrendamiento, uno escrito y otro informal. El tercer acuerdo es a medias de lo producido por la venta de las hortalizas, en este acuerdo propietario y horticultor aportan la mitad de los insumos y la comercialización está a cargo del aparcero, «el trato a medias conviene porque los insumos aumentaron mucho y el compartirlos alivia la situación». En tanto que con el titular de la chacra donde reside el aparcero y su grupo familiar, la relación se mantiene desde hace varios años, se ha generado un lazo de confianza que incluye intercambio de favores y servicios; actualmente el dueño le cede 2 hectáreas en blanco y el arreglo es por la vigilancia de la chacra. El horticultor expresa que

antes podíamos sembrar entre los cerezos pero ahora no por problemas de riego. El arreglo es por el cuidado de la chacra, ni le pagamos alquiler ni con parte de la producción. (Aparcero, Roca, noviembre 2005)

El tercer ejemplo que sirve para describir la diversidad de situaciones dentro de esta categoría, es el caso de un productor boliviano que toma tierra en dos chacras: en una, bajo forma de arrendamiento trabaja 5 hectáreas y en la segunda le ceden 3 hectáreas para realizar el cultivo de hortalizas a cambio del pago de tasas, impuestos, canon de riego. Se trata de una chacra pequeña de 3,6 hectáreas que se encuentra en blanco y no es explotada por su titular.

él me presta la chacra para trabajar y yo pago todas las boletas que lleguen, si no puedo un mes pago el siguiente, pero no tenemos problemas, estamos como si fuéramos una familia. (Aparcero, Roca, noviembre 2005)

La vivienda que ocupa el horticultor y su familia se encuentra en una chacra contigua en la cual no desarrolla actividad productiva. Como

productor independiente comercializa la producción por su cuenta a mayoristas locales, a comerciantes minoristas y a compradores particulares en la misma chacra. La mano de obra es aportada por el titular y su grupo familiar –la esposa y tres hijos en edad económicamente activa–. Un hermano del productor está asociado con él en condición de tantero.



Almácigo de tomates. Al fondo se observan las plantaciones frutícolas.

3.2. La mediería y la producción sin mecanización propia como estrategias de reproducción en situaciones de pobreza

Se incluyó en este grupo a los tomadores de tierra que detentan menor grado de capitalización, pudiéndose distinguir al interior de éste a aquellos que son productores independientes y comercializan la producción por su cuenta, de los que se vinculan con el propietario en una clásica relación de mediería. En cualquiera de las situaciones, estos

agentes trabajan en una sola unidad productiva, en la cual tienen establecida su residencia.

Los estudios que analizan los cambios recientes en la horticultura argentina presentan a la mediería como una etapa que se ubica entre la posición de asalariado hortícola y la de arrendatario en la medida en que logre acumular lo suficiente para la adquisición del equipamiento mínimo como para independizarse (Benencia, 1999; Ringuelet, 2000). Estos agentes sociales se encuentran en una posición de vulnerabilidad como consecuencia de las limitaciones tanto en volumen como en estructura de los capitales que son necesarios para apostar al juego de la producción. Mediante el despliegue de estas estrategias intentan pasar de la reproducción simple al desarrollo de mecanismos de acumulación a partir de la combinación de componentes tangibles y no tangibles que les permitan alcanzar un nivel óptimo de utilización de los recursos

Los trabajadores medieros registran una limitada trayectoria en el espacio productivo regional, razón por la cual su capital relacional es escaso como así también es reducido el ámbito de sociabilidad al que tienen acceso como consecuencia del control que sobre ellos ejercen los propietarios de las chacras. Se vinculan con titulares que están en un proceso de pérdida de sus capacidades productivas en la actividad frutícola, y buscando en la diversificación de su proyecto productivo hacia la horticultura una alternativa para mantenerse dentro del sistema. Se puede establecer una relación de homología estructural y funcional¹⁰ entre agentes, en el sentido de que los titulares que ocupan posiciones desventajosas dentro del campo se asocian con aparceros que poseen dotaciones de capital más reducidas dentro del grupo de tomadores de tierra y por lo tanto con escasas posibilidades de negociar condiciones. Por otra parte, se vinculan con un agente que apuesta a la actividad hortícola y muestran interés en aumentar su participación en el campo, por lo tanto, a diferencia de la mayoría de los titulares que despliegan la estrategia de ceder tierra, a estos propietarios la producción y más aún, la comercialización de la verdura no les resulta indiferente.

Se hacen presentes dos elementos que inciden negativamente en el desarrollo de las posibilidades de acumulación de los medieros. Por un lado, la falta de control del producto y por lo tanto de acceso a

los mercados con la consecuente pérdida de apropiación de la cuota de excedente. Y, además, su vinculación con un agente con escasas capacidades de aportar capital circulante a la explotación limita la posibilidad de reemplazar las restricciones mencionadas con un mayor volumen de producción.

Dentro de la categoría de horticultores que en este estudio reciben la denominación de aparceros-productores se presenta un alto grado de heterogeneidad en el tipo de arreglos que se establecen entre las partes. La retribución por el uso de la tierra suele combinar erogaciones monetarias bajo la forma de pago de impuestos, tasas y/o canon de riego con modalidades laborales encubiertas, situaciones que se asemejan a la renta en trabajo (Murmis, 1992) en el sentido de la funcionalidad recíproca que se establece entre titulares y aparceros, sin que ello comporte situaciones semejantes al complejo latifundio-minifundio descriptas en la literatura agraria respecto de la hacienda latinoamericana.

En principio se trata de productores hortícolas independientes que trabajan en tierra de terceros, con control sobre su producción pero que no disponen de capital fijo (tractor, rastra) para trabajar la tierra; sólo tienen algunas herramientas específicas para la práctica de los cultivos hortícolas y cuentan con un vehículo utilitario para la comercialización en el mercado local. Presentamos, a modo de ejemplo, el caso de un horticultor que trabaja en una sola unidad productiva desde hace más de diez temporadas. Por cada temporada, el propietario le cede extensiones de tierra que oscilan entre las 4 y las 8 hectáreas en función de las necesidades de las plantaciones de frutales. El arreglo es informal en tanto no hay pago ni de tipo monetario ni en productos, sino que se valoriza la función del aparcero y su grupo familiar por el trabajo que desarrollan. El dueño de la chacra les asigna parcelas recién plantadas para que el aparcero haga verdura en ese mismo sector, por lo tanto las tareas de desmalezado, fertilización y riego que se realizan a las verduras también benefician a las plantas frutales. Así lo explica el horticultor:

A L. le interesa el cuidado de los frutales nuevos, nosotros tenemos ese convenio para trabajar. Hay chacras que no dan lo mismo, ahí directamente tenés que alquilar sí o sí. Acá tenemos más facilidad porque el terreno es más grande, poca im-

portancia le dan ellos a la verdura, a ellos les interesan los frutales. A nosotros nos conviene la tierra en blanco pero tengo que pagarlo ahí, en cambio con los frutalitos pago con el mismo trabajo. Ni pagamos ni él nos paga. Nosotros cuidamos los frutales desde que ni bien se plantan, a veces los plantamos nosotros. Ahí empezamos a trabajar hasta los tres o cuatro años, hasta que hacen sombra. Ahí nos da otro lote, va renovando. Nosotros tenemos que mantener limpio el bordo, donde está el bordo no tiene que haber yuyo. (Aparcero, Roca, octubre 2005)

Este tipo de aparcería se vincula con las situaciones que podrían encuadrarse dentro de modalidades mediante las cuales el que trabaja la tierra produce como productor independiente pero bajo formas ocultas de dependencia laboral (Manzanal, 1996). Se cambian parcelas por trabajo, con lo cual el patrón se asegura personal en forma permanente sin pagar salarios, y puede considerarse como formas de abonar la renta por el uso de la tierra. Como expresa el propietario de esta explotación «con ellos nos aseguramos cuidadores... gratuitos».

La forma de organización del trabajo basada en modalidades de reciprocidad y ayuda mutua inscriptas en la figura del clan son preponderantes en este tipo de horticultores:

el trabajo con la familia nomás, nosotros hacemos tipo *minka*, juntamos 10, 15 personas, lo hacemos en un día en una chacra, otro día en otra. Rinde más, de esa forma evitamos de pagar la gente y hacemos el trabajo. Ahí está la diferencia que tenemos, la unión de una familia a la otra, y da resultado. (Aparcero, Roca, octubre 2005)

Para finalizar, describiremos las características de los aparceros medianeros en el Alto Valle. En los casos entrevistados, estos medianeros incluidos en este grupo trabajan en una sola explotación, en la cual además residen con sus grupos familiares. El aporte de maquinarias –tractor y rastra– está a cargo de los titulares. En relación al aporte del capital circulante, se presentan diversas situaciones: desde el aporte total por parte del propietario hasta un aporte del 50% por parte de cada sujeto de la relación. La figura del medianero como mano de obra permitió un abaratamiento de los costos de producción. Con la contratación de

este actor social, además de compartir los riesgos de la producción, el patrón no necesita desembolsar dinero en concepto de aportes jubilatorios, subsidios familiares o servicios sociales; así como tampoco existe la indemnización en caso de despido. El otro beneficio que obtiene es que el incentivo de compartir las ganancias incrementa el trabajo a destajo, aumentando la productividad del empleo (Benencia, 1997).

Estos titulares —que constituyen una minoría en el Alto Valle— se desempeñan en su doble condición de productores frutícolas y hortícolas, más identificados con la segunda condición que con la primera. Las decisiones sobre qué producir, cómo realizar los cultivos, cómo escalonar la producción son en parte compartidas, sin embargo el propietario es quien tiene la última palabra. Como ya hemos señalado previamente, no es la situación habitual en la zona donde es más común la vinculación entre un productor frutícola y horticultor de origen boliviano. Para un propietario que se dedica a la actividad hortícola, además de las ventajas ya enunciadas, el recurso de la mediería le permite dedicarse al eslabón de la comercialización y establecer así una división del trabajo dentro de la unidad.

En esta categoría se encontraron las relaciones más inestables y vulnerables, sin proyección en la continuidad del vínculo laboral en un futuro próximo. Controlan pocas variables en el proceso productivo, por lo que se estrechan las posibilidades de desarrollar estrategias que signifiquen un salto cualitativo en relación a la posición que ocupan en el campo. En las situaciones que se analizaron, las dotaciones de capital social de que disponen estos agentes están muy acotadas y, si bien en algún momento de sus trayectorias en la actividad funcionaron como elementos que les permitieron ascender de la posición de asalariado rural a la de mediero, las condiciones generales del espacio social limitan las aspiraciones de movilidad en el espacio social.

A lo largo de este capítulo el abordaje estuvo centrado en la construcción de las relaciones objetivas entre agentes que ocupan diferentes posiciones en el campo. Ahora bien, esas relaciones se inscriben en los sistemas de disposiciones incorporadas por los agentes sociales a lo largo de su trayectoria social. En el siguiente capítulo reconstruiremos los itinerarios migratorios y las trayectorias laborales de las familias migrantes bolivianas que han llegado al Alto Valle, rescatando su manera de percibir las, de vivirlas y de representarlas.

Notas:

¹ En la última década el Valle Medio de la provincia de Río Negro expresa una forma particular de ampliación de la frontera agraria, ya que «empresas frutícolas líderes del Alto Valle adquieren grandes extensiones de tierra cuya superficie, en la mayoría de los casos, supera las 1.500 hectáreas —abarcando tanto parte de meseta como de valle—, sin por ello abandonar sus actividades en el lugar de origen» (Bendini, Radonich y Steimbregger, 2007: 6).

² Los datos de este capítulo corresponden al ejido municipal de General Roca. El trabajo de campo se realizó durante los años 2004 y 2005.

³ En los últimos años se están difundiendo sistemas de conducción más compactos, aumentando la densidad de plantación por reducción de distanciamiento entre plantas. La tendencia hacia la adopción de estos sistemas se fundamenta en la disminución de costos de insumos y trabajo, además de acelerar la entrada en producción.

⁴ En este grupo se evidencia una gran disparidad en términos de superficie en propiedad, desde una empresa familiar propietaria de 260 hectáreas repartidas en tres chacras, hasta un productor que posee una explotación de 6,25 hectáreas.

⁵ Las Buenas Prácticas Agrícolas (BPA) comprenden prácticas orientadas al mejoramiento de los métodos convencionales de producción y manejo en el campo, haciendo hincapié en la prevención y control de los peligros para la inocuidad del producto y reduciendo, a la vez, las repercusiones negativas de las prácticas de producción sobre el medio ambiente, la fauna, la flora y la salud de los trabajadores.

⁶ Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria.

⁷ Bendini y Tsakoumagkos (2003a) subrayan la diferenciación interna surgida de los mismos chacareros, quienes en un documento presentado por la Federación de Productores de Frutas de Río Negro y Neuquén en 2000, se autodefinen como «productores viables» en el modelo económico de la reconversión, a diferencia de aquellos a quienes denominan «pobladores».

⁸ En los últimos tres años se han promovido programas de asistencia técnica orientados a estos agentes productivos, que están desarrollando tecnologías de producción en invernáculos de bajo costo.

⁹ Estos valores corresponden al año 2005.

¹⁰ En Bourdieu (2007a) el principio de la homología funcional y estructural reside en que todos los campos especializados tienden a organizarse según la lógica de la distribución desigual del capital que está en juego. Es una herramienta valiosa que permite dar cuenta de la implementación de estrategias relativamente orquestadas entre dominados de diferentes campos o entre dominantes en distintos espacios. En este caso, referimos a alianzas entre chacareros empobrecidos y horticultores sin capital, que encuentran sus condiciones de posibilidad en condiciones objetivas de homología de posiciones (Gutiérrez, 1997: 57).

Capítulo 4

Itinerarios migratorios y trayectorias laborales

1. Las redes sociales y la segregación étnica en la conformación de un territorio hortícola

Las familias y las redes de relaciones sociales juegan un papel fundamental en la estructuración de las trayectorias laborales en los espacios sociales transnacionales. En la medida en que los migrantes bolivianos se han ido asentando en la región en un proceso imbricado con el fortalecimiento y complejización de las redes sociales familiares, es posible distinguir nichos étnicos específicos de estos agentes en los mercados de trabajo locales –fundamentalmente en la horticultura y en la industria ladrillera–, así como identificar la forma e intensidad con la que intervienen las instituciones sociales involucradas en la estructuración de las trayectorias laborales.

Desde una aproximación de tipo etnográfica, en este capítulo se plantea un ejercicio de descripción y de análisis que permita comprender el papel central que ocupan las redes de relaciones sociales y la etnicidad –aunque también su carácter diferenciado y cambiante– a lo largo de las trayectorias y cohortes en que tienen lugar los eventos migratorios. La pregunta que orienta la indagación refiere a ¿cómo es que un trabajador migrante boliviano y de origen campesino llega a «hacerse» productor hortícola autónomo en el Alto Valle del Río Negro?

En consecuencia, el objetivo de este capítulo está centrado en dar cuenta de los procesos constituyentes de los sujetos migrantes en el funcionamiento del mercado de trabajo en la horticultura regional, así

como de los procesos sociales mediante los cuales se generan, reproducen y transforman las reglas, normas y prácticas (Herrera Lima, 2005a). De acuerdo al tipo de regulaciones socioculturales que estructuran el mercado de trabajo bajo estudio, pueden identificarse dos instituciones que norman e influyen su dinámica: éstas son las redes de relaciones sociales –sobre todo familiares y de paisanaje– y los esquemas de segregación ocupacional. Si bien se manifiesta una acción combinada y cambiante en el tiempo y en el espacio de estas instituciones a lo largo de las trayectorias laborales de los migrantes, también es posible observar que alguna de ellas es al menos dominante durante períodos considerables de las trayectorias y sobre grupos importantes de personas. La progresiva y categórica inserción de los migrantes bolivianos en el mercado de la producción hortícola regional nos habilita a definirlo como un «nicho de mercado étnica y socialmente etiquetado», y a resaltar la acción de la institución social relacionada con los esquemas de segregación, a la cual es posible calificarla como aquella que sobredetermina la acción de las restantes instituciones sobre las trayectorias en la región (Herrera Lima, 2005a: 187).

2. El proceso de asentamiento de familias bolivianas en el Alto Valle

La llegada de las primeras familias bolivianas al área aparece situada por los informantes a principios de la década de 1970.¹ Provenientes del departamento de Tarija, se desempeñaban como medieros en chacras de productores locales para la producción de tomate destinado a la industria procesadora de pulpa en un momento de auge de esta actividad, cuando en el Alto Valle funcionaban una veintena de plantas procesadoras. La hija de uno de los primeros migrantes relata:

Allá, en Buenos Aires se les hacía muy difícil. Algunos hacían escala en Buenos Aires, ¿en la ciudad qué podían hacer? Eran más marginados allá, en los invernaderos y quintas. Era más esclavizante que acá, porque acá venían como medianeros. Lo que producían era de ellos. Allá no, era del patrón que les decía «vale tanto lo tuyo». (Alcira, Huergo, mayo 2006)

Con la crisis de la industria tomatera registrada en la zona a finales de los años 70, algunos de estos migrantes abandonaron la actividad hortícola, mientras otros continuaron desempeñándose como medieros en la producción diversificada de hortalizas con patrones tradicionales. Estos «pioneros» bolivianos orientaron sus estrategias de reproducción social hacia la integración con la sociedad receptora, posiblemente como consecuencia de la inexistencia de redes sociales entre compatriotas, y en un momento histórico de invisibilización de la diferencia étnica.

A principios de la década del 90 se produjo el arribo de un importante número de familias bolivianas con características diferentes de inserción en la actividad hortícola en relación con los «pioneros». La misma informante hace referencia a las modalidades distintivas entre los migrantes bolivianos asentados en el valle en diferentes períodos:

Hasta la forma de trabajo cambió. Antes solo trabajaba la familia, desde hace 10 años predomina la minka.² No están día tras día con el mismo trabajo, son más organizados. Pero no vienen directamente de Bolivia, vienen haciendo escala en Buenos Aires, Mendoza. Han probado de forma individual y no les dio resultado, son la nueva generación, de hace 10, 15 años trabajan así. Además ahora es mecánico, casi todos tienen tractor. (Alcira, Huergo, mayo 2006)

En la actualidad, en las localidades valletanas pueden identificarse algunos núcleos familiares bolivianos que mantienen una estabilidad residencial; algunas de estas familias combinan la actividad hortícola con el comercio —verdulerías, almacenes y venta de ropa— en locales céntricos. Estas familias ya capitalizadas llegaron a diferentes localidades de la región en los primeros años de los 90. A lo largo de su trayectoria migratoria, estos grupos familiares fueron adquiriendo la experiencia necesaria en otras regiones de producción hortícola y el capital económico suficiente para desempeñarse como productores autónomos, y además fueron construyendo una red social de tipo asimétrica con chacareros locales para acceder a las tierras, al mismo tiempo que consolidaron las redes familiares y de compadrazgo para conformar un mercado de trabajo hortícola de base étnica,³ situación que para algu-

nos de estos agentes implicó un salto cualitativo en dos sentidos. En algunos casos reconvirtieron el capital económico y financiero obtenido en la horticultura, destinándolo a la instalación de comercios minoristas en los pueblos, que son atendidos por el grupo familiar. Otros, optaron por la compra de tierra para seguir cultivando hortalizas, decisión que si bien implica la inmovilización de capital, los resguarda de la incertidumbre respecto del acceso a la tierra y les permite pensar en mejoras tecnológicas tales como sistemas de riego e invernáculos para producir bajo cubierta.

Durante el ciclo hortícola —que se extiende entre los meses de agosto a abril— se evidencia una intensa movilidad de migrantes: miembros de las familias estables que «bajan» de otras provincias para sumar su trabajo a la red, y familias que viajan directamente de Bolivia para incluirse como trabajadores tanteros en los predios alquilados. Algunos de estos trabajadores regresan a sus lugares de origen al finalizar la temporada, en tanto que otros se quedan, produciéndose así una «siembra» de familias bolivianas (Benencia, 2006) que se establecen en la misma localidad o se expanden a zonas vecinas en busca de tierras disponibles para la horticultura. Estos últimos van construyendo una secuencia de posiciones ocupacionales-laborales en el tiempo a través del despliegue de estrategias de reproducción adaptadas a las condiciones de «ser horticultores» en el Alto Valle. Este proceso se consolida en un momento histórico en que ya se está conformando una masa crítica que les permite desarrollar su actividad

en condiciones de mayor equilibrio étnico a fin de imponer reglas de juego propias en el negocio de la horticultura (acceso a la tierra, mercado de trabajo, producción-comercialización) para lo cual deben apelar a su ubicación en redes sociales de relación (Benencia, 2006: 154).

Estos nuevos agentes combinan su posición de productores autónomos con diversas formas de empleo precario en la actividad frutícola y además, en los últimos años se insertan en programas oficiales de asesoramiento técnico. Por lo tanto, estas unidades familiares sostienen su lealtad a las redes de intercambio de tipo exocéntrico, a través del mantenimiento de lazos fuertes con parientes y compadres, a la vez

que despliegan estrategias novedosas para garantizar su reproducción y movilidad en el espacio social local construyendo lazos débiles con el Estado, con organismos no gubernamentales y con chacareros locales.

3. Continuidades y rupturas en los itinerarios migratorios y laborales

Desde la perspectiva de la «economía de las prácticas», las herramientas que orientan la indagación derivan de la definición de reproducción social como el conjunto de prácticas fenomenalmente diferentes, por medio de las cuales los individuos y las familias tienden consciente o inconscientemente a conservar o a aumentar su patrimonio y correlativamente mantener o mejorar su posición en la estructura (Bourdieu, 1996: 194). Esta aproximación orienta la investigación empírica del ser social identificado en los agentes constituidos en el devenir de posiciones sociales que son construidas mediante el conjunto de desplazamientos económicos, sociales, geográficos, ocupacionales, ideológicos, etc. que inscriben el itinerario biográfico de las familias. Se trata de identificar en estos desplazamientos el patrimonio económico, las redes sociales y los bienes culturales y simbólicos que los individuos y grupos movilizan como recursos, cuya inversión y acumulación sostienen el proceso de construcción de su existencia y que funcionan en calidad de capitales (García Salord, s/f). A lo largo de las trayectorias los agentes aprenden a utilizar los contactos familiares y amistosos en la búsqueda y obtención de empleo; aprenden también a ampliar y diversificar las propias redes sociales, así como aprenden a buscar trabajo por iniciativa propia y aún sin ayuda. Desarrollan nuevas habilidades, conocimientos y destrezas y se ingenian para utilizar esos nuevos elementos en el mercado de trabajo, así como en otros ámbitos de la vida en sociedades distintas (Pizarro y Trpin, 2010).

El análisis de las trayectorias laborales como una forma de visión longitudinal de la vida laboral de las personas permite observar tanto las continuidades como las rupturas del itinerario vital de las personas en el mundo del trabajo; así como el efecto acumulado de las historias personales en su ubicación en el mercado de trabajo y el efecto que el tiempo social tiene sobre ellas. Pero, sobre todo, permite

observar la forma en que esas trayectorias laborales son estructuradas por las diversas instituciones sociales que intervienen en el funcionamiento de los mercados de trabajo (Dombois y Pries, citado por Herrera Lima, 2005a: 83). Es una propuesta que intenta establecer vínculos metodológicos entre los niveles macro y micro en los procesos de estructuración ligados al mundo del trabajo. En este sentido, entendemos por proyecto biográfico laboral a

las ideas y nociones de normalidad de la secuencia temporal y material de las diferentes fases de la vida (...) y las prácticas y los planes de vida que tienen que ver con el trabajo, correspondientes a los actores. (Pries, citado por Herrera Lima, 2005a: 83)

Esta propuesta se pregunta por los espacios, las prácticas y los momentos en los que se van constituyendo identidades y subjetividades colectivas, capaces de dar lugar a proyectos que son capaces también de constituir formas comunitarias para la realización de tales proyectos en condiciones históricas específicas. De tal manera que busca integrar dos dimensiones: en el eje del tiempo combina lo pasado, lo presente y lo futuro; y en el eje de la relación actor-sociedad, integra la estructura social histórica, como es percibida e interpretada por el actor, como base y constreñimiento de sus planes y acciones individuales.

Enfocamos el estudio de las trayectorias desde una mirada en la cual el «yo singular» no es un detalle biográfico, sino lo construido en el tiempo y en el espacio donde ese «yo» produce su singular existencia en el interior del haz de trayectorias posibles dentro de una trayectoria modal. Una herramienta teórica útil es la noción de trayectoria definida por Pierre Bourdieu como una serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un agente —o un mismo grupo— en un espacio en devenir y sometido a incesantes transformaciones. Desde esta perspectiva,

los acontecimientos biográficos se definen como otros tantos desplazamientos en el espacio, es decir, más exactamente, en los diferentes estados sucesivos de la estructura de la distribución de las diferentes clases de capital que están en juego en el campo considerado. El sentido de los movimientos que conducen de una posición a otra se define, según todas las eviden-

cias, en la relación objetiva entre el sentido y el valor en el momento considerado de estas posiciones en el seno de un espacio orientado. Es decir, no se puede comprender una trayectoria si no es a condición de haber construido previamente los estados sucesivos del campo en el cual se ha desarrollado, o sea, el conjunto de las relaciones objetivas que han unido al agente considerado, al conjunto de los otros agentes comprometidos en el mismo campo y enfrentados al mismo espacio de posibilidades. (Bourdieu, 1996: 88)

Los diferentes tipos de migración realizados por los individuos a lo largo de sus vidas no se restringen a desplazamientos geográficos sino que representan una articulación histórica entre espacios de reproducción social de los sujetos.

Dentro de esta línea de análisis, podemos aseverar que la persistencia de las migraciones de los bolivianos a la Argentina a lo largo del siglo XX está moldeada por los cambios socioeconómicos en los diversos espacios en los cuales se insertan, y se articulan con las condiciones en los lugares de origen.

Focalizando en la movilidad poblacional de bolivianos hacia la Argentina en busca de trabajo, podemos afirmar que este proceso tiene una historia de siglos, en tanto que la economía del norte argentino estaba articulada a la economía de Potosí desde la época de la conquista española. Hinojosa Gordonava (2010: 17) sostiene que en Bolivia, las prácticas de movilidad poblacional formaron parte de actividades de complementación económica interna y que esta permanente movilidad no debe verse simplemente

como estrategias de sobrevivencia modernas sino como un *habitus*, o sea, de unas prácticas asociadas a una cosmovisión particular, de un saber de vida que permitía y permite una utilización más sostenible de los recursos naturales para la vida y la reproducción de una comunidad y sociedad. (Hinojosa Gordonava, 2010: 21)

Una diversidad de estudios realizados desde la Argentina coincide en señalar que en la década de 1920, la migración de mano de obra boliviana al norte de la Argentina aumentó en importancia con el auge y expansión de las economías regionales. La industria azucarera, en un

principio concentrada en Tucumán, se expandió a las provincias de Salta y Jujuy, con gran demanda estacional de mano de obra, lo cual incrementó el flujo migratorio de la población de los valles y sur de Bolivia.⁴ A fines de los 60 se produjo un cambio en la dirección de los migrantes bolivianos, en parte debido a las crisis de las economías regionales y a la creciente mecanización de la cosecha de la caña de azúcar. Las oportunidades laborales ofrecidas por la actividad de la construcción para los hombres en el área metropolitana de Buenos Aires, combinadas con la posibilidad de ascenso en la calidad de vida, actuaron como factores de atracción hacia los centros urbanos.

Entre 1980 y 2001, la emigración proveniente de Bolivia creció en forma sostenida. En esta tendencia se entrecruzan varios factores: las desventajosas condiciones económicas en Bolivia sumado a las posibilidades de inserción laboral y la existencia de extensas redes sociales migratorias que fueron construyéndose en la larga duración. Así, entre las décadas del 80 y 90, el número de bolivianos se duplica (Cerrutti, 2009). En un estudio que analiza específicamente el fenómeno de la migración laboral temporaria de bolivianos a la Argentina, los autores Dandler y Medeiros (1991) sostienen la hipótesis que la migración hacia la Argentina constituye una opción importante de las estrategias económicas diversificadas de muchas unidades rurales y urbanas de Bolivia y que los migrantes bolivianos, más que tales, se consideran trabajadores. Ir a trabajar, o conseguir un trabajo no implica necesariamente una migración en el sentido formal ya que, se desplace el migrante al exterior o por el interior del país, su disposición es la de moverse cuando le parezca conveniente, en el sentido que, para la mayoría de los migrantes, la migración a la Argentina es una entre varias opciones, semejante a las que tienen en Bolivia.

La motivación laboral es central en la migración boliviana a la Argentina, afirmación que queda demostrada en las elevadas tasas de empleabilidad que detentan estos actores (Cerrutti, 2009). Es habitual que los migrantes regionales se ubiquen en los sectores más desfavorecidos del mercado, no sólo en el aspecto salarial, sino también respecto de la precariedad de la relación laboral y de las condiciones de trabajo más duras, peligrosas y poco saludables (Benencia y Karasik, 1995).

4. «Se vamo' a la de dios». Las huellas de la experiencia migratoria

Los migrantes son actores sociales y no solo números en las estadísticas, fuerza de trabajo o víctimas del proceso de modernización. No son sujetos completamente subordinados a condiciones determinadas, sino actores que accionan sobre sus condiciones de vida y de trabajo, y más allá de sus constricciones económicas y sociales, sus historias de vida revelan sus experiencias de migración y trabajo, así como sus percepciones sobre cómo transmitir nociones de trabajo y educación para sus hijos (Menezes, 2002: 74). En este sentido, investigar los itinerarios migratorios individuales implica comprender no sólo la movilidad geográfica, sino también la trayectoria social de los migrantes.

En un barrio periférico de la ciudad de General Roca se encuentra la Parroquia Cristo Resucitado, en la cual funciona una oficina de la Pastoral de Migraciones. La delegada diocesana me comenta que «los que se acercan a gestionar los documentos son casi todos bolivianos». En el año 2000 comenzaron con un taller de alfabetización para migrantes –al cual concurren mujeres bolivianas– con el objetivo de lograr una mayor integración social. La idea surgió luego de «muchas reuniones donde se fue construyendo la confianza y el cariño suficiente como para proponerlo». Esta referente social destaca el valor de esta convocatoria en el sentido que

ayuda al reconocimiento, ahora las familias bolivianas se hicieron visibles. La municipalidad los invita a la vida ciudadana, y las instituciones sociales los van incorporando a la vida social de la ciudad. Proviene de diferentes lugares de Bolivia y tratan de conservar sus costumbres, sus tradiciones, su lengua y sus devociones. (Referente Pastoral de Migraciones, Roca, agosto 2004)

Tras varios intentos frustrados de agrupar a los residentes de nacionalidad boliviana en torno a actividades de índole cultural, la Pastoral de Migraciones evalúa como un logro el inicio de las celebraciones de la Virgen de Urkupiña a partir de este año.

El primer encuentro que tuve con Zaida se produjo en el mes de agosto de 2004 durante una clase de alfabetización. Esa tarde había

cuatro mujeres bolivianas sentadas alrededor de una mesa. Estaban acompañadas por algunos de sus hijos e hijas, que ocupaban el tiempo en realizar sus tareas escolares. El deletreo dificultoso de un texto que una de las mujeres iba desplegando, daba la pauta de estar en presencia de alguien que había tenido contacto con la lectura, pero que la falta de uso había dejado en el olvido. Me llamó la atención que mientras alguna de las «alumnas» trabajaba en forma directa con la alfabetizadora, las demás integrantes avanzaban con sus tejidos a dos agujas. Ante mi inquietud por conversar sobre su origen, sus recorridos migratorios y sobre el trabajo que realiza junto con su esposo en la chacra, Zaida sonríe y me dice «yo no sé nada, ¿de qué te podré servir?».

La chacra donde vive y produce la familia de Zaida se encuentra en el extremo este del ejido de General Roca colindante con el municipio de Cervantes, a cuatro kilómetros de la ciudad. Para llegar es necesario dejar la ruta 22 y recorrer casi un kilómetro de un camino de ripio hacia las bardas norte. Todas las chacras que están ubicadas en esa calle tienen similar extensión —6 hectáreas— producto de sucesivas subdivisiones que las convierten en inviables para el desarrollo de una fruticultura económicamente sostenible.

Desde la tranquera se distingue la orientación hortícola de esta explotación. En prolivos surcos se alinean algunos cultivos de hoja —acelga, repollo, espinaca— los pocos que pueden producirse en la etapa invernal. También hay algunas hileras de árboles frutales jóvenes, posiblemente durazneros. Aproximadamente a 300 metros de la tranquera se ubica una casa de material, típica construcción de chacra levantada en los años 60; algunos parches en el revoque dan cuenta de que sus ocupantes están realizando tareas de mantenimiento. Al costado de la vivienda se levanta un tinglado de chapas en el que se guarda un tractor, la rastra, las mochilas para la fumigación. También se amontonan en un costado del galpón recipientes de diversos tamaños que contienen agroquímicos. A pocos metros puede verse una rústica edificación de palos y plásticos que cumple las funciones de un precario invernadero. Allí, sobre unos soportes de madera descansan en bandejas almacigueras los plantines de cebolla que en pocos días más serán trasplantados al suelo, esperando por temperaturas más elevadas, «en el invernáculo estamos haciendo cebollita de verdeo, tomate, morrones, berenjena, hay que hacer bajo techito hasta que termine la helada».

Zaida es una mujer de alrededor de 40 años, delgada y de baja estatura. Los rasgos de su rostro no denotan su pertenencia a una etnia andina; por su aspecto físico, seguramente no debe recibir el habitual mote de «bolita» en las calles del pueblo. Cuando llego a la chacra, se encuentra en plena tarea de preparar atados de acelga junto con cuatro jóvenes, dos de ellos son sus hijos y los otros dos son los sobrinos de su esposo que están bajo su tutela. Todos trabajan sobre cajones de madera utilizados a modo de bancos. «Tenemos que terminar un pedido para T., lo vienen a buscar a la tarde, pero ya la atiendo, siguen ellos». Rogelio, su esposo, fue al pueblo, «a ver si consigue semillas de lechuga morada... acá se complica la semilla».

5. «Ya sería el destino...». La decisión de migrar

El estudio de trayectorias supone que el tiempo vital transcurre en una temporalidad más extensa –la trayectoria en sí– y a través de trayectos de tiempo más cortos, marcados por transiciones que refieren a eventos vitales específicos (Elder, citado por Freidin, 1999). A la vez, las trayectorias individuales se entrelazan con las de otras personas en redes de relaciones familiares y de allegados. Algunos eventos específicos son puntos de inflexión que operan como marcas perceptibles a lo largo del curso de vida. Buscamos identificar la presencia de estas marcas en los relatos de los migrantes, en tanto se expresan en la reconstrucción de sus experiencias migratorias.

Zaida salió de Bolivia por primera vez a los 17 años, «o sea, no sé, ya sería el destino, no sé... trabajaba, vivía en el norte con una tía, en Jujuy. Volví a Bolivia y después me había encontrado con mi marido y se vinimo'». El primer evento migratorio, en este caso, se encuadra en un mecanismo de resolución de la necesidad económica del grupo familiar bajo la forma de movilidad de algunos de sus hijos para generar un nuevo ingreso vía remesas y complementariamente, achicar el número de miembros del hogar (Sautu, 1999: 101), «éramos seis hermanas, en el campo era difícil salir adelante».

La migración es una práctica constitutiva de la reproducción social de las familias campesinas bolivianas. El investigador boliviano Alfonso Hinojosa Gordonava define a Bolivia como «un país en días-

pora» (2010: 17) haciendo referencia a lo que él califica como ancestrales y emblemáticas prácticas de movilidad poblacional gestadas en las poblaciones andinas desde tiempos milenarios. Y agrega,

la actividad de complementación económica realizada entre las tierras altas y las tierras bajas generaron intensos, continuos y estratégicos desplazamientos poblacionales en los cuales pueden reconocerse características recurrentes, como las relaciones de parentesco entre sí, así como la dimensión de complementariedad socio económica y familiar como eje explicativo. (Hinojosa Gordonava, 2010: 21)

Rogelio y Zaida provienen de una zona rural, cercana a la ciudad de Tarija. En una entrevista posterior, Rogelio comenta que su familia tenía «mucho campo, pero mucho campo. Mi viejo era gente que podía. Pero no hay agua, todo así planicie y eso está abandonado».

La pareja inició su itinerario migratorio a la Argentina trabajando en la cosecha de caña de azúcar. Zaida y Rogelio salieron de Tarija en el año 1986 con 17 y 22 años respectivamente para emplearse como peladores de caña en unidades productivas minifundistas—entre 10 y 15 hectáreas— en la provincia de Tucumán.⁵

Se vinimo' a Tucumán. Hemos pelado caña una temporada. Y después se agarramo' y se vinimo' para Mendoza. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

El trabajo estacional en los campos de caña de azúcar en Tucumán se presenta como el primer paso para la migración transfronteriza de larga distancia. Este comportamiento es una tendencia recurrente, considerando que la mano de obra boliviana constituyó históricamente una respuesta frente a la escasez de trabajadores temporarios en el sector primario de las economías fronterizas (Benencia, Karasik, 1995).

Enmarcados en la habitual combinación de la zafra azucarera con la recolección de cosechas frutihortícolas que realizan los trabajadores rurales migrantes, la pareja se dirigió a la provincia de Mendoza, para trabajar en la cosecha de uva para la producción de vino. En esta experiencia, Zaida se autodefine en esa experiencia laboral como *tachera*,

hemos ido a trabajar a la cosecha de uva al valle que se llama Nueva California. Un campo que habían hecho viña, todo nuevo. ¡Cómo había uva!, ¡pero era una cosa impresionante! Se trabajaba, que a la tarde salías gateando, que no te podías sostener de ninguna forma. Así que yo sabía, yo era tachera. Mi marido cortaba y yo carreaba. Así que cuando ya no llegaba a tiempo, salía con el tacho y corría y carreaba. Éramos una cuadrilla de más o menos 30 personas. Pero teníamos que llenar seis, siete camiones por día, así que entonces era una cosa... pero daba gusto cosechar porque era una cosa que... te rendía. Era lo poquito que pagaban, pero en lo mucho, te quedaba. Ahí trabajamos con la uva, 25 días trabajamos. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

Se refiere a esta experiencia como fundante en la posibilidad de aumentar los ingresos en base a la productividad basada en el trabajo cooperante de ambos miembros de la pareja. Esta experiencia es la que les permite empezar a ser conocidos y a generar redes sociales con productores. Podríamos asegurar que empiezan a construir un capital social a partir del reconocimiento de sus condiciones de «buenos trabajadores» y de ser «gente de confianza». Así es que se produce un cambio cualitativo en su condición en una doble dimensión. Por un lado –como ya fue señalado– aparece el reconocimiento social, pero también inician su camino de aprendizaje y especialización en la actividad hortícola, que luego se convertirá en elemento decisivo en sus trayectorias de circulación dentro de la Argentina. Así lo dice Zaida:

Z: Después se vinimo' a Mendoza, que era Carrizal del Medio y ahí tenía conocido otro patrón y él nos fue a buscar al hospedaje, esos lugares que tienen en Mendoza para la gente que cosecha... Y después salís a buscar trabajo o a veces te vienen a buscar los patrones. Entonces vino el patrón y nos llevó a la finca y ahí trabajamo' en una finca grande, ahí plantaban ajo y cebolla y zapallo del amarillo.

E: ¿Ahí cómo estaban?

Z: Estábamo' al día, mi marido o sea, era tantero. Salía a trabajar, se dividían en grupos. Eran seis, siete personas que eran «dieros». El resto cortando, otros limpiando las acequias, cada cual tenía su trabajo. No' otro siempre éramo' al tanto. *Tanto* quiere decir, supongamos que yo tengo que embolsar cebolla y

si lo pueden hacer en dos, tres días lo hacen. Entonces más cosas hacés, más ganás. En cambio el diero no, cumple sus ocho horas y sale. Así que entonce' se trabajaba, yo también. Arrancábamo' ajo y cebolla. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

En la fórmula «más cosas hacés, más ganás», queda inscripta la disposición de los trabajadores migrantes estacionales a las demandas de los patrones en lo que respecta a desempeños laborales y condiciones de trabajo que los predispone a elevados niveles de explotación y de auto-explotación. Los trabajadores temporarios remunerados a destajo mantienen una elevada productividad en relaciones precarias, no registradas, que al decir de Benencia y Quaranta «son el resultado, en gran parte, de la articulación de proyectos migratorios, del establecimiento de condiciones objetivas que ubican a estos trabajadores en posiciones sociales desfavorables y de sus proyectos migratorios, que resultan funcionales a las estrategias empresariales» (2009: 110).

Luego otro patrón «nos dio tierrita para trabajar verdura». En esta relación laboral se identifican como medieros, y este paso de calificación sociolaboral implica un grado de autonomía en la organización de la fuerza de trabajo. Como dice Benencia (1997) el mediero aporta el trabajo que haría un asalariado, pero además funciona de hecho como un patrón porque de la producción depende su ingreso. En el caso de los medieros, el cultivo opera con la fuerza del disciplinamiento que en el caso de los asalariados ocupa el lugar del patrón.

Ahí se vinimo', estaba de mal ese año, ¡ay!, justo cuando estaba Alfonsín qué mal que estaba, cómo se sufría. De ahí se fuimo' a Rodeo del Medio con otro patrón, pero ahí nos dio tierrita, pero poquito, haciamo' verdura de hoja, pero poquito, así que... no sé, será que se vendía, salía todo, pero no sé los patrones a veces nunca te pagaban lo justo. Lo primero es que quieren asegurarse ellos y si sobra vienen y te decían «no hay plata, el próximo sábado». ¿Y qué hay que hacer? Aguantarse. Y yo ya tenía al nene más grande. A veces no tenía ni para comprarle la mamadera de leche. Pero ellos nunca te decían «a vos te falta, yo te voy a dar o te voy a ayudar».

E: ¿Ustedes ahí ponían el trabajo?

Z: Sí, éramo' medianeros y entregábamo' todo por bulto. Si eran diez cajones de una cosa, o diez de otra y vos entregabas y

ellos lo llevaban al mercado, que es un mercado grande y después ya a lo último todo lo que íbas... viste ese año estaba Alfonsín. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

En el caso que estamos analizando, la relación revela un dudoso carácter asociativo y bajo la denominación de *medianero* se esconde la figura de un asalariado no registrado con la ventaja de repartir los riesgos de la producción entre el patrón y el mediero. Además, en este vínculo hay otra ventaja para el quintero: el mediero se convierte en el factor de la producción más flexible, como señala Zaida, «los patrones nunca pagaban lo justo, se sufría mucho». El eslabón de la cadena productiva relacionada a la comercialización estaba en manos de los patrones: «nosotros embalábamo', cargábamo' en los camiones y ellos llevaban a los mercados en Mendoza, y el sábado *—si sobraba algo—* se arreglaban las cuentas».

Numerosos estudios (Ringuelet, 2000; Quaranta, 1999; Benencia y Quaranta, 2006; García y Mierez, 2007) coinciden en señalar que la mediería le permite al productor transformar los costos fijos de mano de obra en costos variables, distribuir hacia abajo las fluctuaciones violentas de precios y rentabilidad que son típicas de la producción de hortalizas frescas, obtener mano de obra más estable, delegar responsabilidades y reducir la necesidad de control. A su vez posibilita establecer una división de tareas en el interior de la unidad productiva, que reserva la dirección técnica, gestión y comercialización a los productores; mientras que todo el resto del trabajo —siembra, riego, aplicación de agroquímicos, cosecha, empaque— se delegan en el medianero.

La supuesta aceptación pasiva de los trabajadores a estas condiciones de sometimiento y explotación requiere de un marco analítico que rescate al agente social que produce las prácticas. En este caso, nos referimos a perspectivas que superen la visión de la aparcería y de la mediería sólo como figuras contractuales o categorías jurídicas que pautan la forma de explotación de los medios de producción y el trabajo. Aún desde una posición dominada en el campo de la horticultura, los medieros bolivianos tienen posibilidades de lograr algún tipo de acumulación económica en los estrechos intersticios que les permite su lugar subalternizado. Pero, fundamentalmente, la posibilidad de

trabajar dentro de estas condiciones –difícilmente clasificables para taxonomías teóricas de carácter determinista– aporta al horticultor boliviano la oportunidad de adquirir otro tipo de capitales. En principio «el saber hacer horticultura» dentro de un mercado capitalista y además la posibilidad de acumular capital social en términos de relaciones durables que, como sostiene Gutiérrez, se constituyen en recurso clave en las estrategias migratorias y «constituye una fuente de poder que se acumula, se invierte y se reconvierte en otras formas de capital a través de distintas estrategias asumidas en el contexto familiar...» (Gutiérrez, 2005: 61).

A los cinco años de iniciado el recorrido migratorio de Zaida y Rogelio desde Bolivia, se produce un evento que da cuenta del valor de las redes sociales denominadas «fuentes» en la obtención de información relevante en el proceso de conformación de los itinerarios migratorios y de las trayectorias laborales. Seguimos el relato detallado de nuestra entrevistada:

(...) me acuerdo, llegó un tío, un andariego, siempre conoce toda la Argentina. Llegó, es embalador él, de tomates. Ni me imaginaba, y yo con venirme de este lado me olvidé de toda mi familia, no sabía si existían o no, no tenía ningún contacto, de nada, entonces me sentía sola, totalmente perdida. Entonces, es más que sufría. Y después un día de esos aparece él, fue de sorpresa, es como si hubiera visto, uhh, algo de mí. Entonces mirá, dice, «yo vengo de Río Negro, ahí han agarrado tierra todos, por qué, dice, no se van, uy, pero hay linda, uy, pero la cantidad de tierra que hay para agarrar, que están todas abandonadas», dice. «Agarran, alquilan, o van a medias. Y vale mucho la verdura», dice. «¿Por qué no se van pa' lla?». Entonces dice mi marido, nosotros 'estábamo' por irse al campo a un lugar que no sé cómo se llamaba, lejos. Entonces ya estábamos decididos a irse porque ahí donde estábamos ya no daba, era muy poquito y no alcanzaba. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

Es evidente, a partir de estos testimonios, que las decisiones en torno a la posibilidad de migrar se toman en el ámbito de la vida familiar. La información necesaria para asumir tales decisiones no se adquiere a partir de análisis puramente racionales o de datos completos sobre las oportunidades laborales, sino mediante estructuras de comunicación

reticulares de su propio ámbito cercano a través de relaciones personales de confianza (Pries, 1999: 61).

ahí agarramo' y se vinimo'. Cargamo', no teníamo' nada, los dos bebés, dos valijitas de ropa, dos colchoncitos, un par de colchas, cargamo' el autito, una camita de ollas, una camita de mercaderías, lo único que teníamo'... Se vamo' a la de dios.
(Horticultora, Roca, agosto 2009)

Las representaciones son interpretaciones que organizan, así como legitiman las relaciones entre los hombres y de ellos con la naturaleza (Godelier, citado por Menezes, 2002: 187). En el vivo relato de nuestra entrevistada queda inscripta una fórmula que vincula la abundancia y la calidad de tierra, el supuesto estado de abandono de los predios y el alto valor de la verdura. La alusión a que «han agarrado tierra todos», implícitamente incluye a un colectivo integrado por migrantes bolivianos. La inserción de bolivianos en un nicho laboral desvalorizado socialmente como es la producción hortícola, cobra importancia para el análisis en tanto se construye transnacionalizado y etnificado, y en el cual la pertenencia nacional se constituye en un recurso positivo para reclutarse, socializarse y permanecer. Este aspecto pone de relieve la capacidad de este grupo migratorio de construir un territorio hortícola, aún sin contar con el acceso a la propiedad de la tierra. Estos espacios cobran relevancia en tanto los identifica y les posibilita reproducirse diferenciados del sector dominante de la producción frutícola con el que continúan vinculándose como trabajadores medieros o como arrendatarios de los predios frutícolas en reconversión, empobrecidos y abandonados (Trpin *et al.*, 2010).

Los capitales relevantes que deben poseer estos agentes para poder acceder a esos recursos que están disponibles, son factores poco tangibles: una experticia en la práctica hortícola adquirida en los diferentes movimientos migratorios dentro de la Argentina, capacidad de trabajo, redes sociales fuertes de familiares y compadres y un componente étnico-nacional asociado a la práctica de la horticultura que ya empieza a insinuarse como un valor simbólico apreciado en el contexto local.

Siguiendo con el relato de Zaida, comprobamos cómo empiezan a materializarse los componentes de las redes familiares, por ejem-

plo en el ofrecimiento del «primer techo» ni bien arriban a la localidad, además de la imprescindible orientación en la vinculación con propietarios de tierra,

Z: Al otro día no sabíamo' que íbamo' a hacer, no conocíamo' a nadie. Entonces mi marido salió a buscar tierra. Uhh, anduvo por todas partes hasta Valle Azul. Había tierra pero no, en unas no había herramientas, otras no había trator. Ahí ya agarraró y se vino para acá a Roca. Llegó a Mainqué y vuelve contento: «hemos conseguido tierra», si no ¿qué íbamos a hacer?

E: ¿Ustedes cómo tomaron la tierra?

Z: A medias. No teníamo' nada. No' otro poníamo' el trabajo. Empezamo' a trabajar los dos solito', agarramo' y se pusimo' a trabajar. Vio, el patrón traía todo, la semilla, los venenos, matayuyo. Pusimo' 7 hectáreas de tomate. Otras verduras de hoja, zapallitos. ¡Trabajábamo' los do' como perro! Ahí no' compramo' una camionetita. Pero no estábamo' bien ahí, la señora del encargado era chilena y nos tenía envidia y salimo', salimo' bien. Ya habíamo' encontrado otra tierra atrás. Se fuimo' a trabajar a otra chacra. El hombre no estaba en toda la semana, dicen que trabajaba en Buenos Aires...

E: ¿Cómo hacían ahí para trabajar?

Z: Ahí sembramo' todo, todo. Sembramo' no' otros, o sea, buscabamo' gente, ya había más conciencia entonce' se turnábamo' con las otras familias para trabajar, tornavuelta que le llamamo. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

Tanto en la primera como en la segunda experiencia laboral en el Alto Valle se desempeñan como medieros. Otra posibilidad «de agarrar tierra» no tenían por no contar con capital circulante ni herramientas; además carecían de los saberes necesarios para producir y vincularse en un espacio social y geográfico diferente al experimentado en Mendoza. Pero ya, en la segunda chacra a la que acceden, se relacionan con un propietario ausentista, por lo tanto, si bien se identifican como trabajadores medieros porque ellos aportan el trabajo y los propietarios ponen la maquinaria y los insumos, de hecho funcionan como productores independientes en la medida en que disponen de la mitad de la producción y la comercializan por su cuenta. Por otra parte, la capacidad de los horticultores bolivianos para desarrollar circuitos de reci-

proxidad –basados en la familia o en la colectividad local funcionando como *clan*– desempeña un rol estratégico en los procesos de iniciación de reproducción ampliada, aprovechando las convenientes condiciones de acceso a la tierra.

al último hemo' terminado mal con ese patrón. Ahí vendíamos no'otro'. Teníamos mucha cebolla, la mitad para la señora, la mitad para no'otro'. Por ahí cosas que no tenían sentido, que no eran ciertas. Entonces dijimo' «se vamo'». (Horticultora, Roca, agosto 2009)

Es interesante destacar la flexibilidad desplegada por estos migrantes en cuanto a adaptarse a diferentes categorías laborales. No obstante haber logrado un alto grado de autonomía en la segunda relación laboral, el hecho de haber terminado en malos términos la relación con el patrón, y sin haber acumulado el capital económico suficiente para acceder a la maquinaria y herramientas para funcionar como productor independiente, los obligan a vincularse en una relación más dependiente, con un propietario con dedicación e interés en la horticultura. Zaida lo justifica de esta manera:

se fuimo' a lo de Be. Era menos tierra, pero a veces es mejor trabajar bien en poco que mal en mucho. A veces te larga' a trabajar una cantidad y si no lo sabé' administrar, no sacas, no rinde nada. A veces, lo poquito que sembrá', bien atendido te rinde. Además, alquilábamo' una chacrita, pusimo' otro medianero, llevábamo' el trator para que trabaje y entonces no'otros trabajábamo' aquí y allá. Entonce', mi marido a la noche era el único tiempo que tenía para dejar abono, todo lo que el hombre necesitaba. Entonces Be. era como que tenía celos. Le decía, «mirá, vos te vas para allá, dejás abandonado». Era como que tenía celos, directamente. Pero, cinco años con Be., hemo' hecho el capital. (Horticultora, Roca, agosto 2009)



Horticultor observando almácigos para el trasplante.

En el relato precedente nuestra entrevistada da pistas de las lógicas subyacentes en las prácticas desplegadas. A los dos años dejan esa chacra para instalarse en otra unidad productiva también bajo la figura de medieros, asociados a un chacarero productor de frutas y de verduras. Luego de la segunda temporada de trabajo en esta relación laboral logran comprarse un tractor e implementos, y si bien siguen trabajando como medieros, paralelamente alquilan tierras en una zona cercana, en las que también cultivan verduras y contratan un matrimonio boliviano para que las trabajen. O sea, transitan por las categorías de medieros y arrendatarios en forma simultánea. Dentro de la multiplicidad de fenómenos sociales y productivos que se van generando, cabe destacar que el tantero que contratan para trabajar la chacra arrendada es primo de Rogelio, y vino directamente de Bolivia al Alto Valle convocado por un llamado telefónico.

Refiriéndose a las características de la mediería en la zona hortícola bonaerense, Matías García y Liliana Mierez (2007) reflexionan que el quintero propietario interviene muy activamente en la produc-

ción, supervisándola y dirigiéndola, por lo que no se puede afirmar que la mediería es un tipo de aparcería, ya que el propietario sigue siendo el productor, es decir, aquel que toma las decisiones y asume –por lo menos– iguales riesgos. Asimismo, el productor realiza las labores culturales mecanizadas, supervisa y direcciona las tareas de la quinta (a veces concertándolas con el mediero), comercializa la producción y se encarga de reparar maquinarias y de comprar insumos. En el mismo sentido describen y analizan los procesos en los mercados de trabajo bonaerenses, los equipos de investigadores dirigidos por Roberto Benencia y Roberto Ringuet para los cinturones hortícolas de Buenos Aires y de La Plata respectivamente. Las características sobresalientes de esas áreas productivas son la especialización en cultivos hortícolas, la cercanía a grandes concentraciones poblacionales, la presencia de productores tradicionales y empresariales, la adopción de adelantos tecnológicos entre otras.

En el espacio del Alto Valle, los procesos de movilidad social de los migrantes bolivianos asumen gran dinamismo. La ausencia de un entramado empresarial local en la actividad hortícola, combinado con la disponibilidad de tierras productivas, ofrece a los medieros migrantes la posibilidad de acumular excedentes al final de una temporada, lo cual les permite acceder a elementos fundamentales para lograr independencia: maquinaria y capital para poder arrendar tierra. Además, estos procesos se materializan en un territorio que se presenta con un mercado prácticamente vacío en la producción hortícola, sin competencia en el plano laboral, considerando que la mano de obra asalariada local se orienta hacia la fruticultura. Estas particularidades de lo local moldean el horizonte de oportunidades y de restricciones de la figura de la mediería.

Rogelio comienza a acumular capital social en la zona: tanto en términos de lazos fuertes hacia el interior de la red de connacionales, como en el fortalecimiento de lazos débiles bajo la forma de relaciones con los dueños de chacras y en el ámbito de la comercialización. Al poco tiempo, su capital social y el capital simbólico construido en el reconocimiento de «ser buen trabajador», «moralmente intachable» y «exitoso», le permite acceder a otro escalón en la escalera boliviana (Benencia, 1999). En el año 1996, a sólo una década de haber iniciado el proceso migratorio desde Bolivia, les ofrecen la posibilidad de ad-

quirir una chacra de 12 hectáreas bajo riego cuyos propietarios, una pareja de ancianos inmigrantes rusos, la tenían fuera de producción desde hacía muchos años y sólo la utilizaban como lugar de residencia.

E: ¿Ustedes habían pensado alguna vez en comprar tierra?

Z: No, no, era como que no sé, como que le faltaba tomar decisiones. Antes había más oportunidades. No'otros a veces pensábamos de irse, pero ya cuando empezamo' a comprar el trator, hemo' comprado acoplado, ¿qué más? Dispués no sé qué más de herramienta nos compramo'. Pero nunca se nos dio de decir de comprar tierra, era como que pensámo' tener herramientas y alquilar. Y dispués un día el hombre vino y dijo «mirá, te vendo la chacra a tanto», yo sentía como miedo sentía, como ¿qué decirte?, ¿cómo podemos ser dueños, comprar, tener algo? Era algo como que te daba califrió. Como diciendo, qué hacemo', será tan fácil, o mantener, o empezar a trabajar, o sea tenías que pensar. Compramo' la chacra y quedamo' medio en cero, para empezar.

E: ¿Cuánto hace que compraron?

Z: Y, seis, siete años. Así que el primer año empezamo' a trabajar, todo venía parejito, pero no. Mi marido amanecía con el trator, dando vuelta la tierra. Los terrenos estaban llenos de álamos, había mucho animal, eso borra la acequia. Tuvo que hacer todo de nuevo. Todo estaba lleno de yuyo malo, la tierra flaca. Mal, despareja. Ahora está todo parejito. El primer año era muy difícil, el segundo casi igual, el tercer año ya empezamo' a comprar bastante guano, después abono. Tuvimo' que vender la camioneta, camionetita nueva teníamos. La verdá vendió la camioneta y se hicimo' unos buenos pesos de la zana-horia. Justo ese año valió... (Horticultora, Roca, agosto 2009)

Los itinerarios migratorios de los sujetos estudiados demuestra que a lo largo de sus vidas, ellos realizaron una variedad de tipos de migración: estacionales en la zafra, recurrentes o pendulares entre Bolivia y la Argentina y también de largo plazo. La limitación de la conceptualización de las migraciones dificulta, muchas veces, captar la complejidad de los fenómenos. En este sentido, coincidimos con Zelinsky cuando plantea que: «la migración como ha sido convencionalmente definida solo constituye una porción arbitraria de una entidad mucho más

amplia denominada movilidad territorial» (en Lattes, 1983: 8). El testimonio de Delmira, una mujer migrante originaria de Tupiza (Potosí) es claro ejemplo:

cuando tenía 8 años fue la primera vez que fui a Tucumán como cañera, y también a Orán. Después fui a La Plata a trabajar la verdura con un hermano, ahí aprendimos. Después estuve tres años en Bolivia, me hice de marido y nos fuimos a Bermejo para juntar plata para el pasaje. En Mendoza estuvimos diez años en Los Álamos, hacíamos cebolla, ajo, tomate. De ahí nos vinimos a Huergo porque mi marido tenía parientes. Hace 17 años que estamos acá. (Horticultora, Ingeniero Huergo, mayo 2010)

El análisis de los itinerarios migratorios y de las historias ocupacionales evidencia que es posible trazar un patrón en las trayectorias modales de los migrantes bolivianos hortícolas que llegaron a la región a inicios de la década del 90. Estos itinerarios develan varios destinos y posiciones socioocupacionales que pueden resumirse en viajes iniciáticos como trabajadores temporarios en la zafra azucarera, ingreso a la horticultura extensiva y/o intensiva en los oasis mendocinos o cinturones hortícolas de la provincia de Buenos Aires con las categorías laborales de tanteros y luego medieros, más tarde el arribo a alguna localidad del Alto Valle donde se inician bajo la figura de la mediería para luego acceder al arrendamiento y eventualmente a la propiedad de la tierra.

Por el contrario, en virtud de la consolidación y diversificación de las redes familiares y de paisanaje, los migrantes bolivianos que lleguen 20 años más tarde presentan diferencias significativas en los ritmos de movilidad y en las modalidades de construir sus carreras laborales. En mis notas de campo registré lo siguiente:

Un sábado, a principios del mes de abril llego a la chacra 405, sobre las bardas en Huergo. El sol se filtra entre los álamos pero no alcanza a entibiar el aire en esta mañana helada. No se ve gente trabajando en los surcos, como estoy habituada a ver, señal que la temporada está finalizando. Camino por una calle de tierra hasta llegar a una tira de cinco habitaciones rústicas y

deterioradas—denominadas «gamelas»— que históricamente servían de albergue a los trabajadores temporarios que venían a cosechar fruta desde Chile o de las provincias del norte del país. Ante mi presencia, tres mujeres de rasgos indígenas se asoman; una joven carga su niño a las espaldas bajo un aguayo de colores vivos. Dos de ellas con la mirada esquiva me dicen «*no sé nada*», mientras otra se muestra dispuesta a hablar conmigo. Se llama Lila, tiene 19 años y es del campo de Sucre, «*hace dos años que estoy acá, vine directo de Bolivia porque nos mandó a llamar un primo de mi marido que es el encargado de esta chacra. Este año no fue muy bueno, capaz que nos regresamos*».

En la explotación vecina están en plena cosecha de uva. Dos obreros cargan en un camión los típicos tachos metálicos para transportarlos a la bodega. Al fondo de la chacra, alrededor de un tractor con acoplado, cuatro mujeres y dos hombres de piel oscura y rostros indígenas acondicionan los choclos que están amontonados en uno de los costados. Trabajan como una cuadrilla: unos limpian, otros embolsan y cosen el extremo superior de las bolsas; el hombre que parece estar a cargo del grupo acomoda las bolsas en el acoplado. De las ramas de un sauce cuelga un reproductor de audio, se escucha una cumbia a un volumen elevado. Hay una casa sencilla—quizás en algún momento estuvo destinada al encargado de la chacra— y dos viviendas de barro, chapas y plásticos, a pocos metros ubicaron dos letrinas. Cerca de la acequia han depositado un *container* de metal que sirve de habitáculo. En la entrada hay una parva de cebollas. Una pareja joven y dos niños de no más de 5 años están sentados en el suelo: su trabajo consiste en frotar las cebollas con las manos para quitarles la capa más externa y embolsarlas. Clara sonríe con los dientes enmarcados en oro; tiene 19 años y me dice que viene de Sucre. «Hace dos años que estoy acá, vine directo porque había un hermano. Allá en Sucre no trabajaba verdura, ahorita nos vamos a Bolivia y volvemos en julio».⁶

Las redes sociales ya instaladas y fortalecidas en la región hacen que el itinerario migratorio se restrinja, al menos por el momento, a un trayecto de tipo pendular entre el pueblo de origen en Bolivia y la chacra hortícola en el Alto Valle. De las observaciones realizadas y las entre-

vistas mantenidas durante el trabajo en terreno, constatamos que estos migrantes recientes son muy jóvenes, conformados por parejas sin niños, o con hijos muy pequeños. En su totalidad se inician como trabajadores a destajo o a porcentaje con arrendatarios o propietarios de origen boliviano. Estas familias ocupan viviendas sumamente precarias, en algunos casos se trata de habitáculos de madera o de metal acondicionados como moradas, pero que no cuentan con los servicios básicos de luz y agua, además de estar expuestos a rigores climáticos.

6. «Acá son todos 'familia'». Las redes de relaciones sociales en la estructuración del mercado de trabajo de la horticultura

Herrera Lima (2005a) identifica algunos indicadores relacionados con aspectos relevantes en la estructuración de los mercados de trabajo. A partir de estudios basados en desarrollos teóricos de Ludger Pries, propone la figura del *clan* para definir a los mercados de trabajo en los cuales las redes de relaciones familiares y amicales se destacan como dispositivos centrales. En estos casos, el capital social del trabajador se constituye como el principal recurso en situaciones de migración, considerando que tener contactos adecuados y suficientes, así como saber activarlos, conocer y respetar las reglas implícitas que los regulan —reciprocidad, respeto de valores y tradiciones comunes— son relevantes. Dentro de dichos entramados, la información sobre los puestos de trabajo disponibles se obtiene a través de contactos con parientes, paisanos, amigos o compadres, aunque estos contactos no siempre son directos sino que pueden vincularse a través de puentes (Granovetter, 1973). La red también cumple un papel fundamental en el sostenimiento de los nuevos migrantes tanto en alojamiento como en subsistencia durante los primeros momentos luego del traslado. El valor de las redes familiares queda claramente demostrado en el siguiente relato de nuestro entrevistado Rogelio, esposo de Zaida:

se fuimo' en el autito sin saber a dónde, dos días hemos tardado en llegar al valle. Y llegamo' a Chichinales, había otros parientes, eran del pago, también. Llegamos ahí, se hospedamo',

esa noche, llegamo' de noche como a las 12 de la noche...
(Horticultor, Roca, setiembre 2009)

La activación de las redes de relaciones sociales también es registrada por otros agentes sociales, en este caso una ingeniera agrónoma relacionada con el trabajo en la horticultura,

el dueño de la chacra cuando necesitan gente dicen: «¿vos podés conseguir alguien?». «Sí, le puedo avisar a mi hermano que está en Bolivia», creo que le avisan por teléfono. O sea que hay una constante comunicación y una constante relación que a lo mejor el que vino le ayuda al que está allá a que venga. (Ingeniera agrónoma, Roca, abril 2005)

En el caso de las migraciones de bolivianos, Karasik (1995) destaca la gran importancia de las redes de paisanaje y parentesco en la inserción en el mundo del trabajo, lo cual permite considerarlas como mediaciones institucionales que articulan su inclusión en la estructura ocupacional en el lugar de destino. Pocas comunidades de extranjeros limítrofes construyen en la Argentina redes sociales tan activas y permanentes a lo largo del tiempo, y esto se asocia con la fuerza de los vínculos con el lugar de origen. Al respecto, Dandler y Medeiros (1991) indican que el dinamismo y la flexibilidad de las relaciones en el marco de tales redes se deben a que el migrante comparte raíces comunes y el reconocimiento de pertenecer al mismo lugar de origen, lo cual conlleva obligaciones morales. En la medida en que el parentesco y ciertos aspectos de las redes sociales de migración implican a grupos de las mismas localidades y regiones, las particularidades pueden cubrir un papel importante en la vida social en el interior de la comunidad boliviana, pero también se verifica un proceso de construcción de la identidad boliviana diferente a las identidades particulares anteriores.

¿Cuáles son los sistemas de relaciones sociales que crean las familias para hacer posible su reproducción social en situaciones de migración laboral en el valle? El *clan* constituye la institución estructurante en este mercado laboral hortícola que se caracteriza por la alta flexibilidad en el proceso productivo, ya sea en lo referido al ciclo hortícola anual restringido por las características climáticas del norte de la Patagonia, como a las condiciones del mercado de producción de hor-

talizas regional. En consecuencia, las modalidades de reclutamiento de nuevas familias migrantes, el aprendizaje del oficio de horticultor y la retribución por el trabajo se inscriben en un complejo entramado de redes sociales de reciprocidad generalizada, que sustentan parte de las prácticas que llevan a cabo los migrantes para asegurarse recursos de parientes, amigos o conocidos. En ellas son importantes no sólo los bienes y servicios, sino también los significados y los complejos de creencias y valores que se ponen en juego en los procesos de migración (García Vázquez, 2005).

Una de las modalidades de organización del trabajo corresponde a la ayuda mutua basada en el principio de reciprocidad. Al predominar las relaciones interpersonales, este mecanismo se presenta como una secuencia de prestaciones recíprocas que mediante interacciones sucesivas implica a los agentes en un juego de estrategias que le permite al grupo asegurar su sobrevivencia a lo largo de su experiencia migratoria. Por ejemplo, en el momento de trasplante de plantines, se implementa un tipo de ayuda mutua por la cual se organizan varias familias para realizar esta práctica en forma co-operante en las distintas explotaciones –denominada tornavuelta o *ayni*– tradicional práctica laboral andina muy eficiente en la productividad de la mano de obra basada en un sistema de prestaciones y contraprestaciones fundada en la confianza y en la pertenencia al grupo. En el testimonio de Zaida se refleja claramente la necesidad de contar con una dotación de capital social para que esta institución funcione eficazmente:

... o sea, buscamos gente, ya había más conocimiento entonces se turnábamos con las otras familias. O sea, íbamos, venían ellos. O sea que no' otro' le decimos «volver», como una tornavuelta. No' otro' decimos «mirá, yo esta semana te ayudo a trabajar a vos y en la próxima ayudame a mí». Un día trabajamos en una, otro en otra. En dos o tres días terminamos en una. Se devuelve el trabajo. Entonces es como se te hace más fácil. No hay que pagar trabajo.

E: ¿Siguen con el mismo sistema de ayuda?

Z: Sí, por ahí con la gente que te llevas bien, con un muchacho de la colonia que es del pago nuestro, se turnamos'. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

Las redes de relaciones sociales operan como un vínculo *meso* donde se desarrollan importantes procesos de estructuración. Vistas estas redes como espacios de interacción social directa, en su interior y a lo largo de su existencia es posible prever la presencia no sólo de lazos cooperativos y solidarios, sino también es válido suponer en ellas el surgimiento de antagonismos, de intercambios utilitarios, de conflictos y de disensos (Lomnitz, 2001). Al analizar procesos de migración transnacional, es importante observar el papel cambiante que tiene la pertenencia a redes sociales de tipo familiar y amistoso para comprender las decisiones que las personas toman en relación con los mercados de trabajo y la migración.

También es necesario considerar las consecuencias duales e incluso contradictorias que la acción de las redes tiene sobre las personas en el mercado de trabajo. Por un lado resulta una ayuda invaluable para obtener información sobre trabajos, pero por otra parte pueden llegar a ser la explicación del enclaustramiento de las personas en puestos de trabajo de baja calidad, debido a la inexistencia de lazos débiles que conecten a sus redes con otras que puedan tener acceso a otros nichos del mercado de trabajo capaces de ofrecer mejores condiciones laborales (Herrera Lima, 2005a). En el Capítulo 6 se profundizará sobre esta cuestión.

Así como en el caso de Rogelio y Zaida la red de intercambios recíprocos se establece entre paisanos conocidos para garantizar la reproducción social de las unidades domésticas insertas en condiciones objetivas desfavorables, en otras situaciones, los intercambios de bienes y servicios se organizan fundamentalmente dentro de redes constituidas por la familia extensa.

Las relaciones de parentesco son algo que «se hace» y «con las que se hace algo», por lo tanto como criterio analítico resulta revelador concebirlas como la forma de las prácticas que las producen, las reproducen o las utilizan con referencia a funciones necesariamente prácticas. Las relaciones entre ascendientes y descendientes no existen ni subsisten sino a costa de un incesante trabajo de mantenimiento, y en consecuencia podemos referirnos a una economía de los intercambios materiales y simbólicos. En el artículo «Los usos sociales del parentesco», Bourdieu (2007a) plantea qué es lo que se implica en el hecho de definir a un grupo por la relación genealógica que une a sus miembros

y propone poner en cuestionamiento al parentesco como condición necesaria y suficiente de la unidad de un grupo. Enmarcada en esta línea de argumentación, Gabriela Schiavoni (1998) en su investigación sobre los pequeños agricultores en la frontera agraria de Misiones realiza una formulación teórica sobre las funciones productivas que pueden desempeñar las relaciones de parentesco. Focalizando en las modalidades de asentamiento espontáneo que practican las familias en tierras fiscales, la autora destaca cómo los grupos familiares intervienen activamente en la tarea de estructuración del espacio, acción en la cual cumple un papel central la economía de la reciprocidad, o intercambio de bienes y servicios basados en obligaciones familiares, de vecindad y compadrazgo. Como categoría emergente, propone el concepto de «agrupamientos espacio-familiares» para describir un tipo de organización relacionada con las fases de desarrollo del ciclo doméstico que, mediante la constitución de un equipo familiar de trabajo, controlan la provisión de mano de obra y equilibran las oscilaciones derivadas del ciclo doméstico. Así, en determinadas actividades y fases domésticas, el conjunto de unidades familiares se asemeja a una sola explotación ampliada trabajada por varios hermanos y el padre. En el caso de la frontera agraria misionera los agrupamientos espacio-familiares maximizan el sistema de reciprocidad con miras a lograr la apropiación de recursos valiosos. La autora puntualiza cómo la cohesión del grupo mejora sus condiciones de reproducción al aseverar que «la gran familia se transforma en un fondo de seguridad, activable en caso de necesidad, que garantiza el desempeño agrícola de las unidades emparentadas» (Schiavoni, 1998: 142).

Este registro elaborado el día que conocí a Teófilo, da cuenta de estas funciones,

Teófilo es un joven horticultor boliviano que alquila una chacra de 6 hectáreas en General Roca. Mientras conversamos, su pareja lleva a su única hija de 7 años a la escuela y su hermana viene a buscar el tractor para rastrear un cuadro «después se lo llevo al Hugo», haciendo referencia a otro hermano que alquila a 5 kilómetros. Me dice que son cuatro hermanos, y que los «viejos» viven en una chacra vecina con uno de ellos. Además de ser horticultor, Teófilo es empleado estable en una chacra lindera en tareas de fruticultura, «lo que gano en la otra chacra

lo pierdo en esta». Nació en Sucre, «en el campo, todos los que hacemos verdura somos del campo». Llegó a la Argentina a los 5 años, acompañando a sus padres, «mi viejo vino a Escobar a hacer huerta, pero ahí sí que es jodido». Decidieron venir al valle «allá en el 86» a hacer tomate en el valle medio. En Huergo mi papá tenía unos parientes y nos vinimos. Relata los numerosos episodios de movilidad en diferentes localidades del valle: dos años en Mainqué, en el 90 «logramos independizarnos» y alquilaron chacra en Huergo, luego produjeron verdura en una isla en Mainqué, en esos años «el tomate valía, y yo no sé por qué». Ya instalados en Roca, los cuatro hermanos alquilan chacras vecinas bajo diferentes modalidades contractuales; no solo comparten maquinarias y herramientas sino que se brindan ayuda mutua en momentos del ciclo hortícola más demandantes de trabajo. Podríamos aseverar que funcionan como una unidad productiva en algunos momentos del ciclo productivo.⁷

7. «Entonces la verdura es cosa de inmigrantes, ¿no?». ⁸ Cuando la segregación étnica estructura el mercado de trabajo

En otros segmentos del documento hemos mencionado la forma en que los migrantes bolivianos se insertan en sectores específicos del mercado de trabajo. Sin duda, resulta evidente la acción estructurante desempeñada por la institución social relacionada con los diversos esquemas de segregación, que pueden ser definidos como nichos de mercado socialmente etiquetados. Encontramos investigaciones sobre migración mexicana a los Estados Unidos (Pries, 1999; Portes, 2005; Herrera Lima, 2005a) en las cuales se subraya que las formas de discriminación en contra de las personas inmigrantes marcadas por fuertes elementos étnicos y raciales, se mostraron como un elemento relevante en la explicación de la inserción de estos migrantes en nichos de mercado caracterizados por la baja calificación, precariedad, bajos salarios y jornadas prolongadas. Tal vez pueda decirse que en estos nichos de mercado existe una especie de sobredeterminación de la acción de los mecanismos de segregación sobre el resto de las instituciones actuantes en la estructuración de las trayectorias laborales.

Recuperamos una entrevista mantenida en enero del año 2000⁹ con una ingeniera agrónoma especializada en horticultura por considerar que es un relato desde la perspectiva de una informante clave, quien desde su posición –ubicada en la interface entre chacareros y horticultores– visualiza y significa el proceso de conformación del territorio hortícola boliviano, así como el juego de luchas, contradicciones y conflictos que se van gestando en la relación. En un juego de homologías sobre las posiciones de los agentes en el campo, cabe aquí puntualizar que en el mercado de trabajo de los profesionales de la agronomía en la región, la fruticultura es «cosa de hombres», en tanto que la horticultura es «cosa de mujeres», y también de jóvenes recién egresados. Bourdieu señala al respecto que,

calificar socialmente las propiedades y los movimientos del cuerpo es al mismo tiempo naturalizar las opciones sociales fundamentales y constituir el cuerpo con sus propiedades y sus desplazamientos como un operador analógico que instaura todo tipo de equivalencias prácticas entre las distintas divisiones del mundo social, divisiones entre los sexos, entre las clases de edad y entre las clases sociales. (Bourdieu, 2007a: 116)

A lo largo de la entrevista, la ingeniera afirma que la presencia creciente de migrantes bolivianos en la horticultura regional es un fenómeno que «llega para quedarse». En el siguiente tramo de la conversación, nuestra interlocutora sintetiza el proceso de vinculación de los nuevos agentes con productores locales, la búsqueda de autonomía a través del arrendamiento en el menor tiempo posible y también, las relaciones paradójales que se construyen entre los propietarios de tierra y los migrantes:

Acá hay dos cosas, están los medieros que vienen de Bolivia, una persona del valle los contrata, les dice: «yo te doy una casa y tu grupo familiar aporta con su trabajo. Y después de la ganancia del trabajo yo te doy el 30%», ese es el mediero, y el que comercializa y paga al fisco es el dueño de la chacra. Es como un peón que en vez de tenerlo con un aporte, tiene cierta independencia, le da un porcentaje de la producción y se cumple. Y entonces ahí sí... pero este (el boliviano), al segundo año ya no

quiere ser mediero y medio como que se agranda y va y se alquila la chacra de enfrente y le compite al que está aportando al fisco, y le compite en negro. Va en la misma camionetita, al mismo mayorista como él y le revienta el precio al otro. Entonces acá es como una relación amor-odio: los necesitan porque tienen una capacidad de trabajo importante, porque es una mano de obra –entre comillas– barata porque a lo mejor *uno son cinco* pero lo odia cuando al segundo año o tercero, con el dinero que tiene en la mano –que no lo puede creer– alquila. Compra la camioneta y alquila y le hace la contra al que le dio trabajo el primer año. Entonces no se integra porque cuando hace ese paso el productor no se lo banca, ¡lo quiere matar! Yo veo eso.

Yo creo que en la horticultura son muy importantes porque ese productor que tiene bolivianos tendría que tener una máquina pero no puede, pero nunca el INTA –porque no es preponderante la horticultura– nunca estudió: «mirá, a partir de las 10 hectáreas te conviene tener una sembradora automática, no un boliviano». No están hechas esas cuentas. Entonces lo sigue teniendo aunque sea ineficiente. (Ingeniera agrónoma, Roca, febrero 2000)

Resaltamos un elemento distintivo en el mercado hortícola local en relación con el factor «mano de obra». La llegada de los migrantes bolivianos no generó un desplazamiento de la mano de obra local sino que las sucesivas «oleadas» se han insertado en este segmento del mercado de trabajo prácticamente vacante, al que calificamos como un verdadero «nicho étnico» definido por nacionalidad y etnia, y claramente diferenciado de otros colectivos migrantes que se vinculan con el agro. Por lo tanto, los trabajadores inmigrantes están insertos en espacios laborales que no son ocupados por los nativos. Y probablemente, si no estuvieran los inmigrantes, los productores que los emplean hubieran introducido técnicas ahorradoras de trabajo o hubieran abandonado la actividad. El flujo continuo y regular de inmigrantes, tal como señalan Piore y Sabel (citado por Herrera Lima, 2005a) desalienta la innovación tecnológica, propiciando técnicas intensivas en trabajo y la readopción de formas de trabajo que incrementa la dependencia frente a los trabajadores inmigrantes para satisfacer la demanda de trabajo.

Al productor no le queda otra, porque yo les he hecho los números y: «no, no, no, si tengo un empleado no me da». Y yo tener que decirle, «tenés razón, me ganaste, está bien, tenés que tener medieros». Le sigue cerrando tener que darle el 30% de lo que vende y de lo que comercializa y gasta en comercializar. De lo que se gana le da un porcentaje: 30, 35, 40%. Le sigue conviniendo eso antes que pagarle un sueldo, por esta capacidad laboral, le sigue conviniendo. Y también porque te dicen que en esa casa o en ese lugar a un empleado no podrían tener, pero a estas familias sí. Y que en esa casa que es para un empleado, por ahí usan una casa para cinco a lo mejor. Trabajan todos, se van turnando. (Ingeniera agrónoma, Roca, febrero 2000)

La conveniencia de «tener medieros» queda justificada en la críptica fórmula «uno son cinco». El discurso hegemónico que concibe a estos arreglos como beneficiosos tanto para los patrones como para los trabajadores habilita, naturaliza y legitima ciertas relaciones laborales opresivas y condiciones de trabajo precarias (Pizarro y Trpin, 2010: 12).

La precariedad en estas situaciones no sólo alude a que son trabajos sacrificados, bajo condiciones climáticas extremas, sino también por las condiciones de hacinamiento e insalubridad de las viviendas que ocupan los grupos familiares. Hemos comprobado que en algunas chacras, los migrantes ocupan casas en estado ruinoso sin acceso a agua potable o a electricidad, y en varios casos, parejas jóvenes con hijos pequeños residen en las minúsculas habitaciones de las gamelas que en otras épocas se destinaban a los trabajadores estacionales que llegaban para la cosecha de la fruta.

Me acuerdo de unos que les iba muy bien. Terminaba el año y se llevaban \$ 30.000, está bien no será mucho, pero ¿dónde los van a ganar? Dijeron que se iban a trabajar a la construcción, parece que no era así, se fueron y después (el dueño) se enteró que habían alquilado tierra. Entonces ahí se mezcla el independizarte, el que te vaya bien... porque si vos lo hablás bien y le decís «yo vine de Bolivia, no tenía nada, te agradezco, es una etapa y ahora me gustaría independizarme» qué te puede decir el productor: «bueno, está bien, planifiquemos la fecha, hasta

junio para no arruinar los cultivos», más que eso... pero, no, no lo he escuchado nunca eso. El productor lo quiere matar, en vez de decir: «mirá qué bien, qué destacable, que ha crecido y se quiera ir». Pero no: dice: «mirá este se va enfrente». Y la gente los respeta por su carga horaria y porque ve que los cultivos les rinden, les va bien. Hay que ver si les rinde por la cantidad de horas que ponen, hay que ver... En qué va a terminar esto, no sé. Yo lo lamento, lamento que no se integren, sería mejor para todos que digan: yo me voy a quedar, voy a hacer dinero, voy a independizarme, me parece perfecto y que se integren, no sé si es así. (Ingeniera agrónoma, Roca, febrero 2000)

Para los horticultores, la decisión de dejar la chacra en la que están produciendo, ya sea formalmente o a través del abandono de esta bajo algún pretexto, siempre está atada a la posibilidad de haber encontrado tierra disponible para cultivar, o haberse vinculado con otro patrón que le asegure mejor trato o condiciones de trabajo más convenientes. Estas alternativas de movilidad territorial son viables en la medida en que se mantengan activadas las redes sociales internas de familiares y paisanos, las cuales se constituyen en verdaderos dispositivos de circulación de información y de sostenimiento material y subjetivo en el armado de las estrategias. El capital cultural incorporado (Bourdieu, 1988) es la forma de recurso dominante valioso en estas circunstancias, capital que se materializa en «un saber hacer»; conjuntamente con la necesaria acumulación de capital social –tanto en las redes endógenas como exógenas– donde circulan los recursos materiales y simbólicos requeridos para garantizar estos movimientos.

Conocedores de su condición subordinada en el espacio social, evitan prudentemente cualquier confrontación pública, por lo tanto su conducta recurre a todo tipo de comportamiento evasivo. Abandonar la chacra «con alguna excusa» es una práctica persistente de resistencia, que Zaida expone de esta manera,

(el patrón) le dice «por qué te vas Rogelio, por qué no seguís trabajando, es una lástima». Él le dijo, «no, tengo un problema allá en Bolivia, cuando vuelva... capaz que vuelva», pero no, no'otro' ya habíamos encontrado otra tierra atrás, y se fuimo' porque estabamo' mal con este patrón. (Horticultora, Roca, agosto 2009)

Por otra parte, la aceptación de condiciones «que los perjudican» puede ser interpretada como la única alternativa menos riesgosa en un contexto de migración. Analizando algunas historias es posible observar, a lo largo de una vida singular, que aceptaciones y confrontaciones se suceden durante las trayectorias migratorias y laborales, con lo cual podemos cuestionar algunas polarizaciones tales como entre las nociones de pasividad, sumisión versus confrontación, reacción, judicialización. El autointerés derivado de circunstancias individuales y familiares desempeña un papel esencial en las prácticas cotidianas de resistencia. Como afirma Scott (2000):

ignorar el auto interés en la resistencia campesina es ignorar el contexto determinado, no solo de la política campesina, sino de la política de la mayoría de las clases pobres. Es precisamente la fusión entre el auto interés y la resistencia lo que constituye la fuerza vital que anima la resistencia de los campesinos y de los proletarios. (p. 26)

Si bien estas prácticas cotidianas de resistencia son llevadas a cabo a nivel individual, constituyen lo que Scott denomina «un patrón consistente» a pesar de no estar coordinado. Ante comportamientos de los migrantes que son significados como irracionales e ineficientes tanto por chacareros como por técnicos, se hace referencia a ellos bajo los calificativos de irresponsables, mentirosos, infantiloides, cabeza duras, desconfiados,

(...) los productores dicen que son mentirosos pero eso no sé si es de ellos, si son todos, si hay alguno que no sea así. Si en la chacra (el productor) tiene cuatro cuadros, lo planifica así con los medieros: familia 1, cuadro 1, familia 2, cuadro 2... «Vos hacé tomate, vos maíz, vos lechuga, vos morrón. Ah, no, no ¿por qué a él le diste el tomate y a mí el maíz?», no sé si llamarle infantil entonces él tiene un despelote para la organización de la chacra, porque agronómicamente es más fácil: cuadro 1 tal cosa y así. Pero no: tenía que hacer: morrón, choclo, tomate y lechuga para cada familia. Si no se le van. Son desconfiados, de su propio patrón y de su compadre, como dicen ellos. Igual, al chacarero que se le fue el boliviano sigue destacando lo trabajador que es, que están todo el día, que son las 2 de la maña-

na y están regando y que se levantaron a las 5 de la mañana. Lo destacan. (Ingeniera agrónoma, Roca, febrero 2000)

«No sé cómo se juntan esa tenacidad para el trabajo con ese infantilismo, con esas agachadas», comenta con estupor la ingeniera agrónoma, sin poder encontrar respuestas racionales a semejante paradoja. Sin embargo, coincidimos con Pizarro y Trpin cuando sostienen que

para los campesinos, la sumisión y la estupidez aparente no son más que una pose, una cara que ofrecen públicamente a los patrones para encajar en el estereotipo y conseguir o mantener un trabajo que, a criterio de muchos, aunque es duro y sacrificado, por lo menos les permite sobrevivir dentro del ámbito laboral mientras residen y trabajan en él. Esto no quita que las condiciones laborales sean percibidas como injustas por los trabajadores lo que habilita una serie de luchas cotidianas, poco visibles, ciertamente mucho más sutiles que las formas de confrontación abiertas. (2010: 14)

Fidel, un horticultor llegado hace 20 años a Ingeniero Huergo dice con naturalidad, «será que nos dedicamos a poner el lomo porque no hace falta mucho estudio ni conocimientos». Los sujetos en sus respuestas representan percepciones comunes de las diferencias del cuerpo a lo largo de líneas étnicas. Estas percepciones sirven a modo de lentes a través de los cuales la violencia simbólica es puesta en acto de manera tal que se entiende que «merecen» su posición social relativa (Holmes, 2007). Debido a sus características naturales, a los cuerpos de los bolivianos les corresponde trabajar doblados sobre los bordos, sin sentir el cansancio o los efectos de los plaguicidas. Contenidos discursivos que hacen referencia a la naturalización de su resistencia al trabajo en situaciones climáticas rigurosas, el ascetismo en el consumo, el sentido moral de su conducta o la baja conflictividad se repiten en las entrevistas con los chacareros y los técnicos. Estas calificaciones hacen que la condición de ser «familias bolivianas» represente una carta de presentación positiva para ser aceptadas como arrendatarias o aparceras en sus propiedades, proceso en el cual el capital simbólico en torno a las capacidades atribuidas y autoatribuidas, empieza a ocupar un lugar medular en la construcción social de este territorio hortícola por parte de los bolivianos.

Mariela, la ingeniera agrónoma que nos brindó su experiencia de trabajo con horticultores bolivianos, expresa con asombro: «no sabés lo que es trabajar en un bordo a esta hora, te morís. Y ellos están con la remera de mangas largas por los jejenes, tapados en la cabeza, sombrero. Yo no sé si mascarán coca, yo no sé cómo aguantan esa temperatura, capaz que son costumbres de ellos».

El trabajo, un valor que fue embanderado por los pioneros europeos como fuente de su progreso, ha sido exaltado por «otros» también calificados bajo ciertos estereotipos hegemónicos como trabajadores, poco conflictivos, disciplinados, tenaces, detentores de una moral del esfuerzo y del ahorro similar a la protagonizada por los pioneros europeos de principios del siglo pasado. Sin embargo podríamos aseverar que el éxito relativo de estos nuevos migrantes resulta difícil de ser comprendido y tolerado por actores sociales que tienen un lugar mítico en la historia regional, pero un futuro incierto y amenazado por las reglas de juego que imponen las condiciones globalizadas de la producción frutícola. El precio que debe pagar el chacarero para no desprenderse de la tierra –cargada de una fuerte valoración histórica y simbólica– implica asociarse con un sujeto ubicado en las antípodas de los atributos que acompañaron la colonización en el valle (Ciarallo y Trpin, 2010).

Yo los que conozco que están en esa etapa recién llegados trabajando mucho y como medieros o ya alquilando. De ahí a propietarios no conozco. ¡Te imaginás acá los productores (frutícolas) si los bolivianos se convierten en dueños de tierra! ¿Que terminen comprando tierra? El impacto psicológico sería terrible... (Ingeniera agrónoma, Roca, febrero 2000)

En los inicios del milenio, cuando fue registrada esta entrevista, en el imaginario social de los «gringos» resultaba impensable la posibilidad de que estos agentes pudieran lograr un recorrido de movilidad que los convirtiera en propietarios de estas tierras ganadas «a pico y pala al desierto». Sin embargo, la construcción sostenida de este espacio social transnacional, reproduciendo ciertas relaciones laborales opresivas y condiciones de trabajo precarias, generó las posibilidades de acumulación para que algunos de los migrantes bolivianos se erigieran en «propietarios».

En el siguiente capítulo avanzaremos en el análisis del entrelazamiento de las estrategias de las familias migrantes con componentes de las redes exógenas –fundamentalmente con organizaciones estatales– así como a explicar y comprender las razones que los motivan a legitimar e institucionalizar sus propias redes sociales, todas ellas prácticas orientadas a mejorar su posición en el espacio local para lograr ser considerados sujetos de agenda pública.

Notas:

¹ En el Cinturón Verde de Buenos Aires, la población nativa registra la aparición de los primeros medieros bolivianos a mediados de los 70 (Benencia, Karasik, 1995).

² La «minka» o «minga» es una antigua tradición de trabajo comunitario o colectivo con fines de utilidad social. Puede tener diferentes finalidades de utilidad comunitaria en beneficio de una persona o familia, como al hacerse una cosecha, siempre con una retribución para quienes han ayudado.

³ Una de las razones que explica su capacidad de acumulación sin duda refiere a la habilidad que demostraron para aprovechar la coyuntura favorable que significó la política monetaria de convertibilidad peso/dólar, y que resultó dinamizadora en el mercado de producción y comercialización de hortalizas.

⁴ Los datos del Censo de Población y Viviendas del año 1947 registra que el 88% de migrantes bolivianos estaban establecidos en Jujuy y Salta, y sólo el 7% en la provincia de Buenos Aires (Grimson, 2005).

⁵ La cosecha de caña de azúcar en las provincias del noroeste argentino convocaba trabajadores bolivianos entre los meses de mayo y noviembre. Lamounier señala que parte del contingente regresaba a Bolivia pero habitualmente cierta cantidad de zafreos quedaba ya instalada en el país en búsqueda de salidas laborales (Lamounier, citado por Grimson, 2005).

⁶ Registro realizado en agosto de 2009.

⁷ Registro realizado en mayo de 2010.

⁸ Teófilo, arrendatario boliviano, General Roca.

⁹ El momento histórico de esta entrevista –fue tomada hace 10 años– es revelador ya que en ese momento se estaba estructurando este mercado laboral segmentado étnicamente. Rescatamos el valor de esta entrevista porque la presencia de migrantes bolivianos y sus formas de inserción en la horticultura local todavía constituían un fenómeno novedoso.

Capítulo 5

Organizaciones de migrantes. De la invisibilización a ser sujetos de agenda pública

1. Capital social y redes sociales

Se puede estar de diferentes maneras en los espacios migratorios transnacionales. Aquí creemos pertinente retomar las diferencias que plantean Levitt y Glick Schiller (2007) entre «formas de ser» y «formas de pertenecer» a esos campos. Las primeras refieren a los actos cotidianos a través de los cuales la gente vive a través de la distancia, incluye las relaciones y prácticas sociales en las que participan los individuos más allá de identificarse con ese grupo, aunque tengan la potencialidad de hacerlo. En tanto las formas de pertenecer refieren a las prácticas que apuntan o actualizan una identidad, al combinar la praxis con una conciencia del tipo de identidad que está ligada con la acción.

Si los individuos participan en relaciones y prácticas sociales que atraviesan fronteras como una característica regular de su vida cotidiana, exhiben una forma transnacional de ser. Cuando la gente reconoce esto de manera explícita y subraya los elementos transnacionales de quienes son ellos, entonces también expresan una forma transnacional de pertenecer. (Levitt y Glick Schiller, 2007: 68)

Esta doble perspectiva permite, desde la agencia social, aprehender las tácticas y estrategias que despliegan los actores para entretejer estas formas de ser y de pertenecer con el entramado de dominación local.

Si a lo largo de 20 años se fue configurando el proceso de construcción del «ser horticultor boliviano» en el norte de la Patagonia, en la actualidad las acciones que despliegan estos agentes se orientan a potenciar los entramados identitarios y sociales, materializándolos en organizaciones con crecientes grados de formalidad.

En este capítulo, el objetivo está centrado en reconstruir el proceso de creación de dispositivos organizacionales que (re)inventan estos migrantes transnacionales con el propósito de potenciar su dominancia en el sector de la producción hortícola. Así, como venimos sosteniendo, ya es indiscutible la centralidad de estos agentes en el segmento de la producción hortícola local a partir de la articulación estratégica de un conjunto de elementos entre los que se destacan la conformación de una masa crítica¹ de productores coterráneos, y fundamentalmente el sostenimiento y la ampliación de las redes de relaciones sociales. En esta fase de su inserción en el medio, se manifiesta una modificación cualitativa en sus prácticas, orientadas hacia el desarrollo de acciones colectivas y de captación de recursos públicos y privados, pasando así a ser considerados sujetos de agenda pública. Para lograr eficacia en este propósito, veremos cómo las formas de pertenecer se valorizan como un capital ante los otros.

El paulatino proceso de fortalecimiento de las redes sociales ha incrementado la visibilidad social de este grupo, multiplicándose en casi todas las localidades donde se insertan los espacios de representación étnico-nacional y religiosos que se despliegan como estrategias de autoafirmación. Sin embargo, desde una lógica reticular de organización del territorio y de empoderamiento, estos agentes se implican en relaciones complejas conviviendo con múltiples redes de intercambio productivo, comercial, social y cultural con otros actores locales y con el Estado.

Los conceptos de capital social y de red social constituyen valiosos dispositivos analíticos para reconstruir las prácticas asociadas a las estrategias de reproducción social desde una concepción relacional de lo social, lo cual implica construir, en primer lugar, el espacio social e insertar allí las estrategias² con el objeto de relacionar determinado tipo de prácticas con posiciones diferenciales en el espacio social (Gutiérrez, 2007: 19). Desde esta perspectiva, las relaciones a analizar son aquellas que se producen entre las posiciones y no entre las personas,

teniendo en cuenta que la estructura dirige la forma que asumen las interacciones en una coyuntura particular. En ese sentido, lo que se moviliza son los capitales o recursos de los cuales están dotadas esas personas en un determinado momento como resultado de las luchas dentro de un campo; por lo tanto, se ponen en marcha mecanismos que mueven poder asociados a las posiciones que ocupan agentes determinados.

La noción de red de relaciones sociales en Bourdieu no es más que un modo en que se estructura la interacción como el resultado de las estrategias de los agentes, que son a su vez el resultado no intencional de los *habitus* de estos. Esta estructura emergente de la red no se confunde con la estructura del espacio social ni con la de un campo en particular. Simplemente, esta otra estructura reticular que se sitúa en el nivel de la interacción forma parte del conjunto de condiciones de todo tipo dentro de las cuales los agentes van creando y recreando sus cursos de acción (Baranger, 2004: 219).

En tanto que el capital social, desde este enfoque, está imbricado con el concepto de «red», definido como el conjunto de los recursos actuales o potenciales ligados a la posesión de una red duradera de relaciones. Los agentes implicados en estas redes no solamente se encuentran dotados de propiedades comunes susceptibles de ser percibidas por los otros y por ellos mismos, sino que están también unidos por vínculos permanentes y útiles, siendo estos vínculos irreductibles a las relaciones objetivas de proximidad en el espacio físico o incluso en el espacio económico y social porque están fundados en intercambios inseparablemente materiales y simbólicos cuya instauración y perpetuación suponen el re-conocimiento de esta proximidad.³

Esta concepción de capital social no puede considerarse de manera escindida respecto de la dotación de capital económico o cultural del agente social ya que esa red de vínculos es el producto de estrategias de inversión social orientadas a la reproducción de relaciones sociales. De esta manera, el capital social opera como un multiplicador de las otras especies de capital y, además, funciona como capital simbólico, en tanto que:

el volumen de capital social que posee un agente particular, depende de la extensión de la red de vínculos que puede efecti-

vamente movilizar y del volumen de capital (económico, cultural o simbólico) poseído en propiedad por cada uno de aquellos con los que está vinculado. (Bourdieu, 2006: 203)

En consecuencia, «hacerse productor hortícola» en el Alto Valle para un migrante boliviano supone un proceso de adquisición de diversos aprendizajes que incluyen al oficio en sí mismo —entendido como capital cultural incorporado— pero además requiere la instauración y el mantenimiento de una red de vínculos durables y útiles adecuados hacia el interior de su grupo y hacia otros actores sociales para propiciar un efecto multiplicador sobre los capitales materiales y simbólicos poseídos. ¿Cuáles son las prácticas rizomáticas que despliegan los migrantes bolivianos en el territorio del Alto Valle que ayudan a potenciar los capitales que ponen en juego en su reproducción como horticultores? ¿De qué manera combinan el sostenimiento de redes entre connacionales y redes con otros actores locales a efectos de fortalecer su posicionamiento en el mercado hortícola?

Proponemos tomar en cuenta una doble dimensión para el análisis de las redes sociales. En primer lugar, una dimensión estructural que se enmarca en las condiciones objetivas externas y relacionadas con elementos que permiten ubicar a los agentes en el espacio social considerando su vinculación entre volumen y estructura del capital en sus diferentes formas, y que constituyen las condiciones de posibilidad de la circulación de bienes y servicios de las redes. A partir de delinear la representación del espacio social, se puede proyectar y visualizar la ubicación relativa de los agentes presentes considerando las propiedades que devienen de la posición de cada agente en la estructura del sistema de relaciones. Estas estructuras patrimoniales diferentes condicionan —y a su vez posibilitan— la adopción de diferentes estrategias de reproducción social y la conformación de redes entre sí y con otros agentes en el espacio. Además, para considerar elementos relativos a la subjetividad de los agentes, incluimos una dimensión vincular que consiste en el análisis de las interacciones concretas, tomando en cuenta su frecuencia, intensidad de los lazos, tipo y calidad de los bienes y servicios que circulan (Gutiérrez, 2008). Como bien señala Sutti Ortiz (2009), la utilidad de la red para cada actor depende no sólo de las características estructurales de la red, sino también de la ubicación del

actor en su red, y además subraya que si bien cada sujeto es parte de un entramado de contactos familiares de apoyo y de ayuda, estos deben ser activados a través de repetidos intercambios en el transcurso de diferentes momentos a lo largo de las experiencias migratorias.

Así, en el campo de la horticultura local es posible identificar un grupo de productores bolivianos que ocupan una posición dominante en el espacio, basada en la acumulación de capitales tales como la posesión de tierra y de maquinarias, el conocimiento del mercado hortícola, la vinculación con agentes del Estado con acceso a recursos tecnológicos y financieros. Por otra parte, encontramos agentes con una dotación más reducida e inestable de bienes materiales y simbólicos que participan de la red de intercambio con sus pares desde posiciones subordinadas. La articulación entre agentes que detentan diferentes cuotas de poder en la etapa fundacional de un territorio hortícola en el espacio social valletano promueve el tejido de redes de alta eficacia, lo cual imprime procesos singulares de movilidad muy dinámicos.

La reciente emergencia de procesos de constitución de organizaciones de horticultores en algunas localidades del Alto Valle, así como la integración de migrantes bolivianos en programas de asistencia técnica se presentan como dispositivos analizadores privilegiados para describir y comprender la centralidad de las redes sociales en el entramado de estrategias de reproducción social.

2. Reconstruyendo el proceso organizativo de los migrantes

En las etapas iniciales de esta investigación,⁴ en el año 2000 mantuve una entrevista con la ingeniera agrónoma referente del área hortícola de la Estación Experimental del INTA Alto Valle. A lo largo de la conversación, la profesional me brindó documentos con datos precisos sobre los tipos de cultivos intensivos y extensivos en los valles rionegrinos, los diferentes grados de especialización, así como los niveles de rentabilidad de acuerdo a la incorporación de tecnología biológica y mecánica. Sin embargo, ante cada pregunta referida a la procedencia de la mano de obra, sus respuestas se limitaban a responder «no sé con

qué gente trabajan», «traen gente de afuera que vienen en colectivos del norte». Hacia el final de la entrevista, al hacer referencia al uso de los plaguicidas en los cultivos hortícolas para el consumo en fresco, la ingeniera se muestra indignada por la falta de controles en los residuos de plaguicidas y adjudica parte de la responsabilidad a los productores que contratan medieros bolivianos a los que califica como «unos NN que tienen una cultura propia, cerrados a cualquier asesoramiento, jamás van a acercarse al INTA a preguntar, a capacitarse, y en esas manos está nuestra salud».

A cinco años de esa entrevista, la visibilidad de estos agentes productivos comenzó a materializarse a través de su inserción en programas institucionales de asistencia técnica dentro de los programas Prohuerta y Cambio Rural, en procesos de negociación que a veces se construyen «desde arriba», y otros «desde abajo».

La primera experiencia de conformación de grupos de horticultores bolivianos se registra en el año 2006 en la localidad de Villa Regina⁵ a través de la Agencia local del INTA, para cuya implementación los técnicos locales realizaron una intensa y paciente tarea de relevamiento y adscripción de estos productores. Resulta interesante dar cuenta de los acontecimientos que movilizan esta intervención institucional. Los técnicos e ingenieros agrónomos que coordinan el proyecto relatan que el surgimiento de este grupo está ligado a la presentación de un proyecto de ordenanza municipal por parte de vecinos agrupados por la defensa del medio ambiente de la localidad, quienes manifestaban su preocupación por la inexistencia de control de residuos de pesticidas en las hortalizas que «los bolivianos» producen y comercializan en la localidad. Considerando que los controles sobre residuos de agroquímicos son prácticamente inexistentes para las frutas y hortalizas que se consumen en el mercado interno a nivel nacional, la intencionalidad del proyecto legislativo parece orientarse a ejercer un control hacia los sujetos productores, más por su identidad étnico-nacional, que por una amenaza cierta. Al crearse las oportunidades de interacción entre los horticultores bolivianos y una institución portadora de prácticas legitimadas —en este caso el INTA— se generan las condiciones de posibilidad para aliviar las tensiones con la sociedad local. La referente del área de Desarrollo Rural de la Estación Experimental del INTA Alto Valle así lo relata:

uno trata de respetar las necesidades del productor. Los hortícolas tienen necesidad de información técnica. El problema que se detecta es el de la inocuidad. En un municipio se presionó y se logró que desde distintos ámbitos se pueda capacitar y no sancionar. (Ingeniera agrónoma, julio 2009)

La mayoría de los controles y reglamentaciones relacionados con residuos de plaguicidas y prácticas a campo para el sector frutícola surgen a partir de exigencias impuestas por el mercado externo para la exportación. En horticultura esto no ocurre, ya que el principal destino de los productos de las huertas es el mercado interno y, aunque existen reglamentaciones, no se ejerce un control determinante sobre estos. El documento elaborado en el año 2008 para presentar el Foro Ambiental para la Producción Hortícola (FAPHOR), organización interinstitucional que tiene como objetivo lanzar un Programa Regional de Uso Racional de Agroquímicos en Horticultura, expresa:

Las producciones hortícolas de la zona comenzaron en su mayoría como un asentamiento familiar cuya forma de producción es heredada de manera ancestral. A esto se suma la creciente inmigración de trabajadores bolivianos, quienes traen consigo sus propias prácticas culturales de campo. Este conjunto social hace que en muchos casos las prácticas que se ven en el campo no se condigan con las Buenas Prácticas Agrícolas, sobre todo en el manejo de agroquímicos. En consecuencia resultaba imperante comenzar a trabajar junto a los productores hortícolas para lograr la inocuidad de sus productos y así garantizar la salud de los consumidores.

Bourdieu (2007a: 90) advierte que «no hay nada más engañoso que la ilusión retrospectiva que hace aparecer el conjunto de las huellas de una vida (...) como la realización de una esencia preexistente». El documento oficial, al señalar que los inmigrantes bolivianos aplican indebidamente los productos químicos, tiende a naturalizar en una característica cultural una práctica que se relaciona con su posición en el espacio social y que expresa las condiciones concretas de existencia de estos agentes. El uso de agroquímicos se asienta en la experiencia empírica: a pesar del conocimiento que se tiene del perjuicio que causan, los plaguicidas se siguen aplicando, con un escaso o nulo control, su

uso excesivo se relaciona con el mantenimiento o búsqueda de rentabilidad económica y con la precariedad existente en el mercado de trabajo rural. Souza Casadinho (1997) puntualiza que el uso indebido de plaguicidas se relaciona con a) la flexibilidad y precariedad en el mercado de trabajo rural, b) el mantenimiento o búsqueda de rentabilidad económica de los productores sin considerar el costo social que ello implica, c) deterioro o ausencia del papel del Estado que implica deficiencias en la fiscalización y control y/o falta de reglamentaciones específicas, d) exigencias del mercado en lo que hace a una búsqueda de «calidad formal» en los productos hortícolas, e) estrategias de venta o imposición de los agroquímicos por parte de las empresas proveedoras de insumos.

A partir de esta experiencia «fundacional», se organizaron dos grupos de horticultores en la localidad de Ingeniero Huergo a lo largo de 2007, esta vez enmarcados en el Programa Cambio Rural, cuyos integrantes son en su totalidad de procedencia boliviana. Los miembros que integran estas primeras acciones asociativas organizadas «desde arriba» representan los eslabones más débiles dentro de la red de migrantes. En general, provienen directamente de Bolivia, o si bien ya han construido una trayectoria laboral en otras provincias argentinas, su llegada al valle es reciente. Se trata de familias integradas por parejas jóvenes en etapa de expansión, que fueron contratados como tanteros en temporadas anteriores por sus compatriotas.⁶ En búsqueda de autonomía productiva, han dado el salto hacia la condición de productores independientes, alquilando tierra o vinculándose con propietarios de chacra en proceso de reconversión, por lo tanto producen hortalizas en el interfilado de los frutales recién implantados, en superficies que oscilan entre una y media y tres hectáreas. No disponen de herramientas ni maquinarias y establecen relaciones de dependencia laboral precaria con los propietarios para realizar tareas culturales en la fruticultura tales como raleo, poda y limpieza de acequias. Tienen poca experiencia en horticultura, limitada al trabajo en huertas familiares en Bolivia y al aprendizaje adquirido como tanteros en explotaciones de sus conacionales.

Consideramos importante resaltar que en la etapa inicial de implementación en el Alto Valle del Río Negro a mediados del año 1993, el Programa Federal de Reconversión Productiva para la Peque-

ña y Mediana Empresa Agropecuaria (Cambio Rural), estuvo orientado de manera casi exclusiva al sector frutícola. Los componentes de asistencia técnica, asociatividad y vinculación al crédito, apuntaron a intensificar o diversificar la producción, reorganizar los factores de producción, readecuar la dedicación y gestión empresarial, incorporar formas asociativas para aumentar la escala y lograr una articulación con agroindustrias y agronegocios. En síntesis, la instalación del programa en la región del Alto Valle propendió a dotar a los productores frutícolas de bases para la inserción competitiva en la economía nacional e internacional que les posibilitara el incremento de su ingreso en el corto plazo y un desarrollo sostenible desde el punto de vista de la empresa y de los recursos naturales en el mediano y largo plazo.

Si bien en su enunciación doctrinaria el programa no tuvo modificaciones, resulta evidente el cambio de perfil de los productores a los cuales se orienta. En la actualidad, la mayor parte de grupos conformados y supervisados por la Estación Experimental del INTA del Alto Valle no se inscriben en la actividad frutícola sino en producciones diversificadas y alternativas a la fruticultura, y prioriza a productores de subsistencia y microemprendedores desde una perspectiva territorial. De esta manera lo sintetiza la referente del área de Desarrollo Rural de la Estación Experimental del INTA: «es un cambio de abajo hacia arriba, un poco compulsivo. Estamos tratando de presionar para que esta herramienta de trabajo se adecue a las necesidades del territorio».

3. Los saberes, los discursos y las prácticas

Retomamos las consideraciones presentadas en el párrafo anterior para reflexionar en torno a los interrogantes que plantea la readecuación de un programa que en su implementación originaria estaba orientado a sujetos productivos «blancos y modernos» y que actualmente se vincula con nuevos agentes portadores de marcas indígenas y rasgos campesinos, que irrumpen en el escenario productivo y social. En las relaciones intersubjetivas, «los otros» son aprehendidos y tratados desde los esquemas tipificadores que cada uno tiene internalizados. Por ello, esos esquemas son recíprocos, y en las relaciones «cara a cara» se da un

interjuego de interferencias mutuas por lo que esos esquemas tipificadores entran en negociación (Achili, 2005: 20).

Nos preguntamos entonces, ¿cómo se articulan las prácticas de estos nuevos agentes con el discurso de los técnicos? ¿Cómo se negocian los puntos de vista en la implementación de los programas de intervención?

Las normas técnicas no pueden ser instituidas sino a través de la mediación con el grupo local, en tanto que toda norma es dialógica: parte y efecto de un diálogo. Siguiendo a Darré (1985) argumentamos que la instancia productora de normas es el grupo coactivo o la comunidad donde se establece lo que es para ese grupo y se rechaza lo inaceptable. En un juego de tensiones y conflictos, dentro de un grupo las transformaciones se operan bajo el impulso de algunos y a pesar de las resistencias de otros; así los unos y los otros juzgan la utilidad o el peligro de la transformación propuesta. El grupo local es, para sus miembros, a la vez el marco y el agente de elaboración de sus propias iniciativas, la red de intercambio en el seno del cual ellos encuentran los medios de ayuda para la asimilación de conocimientos nuevos.

El «sentido» está ligado a la comunicación, y se construye en la medida en que es compartido con otros. Por lo tanto, la variación de sentido no es atribuida al individuo como tal, sino al grupo asociado a un dominio de prácticas, en el cual se instauran puntos de vista asociados a esas prácticas, es decir, a las formas de la actividad técnica de las posiciones sociales. En este sentido, la posición del técnico tiende a vincular las actividades de los agricultores y sus comentarios no como parte de un sistema y de las condiciones en que se ejercen, sino en relación a una norma científica o económica. Por pertenecer a una institución legitimadora de discursos y prácticas el agente portador de tecnología afirma tener «la» visión objetiva. En los conflictos entre personas o grupos inequívocamente situados en la sociedad, no son los puntos de vista lo que están en juego, sino la cuestión misma del punto de vista. El siguiente testimonio de una ingeniera agrónoma que asesora grupos de productores es elocuente en ese sentido:

(los bolivianos) son cabeza dura, vos les decís por ejemplo cómo ralea la lechuga y ellos lo hacen a su manera. Yo les digo: no ensayes, esto ya está probado, hacé lo que hay que hacer...
(Ingeniera agrónoma, Roca, febrero 2000)

Todas las formas de intervención externa necesariamente entran en la existencia de los individuos y de los grupos sociales afectados, y de esa forma son mediados y transformados por esos mismos actores y estructuras. Si bien es cierto hasta cierto punto que las fuerzas sociales a gran escala alteran las oportunidades de vida y la conducta de los individuos, ellas sólo pueden hacerlo modelando directa o indirectamente las experiencias cotidianas de vida y las percepciones de los individuos. Los actores sociales son participantes activos que procesan información y arman estrategias en sus negociaciones con variados actores locales así como con instituciones externas.

Desde la noción de agencia desarrollada por Giddens, Long (1990) atribuye a los actores la capacidad de procesar la experiencia personal y divisar formas de encarar la vida, aun en situaciones de extrema coerción. Dentro de los límites de la información, la incertidumbre y otras restricciones que existen, los actores son capaces de generar conocimiento. Tratan de resolver sus problemas y aprenden a intervenir en el flujo de eventos sociales que los rodean, y monitorean constantemente sus propias acciones, observando cómo otros reaccionan a sus conductas y toman nota de las variadas circunstancias contingentes.

En el caso particular de los productores que integran estos grupos, sus integrantes son conocedores del lugar subordinado que ocupan dentro de la red de horticultores bolivianos. Integrar parte de un grupo institucional puede formar parte de una estrategia para mejorar su posición en el campo a partir del intercambio de información, la apertura de novedosas formas de comercialización –por ejemplo la feria municipal que se instaló en Villa Regina la temporada anterior– o tener acceso a herramientas técnicas para incrementar su producción. Pero, por otro lado, también deben ser cautelosos de mantener sus lealtades y compromisos con los componentes de la red local de intercambio recíproco, evitando generar conflictos de intereses. En este sentido, la resistencia de los integrantes ante la propuesta de los técnicos de generar modalidades novedosas de comercialización de productos hortícolas en la localidad parece encontrar un límite «de lo posible» si esta práctica pudiera significar una fuente de conflicto con los componentes más antiguos y capitalizados de la red, con quienes mantienen relaciones de interdependencia. Los individuos y los grupos sociales

son, dentro de los límites de su información y recursos y de las incertidumbres que enfrentan, «sujetos de conocimiento», esto es que ellos vislumbran formas de resolver situaciones problemáticas y se comprometen activamente en construir sus mundos sociales, aun cuando ello signifique ser cómplices activos de su propia subordinación (Long, 1990).

En el caso que estamos analizando, vinculado con los agentes más vulnerables de la red, las condiciones de precariedad en la ocupación de la tierra que trabajan y donde tienen localizada su vivienda, los orienta a priorizar los aspectos productivos por sobre las condiciones de vida de ellos y de sus familias. La movilidad geográfica constante, el transcurrir por el espacio se constituye en la norma, en lo medianamente estable. Como consecuencia, se percibe una indiferencia ante los componentes de los programas con «enfoque territorial» relacionados con el mejoramiento de las condiciones de las viviendas así como la incorporación de tecnologías de invernaderos. Los usos del espacio y los ritmos de movilidad desarrollados por estos grupos se inscriben en lógicas distintas a las que estructuran a las políticas de intervención «en el territorio», poniendo en tensión permanente la relación entre sedentarismo y nomadismo.

Se convier te en esencial para los actores sociales ganar las luchas que tienen lugar sobre la atribución de significados sociales específicos a situaciones particulares, acciones e ideas. Alcanzar decisiones implica el uso explícito o implícito de significados discursivos en la formulación de objetivos y en la presentación de argumentos por las decisiones tomadas. Estos significados discursivos o tipos de discursos –construcciones culturales implicadas en la expresión ya sea verbal, o por la práctica social, puntos de vista o valoración– varían y no son sólo elementos inherentes a los propios actores: ellos forman parte del capital de conocimiento diferenciado y de recursos disponibles en los distintos tipos de actores.

La construcción de un espacio socioorganizativo local precisa tomar el desarrollo de espacios sociales y territoriales que sirvan de marco para las interacciones cotidianas entre actores. En este nivel tienen lugar los procesos sociales y las representaciones que posibilitan y condicionan las dinámicas concretas de comportamiento de los actores. En este espacio social cobran forma las interfaces que facilitan el

vínculo entre sistemas y subsistemas sociales diferentes que permiten negociar discontinuidades estructurales e intersecciones contradictorias en términos de intereses, valores, normas. Benencia y Flood (2005) definen a las interfaces como las áreas de conocimiento e interacción que median las perspectivas de una diversidad de actores estatales y no gubernamentales, la población destinataria de los programas sociales, proveedores de insumos, etc., que constituyen un campo socialmente construido a partir de la negociación, la evitación y el conflicto. En él se define la distribución de recursos y la legitimación de formas de intervención de los diferentes actores involucrados, entre los conocimientos acumulados localmente y aquellos técnicamente formalizados y disponibles acerca de tecnologías de producción. La existencia de interfaces alude al carácter inestable, contradictorio y fragmentado del ámbito local como escenario del desarrollo.

Hasta hace pocos años, la inclusión de los migrantes bolivianos en programas de asistencia técnica del sector público estaba en el terreno de «lo no pensable» en la región. En la medida en que estos agentes fueron ocupando un espacio central en el nicho de la horticultura local, empezaron a tener visibilidad para los actores tradicionales, tanto productivos como institucionales. Así, en un período muy corto de tiempo, estos agentes empiezan a ocupar un lugar en el campo de tensiones entre las organizaciones intervinientes en la asistencia técnica, en tanto estas también son atravesadas por la necesidad de desarrollar una construcción discursiva y de prácticas que ponen a prueba sus saberes previos. De esta manera, la asistente social de un municipio valletano califica la acción de otros técnicos en un proyecto de intervención conjunto con un grupo de horticultores,

me sorprende que los ingenieros sean tan rígidos en su planificación y que pretendan que estos procesos se ajusten a su planificación y no al revés. Generan desconfianza, y eso hizo que los plazos se corrieran. Lo que tenían que hacer no lo hicieron que era evitar que haya plagas o preventivamente evitar enfermedades. Hay gente que ha perdido cosas. Además lo que tiene Prohuerta es que no se desesperan con los procesos, saben que lleva un tiempo infinito pero que uno o dos que siembren la semilla, está bien. Los de Cambio Rural no sé qué esperan, van adelante del grupo y no al lado. Deberían ir al lado desde otro rol. (Asistente social, Roca, abril 2010)

Los procesos de conocimiento están imbricados en procesos sociales que implican aspectos de poder, autoridad y legitimación y ellos sirven para reflejar y contribuir al conflicto entre grupos sociales así como para conducir al establecimiento de percepciones e intereses comunes. El conocimiento así como el poder no puede ser medido en términos de calidad y cantidad, es relacional y se manifiesta en procesos de interacciones sociales. Cada agente individual o colectivo administra sus relaciones dentro de una red social que le permite canalizar comportamientos específicos relativos a demandas de información, bienes, tecnologías, empleo, servicios, etc. Dentro de este contexto relacional construido organizará sus capacidades, ejercerá sus habilidades para influir sobre los demás. O sea, desarrollará una estrategia y movilizará recursos dentro de un marco en el que todos los actores administran una cuota de poder. Uno de los campos es con los agentes externos de desarrollo. Toda influencia externa sobre este campo de relaciones es mediatizado por los propios actores y por sus organizaciones locales, quienes reprocessan tales condicionamientos externos en función de sus intereses y necesidades.

En una reunión realizada en el mes de noviembre de 2008, cuando se estaban dando los primeros pasos hacia la formalización de la organización de productores y la participación de las instituciones de apoyo técnico, los profesionales de Prohuerta y de Cambio Rural presentan a Juan, un joven ingeniero agrónomo recién egresado de la universidad, quien fue designado para asesorar a los productores del grupo. Mario, técnico agrónomo con amplia trayectoria de trabajo en el Programa Prohuerta plantea la necesidad de elaborar un plan de trabajo en conjunto e informa a los presentes que, según las pautas establecidas, cada integrante del grupo recibirá una visita mensual en su explotación por parte del ingeniero y además se realizará una reunión grupal. Un clima de malestar se percibía en el ambiente. Súbitamente Heriberto, líder del grupo de horticultores, expresa que

una vez al mes es poco para visitar a los productores y además, no queremos que esté en las reuniones: los grupos son inter-nos, son cosa nuestra, tenemos que controlar al técnico los de la comisión. (Horticultor, Roca, octubre 2008)

También, en una visita que realicé a una chacra hortícola, René demostraba signos de una condición de poder sobre el sistema de conocimiento técnico local, cuando con un tono de descalificación expresaba que

acá no hay ingenieros especializados en horticultura, ni en INTA. Eso nos damos cuenta nosotros. Yo voy y pregunto, qué variedad pongo acá y no saben. Si aparece algún ingeniero va a aprender de nosotros. El otro día sin ir más lejos Juan me preguntaba a mí como combatía las plagas y anotaba. (Horticultor, Huerco, noviembre 2008)



Horticultor supervisando cultivo de lechuga.

4. «Nos sorprendió que quisieran agruparse». **La institucionalización de la red informal**

En este apartado focalizaremos en los procesos organizativos que confluieron en el surgimiento de asociaciones de horticultores migrantes en varias localidades del Alto Valle, y que se encuentran actualmente

protagonizando un activo movimiento de disposición de su accionar hacia la formación de una federación provincial de productores hortícolas con el propósito de crear y administrar un mercado concentrador.⁷ Cada uno de estos momentos implicó la movilización de recursos –fundamentalmente simbólicos– a través de la dinamización articulada entre «redes fuertes» y «redes débiles».

La asistente social responsable de la gestión de créditos a microemprendedores en la Municipalidad de General Roca relata cómo empieza a perfilarse la organización de horticultores en la localidad y el momento en que estos sujetos calificados como «individualistas y pragmáticos» deciden comenzar a agruparse:

Al primero que conozco es a Teófilo que vino a pedir un crédito con el programa nuestro, pero eso hará cuatro años atrás, algo así. Empezamos a relacionarnos y a hablar el tema de la venta de la verdura, cómo lo hacían. Yo siempre tenía la sensación esa, ese prejuicio que le ponen de todo a la verdura, que curan a rajatabla como sea, que no respetan los tiempos de carencia... Y Teófilo lo que me decía es que es cierto que hay muchos que hacen eso pero que también entienden que hay otras maneras. Que él nunca había podido acceder a una capacitación porque no sabía a quién consultar. Era siempre el mismo comentario. Que él había innovado bastante la tradición familiar del cultivo porque había hecho invernáculos, que no era una cosa común entre los bolivianos. Entonces me pareció alguien especial, sigue siendo especial. (Asistente social, Roca, abril 2010)

La caracterización de «ser alguien especial» expresada por la profesional hacia Teófilo refiere a su cualidad de innovador en relación con los comportamientos típicos de la comunidad boliviana en el momento en que comienza la relación hace cuatro años. La denominación de Teófilo como un emprendedor incluye varias facetas: en el aspecto tecnológico, a través de la incorporación de invernáculos; por otro lado su disposición a tomar riesgos a través de la solicitud de un crédito; y fundamentalmente su capacidad de iniciar vínculos con organizaciones que pueden financiar el desarrollo de nuevas ideas. En términos de Barth (citado por Giorgis, 2004), Teófilo es alguien que tiene la

habilidad para identificar oportunidades de acceder a recursos y aprovecharlas.

Recuperar a Mark Granovetter (1973) resulta pertinente para señalar cómo se van construyendo los mecanismos de articulación entre las redes informales y las redes formales institucionalizadas. En situaciones de migración, los lazos fuertes al interior de grupos familiares o de compadres son fundamentales —sobre todo en las primeras etapas— para obtener la información necesaria sobre las oportunidades de trabajo, además de la ayuda material y subjetiva para hacer frente a las incertidumbres derivadas de la situación de migración. Sin embargo, en las redes egocéntricas los lazos débiles tienen gran importancia como puentes locales para crear relaciones, ya que como señala el autor: «cuantos menos contactos indirectos tenga alguien, más encerrado estará en cuanto al conocimiento del mundo más allá de su propio círculo». Desde esta perspectiva, son de fundamental importancia las relaciones que actúan como intermediarias, conectando segmentos que de otra manera permanecerían aislados.

Susana, en su detallado relato, va perfilando la forma en que empiezan a gestarse los puentes entre los miembros de una red familiar de horticultores migrantes y los recursos técnicos, materiales y financieros que resultan cruciales en este momento del proceso de territorialización para «dar el salto» hacia su visibilización ante las instituciones estatales,

entonces lo contacto con la gente del INTA, con la gente del Prohuerta del INTA. Con Mario —referente de Prohuerta— empezamos a ir juntos a ver el invernáculo porque el primer crédito que pide es para esto, es para comprar el nylon... A partir de esto conozco a otros familiares de Teófilo y se les va empezando a dar créditos también y empieza a surgir la idea de poder asociarse, ¿por qué? Porque el problema fundamental es que no eran generadores de precio en la verdura, y si no se unían no se podía. Empezamos a hablar si no les interesaba agruparse, entonces dicen que no hay mucho interés dentro de sus conocidos y ocurre que dos años atrás lo visita alguien que no saben muy bien, suponemos que es alguien de la SAGPyA que les ofrece un crédito para poder comprar maquinaria pero que debían asociarse en una cooperativa para poder acceder.

Les proponemos con Mario empezar a asociarnos y ver qué es lo que ellos quieren, nos reunimos en octubre del 2008 por primera vez con ellos, así más formalmente y llegan 25 personas, que son las más estables. Lo que plantean es como primera necesidad el tema de la tierra, plantean que no son propietarios de la tierra y que siempre están sujetos a renovar los contratos de comodato o de alquiler o de medianería, o como sea. Nunca son dueños de hacer lo que quieren. Todos los años, a no ser excepciones de propietarios —que en el grupo serán cuatro— el resto depende de los contratos. Para vender la verdura también dependen de otros bolivianos que tienen relación con el Mercado Concentrador o que acopian verdura y la venden acá. (Asistente social, Roca, abril 2010)

Para un grupo considerable de horticultores locales, contar con ciertos márgenes de estabilidad sobre la forma de tenencia de la tierra a efectos de reducir las incertidumbres de cada temporada, y empezar a controlar el segmento de la comercialización, aparecen como los objetivos centrales que inciden en la necesidad de agruparse.

Retomamos el concepto de estrategia entendida como las acciones intencionadas sin ser necesariamente producto de un cálculo racional, en tanto permite estudiar el ámbito de mediación entre el contexto macrosocial, el comportamiento individual y familiar de los sujetos y los vínculos entre estos y las redes formales e informales de relación (Pedone, 2006: 102). En este sentido, continúa la asistente social desplegando, desde su punto de vista, las circunstancias que derivaron en la formación de la «asociación»,

son personas con mucha fortaleza y muy individuales. Por eso es que nos sorprendió que quisieran asociarse, pero es una cuestión práctica: el objetivo era aumentar la producción y vender mejor la producción. Entonces empezaron con un objetivo de máxima que era hacer el Mercado Concentrador, que es lo que ellos ven, porque ellos piensan «¿a quién le va bien?, al que está en el Mercado Concentrador de Neuquén», sin ver mucho cómo es el proceso hasta llegar al Mercado Concentrador. Ése es el objetivo de máxima, tratamos de bajar un poco las expectativas y a poner más énfasis en el proceso, lo que fue bastante difícil de hacer, porque ellos al ser tan pragmáticos, esta cosa del conocimiento personal y de la confianza no le dan mucha

bolilla, si bien nosotros vimos que si eso no se hacía no lo iban a poder concretar, es que era un desafío muy importante el Mercado Concentrador. No sé si ellos saben, lo complejo que es, tienen que tener el respaldo de la legislatura, las transacciones económicas, la constancia de la oferta permanente, que ellos no tienen una oferta permanente. Tratamos de bajar las expectativas sin desconocer su necesidad, por eso les propusimos hacer la feria municipal. En enero del 2009 empezaron a ver de hacer un censo de productores porque no sabíamos cuántos productores eran, cuánto se producía, nada sabíamos. Y no hay datos de eso. Si vas al Censo Agrícola dice «tanto de esta verdura, tanto de aquella...». No hay un nivel que el Estado se esté ocupando de eso. Nos llevó un año ponernos de acuerdo con el reglamento de la feria, el borrador de la ordenanza, en eso intervino el INTA con los programas Cambio Rural y Prohuerta, el INTI, la Universidad y nosotros desde Desarrollo Social y Bromatología. El mayor tiempo lo generaron ellos por no respetar los acuerdos y la gente de Cambio Rural. ¿Cómo estamos en este momento? El proyecto fue entregado en diciembre con todo el presupuesto al Concejo Deliberante. Ellos siguen teniendo reuniones pero solos. (Asistente social, Roca, abril 2010)

A partir de su participación en redes de intercambio de reciprocidad indirecta especializada con organismos estatales –municipio, INTA, Ministerio de la Producción de la Provincia de Río Negro– han acumulado cierto capital simbólico y un capital social colectivo institucionalizado como «asociación», figura legal que los habilita a peticionar y a canalizar recursos (Gutiérrez, 2005: 229). El rol de la asociación como nexo e instrumento clave de gestión de los programas es visualizado como un recurso necesario:

ellos estaban muy preocupados por tener una figura legal que contenga al grupo, nosotros les dijimos que eso era el final y no el principio, pero siguieron pensando lo mismo. (Asistente social, Roca, abril 2010)

Así, en un proceso de negociación, no exento de conflictos con las instituciones públicas, van desarrollando prácticas destinadas a acumular y reforzar el capital político, que se pueden invertir en alguna

estrategia colectiva para lograr el beneficio accesorio y rentable, a mediano o largo plazo de crear y mantener relaciones con gente que tiene poderes lo que les permite manejar recursos apreciados (Gutiérrez, 2005: 282). La vinculación con los técnicos se constituye como capital social que puede ser movilizado en determinados momentos como fuente de ayuda y acompañamiento, por ejemplo en la gestión de trámites. Los referentes de la asociación califican así a la Dirección de Desarrollo Social del Municipio y al INTA como organizaciones de apoyo:

Susana nos está ayudando a armar el grupo y cuando hagamos proyectos también nos va a asesorar, en poco tiempo ha averiguado muchas cosas. (Rogelio, Roca, octubre 2009)

Todavía no tenemos técnico, pero nos dijeron que nos van a asignar uno, para nosotros tener el respaldo del INTA es muy importante. (Heriberto, Roca, setiembre 2009)

El capital social, subraya Alicia Gutiérrez (2005: 253), constituye una fuente de poder que se acumula, se invierte y se reconvierte en otras formas de capital a través de distintas estrategias asumidas en el contexto familiar y también en el contexto de la red local, bajo la forma de estrategias colectivas.

5. «¿No será hora que nos conozcan?».

La Asociación de horticultores de General Roca

Un sábado de fines del mes de octubre de 2008 asistí en carácter de observadora a una reunión de horticultores del Alto Valle en las instalaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la ciudad de General Roca. No era una reunión más, la convocatoria ampliada a todos los productores de hortalizas de la región –desde Campo Grande hasta Villa Regina– integrantes de la «colectividad boliviana», estaba destinada a instalar las bases de la institucionalización de la red informal de horticultores.

El espacio del estacionamiento se llenó de camionetas y pequeños camiones de antigüedades diversas, con sus típicas cúpulas de listones de madera y lonas, características de los transportes de produc-

tos hortícolas. Los anfitriones descargaron cajas con empanadas y bebidas gaseosas para convidar a los productores que llegaban de otras localidades. El encuentro congregó a un número cercano a los 30 horticultores, todos hombres integrantes de grupos de productores de varios municipios. También participaron del evento el referente de Desarrollo Rural de la estación experimental del INTA, las ingenieras del Programa Social Agropecuario y de Cambio Rural, y la asistente social del municipio de General Roca. El conjunto de «técnicas» y de esta observadora éramos las únicas mujeres presentes en la reunión. Las ausencias físicas de los representantes de varios grupos de productores que no concurrieron porque «están desorganizados», fueron cubiertas por los informes de las ingenieras asesoras de esos grupos, quienes hablaron en nombre de ellos.

El encuentro se inició con la lectura de un temario que había sido previamente elaborado y consensuado en una reunión realizada en Allen dos meses atrás. El orden jerarquizado de puntos a tratar estaba plasmado en un papel afiche y circunscribía la discusión a las cuestiones de: a) organización, b) competencia, entre los mismos horticultores y con horticultores de otras provincias, c) comercialización, d) acceso a la tierra, e) rol de las mujeres, f) asistencia técnica.

Además presentaron un listado de metas a futuro, entre las que se destacan la formación de grupos en todas las localidades, elección de representantes tendiente a constituir una federación u otra forma de representación de segundo grado, conseguir capacitación en temas referidos a «organización» y buscar asesoramiento legal para conformar la figura asociativa. En relación con la comercialización, se evidenciaba la intención de abrir un mercado concentrador en «alguna localidad del Alto Valle» de Río Negro; planificar la comercialización local a través de ferias locales, tramitar créditos y/o subsidios, y respecto del tema «tierra», tratar de conseguir contratos con propietarios por mayor tiempo, pedir tierras fiscales a los municipios o a la provincia.

A lo largo de la reunión, se fue desplegando la intencionalidad de visibilizarse como colectivo de productores bolivianos, en verbalizaciones tales como: «en cualquier pueblo se ve verdura pero no se sabe quién la produce, quién pone el hombre, quiénes son los productores, ¿no será hora que nos conozcan?» (René, Ingeniero Huergo). Cada representante, al dar un somero informe sobre la situación en su loca-

lidad, aprovechaba el espacio para pronunciarse enfáticamente, «somos un poco duros para juntarnos. Si no gritamos juntos no nos van a escuchar, para que nos reconozcan tenemos que armar esto, es hora que nos conozcan» (Dino, Campo Grande).

Ese «nosotros» enunciado por todos y cada uno de los participantes alude a una identificación por nacionalidad en un momento en el cual es estratégico, desde lo simbólico, ser reconocido como boliviano. En determinadas situaciones como la señalada, ante la «sociedad mayor», se subordinan las identificaciones y distinciones de etnia, clase y región que sí existían en el país de origen a una etnicidad definida en términos nacionales (Grimson, 2005).

La necesidad de la formalización de esta red social se impone como un límite que urge ser cubierto, para poder así acceder a recursos financieros y políticos con componentes de las redes indirectas. El representante de Campo Grande expresa: «y no podemos presentarnos ante otras instituciones porque no tenemos nuestros papeles». Los 16 integrantes del grupo comercializan en forma conjunta en el Mercado Concentrador de Neuquén, y afirma «el grupo quiere un mercado concentrador en Río Negro. Ahora no vamos a pelear por localidad, si no todos juntos».

Los productores de General Roca —calculados en un total de 40 horticultores— se encuentran en un estado más incipiente de organización ya que informan que el grupo se conformó a partir de la reunión realizada el 30 de agosto en Allen. Heriberto, líder del grupo roquense, fundamenta la necesidad de concretar la creación de un mercado en la provincia amparado en el argumento que «el 80% de la producción hortícola de Río Negro se comercializa en Neuquén a través del Mercado Concentrador».

A pesar del esfuerzo por dejar sentado que «se convoca a todos los productores, sea lo que sea —boliviano, español, italiano— y también que no sea solo horticultor: puede tener granja o dedicarse a otras producciones», todos los productores presentes comparten ciertos rasgos que los diferencian de «los técnicos» y los marcan como un colectivo de identificación (Pizarro, 2007) como migrantes y como bolivianos, adscripción que se exterioriza tanto desde la presencia como desde el discurso, «sabemos bien cómo inmigramos, y como llegamos aquí con un bolso vacío y ahora tenemos dónde sombrearnos».

Una vez finalizada la rueda de presentaciones de cada localidad, Heriberto, posicionándose en un lugar de liderazgo, inicia su discurso en un tono solemne y muy cuidadoso en el uso de las palabras, contrastando con las exposiciones de otros connacionales que lo habían precedido. En su extensa alocución va explicitando el alcance y la significación que le da este colectivo a la expresión «ya es hora que nos conozcan». También queda expuesto claramente el sentido de oportunidad para instalar «en el aquí y ahora» la institucionalización de la red local, en la medida en que se lo significa como el dispositivo organizacional que proporcionará capacidad legal y legítima a estos agentes transnacionalizados para gestionar aspectos relacionados con los recursos que están disponibles en el medio, en un contexto sociopolítico de oportunidades progresivamente favorable en el espacio institucional nacional,⁸ y que se replica en lo regional y local,

Lo único ahora con tantos años de lucha, de golpe, y siempre lo mismo, todo lo mismo, lo único que queremos un día ser conocidos como productores y respaldados como productores. Que alguien nos mire y nos reconozca un poquito a la producción. Que no venga mercadería de afuera, digo yo, teniendo tan linda tierra, agua de sobra que tantas provincias no lo tienen, pudiendo generar mano de obra y que entre mercadería de afuera no lo entiendo. Yo cuento por semana entran siete, nueve equipos de verdura y eso se consume acá en Roca y toda esa plata se va a otra provincia, ¿por qué? Me pregunto si algún día tendré oportunidad de preguntar a un intendente, ¿no se puso a pensar eso?

Acá se puede producir más barato, generar mano de obra. Darle una oportunidad al productor, en vez de que trabajes en tres hectáreas, trabajá en seis. En cambio no, entra esa mercadería de allá, ¿y nosotros? Y manejan los precios ellos, nosotros no somos dueños de esa mercadería. Esto es tierra de nadie. Entra sin ningún control, así como así y se llevan la plata, ¿por qué? Si yo quiero vender mi producción a Neuquén al Mercado Concentrador, tengo que pagar un canon y por qué semejantes camiones que entran con toneladas y toneladas y no pagan nada. Esto es una cosa que nadie lo toma en cuenta. Esto es algo que está para hurgarlo... «¿por qué tanto movimiento, tanto riesgo en la ruta, pago de impuestos? Y además la gente de Río Negro va a comprar verdura a Neuquén y la vuelve a

entrar a la provincia». Será por falta de unirse nosotros, de ir y tocar puertas no sabemos a dónde aladearse con algún político. (Heriberto, Roca, octubre 2008)

Lo que Heriberto propone «hurgar» se relaciona con la modalidad de la comercialización de productos hortícolas y frutícolas para el mercado interno a nivel regional. El único mercado concentrador de frutas y hortalizas del norte de la Patagonia se encuentra localizado en Centenario, en la provincia de Neuquén, distante 60 kilómetros de la ciudad de General Roca, y a más de 100 kilómetros de las localidades ubicadas en el extremo este del Alto Valle. Al atravesar el puente carretero que une las provincias de Neuquén y Río Negro, todas las cargas son registradas por el CIPPA⁹ y deben abonar una tasa provincial. En el mercado, los productores hortícolas rionegrinos venden sus hortalizas en puestos o en playa, y si bien la mayor parte de la producción queda en Neuquén debido a la creciente demanda, también es cierto que parte de esos productos regresan a la provincia de Río Negro por la Ruta Nacional N° 22, en un recorrido inverso.

Para comprender la capacidad de agencia de estos inmigrantes, recuperamos el concepto de «formas de pertenecer» en contextos de migración transnacional. En un principio, las redes de parentesco y paisanaje se fueron consolidando en las localidades del Alto Valle, a través de las llamadas «colectividades».¹⁰ Casi todos los entrevistados coincidieron en vincular el surgimiento de esos espacios con la necesidad de «juntarse los bolivianos», debido a la discriminación que sufren por parte de la población local. Los campeonatos de fútbol y las celebraciones de fiestas patrias y religiosas constituyen el eje de las actividades centrales de congregación de connacionales. Grimson (2006) puntualiza que en algunos grupos migrantes se observa una tendencia a producir reagrupamientos en función de sus identidades étnicas. Frente al contexto hostil y a la imposibilidad de articular identidades sociales más amplias, se presenta una tendencia a una creciente identificación étnico-nacional que incluye diversos dispositivos institucionales tales como fiestas, ferias, ligas de fútbol, organizaciones civiles y federaciones que luchan por los derechos.

En el valle, el calendario de las celebraciones está íntimamente ligado al ciclo agrícola. En agosto se concentra la festividad de la Inde-

pendencia de Bolivia –el día 6– y la celebración de la virgen de Urkupiña, cada domingo cercano al 15 de agosto. Estas fiestas reúnen a grupos bolivianos de localidades cercanas y también de la provincia de Neuquén y de la provincia de Buenos Aires, y se instituyen como rituales de iniciación de un nuevo ciclo productivo, que incluye la recepción de los migrantes para la nueva temporada, tanto de los que vienen de Bolivia como de otras regiones del país.

Las conmemoraciones ocupan un lugar central en el espacio social transnacional, en tanto renuevan la solidaridad afectiva y refuerzan los lazos sociales y los ritos; se presentan como dispositivos para ratificar la pertenencia a un orden, se inscriben en un ámbito de producción y re-construcción de identidades vinculado a la colectividad boliviana. Esta estrategia identitaria desarrollada por los migrantes ayuda a fortalecer la red social en el sentido de potenciar la movilización de identidades culturales y religiosas en un espacio-tiempo de referencia. Más que una tradición que se conserva, pareciera tratarse de una tradición que se produce y se reproduce en el marco de la inmigración (Grimson, 2005), en tanto el ritual recarga energías vitales, materiales y simbólicas permitiéndoles regresar a la vida cotidiana del trabajo, de la discriminación, en muchos casos de la ilegalidad.

Estas concentraciones de paisanos, además, ofician como espacios de circulación de información sobre la posibilidad de acceso a la tierra, las condiciones del mercado comercializador, las tendencias de los precios de las hortalizas. Y fundamentalmente, se constituyen en oportunidades para perfilar la formalización de las redes endógenas y «ser reconocidos» por las autoridades para gestionar de manera colectiva los recursos en juego. Es así como podemos constatar el ajuste entre el surgimiento reciente de las asociaciones de productores formalizadas y la preexistencia de espacios informales denominados «colectividades». Esa trayectoria da cuenta de la agentividad de los inmigrantes bolivianos en el valle, quienes en el proceso de institucionalización de ciertas redes de parentesco y paisanaje precursoras, aumentaron su visibilidad económica, social, política y simbólica articulando una identidad proactiva (Pizarro, 2007: 10).

6. Los medios de comunicación y la imagen pública

A partir de la formalización de la red y del fortalecimiento del entramado con agentes de las instituciones públicas, la estrategia de este colectivo orientó sus tácticas hacia su reconocimiento por parte de la población local a través de su aparición en los medios masivos de información regionales.

El relato mediático sobre los bolivianos fortalece el lugar de «otredad». La presencia de la comunidad boliviana en los medios gráficos generalmente se circunscribe a dos cuestiones: por el pintoresquismo de sus costumbres indígenas y sus fiestas:

El intendente de Viedma ha caratulado la fiesta del Inti Raymi como un patrimonio cultural de la ciudad, lo que demuestra una presencia importante de la comunidad boliviana en el devenir cotidiano de la capital rionegrina. (Diario *Río Negro*, 22 de abril de 2010)

En la Colonia 12 de Octubre de Allen, decenas de inmigrantes bolivianos se reunieron ayer para celebrar el carnaval y homenajear a la Pachamama (Madre Tierra). Las comparsas recorrieron la zona ladrillera con música folclórica y atuendos típicos, propios de la cultura boliviana. Los inmigrantes bolivianos que trabajan en la actividad ladrillera se han encargado de conservar intacta la tradición que trajeron desde su país. Durante los días que dura el carnaval se organiza un desfile de grupos que bailan diferentes danzas populares y folclóricas. (Diario *Río Negro*, 9 de marzo de 2011)

O, por el contrario, cuando quedan desprovistos de la esencialidad folklórica, suelen aparecer en las páginas dedicadas a las noticias policiales, como víctimas o como victimarios:

En medio de un delicado estado psicológico y físico, una joven de origen boliviano habría denunciado que una familia perteneciente a la misma comunidad, la retuvo «por la fuerza» en la localidad de Cervantes, al menos durante cuatro años. En ese lapso, fue sometida a tareas de servidumbre y además habría sido víctima de maltratos físicos por lo que finalmente logró

fugarse y efectuar la denuncia ante las autoridades municipales y policiales. (Diario *Río Negro*, 2 de abril de 2009)

Bajo el título «Procesamiento por trata para la explotación laboral», el 7 de octubre de 2010, el diario *Río Negro* informa que

La Justicia Federal de Roca confirmó el procesamiento contra cuatro personas radicadas en esta ciudad, oriundas de Bolivia, que habrían «acogido» a dos jóvenes de ese país para someterlas a explotación laboral.

Si nos remitimos a la imagen instalada en la comunidad local respecto de los horticultores bolivianos, estos quedan en un lugar de sujetos que hacen uso irresponsable de plaguicidas, que vienen «a sacarse el hambre a la Argentina sin dejar beneficios porque no contratan trabajadores argentinos» y además, que por su condición cultural son proclives a la explotación de la mano de obra.

Desde el mes de marzo de 2009 y hasta mediados de 2010, la imagen de Heriberto pudo ser visto en extensas notas periodísticas tanto en la prensa gráfica, como en diario digital, además de en programas televisivos y hasta en la página de videos denominada Youtube. Veamos la acción del líder de los horticultores locales, orientada a modificar la imagen estigmatizada de los bolivianos, especialmente de aquellos que se dedican a producir productos hortícolas.

Un rastreo en la prensa regional da cuenta de la simultaneidad entre la creación de la asociación y la creciente visibilización del colectivo de horticultores bolivianos en los medios gráficos y también en internet, con la característica de estar personalizado en la figura de su presidente.

Al interior de los grupos de horticultores es posible identificar redes sustentadas en lazos de parentesco y de paisanaje que constituyen el fundamento de prácticas de intercambio de bienes y servicios de manera solidaria, unidos por relaciones que pueden ser definidas como horizontales. Sin embargo, en esas redes no todas las relaciones son simétricas y horizontales. La legitimación de su capital social y político a partir de haber sido elegido presidente de la Asociación de Horticultores de General Roca coloca a Heriberto en una posición dominante en las redes de intercambio. Actualmente se encuentra en proce-

so de reconvertir su capital social en capital económico bajo la forma de productor revendedor, ya que –además de ser él mismo productor– también acopia la mercadería de varios productores imponiendo sus propias condiciones en las operaciones para su comercialización en el Mercado Concentrador de Neuquén.

Una publicación digital especializada en temáticas productivas regionales dedica gran parte de su edición del 15 de marzo de 2009 a la producción hortícola regional bajo la caracterización de «producción alternativa». El protagonista de la nota es el presidente de la asociación y para presentar al entrevistado, en el encabezado de la nota se lee: «Heriberto Llanos, presidente de la Asociación de Productores de General Roca, reclama mayor capacitación y controles para no intoxicar a la gente...».

Extractamos algunos segmentos de la entrevista:

Los horticultores avanzan allí donde la fruticultura deja un espacio vacío: chacras semiabandonadas o improductivas. «Será que (los dueños) se cansan, no sé, pero no las trabajan. Hay mucha tierra así. Pero acá nadie (los bolivianos) ocupa. Se busca al dueño y se le alquila». (*FruticulturaSur*, 15 de marzo de 2009)

En un contexto espacial e histórico atravesado por formas activas de «tomas» de tierra por parte de trabajadores rurales asalariados de la fruticultura para resolver los problemas de viviendas, Heriberto necesita puntualizar que los bolivianos «no ocupan» tierra, sino que pagan un precio por su uso. Esta exaltación del deber moral de sus connacionales tiene como destino a una comunidad que ha reaccionado con malestar y temor por las acciones colectivas implementadas por los obreros rurales en los últimos meses.

Ante la pregunta del periodista por el riesgo resultante por el uso de plaguicidas –tema recurrente en cualquier conversación sobre horticultura– el presidente de la asociación responde:

Ese es el otro motivo por el que queremos más controles. Nuestro plan es que cuando el consumidor compre nuestra producción sepa de dónde viene y qué se le puso. Tenemos que ponerlo en la propia hortaliza o publicarlo en algún lado, vamos a

ver. Porque si la gente lo conoce, lo va a consumir. Por eso nos juntamos, para mejorar la calidad. Me parece que la capacitación es la base con la que deberían contar todos los manipuladores de plaguicidas en particular sobre el uso racional de los mismos ya que son productos químicos. Los controles son indispensables porque permiten realizar un diagnóstico de la situación y detectar oportunidades de mejorar las prácticas de manejo. Para estas dos necesidades es crucial el acompañamiento y apoyo de las instituciones involucradas, en particular de los municipios y organismos de contralor. (*FruticulturaSur*, 15 de marzo de 2009)

En el Suplemento Rural del diario *Río Negro*, del 30 de abril de 2010 nuevamente encontramos una nota que se inicia con el sugerente título: «El productor que no quiere intoxicar», aludiendo al presidente de la Asociación de Horticultores. En el registro periodístico se reproducen las marcas y los estereotipos construidos en relación con los bolivianos:

Nació en Bolivia, es bajo y fornido, las manos callosas, la piel cobriza, el pelo negro corto, el tono sin estridencias, el hablar pausado y firme. (*Río Negro*, 30 de abril de 2010)

Llanos vuelve a lo suyo: flexiona las piernas, dobla la cintura, se inclina hacia adelante y mueve los brazos a ritmo veloz mientras crece la pila de hojas verdes. Son las 10 de la mañana y sólo durmió tres horas: a las dos de la madrugada partió hacia el Mercado Concentrador de Neuquén para vender 500 kilos de cebolla de verdeo y 300 de acelga. Volvió a las 9 y ahora prepara la carga que llevará mañana. (*Río Negro*, 30 de abril de 2010)

El tenor de la nota es similar a la reproducida en párrafos anteriores, de ella sólo queremos destacar las palabras de Heriberto cuando confiesa su «sueño» de armar una federación de productores hortícolas desde el Valle Medio hasta Neuquén, con ferias en cada ciudad y un mercado concentrador rionegrino «así evitaríamos la intermediación y podríamos llegar más directo y más barato a los clientes».

Es interesante destacar la adecuación del lenguaje cuando el discurso se dirige al «público general» y la particular puntuación puesta en dos aspectos: garantizar a la población la inocuidad de lo que producen los horticultores asociados, y además ofrecer mercadería a más bajos precios para beneficiar a la población consumidora. En cambio, en el ámbito de reuniones de productores connacionales, la motivación para instalar el mercado concentrador y vincularse con las organizaciones refiere a la necesidad de controlar el mercado hortícola, ampliar los márgenes de ganancia y sumar más hectáreas a la horticultura.

La estrategia organizacional de los horticultores migrantes en esta coyuntura histórica encuentra ajuste y complementación en el entramado institucional, tanto a nivel nacional como provincial. El caso que estamos analizando pone en evidencia que esta categoría de agentes en los que se combinan las variables de producir para el mercado interno, con características minifundistas y dispuestos a emprender acciones colectivas, están siendo disputados como destinatarios de las políticas de diversos programas de intervención técnica y crediticia.

Nos retrotraemos al año 2008, en los momentos fundacionales de la asociación, para poder dimensionar la visibilidad que ha adquirido la organización, además de rescatar la eficacia de la capacidad de agencia que desarrollaron estos actores. Esto se pone de manifiesto en una entrevista que mantuve con Heriberto en agosto de 2009,

en 2008, cuando ya nos reuníamos pero no éramos una agrupación formal, conseguimos que el INTA designara un ingeniero agrónomo que nos asesora sobre cuándo sembrar, cuándo abonar, cuándo curar y cuándo cosechar. Todo eso lo anotamos en un cuaderno de campo. Juan, el ingeniero, visita cada plantación dos veces por mes. Esto es bueno porque hasta ese momento nadie nos había dado apoyo técnico. (Heriberto, Roca, agosto 2009)

A sólo un año y medio de este relato, la Asociación de Horticultores de General Roca organizó un encuentro de horticultores de los valles irrigados de la provincia de Río Negro, que transcurrió en dos jornadas.¹¹ El encuentro nucleó a 113 productores en representación de 370 horticultores de las localidades de Roca, Campo Grande, Río Colorado,

Valle Inferior y Viedma. Al cierre del encuentro asistieron el vicegobernador de la provincia de Río Negro y el director general de Desarrollo Territorial del Ministerio de Producción, además de funcionarios nacionales, provinciales y municipales, legisladores y el cónsul boliviano en la Patagonia.¹²



Encuentro de Horticultores. Allen, 17 y 18 de mayo de 2010.

El encuentro tuvo repercusión en la prensa local y nuevamente el presidente de la Asociación oficia de vocero:

Solicitamos a los funcionarios que se asignen 5 hectáreas para construir el mercado concentrador en Cipolletti –señaló a «Río Negro» Heriberto Llanos, presidente de la Asociación de Productores Hortícolas de General Roca—. De ese modo bajarían los precios al evitar la intermediación y sería más eficaz el control de residuos de plaguicidas. Por los mismos motivos también pedimos que se autoricen ferias en cada localidad. La mayor parte de los productores son arrendatarios o medieros. «Es por eso que necesitamos apoyo para que puedan comprar y trabajar la tierra propia», afirmó Llanos. (Diario *Río Negro*, 19 de mayo de 2010)

El logro más importante de este encuentro con agentes decisores de políticas, fue la conformación de una Mesa Provincial de Horticultura para generar intercambio de información y establecer las políticas necesarias de manera conjunta con la Legislatura de la provincia de Río Negro. Esa mesa quedará conformada por el CEIAC,¹³ los referentes de las Organizaciones de horticultores, el INTA, el INTI, el Ministerio de Producción de la provincia de Río Negro y el PRODERPA.¹⁴

A lo largo de la descripción del proceso de institucionalización de esta red local, pudimos apreciar cómo este tejido social de unidades hortícolas constituye un campo de relaciones donde está en juego la posesión de capital social, asociada también al capital informacional. Este campo se articula con un sistema mayor donde se posicionan otros agentes sociales que están dotados de poderes ligados a recursos apreciados por la red local (Pedone, 2006: 188).

Hemos podido observar las múltiples y complejas formas en que los migrantes bolivianos desarrollan capacidades de agencia para consolidar instituciones y construir liderazgos locales en el seno de la sociedad argentina. Estas modalidades novedosas y recientes para la región forman parte de los artefactos materiales y simbólicos propios de los espacios sociales transnacionales, que ponen en juego los migrantes para garantizar su reproducción social en los contextos económicos, culturales y políticos en los que su accionar se articula.

Así como en el presente capítulo se describió el proceso de creciente visibilización de estos agentes, y cómo se fueron empoderando las redes de relaciones familiares y de paisanaje en el caso de migrantes con cierta trayectoria en el espacio local, en el siguiente se presentará otro tipo de entramado social, en el cual se combinan redes familiares altamente jerarquizadas vinculadas con migrantes en situación de precariedad, y los requerimientos de una empresa del sector formal.

Notas:

¹ Entendemos «masa crítica» como el incremento de densidad de migrantes en un determinado territorio, entre los que existen conexiones de alta densidad (Moya, 2004).

² La noción de estrategia en Bourdieu no hace referencia a la prosecución intencional de fines calculados sino al desarrollo activo de líneas objetivamente orientadas que obedecen a regularidades y forman configuraciones coherentes y socialmente inteli-

bles habida cuenta de las condiciones sociales externas e incorporadas por quienes producen las prácticas (A. Gutiérrez, 1997: 28).

³ La noción de capital social en Bourdieu se diferencia de las definiciones desarrolladas por los referentes del análisis de las redes sociales (ARS), ya que para estos últimos el capital social es una «cosa» en el sentido de algo que se crea y está allí independientemente de cuál pueda ser su utilización (Baranger, 2004: 210).

⁴ Hago referencia a la etapa exploratoria para la elaboración de la tesis de Maestría en Sociología de la Agricultura Latinoamericana FADECS-UNComahue.

⁵ Localidad ubicada en el extremo este del Alto Valle del Río Negro.

⁶ Algunas de estas familias han trabajado como medieras en el enclave económico que se analizará en el Capítulo 6.

⁷ Los procesos que se analizan en este segmento de la tesis están aconteciendo en el tiempo, situación que conlleva ventajas y desventajas para la tarea de investigación. Las primeras refieren a la posibilidad de observarlas en el terreno mientras se producen, pero también impone un grado de cautela y vigilancia epistemológica para poder tomar la distancia analítica necesaria.

⁸ A partir de 2008 se empiezan a desplegar políticas públicas orientadas a los productores familiares. Una manifestación de este enfoque lo constituye la instalación a nivel nacional de la Subsecretaría de Agricultura Familiar dependiente del recientemente creado Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca.

⁹ Centro de Ingreso Provincial de Productos Alimenticios.

¹⁰ Durante el trabajo de campo registré «colectividades» de bolivianos en las localidades de Ingeniero Huergo, Cervantes, General Roca y Allen.

¹¹ El encuentro se realizó en instalaciones de la Unión de Trabajadores de la Educación de Río Negro, los días 17 y 18 de mayo de 2010.

¹² La convocatoria al diplomático en presencia de funcionarios nacionales y provinciales fue estratégica para presionar la aceleración de las gestiones para que los 6.000 inmigrantes que ya han iniciado los trámites puedan regularizar su situación. El Consulado del Estado Plurinacional de Bolivia con asiento en Viedma se creó en agosto de 2008 y tiene jurisdicción en toda la Patagonia y sur de la provincia de Buenos Aires.

¹³ Centro de Estudios e Investigación en Asuntos Cooperativos, Facultad de Economía y Administración, Universidad Nacional del Comahue.

¹⁴ Programa de Desarrollo Rural de la Patagonia, dependiente del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación. Es un proyecto de desarrollo rural dirigido a mejorar las condiciones económicas y sociales de la población rural pobre de las provincias de Chubut, Neuquén, Río Negro y Santa Cruz. Está basado en un enfoque territorial y actúa descentralizadamente.

Capítulo 6

Redes jerarquizadas y enclave étnico

1. Flexibilidad laboral en circuitos transnacionales

La fase actual del capitalismo acentúa la tensión y contradicción entre el discurso de satisfacer una demanda de los consumidores y la precariedad laboral y de vida de los trabajadores agrícolas. Las características de la economía informal incluyen el uso intensivo de la fuerza de trabajo, la centralidad de las relaciones no económicas tales como el parentesco como parte del cálculo económico de la empresa y la ausencia de cualquier regulación formal de estas actividades (Lomnitz, 2001: 102).

A lo largo del capítulo presentaremos las complejas articulaciones entre los diversos actores intervinientes en este campo social transnacional que vinculan a una cadena supermercadista con influencia territorial en toda la Patagonia y una red de familias bolivianas altamente jerarquizada con nodos en dos territorios en la Argentina y dinámicos vínculos en las localidades de origen ubicadas en la zona rural de Sucre. Estos nuevos trabajadores, dada su disponibilidad y vulnerabilidad, se muestran predispuestos a integrarse en el mantenimiento de la economía sumergida (Pedreño y Riquelme Perea, 2007).

En un contexto de flexibilidad productiva, Sara Lara Flores y Hubert de Grammont (2000) aportan elementos para pensar que existen mecanismos empresariales que legitiman la segmentación en el mercado de trabajo, y que, en empresas de complejidad variable, se dan las condiciones que posibilitan la creación de mercados laborales

internos en los cuales hay un sector que podría encuadrarse dentro del segmento primario, de empleos estables, regulados por reglamentaciones laborales y salariales; en tanto se consolida un segmento —no reconocido— conformado por grupos migrantes con asignación indirecta de tareas a destajo, caracterizadas por la eventualidad y la falta de registros.

La existencia de circuitos transfronterizos constituye un componente de la economía globalizada, lo cual significa que la llamada economía sumergida o informal no es una desviación o anomalía del sistema, sino más bien un elemento estructural del mismo, y por lo tanto «la creciente desregulación y precarización de gran parte de los trabajadores asalariados convive y sustenta los empleos regulados, con salarios elevados y mayores derechos» (Sassen, 2003: 16). La informalización introduce flexibilidad, reduce las cargas de la regulación y disminuye los costos, en particular los del trabajo. Así, los inmigrantes son actores importantes en las nuevas economías sumergidas ya que absorben los costos de informalizar las actividades productivas que conllevan más riesgos para las empresas.

La expansión de los circuitos productivos alternativos invisibiliza la fuerza de trabajo que los sustenta y, lejos de representar una carga, el trabajo de los migrantes constituye una fuente importante de obtención de beneficios económicos para las empresas. Desde una mirada que incluye la complejidad de la estructura del mercado de trabajo rural, coincidimos con Sara Lara Flores (2001) en sostener que las empresas desarrollan lógicas de organización del trabajo sumamente versátiles, y entre otros aspectos toman en cuenta las ventajas de un sector de características campesinas con potencial productivo al que se le delega la parte de los procesos productivos más intensos en mano de obra a través de modalidades que se asemejan a la agricultura de contrato, y por fuera de las legislaciones laborales, limitando así el riesgo que representan los procesos productivos y las inversiones de capital. En consecuencia, podemos afirmar que la precarización en el mercado de trabajo va de la mano con la aplicación de las nuevas modalidades productivas. La calificación como eje de distinción ha dejado de tener un lugar privilegiado, dando paso al reconocimiento de «competencias» que se vuelven más valorizables en ciertos nichos laborales y dan lugar a una segmentación por etnia o por procedencia ciudadana.

Con el propósito de comprender las modalidades que asume en la región esta modalidad de organización productiva y laboral, se hará foco en el transnacionalismo como un elemento fundamental para explicar el funcionamiento de un enclave económico étnico donde, como señalan Arjona y Checa Olmos (2006), se rompe con la idea de un tejido empresarial formado por empresas pequeñas, informales, circunscriptas al espacio donde se ubican. Se sostiene además que son elementos necesarios para la aparición de un negocio étnico la existencia y mantenimiento de sólidas redes migratorias, así como las habilidades para relacionarse con un mercado de trabajo segmentado y la inserción en un nicho laboral dentro del marco de una estructura de oportunidad y de un contexto de recepción.

Además, se intentará fundamentar la interrelación funcional entre la llamada economía informal o subterránea y la economía formal, alejándonos de las perspectivas que conciben a los mecanismos informales como fuerzas exógenas que «desvían» el uso de las estructuras formales. En este sentido, y a partir del análisis de un caso específico, podemos afirmar que la expansión de la economía informal reduce los costos de producción, en tanto favorece la flexibilización y la desregulación de la fuerza de trabajo y crea las condiciones para la absorción de mano de obra migrante, que carga con el peso de informalizar las actividades productivas y reducir los riesgos. Por lo tanto, convenimos en que

la construcción social de trabajadores vulnerables es el resultado, en gran parte, de la articulación de procesos migratorios, del establecimiento de condiciones objetivas que ubican a estos trabajadores en posiciones sociales desfavorables y de sus proyectos migratorios, que resultan funcionales a las estrategias empresariales. (Benencia y Quaranta, 2009: 110).

En términos generales, las hortalizas que se venden en una verdulería de barrio o en un supermercado en casi todo el territorio de la Argentina tienen un origen común: el trabajo precario sustentado en mano de obra migrante boliviana. Existe una tendencia hacia la reorganización de la producción hortícola para que sea cada vez más flexibilizada y descentralizada, a través de diversas formas de subcontratación, haciendo uso de la economía informal (Lieutier, 2010: 74).

Se advierte una propensión en el discurso de agentes de organismos del Estado, de organizaciones no gubernamentales, así como también en algunos ámbitos de discusión académica, a vincular los circuitos migratorios con los mercados informales y la clandestinidad, y a argumentar que su funcionamiento acontece por fuera de la economía formal. Sin embargo, el sector de subsistencia y la empresa capitalista moderna, lejos de estar desconectados, se encuentran articulados a través de una dinámica en la cual los procesos de las migraciones transfronterizas resultan una pieza fundamental en la cadena de valor de la horticultura y, lejos de ser un elemento marginal del sistema, es constitutiva de ella.

La expansión de la economía informal reduce los costos de producción, en tanto favorece la flexibilización y la desregulación de la fuerza de trabajo y crea las condiciones para la absorción de mano de obra extranjera, que sostiene la informalización de las actividades productivas. La mayoría de los autores que desarrollan marcos conceptuales en relación con los mercados formales e informales tienden a tratar los mecanismos informales como fuerzas exógenas que «desvían» el uso de las estructuras formales. En este sentido resulta elocuente el siguiente fragmento:

(...) la producción hortícola está en gran medida en manos de la comunidad boliviana y se realiza por canales de producción y comercialización absolutamente «alternativos» por no decir de economía en negro. Pero esta posibilidad es la que permite tener en las verdulerías de barrio hortalizas baratas, en muchos casos más económicas que en los supermercados aunque carezcan muchas veces de la calidad y de la frescura ofrecidas en las góndolas. (...) Es decir que la seguridad alimentaria de los argentinos se encuentra hoy en gran medida garantizada por circuitos de producción y comercialización clandestina, a la vez que por la sobreexplotación de la comunidad boliviana. (Boy, 2006: s/d)

En los últimos años ha aumentado la comercialización de frutas y hortalizas a través de las cadenas de supermercados estableciendo, de esta manera, un sistema que permite la comercialización directa a los centros de distribución por parte de un «mayorista acopiador», que es provisto por productores individuales o constituidos en grupos. A efec-

tos de aportar elementos para comprender la estructura de comercialización de hortalizas, Bocchicchio y Cattáneo (2009) proponen una visión en conjunto de ambos mecanismos y, citando a Zenger *et al.* (2001), sostienen que ambas instituciones –formales e informales– interactúan en forma permanente en situaciones de complementariedad o de sustitución. Los autores enfatizan que los mecanismos informales tienen la ventaja de promover una mayor flexibilidad brindando respuesta a las condiciones cambiantes del contexto.

Lejos de ser marginales o excluidos, los trabajadores migrantes están en el centro de estos procesos económicos y sociales, en tanto se constituyen en sujetos indispensables para la creación de riqueza. Desde su posición periférica, actúan a través de una función de denegación de derechos, (re) presentando como natural lo que es construcción social (Pedreño y Riquelme Perea, 2007).

Consideramos que la noción de enclave económico-étnico –tributario de las conceptualizaciones del mercado de trabajo segmentado desarrolladas por Michael Piore– abre líneas de análisis para abarcar la comprensión de estas formas de producción de economía sumergida que generan mercados de trabajo altamente flexibles y llevados a cabo por trabajadores vulnerables. Wilson y Portes (1980) definen al enclave étnico como un conjunto de inmigrantes que se concentra en un espacio distintivo y organiza una serie de empresas que sirven para su propia comunidad étnica y/o para la población en general. Por un lado, destacan que las prácticas que despliegan los migrantes comprenden actividades destinadas no sólo a proveer bienes o servicios al grupo étnico, sino que esta organización laboral se orienta al mercado general; y además subrayan la centralidad de la variable territorial, entendiendo que las empresas deben estar en un área física determinada donde además se localizan las redes. En el área del enclave se moviliza una solidaridad étnica, a la vez que se produce una revitalización identitaria y un resurgir del grupo étnico que va a beneficiar la expansión económica de los emprendedores.

Estos enclaves son particularmente propicios para convertirse en «puertas de entrada» al mercado laboral para migrantes recién llegados, muchas veces en situación de irregularidad en su documentación y con escasos recursos económicos y sociales. En tanto la fuerza de trabajo es dirigida por otros inmigrantes de la misma nacionalidad, el

reclutamiento para ingresar al enclave es posible sólo a través de la pertenencia a fuertes redes sociales de parentesco o de vecindad en el lugar de origen, por lo tanto, formar parte del enclave implica obligaciones recíprocas (Benencia, 2008).

Hay controversias entre diversos estudios acerca del lugar que ocupan los enclaves en las posibilidades de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los migrantes; algunos autores (Portes *et al.*, 1999; Light, 2003) los consideran un escalón inicial en el proceso de movilidad social, en tanto que otros, por el contrario, los califican como organizaciones que sólo producen retornos negativos al dejar enclaus-trados a los nuevos migrantes en situaciones de aislamiento y de explotación laboral. En este sentido, nos ubicamos en una posición tendiente a no esencializar esta modalidad de organización laboral y social, sino a considerarla como una práctica que se articula con un contexto local que favorece la emergencia y expansión de determinados procesos. Por lo tanto, el contexto donde se localizan estos enclaves es un elemento central en la tendencia hacia el enclaustramiento de los migrantes o, por el contrario, hacia la posibilidad de lograr autonomía productiva y condiciones de vida dignas.

¿En qué tipo de redes se sustenta el surgimiento y mantenimiento de esta modalidad de nichos laborales? ¿En qué segmentos del proceso productivo se ubican los lazos débiles para dotar de eficacia a este entramado productivo y laboral? Partimos de la hipótesis de que la predominancia de lazos fuertes en el territorio del enclave hortícola, conjuntamente con el papel central que ocupa el agente intermediario entre los migrantes y «la empresa», juegan un papel central en el condicionamiento de la forma de inserción laboral en este nicho productivo; situación que, además, dará lugar a trayectorias migratorias y laborales con distintos grados de autonomía productiva y movilidad social.

2. «El supermercado buscaba tierra para traer un boliviano...»

Este capítulo de la investigación se focaliza en la localidad de Ingeniero Luis Huergo, un ejido municipal ubicado en la zona este del Alto

Valle. El Censo de Agricultura bajo Riego (CAR2005) indica que de las 4.087 hectáreas bajo riego de la localidad, el 75% se destina a frutales de pepita (manzanos y perales). En relación con la estructura productiva, los datos sobre los 228 productores censados señalan que el 82,5% tiene a cargo superficies menores a 25 hectáreas que ocupan el 50% de la superficie total bajo riego. Si bien el régimen de tenencia de la tierra en el Alto Valle es mayoritariamente en propiedad, esta localidad se destaca por la alta proporción de unidades productivas que se explotan bajo formas de arrendamientos y contratos accidentales, que afecta al 20,1% del total, abarcando el 17% de la tierra productiva. Esta pequeña comuna tiene fecha de creación en 1912 y en sus inicios era conocida como Colonia Francesa. Luego de algunos intentos fallidos de obras de irrigación por cooperativas de regantes, en 1921 se integró al sistema integral de riego y a partir de ese momento el pueblo empezó a tomar impulso. Sin embargo, hacia 1940 el crecimiento de la localidad se desaceleró. Señala Vapñarsky (1983) que las comunas de Ingeniero Huergo y la vecina Mainqué (situada a 10 kilómetros de distancia hacia el oeste), son las que registran menor desarrollo de cultivos frutícolas en todo el Alto Valle y el pueblo mismo quedó rezagado en población e importancia. Podría encontrarse una explicación a esta condición de estancamiento en que tanto hacia el este como hacia el oeste se desarrollaron dos centros urbanos –Villa Regina y General Roca respectivamente– en las cuales tuvo auge el establecimiento de infraestructura agroindustrial (galpones de empaque, frigoríficos, comercios de insumos agropecuarios) lo cual significó la pérdida de importancia relativa de la localidad (Vapñarsky, 1983: 174-176).

En el extremo norte del ejido de Ingeniero Huergo, contra las denominadas *sierras* que imponen una barrera física al sistema integral de riego, se localiza una explotación agrícola que rompe con el habitual paisaje productivo valletano caracterizado por las viñas y los árboles frutales. Se trata de una chacra de más de 30 hectáreas orientada exclusivamente a la producción de hortalizas. En la entrada se levantan dos casas; la que está ubicada a la izquierda es de construcción modesta y la otra tiene las características del típico chalet que en otros tiempos ocupaban como residencia permanente los patrones chacareros. Entre ambas viviendas se ha trazado una cancha de fútbol de grandes dimensiones con arcos de caños. También hay un tinglado bajo el

cual se guardan tres tractores, uno de ellos revela escasa antigüedad y es de un porte mayor a los habituales utilizados en la fruticultura. Hacia el extremo opuesto a la entrada principal se observa otra vivienda con predominancia de paredes de adobe y techos de chapa que presenta evidente deterioro en su mantenimiento. A mitad de camino hay una *gamela*, compuesta por una tira de cinco habitaciones contiguas y una letrina cercana; una bomba de agua manual junto a una rústica pileta para lavar ropa y otros enseres completan las instalaciones de este establecimiento productivo.



Vista de almácigo tipo túnel en Ingeniero Huergo.

Desde hace cinco años esta chacra está arrendada a un horticultor boliviano de características empresariales, originario de la zona de Camargo, Chuquisaca. En una entrevista mantenida con el matrimonio propietario de la tierra, Miguel y María, exponen los argumentos que fundamentan su decisión de alquilar la chacra:

compramos la chacra en la década del 90 y hacíamos verdura con medieros bolivianos y algo de fruta, pero nos agarró un

granizo terrible en diciembre de 2001 y para colmo, nos quedó la plata en el corralito.¹ Nos fundimos y nos cansamos. Al poco tiempo nos enteramos que el supermercado buscaba tierra para traer un boliviano de Trelew para abastecerse (...) se trajo un montón de parientes; ellos son los únicos que pueden producir, no les importa el barro, ni la falta de agua potable, ni se les enferman los chicos aunque anden descalzos... (Propietaria, Ingeniero Huergo, marzo 2010)

Si bien no nos encontramos ante productores tradicionales, herederos de pioneros europeos, se evidencian en el discurso de nuestros entrevistados las huellas de las trayectorias de los productores familiares del Alto Valle del Río Negro atravesados por contingencias climáticas y políticas monetarias que fueron erosionando sus capacidades productivas dentro de determinados parámetros de aspiraciones de calidad de vida y de un ingreso previsible. «Fundirse y cansarse» para personas que están promediando los 60 años de edad se constituyen en elementos contundentes para considerar el arrendamiento de la tierra como una alternativa, como una estrategia de reproducción social que les permite al mismo tiempo preservar el patrimonio y percibir un ingreso relativamente seguro bajo el amparo de un contrato formal.

La entrevista se desarrolla en el comedor de una casa modesta en un barrio suburbano de Ingeniero Huergo. De manera recurrente María alude a su añoranza de la casa en la chacra, a la cual ahora no quiere ir porque «está llena de roña, da lástima ver cómo la tienen». Miguel relata que durante algunos años trabajaron con una familia de medieros bolivianos porque ellos no tenían oficio de productores hortícolas. Comercializaban en el Mercado Concentrador de Neuquén, tenían un puesto en una feria de productores en General Roca y además eran proveedores de la empresa supermercadista que estamos analizando. Con un tono indignado, Miguel expresa que cuando ellos proveían al supermercado, éste les imponía condiciones en relación con la calidad y el control de agroquímicos, «ahora les admiten cualquier cosa: mal presentado, no hay control de plaguicidas», y cuando ya estamos por terminar la conversación manifiesta que «todos los que producen verdura ahora son bolivianos, no se puede competir con ellos, nos están invadiendo».

3. La empresa. «Con la verdura estamos unos escalones más abajo»

La información oficial que la firma supermercadista publica en su página web señala que la empresa ya ha superado el centenar de sucursales, localizadas casi en su totalidad en ciudades de la Patagonia argentina. La empresa comercializa una diversidad de productos alimenticios con su propia marca y con marcas de terceros. Destacan que los proveedores son cuidadosamente seleccionados y controlados por laboratorios especializados, garantizando que los productos cumplan con los mayores requisitos de calidad e higiene. Un apartado especial ocupa el frigorífico cárnico propio, equipado con un sistema de gestión de calidad que permite prevenir y controlar los problemas en las distintas etapas del proceso para satisfacer las necesidades del cliente, encuadrado en las normas de calidad ISO 9001:2000. Cuentan con un software especialmente diseñado que identifica y realiza el seguimiento del producto con el fin de asegurar la trazabilidad del producto. La capacidad tecnológica y las prácticas conjuntas con «productores argentinos confiables» permiten garantizar una cadena de abastecimiento apropiada y enmarcada dentro de los requisitos de la Comunidad Europea, mercado al que se destina parte de la producción cárnica.

También se subrayan las características del centro de procesamiento de fiambres y quesos, resaltando la calidad y los estándares sanitarios; el relato se apoya en imágenes fotográficas de trabajadores con delantales, barbijos, guantes que realizan monitoreo constante y cuentan con sofisticado equipamiento electrónico. Para mantener los parámetros de alta calidad, la empresa puso en funcionamiento un programa de protección y seguridad alimentaria desarrollada por una consultora externa, dentro del cual profesionales de bromatología y sanidad alimentaria capacitan a los empleados encargados de elaborar y fraccionar los alimentos.

Sin embargo, en la página oficial de Internet resulta llamativa la ausencia de referencia alguna sobre la oferta de los productos frutihortícolas que comercializa la firma. En una amplia oficina mantengo una entrevista con el jefe de Compras de Frutas y Verduras del Centro de Logística regional de la firma. Juan Carlos es un ingeniero agrónomo joven, quien se desempeñó con anterioridad en empresas frutíco-

las de capitales transnacionales y nacionales, y desde hace algunos meses está al frente del control de calidad y distribución de los productos frutihortícolas que se comercializan en las numerosas sucursales que tiene la empresa en la Patagonia. El ingeniero explica la modalidad de provisión de hortalizas y frutas:

E: ¿La política es proveerse de terceros?

JC: Sí, sí, no somos productores nosotros, con la verdura por el momento no. ¿Por qué? Porque nosotros tenemos que asegurarnos la provisión todo el año, si no tendríamos que tener campos por toda la Argentina y eso sería hasta por ahí inmanejable. Es preferible la tercerización, por una cuestión espacial y física. Supongamos que tenemos una chacra para hacer manzanas en Allen, o Roca, cae granizo, ¿qué hacemos? Ése es el problema. Además la política del supermercado es justamente desarrollar nuevos productores que estén asociados, eh... en el nivel de la empresa como productor. No que sean socios sino que haya una relación que a todos nos vaya bien, ¿no?

En realidad es una tendencia no solo de esta empresa sino de todo el supermercadismo argentino, la idea es empezar a trabajar con las Buenas Prácticas Agrícolas, de hecho nosotros vamos formando nuestros proveedores, es una tendencia de certificar Buenas Prácticas. Es difícil con la hoja, con la verdura. Con la fruta no, bueno, la tendencia es justamente a seguir trabajando con eso, eh, de hecho hemos logrado avances importantes. Por ejemplo a los productos hacerles poner una cinta alrededor, donde hay un RENSPA² de la chacra, es el documento de la chacra. (Gerente, Cipolletti, marzo 2010)

La empresa tiene una «cartera de proveedores» habituales y también un registro en el cual se inscriben nuevos productores; en determinados momentos de alta demanda que no puede ser cubierta por los proveedores habituales se recurre a los nuevos inscriptos, dentro de una tendencia que prioriza el compra local. En palabras del gerente:

hablo de proveedores serios como el equipo que está en la cancha y tenemos que tener equipo suplente y a la vez como en el mundial, hacerlos jugar un ratito para que se integren a la forma de trabajar, a las exigencias nuestras y evidentemente cuan-

do falle alguno de los grandes, tengamos el reemplazo, ¿no?
(Gerente, Cipolletti, marzo 2010)

La externalización de la producción consiste en contratar empresas que se ocupan de producir y también de contratar a los trabajadores que realicen esos productos. La tercerización de la producción está sustentada en los siguientes aspectos: abaratar costos, transferir el riesgo empresario al adoptar esquemas de producción flexible, y además licuar responsabilidades legales en tanto que la relación entre la empresa y el intermediario se presenta como una transacción comercial. Un esquema de vinculación comercial de características aleatorias, como la que se plantea entre «la empresa» que estamos analizando y los proveedores, favorece la instalación de un mercado de trabajo altamente flexible, sostenido en relaciones laborales precarias, bajo diferentes formas de trabajo a destajo, que eluden la legislación laboral (Benencia, 2008).

Lo más importante que yo siempre les digo a nuestros proveedores es que una vez que nos sentamos para discutir condiciones, vos después te dedicás a entregar, a producir calidad y punto. La parte comercial ya está arreglada. Es distinto a tener que ir al mercado de Neuquén todos los días a las cuatro o cinco de la mañana a ver qué pasa y la mayoría de los días te volvéis con la mitad de la carga. O terminás regalándola para no volverte con la carga. Entonces acá las relaciones son diferentes. Por ahí pagamos los precios de plaza, no nos hacemos los vivos ni nada, pero lo que hacemos es justamente decir, bueno, qué producís, «¿esto, esto y esto?», si puedo te lo compro y te dedicás solamente a producir. La parte comercial está asegurada, el cobro está asegurado, todo, ¿no? Lo que más quiero es calidad. Apuntamos a eso. (Gerente, Cipolletti, marzo 2010)

En el mercado de los productos hortícolas, la generación más importante de valor, y por lo tanto de ganancias, se ubica en los eslabones de la comercialización. Los productores bolivianos autónomos han construido una base organizativa en la que combinan diversas estrategias de venta que incluyen el acopio en el Mercado Concentrador de Neuquén, la distribución a comercios minoristas y la venta directa a consumidores. En consecuencia, estos agentes resisten a la alternativa de

constituirse en proveedores cautivos de un comprador hegemónico que impone sus reglas de juego.³

La información brindada por un chacarero, proveedor habitual de productos hortícolas especializados para la empresa en estudio, permite conocer —desde otra posición en el campo— algunas características de la modalidad de comercialización de estos productos por parte de la firma,

en realidad la empresa todo lo que hace es acomodar los cajones que les entregamos en las góndolas, ése es todo el procesamiento que hacen de la fruta y la verdura. Los proveedores llevan la mercadería al centro de distribución, ahí lo pesan y toman una muestra sobre una bandeja de acero, definen la calidad y los porcentajes de descarte para determinar el pago al proveedor. Uno puede decidir si se la deja o no, pero tienen clientes cautivos y esos son los que les dan ganancias... ahora son los bolivianos. (Proveedor, Roca, febrero 2010)

En el orden de prioridades, a nivel mundial cada vez adquiere más importancia la presencia y la estética en la comercialización de productos hortícolas y frutícolas para que tengan valor en el mercado. Hay un especial interés en factores que eliminen las deformaciones, las manchas, así como se evalúan la madurez, consistencia, firmeza y color (Lara Flores, 2010).

Si bien existe un alto consenso en relación con la importancia del control de residuos de pesticidas en los productos para el mercado interno para asegurar la salud de la población y la inocuidad de los alimentos, en líneas generales, en nuestro país la mayoría de los controles y reglamentaciones relacionados con residuos de plaguicidas y prácticas a campo para el sector frutihortícola surgen a partir de exigencias impuestas por el mercado externo para la exportación, y muy escasamente se aplican en las producciones orientadas al mercado de consumidores locales. Veremos en el siguiente testimonio del gerente del supermercado, los «protocolos» de la empresa para el uso de plaguicidas,

con los productores locales yo le hago seguimiento al proveedor, en mi condición de ingeniero agrónomo estoy atrás y ya

entendieron cómo deben trabajar y cómo debemos trabajar. Se le hace un control, digamos que... Yo les pido las boletas de los agroquímicos que compran, las fechas que están aplicando, internamente llevo un registro. «¿Qué aplicaste?, ¿en qué?». «Y, apliqué en tomate, en la rúcula, tal cosa, tal cosa». «Bueno, tenés siete días de carencia, tres días de carencia, dos días de carencia...», el producto que sea. Y ya hemos llegado a tal punto que el mismo proveedor sea el que me dice «no, de eso no tengo porque lo curé hace tres días y tengo que esperar hasta el lunes». Fantástico, primero los metí en ese tema y ahora ellos mismos dicen: «no, tengo brócoli pero todavía no lo puedo cortar, lo corto mañana, lo corto dentro de dos días». Con lo cual es un *feed back* entre el proveedor y la empresa, ¿no? A su vez tenemos controles al azar en las sucursales que los hace el SENASA. Son sorpresivos, ellos van, retiran productos de la góndola y hacen exactamente los mismos análisis que nosotros.

Pero es cierto, con el tema de frutas es más fácil porque la misma empresa (frutícola) al exportar, ellos están, dentro de los Codex para Rusia o Comunidad Europea que son más exigentes que los nuestros, entonces están... estamos cubiertos. Con la verdura estamos unos escalones más abajo... (Gerente, Cipolletti, marzo 2010)

La responsabilidad por los monitoreos por residuos de plaguicidas está a cargo del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA). En este control la responsabilidad del SENASA está focalizada en los mercados concentradores provinciales o nacionales. De esta manera, en el Mercado Concentrador de Neuquén se hace un trabajo coordinado de controles de plaguicidas sobre frutas y hortalizas con el INTI desde el año 2001.⁴

Como queda claramente expuesto en la argumentación del ingeniero de la empresa, el elemento salubridad en términos de seguridad alimentaria y el cuidado del medio ambiente son exigencias provenientes de los mercados internacionales y comprende regulaciones técnicas, estándares productivos y procedimientos de empaque rigurosos.

Al indagar acerca del tipo de relación que vincula a la empresa supermercadista con el productor de la chacra de Huergo, a lo largo de

la entrevista las nominaciones refieren a «proveedor grande», «productores nuestros», asimismo la descripción del tipo de relación se asemeja a la agricultura de contrato. Aunque a primera vista pareciera ser un típico vínculo comercial entre los proveedores y la empresa, en realidad encubre una relación laboral informal.

No, hay... no, es un proveedor grande. Yo directamente negocio con G.G., él es nuestro proveedor de la zona de Trelew, Gaimán, toda esa zona. Tiene una facturación muy importante. Hace cuatro años alquiló una chacra acá para abastecer parte de nuestra necesidad en el Alto Valle, este... son productores nuestros, pero tienen las mismas exigencias que otros proveedores. Nosotros a veces les adelantamos para los fertilizantes o plaguicidas, como se hace con los frutícolas... (Gerente, Cipolletti, marzo 2010)

4. Sucre, Trelew, Huergo. Una red transnacional

Nadie que se dedique a comercializar hortalizas puede desconocer la capacidad productiva de sus proveedores, ya que la elección de las chacras donde proveerse es una elección estratégica. Sin embargo, a lo largo de las entrevistas mantenidas con gerentes y aún con técnicos, los trabajadores directamente implicados en la producción aparecen invisibilizados.

Una mañana del mes de mayo del 2010 vuelvo a recorrer la chacra que según los testimonios de todos los informantes clave de Ingeniero Huergo, «produce para el supermercado». Esta vez no hay gente trabajando en el campo, tampoco se ven niños jugando, no camino entre gallinas y perros, como habitualmente ocurre cuando es «temporada». En todas las ocasiones de visitas anteriores me recibía Cirilo, quien se presentaba como el «encargado» de la chacra; pero me enteré de que él y su esposa Lili no están más porque «se independizó, el supermercado le alquiló una chacra en Mainqué y se trajo gente de su pueblo para trabajar».

Cerca de la casa principal se encuentra estacionada una camioneta de modelo reciente. Verónica, la esposa del empresario, sale de su casa a recibirme. Me dice que su esposo no está porque fue a Trelew a

buscar verdura y que llegará el domingo pero que «va a seguir derecho a Cipolletti a descargar el camión en el depósito del supermercado». Me cuenta que hace pocos meses se trasladaron a Huergo porque acá tenían un encargado pero «medio que no se ocupaba», que «todo era mejor cuando vivían en Trelew», que la escuela y la salud no están bien atendidas acá. Allá la chacra estaba al lado del pueblo, «acá estamos lejos de todo». Habla de la discriminación que sufren los chicos en la escuela, les dicen «bolita, te venís a sacar el hambre acá», lo cual demuestra que su condición de empresario exitoso no implica su aceptación sociocultural por parte de una sociedad autodefinida como «blanca» y «gringa» (Pizarro, 2007).

La sociedad integrada por Gustavo y tres hermanos es propietaria de 123 hectáreas en producción localizadas en cercanías de la ciudad de Trelew, en la provincia de Chubut. El hermano mayor es quien vino primero a la Argentina, y de esta manera relata Verónica el itinerario migratorio y la trayectoria de movilidad de su cuñado,

hizo Bolivia, Buenos Aires, Viedma, Trelew. El capital se hizo en Trelew, es lo que les permitió crecer. En esos años estaba la oportunidad, estoy hablando del 84, 86, no se hacía verdura allá. Ahora hay una colonia bastante importante. Y ellos empiezan a comprar tierra diez años atrás. (Empresaria, Huergo, mayo 2010)

Para complementar esta información, recurrimos a los documentos producidos por las investigadoras Hughes y Owen, quienes registran el inicio de la presencia de la comunidad boliviana en el Valle Inferior del Río Chubut en el año 1985,

... a partir del momento en que un migrante residente en la provincia de Río Negro, que abastecía de verdura a la ciudad de Puerto Madryn, arriba a Bryn Gwyn luego de haber escuchado el relato de sus paisanos bolivianos. En busca de suelos para producir hortalizas, se contacta con un productor tradicional, con quien acuerda la forma de trabajo y tenencia de la tierra. Con posterioridad traslada a su familia desde la provincia de Río Negro y se asienta en el valle hasta la actualidad. Desde entonces no ha cesado la migración boliviana al valle. (Hughes y Owen, 2006: 12)

Los hermanos son los proveedores principales de la cadena supermercadista. A partir de su participación en redes de intercambio de reciprocidad indirecta especializada con la empresa (Gutiérrez, 2008), este grupo familiar ha acumulado un importante volumen de capital económico bajo la forma de tierras productivas, depósitos de mercaderías y maquinarias; y también capital social hasta el punto de constituirse en «los principales proveedores de la zona de Trelew y Gaiman».

Walter, su esposa Verónica y sus tres hijos menores de edad se trasladaron al Alto Valle porque, como relata nuestra entrevistada, «tenemos un depósito del supermercado en Cipolletti, entonces hace cuatro años se estaba alquilando acá y teníamos un encargado que no funcionaba muy bien». Verónica expresa su preocupación por la variación del clima en el Alto Valle en comparación con las condiciones en el valle inferior del río Chubut, «acá enero y febrero son calores que te matan todo. Y allá no, allá el clima es más templado, incluso los fríos acá son más secos». Con tono firme aclara que no tienen una relación contractual con el supermercado, sino que están inscriptos como proveedores. Las exigencias de la empresa supermercadista es que estén

anotados en Bromatología, por ejemplo para la mercadería no se usa el hilo que se usa con los comercios chicos, hay una cinta especial, la mercadería tiene que ir lavada, el agua hay un análisis que se hace una vez por mes. Hay un ingeniero que controla el tiempo de carencia. Cada remedio tiene sus días de carencia, dentro de eso no se puede entregar la mercadería. Incluso les da charla a la gente que trabaja, sobre la forma en que se usa, los cuidados que requiere para la gente porque son tóxicos. (Empresaria, Huergo, mayo 2010)

Todas las temporadas hortícolas, entre los meses de agosto y abril, se instalan en la chacra aproximadamente 50 trabajadores migrantes —en su mayoría organizados en núcleos familiares— oriundos de la zona rural de Camargo, cercana a Sucre, del mismo pueblo del empresario, a partir de la reactivación del dispositivo que posibilita la movilización del circuito migratorio. El reclutamiento de parientes y vecinos para cada ciclo se realiza a través de actualizados medios tecnológicos de comunicación, tal como lo expresa Cirilo, en una entrevista realizada en 2009: «les mandamos mensajes por el celular o los llamamos al

teléfono». También cada vez son más jóvenes quienes migran directamente de la zona de Camargo a la localidad de Huergo sin detenerse en puntos intermedios de migración. Desde esta lógica de conformación de un mercado laboral los migrantes consiguen autoemplearse en empresas familiares, recreando formas flexibles de trabajo que tienen a las redes de lealtad y reciprocidad como soporte, ocupando nichos laborales e instalándose en lugares que ya han sido abandonados por los autóctonos (Arjona Garrido y Checa Olmos, 2006).

La instalación de enclaves genera cambios en las trayectorias migratorias. Los migrantes en virtud de las redes cada vez más consolidadas y especializadas llegan directamente al valle, en muchos casos sin conocer el oficio de la horticultura. Para el caso que estamos analizando, el «capataz» es el encargado de reclutar nuevos trabajadores entre sus familiares y amistades de su lugar de origen y de facilitarles el ingreso. En general no se trata de horticultores profesionalizados, y el proceso de aprendizaje es conducido por la misma persona que moviliza la red de parentesco y amistades (Benencia y Quaranta, 2009): «yo trabajaba en el horno de ladrillos, después el Cirilo me trajo para acá a trabajar en la verdura» (Santo, mediero, Huergo, marzo 2010).

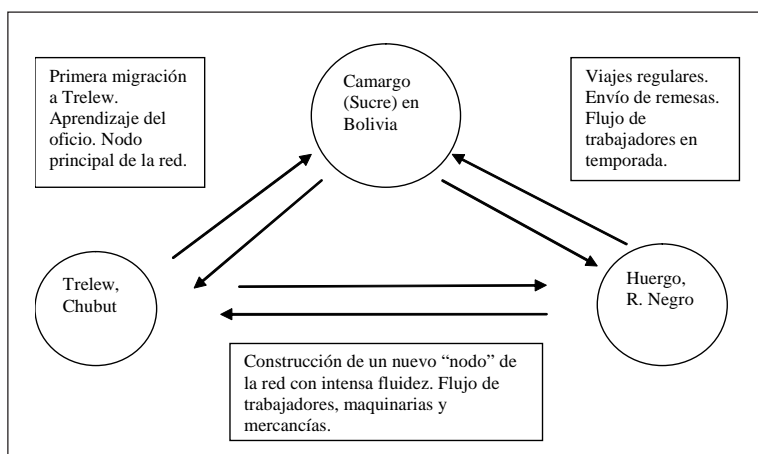
Entre el empresario y los trabajadores se establecen relaciones laborales precarias, con retribución a destajo, «nosotros somos *centajeros*, con mi señora y mis hijos trabajamos 180 rayas al 35% y no ponemos nada más que el trabajo» (Santo, mediero, Huergo, marzo 2010). Hay una preferencia por los trabajadores que se desplazan con su grupo familiar fundamentado en dos razones: por un lado todos aportan su mano de obra –aun los niños pequeños–, y además se valora el rol de la mujer como componente disciplinador del comportamiento de los hombres, atributo que queda claramente expresado por el capataz de la chacra, «preferimos que vengan en familia porque si no se embo rrachan y no cumplen; las mujeres, en todos lados, hacen que los hombres trabajen».

Algunos de estos grupos familiares regresan directamente a Bolivia al término de la temporada hortícola valletana, otros continúan el circuito migratorio en otra actividad productiva, por ejemplo la cosecha de aceitunas en la provincia de La Rioja, en tanto que algunos «se quedan y si juntaron algo de plata pueden alquilar una chacra». También estas actividades contienen posibilidades –aunque sean limita-

das— de autonomía y fortalecimiento, considerando que la informalización también crea oportunidades y reconfigura algunas jerarquías. Estos testimonios van en el sentido de la hipótesis sustentada por Portes (2005) para quien el enclave étnico proporciona un nicho protegido de oportunidades que permite hacer una carrera con movilidad y lograr un autoempleo, que no sería posible en el mercado de trabajo secundario. La economía étnica funciona en principio como mercado de trabajo interno, a fin de proteger a los inmigrantes de la competencia del mercado de trabajo general, y actúa en muchas ocasiones como una escuela de emprendedores. Los horticultores migrantes que se asientan en el Alto Valle no sólo aprenden a hacer verdura en las condiciones de suelo, clima y riego que les impone la región, sino que también aprenden a negociar con otros agentes sociales para independizarse, construyendo mecanismos de movilidad laboral y social, aún dentro de los límites que les impone lo local.

Saskia Sassen (citada por Benencia y Quaranta, 2006) sostiene que los lazos étnicos entre las comunidades de origen y de destino suelen materializarse en la formación de familias transnacionales o de estructuras de parentesco ampliado; y que constituyen elementos fundamentales una vez que existe un flujo migratorio porque garantizan su reproducción en el tiempo. Éste es el contexto en que se posibilita la emergencia y consolidación de trabajadores migrantes en situación de vulnerabilidad. Podemos aseverar que en el caso que se está analizando la red migratoria conforma un verdadero espacio transnacional que mantiene constantemente comunicados al menos tres territorios situados en la Argentina y en Bolivia y que están articulados directamente entre sí por una densa red de relaciones sociales. En la ciudad chubutense de Trelew se localiza el nodo original de la red iniciada por el primer migrante hace 20 años —ahora empresario del enclave étnico— que mantiene un intenso flujo de trabajadores, mercancías y prácticas con el reciente nodo construido en la localidad de Ingeniero Huergo, en la provincia de Río Negro, y que adquiere sentido en la medida en que se mantenga estratégicamente activada la vinculación con la localidad de origen —Camargo— en la provincia de Chuquisaca, Bolivia. En el siguiente gráfico delineamos los flujos del circuito migratorio:

Gráfico N° 3. Red transnacional Sucre, Trelew, Huergo



Las familias bolivianas encargadas de la producción son denominadas como trabajadores independientes, a porcentaje, «ellos no tienen un sueldo, trabajan por un porcentaje porque no tienen cómo empezar; trabajan libre pero algunos están con un contrato con un montón de cosas» (empresaria, Huergo, mayo 2010). Para que este dispositivo funcione con ciertos visos de legalidad, se diseña una combinación de segmentos «blanqueados» con segmentos clandestinos en la cadena de valor. En este caso, el intermediario y algunas de las familias de trabajadores están encuadrados reglamentariamente.

Del total de familias que trabajan en la temporada, que pueden llegar a un número entre ocho y diez, sólo tres «están blanqueados» mediante la firma de un contrato formal con los arrendatarios. Entre los aspectos que contiene el contrato se establece la cesión de una superficie de tres hectáreas a cada trabajador, quien se responsabiliza de producir solo o con su familia. De manera enfática, Verónica aclara que «en caso de un accidente se hacen cargo ellos, ya lo saben». Se les asigna el cultivo de diferentes productos a las familias, como explica Verónica:

por ejemplo uno trabaja lechuga y verdeo, otro acelga y espinaca. Primero se charla qué es lo que sabe trabajar, qué se ani-

ma a trabajar. Así es mejor para llevar el control al momento de vender, si tres personas tienen lechuga te la tenés que comer la lechuga: o te sobra o te falta. (Empresaria, Huelgo, mayo 2010)

Los insumos son adquiridos y administrados por los arrendatarios. «Sí, sí, nosotros ponemos todo y ellos ponen el trabajo. El 35% libre, ellos lo único que ponen es el trabajo».

En esta modalidad de organización se refleja la exigencia de las agriculturas intensivas para contar con una disponibilidad ilimitada de trabajo proporcionado por trabajadores poco exigentes, sometidos a condiciones de flexibilidad extrema y en situación de vulnerabilidad por su condición de migrante indocumentado (Pedreño, 2009). A través de este tipo de prácticas, los trabajadores migrantes están subsidiando al resto de los actores que intervienen en la cadena de valor, y también a los consumidores, al estar insertos en regímenes laborales mucho más flexibles que encubren relaciones salariales de subordinación de los trabajadores a las empresas.

En los términos planteados por Sassen (2003), sostenemos que los lugares estratégicos sobre los que conviene estudiar los procesos de globalización se encuentran en el nexo entre las economías de subsistencia y la empresa capitalista. El empresario étnico, en el caso objeto de este estudio, desarrolla una lógica de comercialización que da sustento y dinamización a la red, a través de un mecanismo por el cual circunscribe el canal de comercialización de su producción prácticamente de manera exclusiva con una cadena supermercadista líder de influencia en toda la región patagónica.

Dentro de la organización/división sexual del trabajo en el seno de la pareja de Walter y Verónica, es ella quien con firmeza argumenta las razones por las que se ocupa de administrar y establecer algunas reglas de funcionamiento respecto del uso de químicos,

de esa parte me encargo yo, por ejemplo la gente que tenemos acá no sabe el manejo de los químicos. Hay un par de personas que saben trabajar: semillas, agroquímicos, semillas de verano, de primavera, ya saben, no les tenés que decir. En otra oportunidad tuvimos problemas serios por envenenamiento. Se intoxicaron. A raíz de eso, con mi esposo decidimos que uno de

nosotros dos se encarga de que tengan un asesoramiento, aprendan a usar barbijos, guantes. Que se acostumbren. Por falta de información de ellos. Nos ha pasado que yo he visto que los esposos están curando y las esposas con bebé o las pancitas están ahí. Tenemos la regla: esposas y bebés no. (Empresaria, Huergo, mayo 2010)

A pesar de este discurso de «deber ser», construido para ser escuchado por alguien que puede juzgar conductas que no se ajusten a estos contenidos, hemos sido testigos de la utilización imprudente de plaguicidas por parte de algunos trabajadores en la chacra, por ejemplo sumergir las manos en un balde con insecticida, como también el almacenamiento de envases de plaguicidas en las habitaciones donde residen las familias o la utilización de mochilas pulverizadoras como elemento de juego de los niños.

Podemos designar a Gustavo como un intermediario, en el sentido que tiene la capacidad y la habilidad de conectar al núcleo informal con la economía formal. Se ubica en el cruce de las relaciones que conectan el sistema local con la totalidad. Se diferencia del resto en cuanto posee alguna habilidad de valor económico real o potencial, al estar en situación de poder reclutar miembros de su red, a la vez que posee algún tipo de relación con algún patrón. Lomnitz (2001) señala que un intermediario puede operar en la medida en que controla recursos tanto de arriba como de abajo, y los recursos de arriba dependen principalmente de su lealtad a un patrón que ocupa una posición en el sector formal.

Los intermediarios son fundamentales en el enclave étnico en la medida en que actúan como puentes entre vacíos en la estructura, conectando segmentos que estarían aislados y que se necesitan mutuamente para garantizar la reproducción. Ocupar el lugar de puente provee al individuo de ventajas: tener información, manejar diversidad de contactos, aumentar las oportunidades en el mercado.

Los vacíos crean una ventaja competitiva para los individuos cuyas relaciones cruzan estos agujeros en tanto que

los miembros de cada lado del vacío estructural circulan por diferentes flujos de información, y por ello las personas que actúan como puentes tienen la oportunidad de comunicar am-

bos flujos de información y controlar los proyectos que realicen juntos personas de los dos grupos. No quiere decir que no conozcan la existencia de los otros, pero necesitan la intermediación. (Requena Santos, 1991: 45)

Las relaciones asimétricas –relaciones patrón-cliente– favorecen los mecanismos de articulación entre el sector informal y el formal. Un individuo dentro de una red de reciprocidad organiza a algunos de sus parientes y compadres como un «grupo de acción» (Mayer, 1966), lo cual le permite manejar trabajos de mayor envergadura económica. Estos grupos pueden adquirir cierto grado de permanencia a través de acciones conjuntas, y en esos casos se transforman en «cuasi grupos». El organizador se convierte en figura central y es quien hace el trato con los patrones. Se transforma él en un «patrón» y los miembros restantes en sus clientes porque dependen de él para su subsistencia.

Toda esta organización del trabajo se efectúa en el marco de un sistema de lealtades tanto desde arriba como desde abajo, no exenta de conflictos de intereses y juegos de poder. Para un productor hortícola «tener un buen capataz» es un recurso esencial, mucho más cuando el patrón no reside en la explotación. Cirilo, el capataz de esta chacra hasta fines de 2009, es un joven de 26 años. Nació en el campo en Sucre. Es primo de Gustavo quien lo llevó directamente a Trelew para trabajar la verdura. Hace tres años lo trasladaron a esta chacra para organizar el trabajo de las familias migrantes, además de tener asignado un lote para producir. En dos años logró aprender el oficio y destacarse por la calidad de su trabajo. En el invierno de 2009 se produjo un conflicto entre el intermediario y su capataz, situación que fue aprovechada por el jefe de comercialización del supermercado, quien lo cooptó como «productor propio». Este pase incluyó a Cirilo y su familia nuclear, pero además a su red de familiares y vecinos que incluye cuatro familias.

La naturaleza de la economía informal permite que los grupos de acción puedan reclutarse y reagruparse con rapidez. Así, Cirilo se convierte a su vez en intermediario, dentro de una modalidad semejante a la agricultura de contrato y hace sus tratos directamente con el jefe de compras del supermercado, de quien recibe dinero, herramientas y también el *know how* requerido para producir dentro de los pará-

metros de calidad requeridos por la empresa. De esta manera significa el gerente del supermercado el proceso de cooptación de Cirilo,

nos ha pasado, para que te hagás una idea, gente que trabajaba con G.G. se ha abierto y ahora son *productores nuestros*. C.R. el año pasado era el encargado de G.G. *era el encargado de chacra*, esta temporada que pasó me vino a ver que se quería abrir. Yo lo acompañé. Él sabía muy bien qué producto necesitábamos, qué trabajamos, qué calidad y todo. Él me aseguró que me podía cumplir con eso y de hecho lo acompañamos en la primera instancia y... me refiero a adelantarle dinero, ese apoyo por parte de la empresa... sí, como las frutícolas. En este caso fue similar, con decirte que le fue tan bien que este invierno nos sentamos tranquilos para proyectar la nueva temporada y ya se alquiló una chacra más grande, ya tiene más cerca el depósito, por logística mejoró el transporte, un montón de cosas *que le veníamos marcando*. (Gerente, Cipolletti, abril 2010)

Es interesante observar cómo el uso de las redes resulta un mecanismo eficaz no sólo para los migrantes sino para los agentes locales, quienes operan en los intersticios de las relaciones entre los horticultores y saben sacar ventajas de las necesidades de movilidad ascendente. El lugar de Cirilo en la chacra es ocupado por otro pariente –Gonzalo– un integrante muy reciente de la red ya que hace sólo dos meses llegó a la Argentina directamente de Sucre. Al cabo de dos meses se evaluó que el nuevo capataz no lograba ejercer su liderazgo sobre grupo de trabajo, situación que forzó el traslado de la familia del empresario desde la provincia de Chubut a Río Negro para reorganizar la producción y el trabajo y no perder el lugar dentro del entramado productivo y comercial.

5. «Se entera otro que uno se fue y ya empieza la cadena con Bolivia...»

Muchas de las familias medieras se independizan cuando han alcanzado un grado de ahorro que les permite iniciar una carrera productiva autónoma. Pero para dar este paso, también se requiere haber cons-

truido puentes con las redes débiles que les permitan acceder a tierra, a los canales de comercialización y a los recursos del medio. A la vez, también es necesario mantener las redes fuertes con familiares y compadres que actuarán como referentes y sostén en el nuevo emprendimiento.

Verónica nos ofrece un panorama de los movimientos que se producen entre las familias migrantes que trabajaron en la Chacra 405 al finalizar la campaña, las nuevas configuraciones organizacionales que se van generando, así como las proyecciones que ella y su esposo vislumbran para la próxima temporada que se iniciará en pocas semanas:

ahora ya les cancelamos todo. Algunos se van a Bolivia a pasear, a ver a la familia. Casi todos se van. En este caso, este año se van todos, se independizan todos. Este año tuvieron una buena ganancia. Gonzalo se va al lado, creo que lleva tres o cuatro juntos. Forman como una sociedad, por ahí uno sirve de ejemplo para otros. No sé si les resultará igual, la sociedad es muy complicada. Y viene gente nueva... Ellos avisan con tiempo, avisan una temporada antes. Ya empezamos a buscar otro o ya se entera otro que uno se fue, ya empieza la cadena con Bolivia. Incluso ahora con el tema de Mendoza con el granizo que ha quedado tanta gente sin trabajo. En Mendoza hubo mucho daño. Y algunos, como mi esposo hace traer plantines de allá y entonces esas personas preguntan a dónde van esos plantines, se enteran, y quieren venir, ya te digo es una cadena. (Empresaria, Huergo, mayo 2010)

En las argumentaciones de nuestra entrevistada se despliega un esquema clasificatorio fundado en formas de inclusión y de exclusión configuradora también de la construcción de la «otredad», en este caso dirigido a los trabajadores argentinos, a quienes ubica en un lugar de pretensiones y reivindicaciones que no se condicen con las exigencias y «el espíritu» necesario para formar parte de este tipo de enclave,

... pero gente boliviana, siempre boliviana. Porque ellos vienen con un ideal de trabajar y juntar su plata. En Trelew nos ha pasado que hemos tomado un salteño, o un tucumano. Te trabaja de lunes a viernes de 5 a 8 de la tarde y quiere cobrar. En

el caso de nosotros tenemos un cliente que nos paga una vez por mes, y no le podés pagar por semana si ese cliente te paga por mes. Este... y no, las familias bolivianas tiene un ideal de trabajar y que al final le cancelen y trabajar, y trabajar.

E: Siempre estás hablando de familias.

V: Siempre de familia. Hombres solos tenemos también, pero tienen siempre el mismo ideal, trabajar, ganar su plata, no les interesa invertir en un lote o ir a invertir en otro lado. Cuanto más trabajan más ganan. (Empresaria, Huergo, mayo 2010)

Las palabras elegidas por Verónica acerca de «venir con un ideal», transmiten la idea de «deber moral»; aluden a la obligación del individuo en relación al interés a ampliar su capital, al que se considera un fin en sí mismo. En términos de Weber, «estos hombres crecidos en la dura escuela de la vida, ponderados y atrevidos al mismo tiempo, pero sobre todo sobrios y constantes, enérgicos y entregados por entero a su tarea» (1998: 125) representan la manifestación de un *ethos*, un espíritu capitalista moderno, que se revela en la disposición a trabajar, en el desarrollo de una mentalidad que aspira a la ganancia legítima mediante el ejercicio sistemático y racional de una profesión. Esa mentalidad encuentra su forma más adecuada en un modo de producir, y a su vez, ese modo de producir encuentra en aquella mentalidad su fuerza impulsora más adecuada.

En el caso analizado en este capítulo, la relación de adecuación entre las necesidades de la empresa capitalista y unos sujetos con las cualidades éticas y la aspiración de ganancia requeridos para trabajar y reproducirse en los intersticios del sistema formal, encuentra sus formas de materialización más ajustadas en los enclaves étnicos transnacionalizados.

Como ha quedado demostrado, podemos aseverar que estas formas de trabajo no son rémoras del pasado sino elementos constitutivos del capitalismo contemporáneo, formas de organización social del trabajo que se encuentran bajo diversas formas de «trabajo no registrado». Coincidimos con Pedreño (2007) al afirmar que estos trabajadores constituyen un amplio sector social que despliega trabajo productivo, que es fuente de riqueza para la sociedad por entero; pero sin embargo, se encuentra en condiciones severas de degradación.

Notas:

¹ Con esta denominación se conoció en la Argentina a la restricción de la libre disposición de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorros impuesta por el gobierno de Fernando de la Rúa en el mes de diciembre de 2001 con el objetivo de evitar la salida de dinero del sistema bancario y el colapso financiero.

² El Registro Nacional Sanitario de Productor Agropecuario es un dispositivo implementado por el Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA) que establece la asociación de cada productor agropecuario con el campo donde realiza su actividad. Durante el 2008 se inició la inscripción de los productores de frutas, hortalizas y material de propagación. Este Registro es un paso necesario para iniciar la trazabilidad de los productos agrícolas, una herramienta clave para identificar el origen de los productos y aplicar acciones preventivas y correctivas en caso de detectarse anomalías que pueden poner en riesgo la salud pública o el comercio internacional. Los requisitos para inscribirse en el RENSPA son: documento de identidad; comprobante de su Clave Única de Identificación Tributaria; título de propiedad del predio o contrato de locación o comodato que acredite su relación productiva con la ubicación del predio; identificación catastral del predio.

³ El gerente ha intentado incluir a algunos horticultores nucleados en la Asociación de Horticultores de General Roca como proveedores del supermercado, sin lograr hasta el momento una aceptación a esa convocatoria.

⁴ La coordinadora de la Unidad Técnica de Servicio y Asistencia a la Industria expresa que «la realidad es que mientras en la fruticultura hay una presión externa que la impulsa hacia las Buenas Prácticas Agrícolas, en el sector hortícola orientado al mercado interno no hay un control determinante, pese a que hay reglamentaciones. Por eso lo más seguro es comprar en las verdulerías que se proveen en el Mercado Concentrador» (*FruticulturaSur*, 19 de marzo de 2010).

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos encontrado evidencias de que el proceso migratorio de las familias bolivianas que se están asentando en la región del Alto Valle del Río Negro desde hace dos décadas tiene características que se distinguen de aquel otro proceso inmigratorio protagonizado por europeos de principios del siglo XX. Mientras los inmigrantes transoceánicos eran convocados por el Estado para llevar adelante una epopeya civilizatoria en un espacio definido como desierto y su asentamiento adquiriría formas estables, los nuevos migrantes llegan sin auspicios estatales, en movimientos «desde abajo» sostenidos por las economías familiares de los hogares pobres, y en ellos es una constante la relación entre «ser de aquí y a la vez de allá».

La generación de estas nuevas realidades sociales construye espacios sociales transnacionales, entendidos como configuraciones de prácticas sociales, artefactos y sistemas de símbolos, que son caracterizados y definidos por su densidad e importancia en el tiempo y en el espacio geográfico (Herrera Lima, 2005b: 271). Así, los horticultores bolivianos que han migrado y están asentados en el valle mantienen una vinculación activa y estratégica con los integrantes de la familia que quedan en el lugar de origen y también con aquellos residentes en otras regiones de la Argentina. Las redes de relaciones familiares y de compadrazgo operan a manera de dispositivos que se activan en la medida en que «el clan» requiera hacer uso de los componentes de la red. De esta manera, los migrantes están situados dentro de diversos campos sociales en múltiples grados y lugares, lo que permite incorporar tanto a los que migran como a los que se quedan en el lugar de origen.

En consecuencia, la definición de migrante ya no puede fundarse exclusivamente en el concepto de residencia habitual. La condi-

ción migratoria se define más bien a partir de la incorporación y participación de sujetos en un sistema transnacional de redes sociales, en el cual la migración es un aspecto constitutivo en la reproducción social de estos agentes.

En consonancia con la naturaleza de esa realidad, el abordaje de su estudio requiere de un cuerpo conceptual y de herramientas metodológicas que puedan dar cuenta de la complejidad. La opción por una perspectiva de análisis que indaga en la economía de las prácticas sociales permitió analizar las acciones sociales desde la convicción de que la sola descripción de las condiciones objetivas no logra explicar totalmente el condicionamiento de las prácticas, sino que es fundamental rescatar a los agentes sociales que las producen y su proceso de producción. Esta propuesta metodológica implica comprender las prácticas en la relación construida entre los dos modos de existencia de lo social: desde las estructuras sociales y objetivas, y desde lo social incorporado al agente, a través de la relación dialéctica entre un campo específico y el sistema de disposiciones del agente que produce las prácticas. Recuperar la capacidad de los sujetos de incidir en la sociedad bajo determinadas condiciones abre un campo de análisis que atiende cómo los grupos y clases sociales se constituyen a partir de condiciones dadas y heredadas del pasado, las cuales son reproducidas, apropiadas, desechadas y transformadas en las experiencias cotidianas (Trpin, 2007).

En particular, en el análisis de la construcción del territorio hortícola protagonizado por las familias bolivianas en el Alto Valle del Río Negro hemos recopilado elementos que nos permiten concluir que el complejo entramado de relaciones sociales juega un papel fundamental en el surgimiento, consolidación y reconfiguración de los espacios en los que se localizan las familias transnacionales. Las redes migratorias son el principal mecanismo por el cual la migración es un fenómeno que se sostiene a sí mismo más allá de las causas que llevaron al desplazamiento inicial. Asimismo hemos podido comprobar empíricamente que hay un momento de la trayectoria migratoria en que resulta necesario construir puentes con otros agentes para salir del enclaustramiento de las redes fuertes para poder asegurar la reproducción social de las familias. En la tensión y el manejo estratégico y combinado de las redes débiles y fuertes estos agentes son capaces de po-

tenciar los recursos económicos, culturales, sociales y simbólicos que detentan.

La construcción de institucionalidad, materializada en asociaciones culturales y productivas, encuentros deportivos, celebración de fiestas religiosas y patronales entre otras, son manifestaciones de prácticas transnacionales tendientes a hacer visible la «bolivianidad» en situación de migración y de constituirla en un dispositivo eficaz para posicionarse en el campo social. En la actualidad, estas estrategias organizativas se presentan como herramientas eficaces para poder acceder a los recursos financieros, asistenciales y tecnológicos disponibles en el sistema institucional estatal. En este sentido, también se evidencia un cambio reciente en el posicionamiento de los organismos de apoyo a la producción familiar y/o de subsistencia, en los cuales los horticultores bolivianos no sólo fueron incorporados a la agenda pública, sino que además son agentes disputados por diversos programas nacionales, provinciales y municipales. En consecuencia, destacamos que los migrantes más estables están transitando un proceso de inversión en capital político que en este momento de su trayectoria migratoria en el valle se convierte en un tipo de poder en el que encuentran posibilidades de obtener beneficios. A diferencia de lo que acontecía hace cinco años, actualmente es habitual encontrar a las mujeres y a los hijos trabajando en los cultivos, mientras los «jefes de familia» están participando en reuniones de elaboración de proyectos productivos, o de viajes técnicos a otras regiones, así como de encuentros de la asociación. Nos preguntamos entonces si esta orientación en las estrategias de reproducción forma parte de un proceso de reconversión social que conlleva una modificación en los contenidos y significaciones de los capitales puestos en juego.

Los fenómenos globales no se dan en el vacío, sino que se relacionan con lo local. El estudio de lo global no se limita a aquellos fenómenos que se dan de manera explícita a escala global, sino que es necesario considerar un análisis de las prácticas y de las condiciones locales que se articulan con la dinámica global (Sassen, 2007). Desde esta perspectiva, la localidad provee el contexto de oportunidades y restricciones en las cuales se insertan los migrantes. Este contexto incluye, entre otros aspectos, las condiciones del mercado de trabajo, las

percepciones hacia el grupo de migrantes, la presencia o ausencia de otros connacionales.

Esta corriente migratoria en la región valletana no puede analizarse si no es a partir de comprender la reconfiguración del modelo de la fruticultura y el consiguiente debilitamiento de las figuras del pequeño y mediano productor que encuentran en el arriendo de la tierra a terceros una posibilidad de no perder su patrimonio. También describimos y analizamos cómo esa estrategia no sólo está relacionada con la descapitalización y la descomposición de los chacareros, sino también con formas de financiar la reconversión productiva. Pero cualquiera de estas situaciones da cuenta del lugar cada vez más subordinado del productor primario en la cadena productiva.

El sujeto chacarero surgido dentro de un paradigma de cierta homogeneidad sustentado en los parámetros de indiferenciación del producto y en el cual la cantidad prevalecía sobre la calidad de lo producido, sufre el imperativo de adecuarse a las exigencias del mercado, en tanto que la creciente diferenciación en el segmento de productores primarios ha sido el fenómeno que se fue evidenciando en las últimas décadas. A pesar de las condiciones adversas que atravesó la fruticultura valletana en la década del 90, muchos chacareros desarrollaron activas respuestas a la reconversión biológica y de actualización de prácticas culturales en un escenario desfavorable en el cual el Estado no elaboró políticas activas de apoyo a la pequeña producción sino, por el contrario, construyó discursos amenazantes en torno a su desaparición. En un contexto signado por la vulnerabilidad de los productores primarios, la continuidad en el campo implicó flexibilizar la organización social de la producción a través de la implementación de múltiples estrategias, de las cuales formó parte la cesión de tierras a terceros bajo formas de arriendo o aparcerías.

En un campo como el de la fruticultura regional actual, que evidencia un alto grado de heterogeneidad, los agentes ubicados en distintas posiciones disponen de diferentes dotaciones de capitales, se encuentran en distintas etapas de construcción social y despliegan múltiples prácticas para mantenerse, reconvertirse o mejorar su posición. Los hallazgos aquí presentados permiten afirmar que las actuales dinámicas de articulación entre agentes en torno al uso de tierras para la horticultura comprenden una compleja articulación con una plura-

lidad de sentidos, y no expresan un mero síntoma de deterioro económico-cultural de los agentes involucrados, aunque las profundas transformaciones que está experimentando el sector agrario afectan particularmente a los productores familiares y forman parte de la realidad en este análisis.

El análisis del material empírico permitió dar cuenta de esta diversidad y, en función de esto, identificar las características de las articulaciones estudiadas. Para algunos propietarios de tierra —fuertemente identificados con la fruticultura— la práctica de la cesión de la tierra se encuentra estrechamente vinculada con las necesidades de la fruticultura, y la incorporación de un tercero en sus chacras se orienta a complementar la financiación que conlleva la innovación biológica y cultural en los montes frutales. Para los titulares con débiles aptitudes y condiciones para mantenerse en la actividad, la articulación con los horticultores sin tierra estaría relacionada con la conservación de la explotación, considerando las restricciones económicas y culturales de estos propietarios. En tanto que los titulares que no desarrollan actividad productiva en sus predios, la estrategia de articulación con los horticultores estaría directamente relacionada con la necesidad de generar ingresos para preservar la propiedad de la chacra. En algunas situaciones esta práctica está ligada con la sobrevivencia del grupo familiar, en tanto que la chacra opera como lugar-refugio.

En relación con los horticultores bolivianos, el papel que juegan las articulaciones con los propietarios está en función de las dotaciones de capital que detentan —en particular económico y cultural incorporado— así como de las trayectorias en el campo. Aquellos que han alcanzado niveles de capitalización en maquinarias e implementos y disponen de capital circulante para financiar los insumos que demandan los cultivos, tienden a articularse con titulares que les permitan desarrollar e incrementar sus grados de autonomía y optimizar el uso de sus recursos productivos. En este sentido, estos agentes tratarán de relacionarse con propietarios que se encuentran en proceso de reconversión productiva o de descapitalización, pero que no tengan interés en el campo de la horticultura. Finalmente, y rescatando la expresión de «escalera de cuatro tramos» desarrollada por Benencia (1999), los migrantes sin tierra que se encuentran en los tramos iniciales de su trayectoria productiva —medieros y productores sin mecanización—

desarrollan a través de estas articulaciones las estrategias necesarias que les permitan pasar de la reproducción simple al desarrollo de mecanismos de acumulación de capital.

Las estrategias de los horticultores bolivianos tampoco son repeticiones de las conductas de estos tipos de agentes en otras regiones, sino que resultan de construcciones muy adaptadas a este caso y que se evidencian en la posibilidad de lograr autonomía productiva y de desarrollar capacidades de negociación para lograr mejores condiciones de acceso a la tierra. En la región, cada vez con más frecuencia, los bolivianos saltan el escalón de medieros y pasan de tanteros a productores independientes en relaciones de aparcerías y arrendamientos. Además encuentran ventajas relativas en un mercado hortícola local con alta demanda y en el que predominan situaciones de atomización, informalidad y escasez de controles oficiales.

La horticultura, por constituir una actividad «menor» en la región, posibilita la coexistencia de estrategias de los propietarios y los horticultores de un modo distinto a otras regiones del país. El elemento diferencial que presenta la articulación con los propietarios de las chacras valletanas es que sus *habitus* los predisponen hacia la indiferencia en relación con la producción hortícola, por lo que no se establece una relación de lucha por los intereses que están en juego en el campo. En consecuencia, la indiferencia de los chacareros a la producción hortícola es uno de los elementos centrales que explica el alto dinamismo de la horticultura en los últimos años y las posibilidades que han encontrado estos agentes para posicionarse en el mercado de producción, distribución y comercialización de hortalizas.

En consecuencia, estos migrantes se insertan en un nicho vacío y abierto, que les ha permitido tener dominancia y control del segmento. También podemos aseverar que no disputan espacio en el mercado laboral, lo cual permite asegurar que la segregación por etnia y nacionalidad aparece como la institución sobredeterminante en la estructuración del mercado de trabajo en la horticultura regional.

En general se vincula este tipo de migrantes con la producción informal y en mercados marginales. Hemos podido comprobar cómo el capital formal hace uso de esta mano de obra precarizada y el concepto de enclave étnico ha sido una llave para analizar los mecanismos de articulación. El estudio de la relación funcional entre una empresa

supermercadista líder en la Patagonia nos habilita a aseverar que la experiencia de supervivencia de los migrantes está mejor adaptada para esta fase del capitalismo y «donde otros ven crisis, caos, desintegración, ellos llegan a entronizarse» (Pizarro, 2008). En el marco de las discusiones en torno de los procesos migratorios actuales, la migración internacional ha sido considerada como un problema o como una oportunidad, económica o cultural, ya sea que se la califique como «invasión», o como solución a la necesidad de mano de obra en actividades precarizadas y además denostadas por los locales. Sin embargo, lo que no se discute es que el orden hegemónico del actual sistema de acumulación capitalista está imbricado en la explotación, exclusión y discriminación de los trabajadores inmigrantes.

«Acá si no hay bolivianos no hay verdura», es una de las frases más escuchadas a lo largo del trabajo de campo, acompañada por expresiones alusivas a las características físicas y culturales de los migrantes para soportar condiciones climáticas y laborales extremas. Estos estereotipos sirven para justificar tanto la segmentación étnica del mercado laboral cuanto las condiciones de precariedad e informalidad en las que transcurre el proceso productivo y son manifestaciones de formas más o menos sutiles de racismo social. Por otra parte, la relativa prosperidad socioeconómica alcanzada por algunas de las familias bolivianas no tiene su correlato con una aceptación e integración en la sociedad local.

Contenidos discursivos que hacen referencia a la naturalización de su resistencia al trabajo en situaciones climáticas rigurosas, el ascetismo en el consumo, el sentido moral de su conducta o la baja conflictividad, se repiten en las entrevistas con los antiguos chacareros. Estas calificaciones hacen que la condición de ser «familias bolivianas» represente una carta de presentación positiva para ser aceptadas como arrendatarias o aparceras en sus propiedades. Sin embargo podríamos aseverar que el «éxito» relativo de estos nuevos migrantes resulta difícil de ser comprendido y tolerado por actores sociales que tienen un lugar mítico en la historia regional, pero un futuro incierto y amenazado por las reglas de juego que imponen las condiciones globalizadas de la producción frutícola, la organización y demanda de los trabajadores y la expansión de producciones como la horticultura.

En ocasiones, para los chacareros el precio que debe pagarse para no desprenderse de la tierra –cargada de una fuerte valoración histórica y simbólica– implica asociarse con un sujeto ubicado en las antípodas de los atributos que acompañaron la colonización en el valle. La posesión de la tierra, para los hijos y nietos de los pioneros, funciona todavía como categoría legitimadora, aún en condiciones de subordinación en la estructura productiva frutícola. Probablemente esta cuestión es la que explique la razón por la cual es habitual el ocultamiento o la reticencia a admitir la presencia de horticultores bolivianos en sus explotaciones o en predios cercanos, en tanto esta estrategia es significada como una señal de retroceso social y de decadencia de la región. Cabe resaltar que la presencia creciente de familias bolivianas está generando un nuevo uso del territorio, que podría observarse como reterritorialización, en tanto nuevos actores expresan su presencia tanto en términos productivos como reproductivos: hacer horticultura en forma familiar y vivir en las chacras acrecienta redefiniciones simbólicas que refuerzan la conjunción entre territorialidad-trabajo y territorio-identidad, conjunción históricamente hegemonizada por el chacarero.

En el proceso de construcción de un territorio hortícola en el Alto Valle protagonizado durante las dos últimas décadas, los bolivianos han logrado imponer sus reglas de juego productivas en el espacio local, superando las incertidumbres propias de su condición de migrantes. El proyecto migratorio es una fuerte inversión no sólo económica sino también emocional que requiere ser amortizada en el menor tiempo posible; por lo tanto, sus disposiciones incorporadas construyen un tipo de trabajador con una gran capacidad de adaptación a condiciones de vida que serían inaceptables para los actores históricos. En las entrevistas mantenidas con horticultores, se reitera la sensación de incompreensión por la situación de pauperización de los chacareros y el consecuente abandono de los montes frutales.

En los espacios rurales observamos cómo se complejizan sus usos. El «desvanecimiento del mundo chacarero» (Balsa, 2007) se expresa en cómo la ecuación trabajo-propiedad-identidad comienza a esfumarse: la familia chacarera se desvincula del espacio agrícola ya que muchos residen en las ciudades y rentan sus predios a los horticultores y a las agroexportadoras. El sujeto que se construyó y afianzó su

dominio sobre un territorio erigido discursivamente como «desierto transformado en vergel», ya no ejerce el control exclusivo de la tierra, de la forma de trabajar y de los productos que se cultivan.

«El territorio no es solo el resultado de la superposición de un conjunto de sistemas naturales y un conjunto de cosas creadas por el hombre, sino que es la base del trabajo, de la residencia, de los cambios materiales y espirituales y de la vida, sobre los cuales él influye. Cuando se habla de territorio debe entenderse que se trata de territorio usado que es utilizado por una población dada». El uso que los migrantes le dan al territorio le confiere una identidad específica (Santos, 2004: 37). Mientras, las familias de trabajadores y bolivianos trabajan y residen en el espacio rural, y de esta forma los territorios son modificados por los usos dinámicos que realizan los grupos sociales, los cuales se alzan como sujetos políticos que expresan formas de resistencias y demandas que los agrupa.

La tenaz capacidad de estos sujetos para reproducirse socialmente en ambientes hostiles es un desafío a la imaginación sociológica. Podemos afirmar que a diferencia de cualquier otra clase trabajadora y subordinada, el origen campesino de estos agentes los induce a sustentarse a sí mismos. Ninguna clase ha sido tan consciente en lo que respecta a su economía, ya que ésta determina o influencia cada una de sus decisiones. Por eso, la expresión «la tierra te saca y te da» capturada en la entrevista a un joven horticultor potosino encierra una autoatribución de sentido y de reconocimiento a la persistencia en el tránsito por condiciones propicias y adversas en situaciones de migración.

Bibliografía

- Achilli, Elena (2005). *Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde Editor.
- Albanesi, Rossana et al. (2000). *Horticultura rosarina. Comercialización, organización laboral y adopción tecnológica*. Rosario: UNR Editora.
- Arango, Joaquín (2003). «La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra». *Migración y Desarrollo* N° 1, octubre [en línea] <http://www.migracionydesarrollo.org> [consulta 10 de febrero de 2011] p. 239.
- Arjona Garrido, Ángeles y Checa Olmos, Juan (2006). «Economía étnica. Teorías, conceptos y nuevos avances». *Revista Internacional de Sociología* LXIV, N° 45: 213-234.
- Balsa, Javier (2007). *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense: 1937-1988*. Buenos Aires: UNQ.
- Bandieri, Susana y Blanco, Graciela (1994). «Comportamiento histórico del subsistema frutícola regional». En G. de Jong et al. (Comp.), *El minifundio en el Alto Valle del Río Negro*. Neuquén: Facultad de Ciencias Agrarias. Universidad Nacional del Comahue.
- Baranger, Denis (2004). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Basch, Nina; Glick Schiller, Linda y Blanc-Szanton, Cristina (1992). «Transnationalism: a New Analytic Framework for Understanding Migration». *Annals of the New York Academy of Science* 645, pp. 38-56.

- Bendini, Mónica; Radonich, Martha y Steimbregger, Norma (2007). «Nuevos espacios agrícolas y migraciones estacionales». Ponencia presentada en las *II Jornadas de Historia Social de la Patagonia*. Neuquén. Universidad Nacional del Comahue.
- Bendini, Mónica y Tsakoumagkos, Pedro (2002). «Transformaciones agroindustriales y nuevas posiciones laborales». En M. Bendini y P. Tsakoumagkos (Coords.), *Transformaciones agroindustriales y laborales en nuevas y tradicionales zonas frutícolas del norte de la Patagonia*. Buenos Aires: Cuaderno GESA-PIEA 3.
- Bendini, Mónica y Tsakoumagkos, Pedro (2003a). «Región agroexportadora, complejo alimentario y producción familiar: controles y resistencias». En M. Bendini y N. Steimbregger (Comps.), *Territorios y organización social de la agricultura*. Buenos Aires: GESA-UNCo, La Colmena.
- Bendini, Mónica y Tsakoumagkos, Pedro (2003b). «El agro regional y los estudios sociales». En M. Bendini *et al.* (Comp.), *El campo en la sociología actual*. Buenos Aires: La Colmena.
- Benencia, Roberto (1997). «El proceso de expansión capitalista y la heterogeneidad social en el área hortícola bonaerense: transformaciones a nivel productivo, de la mano de obra y de la comercialización». Informe Final Proyecto de Investigación UBACYT [mimeo].
- Benencia, Roberto (1999). «El concepto de movilidad social en los estudios rurales». En N. Giarracca (Coord.), *Estudios Rurales. Teorías, problemas y estrategias metodológicas*. Buenos Aires: La Colmena.
- Benencia, Roberto (2004). «Trabajo y prejuicio. Violencia sobre inmigrantes bolivianos en la agricultura periférica de Buenos Aires». *Revista Remi* 20, pp. 67-75.
- Benencia, Roberto (2005). «Redes Sociales de migrantes limítrofes: lazos fuertes y lazos débiles en la conformación de mercados de trabajo hortícola (Argentina)». Ponencia presentada en el 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Buenos Aires [en CD].
- Benencia, Roberto (2006). «Bolivianización de la horticultura en la Argentina». En A. Grimson y E. Jelin (Comps.), *Migraciones*

regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdades y derechos. Buenos Aires: Prometeo Libros.

- Benencia, Roberto (2007). «Migraciones hacia la Argentina, el papel de la migración limítrofe». Trabajo de Investigación. Buenos Aires [sin editar].
- Benencia, Roberto (2008). «El infierno del trabajo esclavo. La contracara de las 'exitosas' economías étnicas». Ponencia presentada en el *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. Misiones [en CD].
- Benencia, Roberto y Flood, Carlos (2005). *Trayectorias y contextos. Organizaciones rurales en la Argentina en los noventa*. Buenos Aires: La Colmena - CEDERU.
- Benencia, Roberto y Geymonat, Marcela (2003). «Familias bolivianas en Río Cuarto (Córdoba): inserción en la producción y comercialización hortícola». Ponencia presentada en las *3ras. Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*. PIEA. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Buenos Aires [en CD].
- Benencia, Roberto y Karasik, Gabriela (1995). *Inmigración limítrofe: los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Benencia, Roberto y Quaranta Germán (2006). «Mercados de trabajo y economías de enclave. La escalera boliviana en la actualidad». Revista *Estudios migratorios Latinoamericanos*, 20, N° 60. Buenos Aires: CEMLA.
- Benencia, Roberto y Quaranta, Germán (2009). «Mercados de Trabajo en la horticultura del cinturón verde de la Ciudad de Buenos Aires». En R. Benencia *et al.* (Coord.), *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos*. Buenos Aires: Ciccus Ediciones.
- Bocchicchio, Ana y Cattáneo, Carlos (2009). «Comercialización, regulaciones y mercados frutihortícolas en el Área Metropolitana de Buenos Aires». En R. Benencia *et al.* (Coord.), *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos*. Buenos Aires: Ciccus Ediciones.

- Bourdieu, Pierre (1988). *La distinción. Crítica y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1996). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris: Editions du Seuil.
- Bourdieu, Pierre (2006). *Campo de poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Bourdieu, Pierre (2007a). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre (2007b). «Estrategias de reproducción y modos de dominación». En P. Bourdieu, *Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic (1995). *Respuestas por una Antropología Reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean y Passeron, Jean (1975). *El oficio del sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boy, Adolfo (2006). «A propósito del nuevo Cromañón del Barrio de Flores: la comunidad boliviana y nuestra falsa seguridad alimentaria» [en línea] <http://www.grr.org.ar> [consulta 6 de agosto de 2009].
- Brebbia, Fernando y Malanos, Nancy (1997). *Tratado teórico práctico de los contratos agrarios*. Buenos Aires: Rubinzal Culzoni Editores.
- Caggiano, Sergio (2003). «Fronteras múltiples: reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina». *Cuadernos IDES* 1.
- CAR2005 (2005). Censo de Agricultura bajo Riego. Ministerio de la Producción de la Provincia de Río Negro [en línea] <http://www.car2005.gov.ar> [consulta 10 de junio de 2010].
- Castles, Stepheny; Miller, Mark (2004). «La era de la migración. Movimientos internacionales de migración en el mundo moderno». Universidad Nacional de Zacatecas, [en línea] <http://www.migracionydesarrollo.org> [consulta 24 de junio de 2010], p. 311.

- Cavalcanti, Josefa (1999). «Desigualdades sociais e identidades em construção na agricultura de exportação». *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* 5, pp. 99-111.
- CENSAR 93. Censo Agrícola Rionegrino (1993). Gobierno de Río Negro. Ministerio de Economía. Subsecretaría de Fruticultura [en mimeo].
- CNA (Censo Nacional Agropecuario) (2002). Ministerio de Economía de la Nación. Dirección Nacional de Estadísticas y Censos [en línea] <http://www.indec.gov.ar> [consulta 23 de junio de 2010].
- Cernutti, Marcela (2009). «Diagnóstico de las Poblaciones Inmigrantes en la Argentina». Serie de Documentos de la Dirección Nacional de Población. Ministerio del Interior, [en línea] http://www.mininterior.gov.ar/poblacion/pdf/Diagnostico_de_las_poblaciones_de_inmigrantes_en_Argentina.pdf [consulta 8 de setiembre de 2010].
- Ceva, Mariela (2006). «La migración limítrofe hacia la Argentina en la larga duración». En E. Jelin y A. Grimson (Comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Ciarallo, Ana (2006). «Arrendamientos y aparcerías hortícolas. Estrategias de reproducción social de propietarios y tomadores de tierra en la zona de General Roca – Río Negro». Tesis de Maestría. FADECS – UNCo [en mimeo].
- Ciarallo, Ana y Trpin, Verónica (2010). «Chacareros, empresas, horticultores y trabajadores: territorios y representaciones en disputa en el Alto Valle de Río Negro». Ponencia presentada en el Programa de Investigación «Legitimación de las desigualdades en la Argentina actual», IDAES- UNSAM. Buenos Aires, abril de 2010.
- Cordero Díaz, Blanca (2004). «Nueva York es como Puebla. Sobreviviendo en el México rural en un nuevo contexto global». En N. Giarracca y B. Levy (Comps.), *Ruralidades Latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*. Buenos Aires: CLACSO.

- Dandler, Jorge y Medeiros, Carmen (1991). «Migración temporaria en Cochabamba, Bolivia a Argentina: patrones e impacto en las áreas de envío». En P. Pessar (Ed.), *Frontenas permeables. Migración laboral y movimientos de refugiados en América*. Buenos Aires: Planeta.
- Darré, Jean (1985). *La parole et la technique. L'univers de pensée des éleveurs du Ternois*. París: L'Harmattan.
- De Jong, Gerardo et al. (1994). *El minifundio en el Alto Valle del Río Negro. Estrategias de adaptación*. Neuquén: Facultad de Ciencias Agrarias – Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Comahue.
- De la Garza Toledo, Enrique (2003). «Introducción. El papel del concepto de trabajo en la teoría social. En E. de la Garza Toledo (Coord.), *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México: FCE.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix ([1997] 2001). *Rizoma: Introducción*. México: Ediciones Coyoacán.
- De Oliveira, Orlandina y Salles, Vania (2003). «Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo». En E. de la Garza Toledo (Coord.), *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México: CFE.
- Devoto, Fernando (2004). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Forni, Floreal; Benencia, Roberto y Neiman, Guillermo (1991). *Empleo, estrategias de vida y reproducción. Hogares rurales en Santiago del Estero*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Freidin, Betina (1999). «El uso del enfoque biográfico para el estudio de las experiencias migratorias femeninas». En R. Sautu (Comp.), *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- FUNBAPA (2010). Fundación Barrera Patagónica [en línea] <http://www.funbapa.gov.ar> [consulta 15 de febrero de 2011].
- FUNBAPA (2011). Anuario estadístico [en línea] <http://www.funbapa.gov.ar> [consulta 20 de mayo de 2011].

- Gallart, María Antonia (1992). «La integración de métodos y la metodología cualitativa. Una reflexión desde la práctica de la investigación». En F. Forni *et al.*, *Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- García, Matías y Mierez, Liliana (2007). «Problemática de la mano de obra en la horticultura platense». Ponencia presentada en las V^o Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Buenos Aires [en CD].
- García, Matías *et al.* (2009). «Reestructuración espacial y funcional en el AMBA. El archipiélago hortícola». *Boletín Hortícola*, 14, N° 41, 2^a etapa, pp. 10-15.
- García Salord, Susana (s/f). «Aportes de Pierre Bourdieu en uso práctico. Las clases medias: lugares de indeterminación» [en mimeo].
- García Vázquez, Cristina (2005). *Los migrantes. Otros entre nosotros. Etnografía de la población boliviana en la provincia de Mendoza*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Giarracca, Norma (2003). *Territorios y lugares. Entre las fincas y la ciudad. Lules en Tucumán*. Buenos Aires: La Colmena.
- Giarracca, Norma *et al.* (1995). «Métodos cuantitativos y cualitativos en los estudios de la Sociología Rural». *Ruralia* 6, pp. 97-104.
- Giarracca, Norma y Teubal, Miguel (Comp.) (2005). *El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Giorgis, Marta (2004). *La virgen prestamista. La fiesta de la Virgen de Urkupiña en el boliviano Gran Córdoba*. Buenos Aires: IDES.
- Granovetter, Mark (1973). «The strength of weak ties». *American Journal of Sociology*, 78, N° 6, pp. 1360-1380. Traducido al español por Ma. Angeles García Verdasco.
- Granovetter, Mark (1985). «Economic Action and Social Structure: the Problem of Embeddedness». *American Journal of Sociology*, 91, pp. 481-493.
- Grimson, Alejandro (2005). *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.

- Grimson, Alejandro (2006). «Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas». En A. Grimson y E. Jelin (Comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Guarnizo, Luis (2003). «Aspectos económicos del vivir transnacional». *International Migration Review*, 37 (3), pp. 666-699.
- Guarnizo, Luis y Smith, Michael (1998). «Las localizaciones del transnacionalismo». En L. Guarnizo y M. Smith (Eds.), *Transnationalism from Below: comparative urban and community research*. Traducción del inglés por Susana Marín. Biblioteca Virtual CLACSO [en línea] www.clacso.bibliotecavirtual.org [consulta 11 de agosto de 2011].
- Guber, Rosana (2008). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Gutiérrez, Alicia (1997). *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*. Córdoba: Editorial Universidad Nacional de Misiones / Dirección General de Publicaciones - Universidad Nacional de Córdoba.
- Gutiérrez, Alicia (2003a). «Con Marx y contra Marx: El materialismo en Pierre Bourdieu». *Revista Complutense de Educación*, 14, Nº 2, Universidad Complutense de Madrid, pp. 453-482.
- Gutiérrez, Alicia (2003b). «La teoría de Bourdieu en la explicación y comprensión del fenómeno de la pobreza urbana». En L. Alonso et al., *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*. España: Editorial Fundamentos.
- Gutiérrez, Alicia (2005). *Pobre' como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Gutiérrez, Alicia (2007). «Clases, espacio social y estrategias: una introducción al análisis de la reproducción social en Bourdieu». En P. Bourdieu, *Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Gutiérrez, Alicia (2008). «Redes e intercambio de capitales en condiciones de pobreza: dimensión relacional y dimensión vincular». *Redes. Revista Hispana para el Análisis de las Redes Sociales*, Nº 014. Universidad Autónoma de Barcelona.

- Haesbaert, Rogerio (2004). *O mito da desterritorialização. Do «fim dos territórios à multiterritorialidade»*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Haesbaert, Rogerio y Santa Bárbara, Marcelo (2001). «Identidade e migração em áreas transfronteiriças». *GEOgraphia*, Revista de Pósgraduação em Geografia, Departamento de Geografia. Universidade Federal Fluminense. Rio de Janeiro, III, 5, pp. 78-86.
- Herrera Lima, Fernando (2000). «Las migraciones y la Sociología del Trabajo en América Latina». En De la Garza Toledo (Coord.), *Tratado de Sociología del Trabajo*. México DF: El Colegio de México-FLACSO-UNAM.
- Herrera Lima, Fernando (2005a). *Vidas itinerantes en un espacio laboral transnacional*. México DF: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Herrera Lima, Fernando (2005b). «Migración de México a Norteamérica: ¿Transnacionalización de los mercados de trabajo?» Ponencia presentada en el Coloquio Internacional sobre Circulación y Migraciones Transnacionales. Toulouse [en CD].
- Herrera Lima, Fernando y Pries, Ludger (2006). «Trabajo, migraciones y producción sociológica reciente en América Latina: un panorama no exhaustivo». En E. de la Garza Toledo (Coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*. México DF: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.
- Hinojosa Gordonava, Alfonso (2010). *Buscando la vida. Familias bolivianas transnacionales en España*. Buenos Aires: CLACSO.
- Holmes, Steven (2007). «“Oaxacans like to work bent over”: the naturalization of social suffering among berry farm workers». *International Migration Review*, 45 (3), pp. 39-68.
- Hugues, Judith y Owen, Olga (2002). «Trabajadores migrantes bolivianos en la horticultura argentina: Transformación del paisaje rural en el valle inferior». *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona, VI, 119 [en línea] <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn/19125.htm> [consulta 12 de agosto de 2009].

- Hugues, Judith y Owen, Olga (2006), «Territorialidad de familias transnacionales. Bolivianos en la Patagonia Argentina». Revista *GEO-DEMOS* [en línea] <http://www.geodemos.gov.ar> [consulta 30 de octubre de 2010].
- Iglesias, Norma (1998). *La horticultura en la Patagonia Norte*. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, Estación Experimental Alto Valle [documento interno].
- Iglesias, Norma *et al.* (2005). «Situación actual de la horticultura en la Norpatagonia». *Fruticultura y diversificación* [en línea] www.inta.gov.ar/altovalle/info/biblio/htm 45, p. 31-37 [consulta 13 de agosto de 2009].
- INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) - Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle (1973). *Diagnóstico del Sistema Frutícola Regional* [en mimeo].
- INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) - Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle (1986). *Diagnóstico Regional* [en mimeo].
- INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial) - Centro Neuquén (2008). «Uso racional de agroquímicos en el sector hortícola de Río Negro y Neuquén» [en línea] <http://www.inti.gov.ar> [consulta el 2 de noviembre de 2010].
- Karasik, Gabriela (1995). «Trabajadoras bolivianas en el conurbano bonaerense. Pequeño comercio y conflicto social». En R. Benencia y G. Karasik (Coords.), *Inmigración limítrofe: los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Landriscini, Graciela y Pries, Osvaldo (2007). «La concentración económica en la fruticultura del Alto Valle del Río Negro». En M. Radonich y N. Steimbregger (Comps.), *Reestructuraciones sociales en cadenas agroalimentarias*, Cuaderno N° 6. Buenos Aires: La Colmena.
- Lara Flores, Sara (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Juan Pablo Editor.

- Lara Flores, Sara (2006). «El trabajo en la agricultura: un recuento sobre América Latina». En E. de la Garza Toledo (Coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*. México DF: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.
- Lara Flores, Sara (2001). «Análisis del mercado de trabajo rural en México, en un contexto de flexibilización». En N. Giarracca (Comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Lara Flores, Sara (2010). «La ética del trabajo vs. la metáfora del ‘cliente’ en la construcción social del mercado de trabajo en las hortalizas de exportación mexicanas». Ponencia presentada en el VI Congreso de ALASRU. Porto de Galhinas, Brasil [en CD].
- Lara Flores, Sara y De Grammont, Hubert (2000). «Nuevos enfoque para el estudio del mercado del trabajo rural en México». *Cuadernos Agrarios* 19-20, pp. 122-140. México DF.
- Lattes, Alfredo (1983). «Acerca de los patrones recientes de movilidad territorial de la población en el mundo». *Cuadernos del CENEP*, 27. Buenos Aires: CENEP.
- Levitt, Peggy y Glick Schiller, Nina (2007). «Perspectivas internacionales sobre migración» [en línea] <http://www.migracionydesarrollo.org> [consulta 12 de octubre de 2010].
- Lieutier, Ariel (2010). *Esclavos. Los trabajadores costureros de la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Retórica Ediciones.
- Light, Iván (2003). «Economías étnicas». Ponencia presentada en el Seminario sobre el empresariado étnico en España. Centro de Estudios Internacionales e Interculturales. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Lista, Carlos (2000). *Los paradigmas de Análisis Sociológico*. Córdoba: Editorial Advocatus.
- Lomnitz, Larissa (1984). *Cómo sobreviven los marginados*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Lomnitz, Larissa (2001). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de Antropología Latinoamericana*. México: FLACSO.

- Long, Norman (1990). «From paradigm lost to paradigm regained? The case for an actor-oriented Sociology of development». *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 49, pp. 3-24.
- Malgesini, Graciela (Comp.) (1998). *Cruzando fronteras. Migraciones en el sistema mundial*. Madrid: Fundación El Hogar del Empleado.
- Malgesini, Graciela y Giménez, Carlos (2000). *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid: Editorial Catarata.
- Manzanal, Mabel (Comp.) (1996). *El desarrollo rural en el noroeste argentino. Antología*. Proyecto Desarrollo Agroforestal en Comunidades Rurales del Noroeste Argentino. Salta.
- Mayer, Adrián (1966). «La importancia de los 'cuasi grupos' en el estudio de las sociedades complejas». En M. Banton (Comp.), *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: El Libro Universitario.
- McDonald, James (1933). *The irrigated zone of the Rio Negro Valley*. Buenos Aires Great Southern Railway – Rural Development Section, Publication N° 19, Experimental Farm. Buenos Aires [traducción propia].
- Menezes, Marilda (2002). *Redes e enredos nas trilhas dos migrantes. Um estudo de famílias de camponeses-migrantes*. Río de Janeiro: Relume Dumará.
- Miranda, Omar (1995). «Cambio técnico y fruticultura en el Alto Valle del Río Negro». *Ruralia* 6. Buenos Aires: FLACSO.
- Moya, Juan (2004). *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé Argentina.
- Murmis, Miguel (1992). «Tipología de pequeños productores campesinos en América». En *Sociología Rural Latinoamericana. Hacendados y campesinos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Murmis, Miguel (1994). «Algunos temas para la discusión en la sociología rural latinoamericana: reestructuración, desestructuración y políticas de excluidos e incluidos». *Revista ALASRU* N° 2, Buenos Aires.

- Murmis, Miguel y Cuccullu, Gloria (2003). «Pluriactividad y pluriinserción: un estudio exploratorio en el partido de Lobos, Provincia de Buenos Aires». En M. Bendini *et al.*, *El Campo en la Sociología actual. Una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires: La Colmena - MASAL/FADECS/UNCo.
- Ortiz, Sutti (2009). «El estudio de la dinámica de los mercados estacionales en la agricultura y las trayectorias de los trabajadores migrantes». Ponencia presentada en el Seminario Internacional Migraciones y Calidad del Empleo Agrícola. Neuquén: GESA/FADECS/UNCo.
- Paponi, Susana *et. al.* (1998). «De inmigrante a chacarero. Procesos de subjetivación». Informe Final de Proyecto de Investigación *La subjetivación emergente en el proceso de globalización. Del trabajo como esencia al imperativo de la eficiencia. El caso de los productores frutícolas del Alto Valle*. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue [sin publicar].
- Pedone, Claudia (2006). *Estrategias migratorias y poder. Tú siempre jalas a los tuyos*. Quito: ABYA-YALA.
- Pedreño Cánovas, Andrés (1999). *Del Jornalero Agrícola al Obrero de las Factorías Vegetales*. Madrid: Ministerio de Agricultura y Alimentación.
- Pedreño Cánovas, Andrés (2009). «Jornaleros de las cadenas globales agrícolas: reestructuración local y conexiones transnacionales, ponencia presentada en el VI Congreso de ALAST. México [en CD].
- Pedreño Cánovas, Andrés y Riquelme Perea, Prudencio (2007). «La condición migrante de los nuevos trabajadores rurales». *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, pp. 189-238.
- Perrén, Joaquín (2008). «Itinerarios migratorios... Integración en la Neuquén aluvional (1960-1990)». Tesis de Doctorado. ISHIR-CEHiR-UNCo/CONICET [sin publicar].
- Pizarro, Cynthia (2007). «Ciudadanos bonaerenses-bolivianos: identidad y espacio glocal en el norte del área hortícola de la provincia de Buenos Aires, Argentina». Ponencia presentada en el *Congress of the Latin American Studies Association*, Montreal, Canadá.

- Pizarro, Cynthia (2008). *La vulnerabilidad de los inmigrantes bolivianos como sujetos de derechos humanos: experimentando la exclusión y la discriminación en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba*. Concurso de Proyectos de Investigación sobre Discriminación Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo. Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos Gobierno de la República Argentina [sin publicar].
- Pizarro, Cynthia y Trpin, Verónica (2010). «Trabajadores frutícolas y hortícolas en la Argentina. Una aproximación socioantropológica a las prácticas de reproducción y resistencia de las condiciones laborales». Ponencia presentada en el VI Congreso ALASRU. Porto de Galhinas, Brasil [en CD].
- Polanyi, Karl (1992). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Portes, Alejandro (2005). «Convergencias teóricas y evidencias empíricas en el estudio del transnacionalismo de los inmigrantes». Revista *Migración y Desarrollo* [en línea] <http://www.migracionydesarrollo.org> [consulta 11 de noviembre de 2009].
- Portes, Alejandro; Guarnizo, Luis y Landolt, Patricia (1999). «The study of transnationalism: pitfalls and promise of an emergent research field». *Ethnic and Racial Studies Review*, 22, pp. 217-237.
- Pries, Ludger (1999). «La migración internacional en tiempos de globalización. Varios lugares a la vez». *Revista Nueva Sociedad*, 164, pp. 56-68.
- Pries, Ludger (2000). «Teoría Sociológica del Mercado de Trabajo». En De la Garza Toledo (Coord.), *Tratado latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México DF: El Colegio de México - FLACSO - UNAM.
- Pries, Ludger (2002). «La migración transnacional y la perforación de los contenedores de Estados-nación». *Revista Estudios Demográficos y Urbanos*, 17, 3, pp. 571-597.

- Propersi, Patricia (1999). *Un espacio de silencios: el mediero hortícola. Características de la Mediería en el Cinturón verde de Rosario*. Tesis de Maestría. Universidad Nacional de Rosario [sin publicar].
- Quaranta, Germán (1999). «Cambio Técnico y transformación de la mediería en la producción lechera de la pampa húmeda bonaerense». *Actas de las Primeras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*. PIEA/UBA. Buenos Aires.
- Radonich, Martha (2004). *Asentamientos de trabajadores rurales. Una historia y un presente en el Alto Valle del río Negro y del Neuquén*. Tesis de Maestría. MASAL-FADECS-UNCo [en mimeo].
- Radonich, Martha *et al.* (2007). «Territorios de trabajadores rurales en la fruticultura del Alto Valle de Río Negro». Ponencia presentada en las IV Jornadas Patagónicas de Comunicación y Cultura. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales - UNCo. General Roca.
- Radonich, Martha (2010). *Territorio, migración y trabajo en la fruticultura del norte de la Patagonia Argentina*. Tesis de doctorado. Universidad de Murcia, España [sin publicar].
- Requena Santos, Félix (1991). *Redes sociales y mercado de trabajo. Elementos para una teoría del capital relacional*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - Colección Monografías.
- Ringuelet, Roberto (2000). «El sector hortícola de La Plata en proceso de transformación». En R. Ringuelet (Coord.), *Espacio tecnológico, población y reproducción social en el sector hortícola de La Plata*. La Plata: UNLP, Serie Estudios/Investigaciones.
- Rofman, Alejandro (2006). «El nuevo escenario regional y la puja entre los actores sociales en el Alto Valle del Río Negro [en línea] <http://www.fruticulturasur.com.ar> [consulta 24 de octubre de 2009]
- Rofman, Alejandro y Manzanal, Mabel (1989). *Las economías regionales en la Argentina: crisis y políticas de desarrollo*. CEUR: Buenos Aires.
- Santagni, Adalberto *et al.* (2009). «Análisis del mercado regional de productos hortícolas». INTA – EEA Alto Valle [documento interno].

- Santos, Milton (2004). *Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Sapkus, Sergio (2001). «Poder, cultura y oposición. Discutiendo algunas perspectivas sobre los procesos de dominación y resistencia». *Razón y Revolución*, 7, pp. 21-29.
- Sassen, Saskia (2003). *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sassen, Saskia (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Sautu, Ruth (Comp.) (1999). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Scaletta, Claudio (2006). «Tensiones de la globalización en los circuitos agroindustriales: el caso de la producción frutícola del Alto Valle del Río Negro». Primer Diagnóstico [en línea] <http://www.fruticulturasur.com.ar> [consulta 2 de octubre de 2009].
- Schiavoni, Gabriela (1998). *Colonos y Ocupantes. Parentesco, reciprocidad y diferenciación social en la frontera agraria de Misiones*. Posada: Editorial Universitaria/UNM.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Seyferth, Giralda (1992). «As contradições da liberdade. Análise de representações sobre a identidade camponesa». *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 18, año 7, pp. 78-95.
- Soverna, Susana (1990). «Los agentes sociales agrarios en el Alto Valle del Río Negro». *Estudio para el aprovechamiento integral del Río Negro Etapa II. Área Riego, Drenaje y Producción agropecuaria*. Informe parcial [sin publicar].
- Souza Casadinho, Javier (1997). «Influencia de los pesticidas sobre la mano de obra hortícola. En R. Benencia (Dir.), *El proceso de expansión capitalista y la heterogeneidad social en el área hortícola bonaerense: transformaciones a nivel productivo, de la mano de obra y de la comercialización*. Informe del Proyecto de Investigación UBACYT [sin publicar].

- Stefoni, Carolina (2008). «Gastronomía peruana en las calles de Santiago y la construcción de espacios transnacionales y territorios». En S. Novick (Comp.), *Las migraciones en América Latina. Políticas, cultums y estrategias*. Buenos Aires: CLACSO Coediciones.
- Tarrius, Alain (2000). «Leer, describir, interpretar las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de territorio circulatorio. Los nuevos hábitos de la identidad». *Revista Relaciones* 83, Vol. XXI. El Colegio de Michoacán, Zamora, pp. 37-66.
- Teubal, Miguel; Domínguez, Diego y Sabatino, Pablo (2005). «Transformaciones agrarias en la Argentina. Agricultura industrial y sistema alimentario». En N. Giarracca y M. Teubal (Coord.), *El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Torrado, Susana (1997). *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Torres, Alicia y Herrera, Gioconda (2009). «Investigando en 'origen': repensando el espacio social transnacional desde los contextos de salida». En L. Rivera Sánchez y F. Lozano Ascencio (Coord.), *Encuentros disciplinarios y debates metodológicos. La práctica de la investigación sobre migraciones y movilidades*. México: Miguel Ángel Porrúa Editores.
- Trpin, Verónica (2007). «Pero siempre estuvo así, ¡es por los compradores del exterior! Producción, trabajo y sindicato en la fruticultura del Alto Valle de Río Negro». Tesis de doctorado Programa de Postgrado en Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones [sin publicar].
- Trpin, Verónica; Radonich, Martha y Ciarallo, Ana (2010). «El trabajo como vertebrador en la construcción de territorios. Asalarados migrantes chilenos y familias bolivianas horticultoras en el Alto Valle de Río Negro». Ponencia presentada en el VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural. Porto de Galhinas. Brasil [en CD].
- Vapñarsky, César (1983). *Pueblos del Norte de la Patagonia*. General Roca: Editorial de la Patagonia.

- Vapñarsky, César y Pantalides, Edith (1987). *La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle*. Buenos Aires: CEUR.
- Wallerstein, Immanuel (2006). *Análisis de sistemas mundo. Una introducción*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Weber, Max (1998). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Istmo.
- Wilson, Kenneth y Portes, Alejandro (1980). «Immigrant enclaves: an analysis of the labor market experiences of cubans in Miami». *American Journal of Sociology*, 86, pp. 295-319.
- Yappert, Susana (2000). «La prensa en la Colonia Agrícola Gral. Roca: instrumento que sirve a la conformación de una 'sociedad nueva' y la génesis de un nuevo 'sujeto'». Informe de Tesis de Licenciatura en Comunicación Social [sin publicar].
- Zunino, Natalia *et al.* (2007). «Caracterización de las unidades productivas del Alto Valle, Valle Medio y Río Colorado a partir de datos del Censo Provincial de Agricultura bajo Riego (CAR2005)». *Boletín de Divulgación Técnica* N° 54 [en línea] <http://www.inta.gov.ar/altovalle> [consulta 30 de agosto de 2010].

Otras fuentes:

Diario *Río Negro*

Diario *La Mañana de Cipolletti*

Diario *La Mañana de Neuquén*

Diario *Clarín*

FruticulturaSur - Periódico digital

Periódico La Comuna

Se terminó de imprimir en
mayo de 2014
Córdoba • Argentina